

ALGUIEN TE OBSERVA
DESDE LAS SOMBRAS

EL ANÓNIMO



NATASHA PRESTON

CROSS
BOOKS

Sinopsis

Cuando Lylah y sus amigos recibieron el anónimo, lo tomaron a broma. ¿Un admirador secreto? Parecía una tontería por la que no merecía la pena preocuparse.

Ese fue el primer error, porque pronto uno de ellos desaparece... y aparece un nuevo mensaje:

SERÁS MÍA.

EL ANÓNIMO

Natasha Preston

Traducción de Natalia Navarro

Alice, tu cumpleaños coincide con el día de San Valentín, así que he pensado que era muy apropiado dedicarte mi libro de San Valentín.

¡Siento que tengas que compartir el día de nuevo!

Las ROSAS SON

ROJAS,

EL MAR es AZUL,

Vigila tus ESPALDAS,

QUE MI OBJETIVO

ERES TÚ.

Jueves,

1 de febrero

El día de San Valentín. Uf, de todas las fiestas, esta es la que menos me gusta.

Pongo los ojos en blanco cuando veo el papel de corazones con el que Charlotte ha decorado el salón. Dos de mis compañeras de casa, Sienna y Charlotte, adoran San Valentín.

Quedan todavía catorce días para que todas las redes sociales se llenen de fotos empalagosas de parejas y declaraciones de amor y yo ya vivo en una explosión de manualidades rosas y rojas.

Puaj.

Los alumnos de teatro representan todos los años una obra sobre la historia de san Valentín. Se toman una licencia dramática para hacerla más sexi y sangrienta. La del año pasado fue increíble, y se supone que la de este año es aún mejor.

Y encima hay una fiesta después.

Mis compañeros Chace, Sonny, Isaac, Charlotte y yo esperamos en el modesto salón de nuestra casa, que tiene el espacio justo para nosotros, a que Sienna se termine de arreglar para salir.

—Sube el volumen, Lylah —me pide Sonny.

Es de Londres y habla como si fuera un gánster, aunque nunca podría serlo; es demasiado blando.

Me levanto y me inclino en una reverencia sarcástica antes de ajustar el volumen de los altavoces, que están conectados con el iPhone de Sonny. *I'll be missing you*, de Puff Daddy, resuena en la habitación.

Sonny es el mayor y, como si fuera un niño, cree que eso le otorga el derecho a dar órdenes a todo el mundo. No es mal tipo, pero no creo que haya oído la palabra «no» en toda su infancia.

No me hace caso y se concentra en el móvil. Seguramente está planificando su noche.

Chace, que estudia Comunicación Audiovisual, como yo, sonrío con suficiencia y yo le saco la lengua. Nos conocimos el primer día en la facultad, cuando los dos nos perdimos en el campus y fingimos que sabíamos adónde íbamos. Desde entonces

hemos pasado muchas horas viendo películas, trabajando en proyectos y saliendo de fiesta. Aparte de Sienna, Chace es mi mejor amigo. Al poco tiempo de conocerlo ya empecé a sentir algo por él... Exactamente unos tres minutos después. No creo que él sienta lo mismo, porque me trata como si fuera uno de los chicos. No obstante, cada vez busca más y más razones para que pasemos tiempo a solas, y no son imaginaciones mías. Bueno, creo que no son imaginaciones mías.

Sienna aparece en la puerta.

—Lylah, ¿estás segura de que debería ponerme este? —pregunta. Se pasa las manos por los lados del vestido rojo como la sangre.

—No, estás horrible —respondo con una ceja enarcada. No es verdad y ella lo sabe.

Sienna es espectacular. Nació en Corea y se mudó con su familia al Reino Unido cuando tenía dos años. Tiene el pelo injustamente liso y brillante, y no desentonaría en una pasarela, aunque probablemente le falte altura para eso.

—Cállate. Esta es mi noche con Nathan. Voy a hacer que se enamore de mí sí o sí.

Dos semanas para San Valentín y se supone que todo el mundo tiene pareja. A Chace no parece disgustarle mucho la fecha, así que tal vez me sorprenda. Puede que no odiase tanto esta festividad si él también sintiera algo por mí.

—Sie, no se lo pongas en bandeja —señala Isaac. Le echa un brazo por los hombros—. Que se esfuerce un poco.

Isaac es un tío valiente y estúpido a la vez.

Sienna le lanza una mirada que podría matarlo; sus ojos negros se oscurecen.

—Gracias —responde, rezumando sarcasmo.

Isaac da un paso atrás, baja el brazo y se pasa la mano por el pelo negro y corto.

—Solo quería ayudar —se defiende.

Charlotte observa nuestra interacción con interés. Ella es la chica callada que vino a vivir con nosotros por casualidad. En los últimos cinco meses, desde que vivimos todos juntos, ella y yo nos hemos hecho amigas, pero para el resto sigue siendo casi una desconocida, pues prefiere quedarse en casa sola antes que hacer actividades con nosotros.

—¿Estás bien, Charlotte? —pregunta Chace al notar su tensión.

—Estoy pensando en quedarme aquí esta noche —contesta—. No me apetece mucho salir.

Lleva una falda larga vaquera y una camiseta de color coral. Tiene el pelo rubio claro recogido en una coleta alta. No parece que vaya a salir de fiesta, pero sé que se

lo pasaría bien.

Me acomodo en los cojines del sofá.

—Ni hablar, tú vienes.

Se inclina hacia mí.

—Ya sé que dije que quería vivir más experiencias universitarias, pero estoy bastante segura de que una obra sobre el sacrificio no forma parte de eso.

—No es solo la obra. Ya sabes que después vamos a ir a una fiesta.

—Y sé que no me lo voy a pasar bien.

—¿Qué hacías antes de que Lylah te adoptara, Charlotte? ¿Quedarte en casa y jugar sola al ajedrez? —se burla Sonny, y se ríe con su propio comentario.

Aprieto los dientes.

—No seas capullo, Sonny —le espeta Chace, que le da un manotazo en el pecho.

Charlotte baja la cabeza para esquivar la mirada de nuestro compañero y yo lo miro con furia.

—Tienes razón, he sido un idiota. Lo siento, Char. —Suspira.

Charlotte asiente, pero no creo que vaya a perdonarlo. Yo no lo haría si fuera ella.

—¿Podemos salir y pasárnoslo bien esta noche, por favor? —insiste Sonny—. Estamos todos solteros, y ya que a todos —se queda callado y me mira directamente a mí— o, bueno, a casi todos nosotros nos encanta el día de San Valentín y no queremos pasarlo solos, salir es prácticamente una obligación.

Él no tiene ningún problema para encontrar chicas, pero si las mujeres del campus oyeran cómo suele hablar de ellas, no creo que fuera tan popular.

Charlotte levanta la mirada y asiente.

—Ya está olvidado.

La mirada de Sonny se encuentra con la mía.

—¿Lylah?

Me encojo de hombros. No soy yo quien tiene que perdonarle.

—Claro, yo solo quiero divertirme esta noche.

«Y que Chace se dé cuenta de que está enamorado de mí.»

Si me divierto en la fiesta puede que esta época del año resulte un poco más soportable.

—Nada de romper corazones este año, Lylah —bromea Isaac.

«Ya estamos otra vez...»

Carraspeo y lo señalo con el dedo.

—Cállate. Yo no he roto nada.

—Por favor. Jake dejó la universidad porque lo rechazaste.

Jake, otro de nuestros amigos, intentó besarme el año pasado. Fue justo antes de que me marchara a casa para pasar el día de San Valentín, que resulta ser el aniversario de la muerte de mis padres, con mi hermano Riley. Él sabía que yo no estaba bien y aun así le pareció apropiado besarme. Pues no lo era. Lo aparté de mi lado y le dije que podía irse al infierno.

Al echar la vista atrás, me doy cuenta de que podría haber sido un poco más diplomática al decirle que no me gustaba, pero estaba muy sensible. La ansiedad me estaba matando y me daba miedo volver a casa. Aún sentía, y sigo sintiendo, muy reciente la muerte de mis padres.

Podría haber elegido un momento mejor para rechazarlo.

—Jake no se fue por mí. Se marchó cinco meses después de que eso sucediera.

—Porque, incluso después de todo ese tiempo, no pudo superarlo —añade Sonny, guiñándome un ojo.

Chace se levanta.

—Chicos, ya vale.

Él siempre está ahí para pedir a todo el mundo que pare cuando me molestan. Puedo defenderme sola, pero con el tema de Jake son incansables, así que me alegra tener a Chace para respaldarme.

—Solo estamos de broma —alega Sonny.

Casi salto del sofá cuando suena el timbre.

—¿Quién creéis que es? ¿Apostamos? —propone Chace.

—Seguro que es una de las ex de Sonny que no acepta un no por respuesta —sugiero.

Sienna se echa a reír.

—Yo digo que es la chica que no para de seguir a Isaac como un perrito faldero. Qué rarita es.

—No —comenta Isaac—. Seguro que es Nora intentando convertirse en la mejor amiga de Lylah.

Pongo los ojos en blanco y me dirijo a la entrada.

Nora vive en una casa al otro lado de la calle. Es simpática y hemos estudiado juntas varias veces, pero está intentando unirse a mi círculo de amigos a la fuerza. No es que no me caiga bien, pero no tenemos nada en común aparte de las clases.

Abro la puerta y me encuentro la entrada vacía.

—Chicos, solo es una broma. Seguro que alguien ha llamado y ha salido corriendo.

Estoy a punto de cerrar la puerta cuando veo un sobre en el felpudo. Es de color beis, tiene unas letras tipografiadas y está dirigido a Sonny. No hay remitente ni sello, así que deben de haberlo entregado a mano.

Me agacho, lo recojo y lo llevo dentro.

—¿Quién narices llama y sale corriendo después de los doce años? —pregunta Sonny.

Le tiendo el sobre.

—Será una de tus amigas. Esto estaba en el felpudo.

Abre el sobre con el ceño fruncido y saca una hoja de papel. Las siguientes palabras que salen de su boca son bastante bruscas. Tiene una mirada penetrante, como si pudiera incendiar el papel.

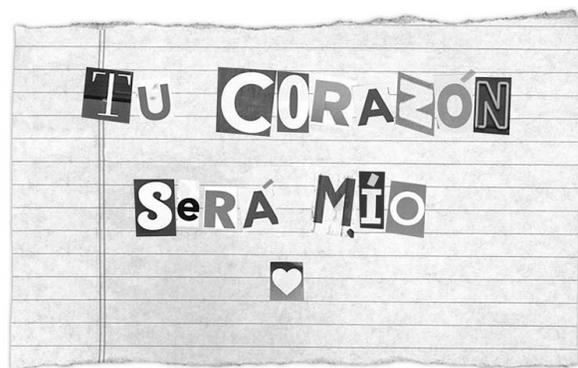
—¿Qué es? —pregunta Chace, que mira por encima de su hombro—. ¿Una admiradora secreta?

—Probablemente. Quien sea, está muerto como lo encuentre.

Comparto una mirada con Sienna, preguntándole en silencio si está metida en algún tipo de broma dirigida a Sonny. Niega con la cabeza.

—Enséñanosla —pide Isaac, y Sonny da la vuelta a la nota para que la veamos.

Abro mucho los ojos cuando leo lo que pone en el papel. Las letras son recortes de revistas o periódicos, y dice:



—Esto da miedo, ¿quién iba a enviar algo así? —pregunto.

A los estudiantes de por aquí les gustan mucho las bromas, como en cualquier universidad, pero suelen ser tonterías como cambiar el ketchup por salsa picante en

el comedor o llenar las zonas comunes del campus con globos rosas y rojos. La gente no suele escribir notas personales, o al menos a mí no me consta. Normalmente las bromas se hacen en público, para que mucha gente pueda reírse.

—¿Crees que ha sido una de las chicas a las que rechazas? —pregunta Charlotte. Le brillan los ojos azules. Disfruta con la incomodidad de Sonny.

—No creo que ninguna sea tan dependiente —responde él.

«Qué bonito.»

—Bueno, solo es una broma —apunta Chace—. ¿Estamos todos listos? Vámonos.

Sienna e Isaac son los primeros en salir y mi amiga prácticamente resplandece de la emoción. Charlotte sigue a Sonny, pero tiene aspecto de preferir cualquier otra cosa antes que salir. Chace me espera y me tiende el brazo. Entrelazo el mío con el de él.

Es noche cerrada y hace un frío que pela. Siento un escalofrío. Tendría que haber elegido un abrigo más grueso. Miro la urbanización, de un lado a otro, mientras recorremos el corto trayecto desde la puerta hasta la cancela. Todo está muy tranquilo. Las casas son iguales a ambos lados de la carretera, todas ellas de estilo victoriano, la mayoría ocupadas por estudiantes. La nuestra está en medio, por lo que suele haber ruido siempre, a pesar de que vivir fuera del campus es bastante más tranquilo que hacerlo en la residencia de la universidad. Me encanta la independencia de estar lejos de casa, sobre todo lejos de mi hermano. Pero odio tener que hacer la colada.

Sonny, que va el primero, abre el contenedor de la basura que hay en la calle y tira la nota. Maldice cuando cierra la tapa.

Me paso la lengua por los labios secos y miro hacia la calle. Entre la acera y la carretera hay una extensión de hierba con unos robles enormes, altos y fuertes que bloquean la luz de las farolas. Al final de la hilera de árboles, una de las luces titila. Es el escenario perfecto para un acosador; podría ir y venir a su antojo sin ser visto. ¿Podría estar esperando entre las sombras la persona que ha dejado la nota?

—¿Deberíamos preocuparnos por la nota de Sonny? —pregunto en voz baja.

Chace me suelta el brazo para que pase yo primero por la cancela de la urbanización.

—¿Por qué lo dices?

—Está claro que no es una nota de amor y tampoco es una broma divertida. ¿Y si es una amenaza de verdad?

Se detiene en la calle y se cruza de brazos.

—Me parece que estás dejando que esa imaginación loca que tienes vuele a su antojo.

—Pero se supone que una broma tiene que ser divertida. Nadie se ha reído. Una nota espeluznante con letras sacadas de revistas es...

—Una broma retorcida que se le ha ocurrido a alguien —me interrumpe—. Olvídalo, Lylah. Sonny no le ha dado importancia. Ya sabes que hoy comienza toda la locura de San Valentín y parece que la gente está acelerada este año.

Abro la boca para protestar. Él no lo entiende. Somos todos amigos, vivimos juntos. Si alguien amenaza a Sonny, nos afecta a todos.

Chace ladea la cabeza y sonrío.

—Tranquilízate, Lylah. Ves demasiadas películas de miedo. Vamos a divertirnos y tú te vas a olvidar de la nota. Nadie está amenazando a Sonny, ¿de acuerdo?

Asiento y le devuelvo la sonrisa. Sin embargo, no debe de ser muy convincente, porque me toma de la mano y me da un apretón.

El corazón se me acelera, pero no sé si es por lo cerca que estoy de Chace o por la posibilidad de que alguien esté acosando a Sonny.

Jueves,

1 de febrero

Llegamos al teatro temprano, pero los acomodadores ya están dejando entrar a la gente. Enseño la entrada y sigo a mis amigos. La habitación está llena de mesas redondas y sillas colocadas de frente al escenario.

—Estamos en la mesa de la mala suerte, la trece —comenta Isaac, mirando a su alrededor—. ¿Dónde está?

Chace sonríe.

—Estás al lado del plano de distribución de las mesas.

Isaac vuelve la cabeza y abre la boca sorprendido. Menudo idiota.

—Estamos allí —indica, señalando una mesa que hay al lado izquierdo del escenario. Segunda fila. Parece que tendremos buena visibilidad y las mesas están bien distanciadas entre sí.

El precio de las entradas incluye algo para picar, pero no especificaba de qué se trataba cuando las compramos, así que no tengo ni idea de qué hay en el menú.

Los camareros con pantalones negros de vestir y camisas rojas se pasean por la sala, acompañando al público a las mesas, pero sin comida a la vista. Supongo que están esperando a que se siente todo el mundo antes de servirla. Tomo asiento entre Charlotte y Chace. Sienna y yo hemos hecho un pacto secreto para asegurarnos de que Char se lo pase bien esta noche y, tal vez, ayudarla a que conozca a algún chico simpático. Desde que la conocemos —que tampoco es tanto tiempo— no ha tenido ninguna cita ni ha mostrado interés en nadie. Un día nos contó que había tenido su último novio en el instituto.

—¿Cuándo viene la comida? Estoy muerto de hambre —murmura Sonny. Toma la carta de bebidas de la mesa.

—La obra no empieza hasta dentro de veinte minutos. Puede que no la sirvan hasta entonces —contesta Sienna. Mira el salón, probablemente buscando al chico que le gusta, Nathan, el objetivo de su vestido, que va a venir con sus amigos.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Retuerce la boca en una sonrisa falsa.

—Seguro que ha decidido no venir.

—Sie... —digo en un intento de mostrarme comprensiva.

Noto una ráfaga de aire en la cara cuando mueve la mano para interrumpirme y fingir que no le importa que el chico se haya echado atrás.

El salón se llena poco a poco mientras hablamos y, poco después, las luces parpadean; es la señal para que pidamos las bebidas y nos sentemos a ver la obra.

—Voy a la barra —digo, y aparto la silla para levantarme.

Chace me imita.

—Voy contigo.

Sabía que lo haría. Siempre se comporta como un caballero y me ahorra tener que llevar una bandeja llena de bebidas yo sola. Retrocede un paso y deja que yo vaya delante. Apoya una mano en la parte baja de mi espalda cuando paso por su lado. Noto que mi corazón se ha acelerado mientras nos abrimos paso entre la gente.

La barra huele a limón, como si acabaran de limpiarla. Me apoyo en la madera oscura junto a Chace, que está haciendo señas al camarero.

El chico, que es muy alto, de piel oscura y está cubierto de tatuajes, frunce el ceño. Desplaza los ojos verdes entre Chace y yo y frunce más el ceño, como si tratara de adivinar de qué nos conoce. Se agacha y coge una polaroid de debajo de la barra. Por cómo la sostiene, solo veo que tiene el fondo negro y el borde blanco.

—¿Pasa algo? —pregunta Chace—. Solo queremos unas bebidas.

El hombre sonrío.

—Ya me imaginaba que erais vosotros. La primera ronda está pagada.

—¡Qué bien! —exclama Chace—. ¿Quién invita?

El camarero sacude la muñeca y le lanza la fotografía.

Me quedo paralizada y con la boca abierta cuando la veo. En la foto aparecemos nosotros seis alrededor de la mesa. Han debido de sacarla en los últimos diez minutos. ¿Alguien nos ha estado observando?

El hombre se encoge de hombros.

—Ni idea, amigo. Un hombre muy musculoso. Llevaba una sudadera oscura y ha pagado en efectivo.

¿Un tipo musculoso con sudadera? Conozco a muchos tíos que hacen ejercicio y la mayoría tienen una sudadera oscura, porque los colores de la universidad son el negro y el amarillo. De hecho, creo que yo tengo tres.

—Ah —responde Chace—. De acuerdo, queremos tres Coronitas, dos vinos blancos y un vodka con agua con gas.

¿En serio? ¿Está pidiendo las bebidas cuando a mí se me va a salir el corazón del pecho?

—¡Chace! —bramo y le tiro de la camiseta, que se ha remangado hasta el codo—. ¿Qué haces?

—¿Por qué preguntas?

—No sabemos quién ha pagado las bebidas.

—Son bebidas gratis, Lylah.

—¿Primero nos dejan una nota y ahora esto? —Señalo la fotografía—. ¿No te preocupa que las dos cosas estén relacionadas?

—¿Preocupado porque haya otra chica que esté acosando a Sonny? ¿Porque no tengamos que pagar por las bebidas?

—No sabemos quién las ha pedido.

—¡Qué más da! Estoy viendo cómo las está preparando el camarero, así que no hay riesgo de que les haya echado nada.

Ladeo la cabeza y le lanzo una mirada de soslayo.

—¿Crees que estoy exagerando?

—Un poco, sí. Mira, ya sé que esto parece un poco raro, pero ya sabes cómo se comporta la gente del campus cuando se acercan las fiestas. Habrá muchas más bromas, sin más motivo que divertir a la gente. —Se acerca más a mí y el olor de la loción para después del afeitado me envuelve. Como si se tratara de una droga, me engancha de inmediato y me acerco yo también—. Por favor, no te preocupes y disfruta de la noche.

—¿Este año vas a celebrar San Valentín? El año pasado no te interesaba tanto. —Mi voz es apenas un susurro, pero estoy tan cautivada que no me importa.

Los ojos verdes de Chace me observan el alma y noto que me ruborizo.

—Nunca había tenido una razón para que me gustase —responde, al tiempo que cubre la distancia que hay entre los dos.

«¿Y ahora tienes una razón? Por favor, argumenta tu respuesta.»

—Aquí tenéis, chicos —anuncia el camarero. «Este hombre llega en el peor momento posible», pienso.

Chace aparta la mirada y la fija en el camarero. Asiente.

«¡No! ¿Cuál es esa razón, Chace?»

Nuestro momento ha pasado.

Mi amigo deja una propina en la barra y levanta la bandeja. Me entran ganas de

chillar. Es posible que estuviera preparándose para confesar sus sentimientos por mí o para besarme. Llevo muchísimo tiempo esperando este momento y ahora nos interrumpen.

Chace me sonrío por encima del hombro mientras se aleja de la barra.

—¿Vienes o no? —pregunta.

Tomo la fotografía y lo sigo hasta nuestra mesa, donde suelta la bandeja. Coloco la foto al lado de las bebidas.

—Han dejado esto en la barra con dinero para invitarnos a una ronda —señalo.

Puede que Chace no esté preocupado, pero seguro que alguno de mis amigos conecta los dos sucesos. Puedo contar con Sienna y Charlotte... creo.

—Somos nosotros —apunta Isaac.

—Felicidades, Sherlock —murmura Chace con tono sarcástico.

Sonny alcanza su bebida y la alza.

—Pues gracias al hada misteriosa de las bebidas.

—¿Por qué nos han hecho una foto? —pregunta Charlotte.

—¡Exacto! —exclamo.

—Para que el camarero sepa a quién ofrecerle las bebidas —responde Isaac, poniendo los ojos en blanco—. Está claro.

Pero a mí no me convence.

—¿Y por qué en secreto?

Isaac se encoge de hombros.

—No lo sé, Lylah. Bebe, la obra está a punto de comenzar.

No entiendo por qué nadie se toma esto en serio. No tiene sentido.

—¿Qué hay en la parte de atrás de la foto? —pregunta Sienna.

—¿Eh? —se sorprende Chace.

—La esquina está despegada. —Agarra la imagen y tira del reverso negro brillante.

«¡Dios mío!»

Cuando retira todo el reverso, Sienna mira la foto y vuelve a dejarla en la mesa, como si le quemara. El pequeño cuadrado negro se parece a la nota con letras recortadas que recibió antes Sonny.

TACTAC,

SONNY

Jueves,

1 de febrero

Nadie dice nada y todos nos quedamos mirando la nota.

—Esto no es solo una broma —comento.

Sonny retuerce el labio en una expresión de disgusto.

—Me están acosando. Siempre he sido muy claro con las mujeres. No quiero nada serio y odio cuando a alguna se le olvida o piensa que puede hacerme cambiar de opinión.

—Tío, ¿tienes idea de quién puede ser? —pregunta Isaac.

Coge la nota y le da la vuelta.

—Ni idea. Está claro que no me conoce si cree que va a convencerme con una bebida gratis.

—¿Creéis que deberíamos irnos? —pregunto, mirando a la gente. Este lugar está abarrotado; cada mesa tiene al menos cuatro personas a su alrededor. Hay otras tantas en la barra, pidiendo bebidas. Nadie mira adonde estamos nosotros. Si la persona responsable de esto está aquí, ¿no estaría comprobando nuestra reacción?

—No, no vamos a irnos a ninguna parte —brama Sonny—. Esa idiota no va a arruinarme la noche.

Chace se acerca más a mí.

—Te hacía mucha ilusión venir aquí, y hacía mucho tiempo que no sentías ilusión por nada.

«Los días previos al aniversario de la muerte de tus padres suelen ser así.»

Me llevo de forma instintiva la mano al colgante con forma de corazón que me compraron mis padres por mi decimosexto cumpleaños.

—Chace, yo...

Me tapa la boca con la yema del dedo índice y niega con la cabeza.

—Nop. —Baja la mano—. Olvídte de las notas esta noche. Mañana ya pensaremos en ello. Sonny puede informar a la policía o a la seguridad del campus mañana.

Me retrepo en el asiento y me muerdo el labio. Me duele la barriga por la ansiedad que siento por Sonny, pero ahora mismo no hay mucho que pueda hacer. Asiento y mi atención vuelve a centrarse en el escenario cuando las luces se apagan.

Empieza la obra.

Me remuevo en la silla y observo. Los estudiantes de Arte Dramático son increíbles, pero soy incapaz de concentrarme en su actuación. Tengo la mente en las notas y en el hecho de que sea quien sea quien las haya enviado no quiere que conozcamos su identidad. Si fuera una chica que anduviera detrás de Sonny, ¿no se identificaría?

No tiene sentido.

Si hubiera ido directamente a la puerta antes puede que hubiera visto a la persona que dejó la nota. Quien ha pagado nuestras bebidas probablemente esté en algún lugar de esta sala ahora mismo. Mirando la obra. O a nosotros. Se me erizan los pelos de la nuca.

En cuanto termina la representación, vuelven a encender las luces y me pongo en pie.

—¿Nos vamos ya, chicos? —propongo.

Chace resopla.

—Madre mía, Lylah, ¿dónde está el incendio? ¿Tantas ganas tienes de llegar a la fiesta?

Mierda, con todo lo que ha pasado esta noche, me había olvidado de la fiesta.

—La verdad es que estoy cansada. Me voy a casa.

—Muy bien. Yo os dejo. Tengo que estar en otro sitio —comenta Sonny.

Sienna lo agarra del brazo.

—¡Espera, Sonny! ¿Crees que es buena idea que te vayas solo con una acosadora ahí fuera?

No sé si lo dice sarcásticamente o no, pero Sonny se ríe.

—Qué graciosa, Sie. No me esperéis despiertos.

Nuestro amigo se marcha, probablemente a algún lugar acordado previamente para encontrarse con quien sea que haya quedado esta noche. Lo veo desaparecer entre la gente.

—¿Pensáis que corre peligro?

—Estará bien —contesta Charlotte. Camina a mi lado cuando nos dirigimos a la salida—. Gracias por animarme a venir esta noche. Me ha gustado mucho.

—Me alegro. —Al menos alguien lo ha pasado bien. Yo no estoy segura de haberlo disfrutado.

—Creo que me voy a casa contigo, si te parece bien —añade.

—Y yo —dice Sienna—. Nathan no ha venido y habrá otras fiestas este fin de semana. Ya está bien por esta noche, me voy a disfrutar de un sueño reparador.

Chace e Isaac parecen un tanto decepcionados, pero insisten en acompañarnos.

—Vinimos en grupo, así que nos vamos en grupo —señala Chace—. Bueno, menos Sonny.

Le sonrío, pero tengo la atención puesta en el público que sale del teatro. Estoy buscando a alguien con una sudadera. Me muerdo el labio, nerviosa por salir de este espacio tan abarrotado. «Vamos, vamos.» No quiero estar en la misma habitación que una persona que nos hace una fotografía en lugar de acercarse a invitarnos a las bebidas.

Chace se queda a mi lado, con el pecho casi pegado a mi espalda, como si notara que estoy de los nervios. Hay dos porteros a ambos lados de la puerta de brazos cruzados, asegurándose de que los estudiantes borrachos siguen moviéndose. Son los dos del tamaño de una casa, así que no hay mucha gente causando problemas.

Fuera hace aún más frío que antes. La temperatura ha bajado y el hielo empieza a brillar en el asfalto. El viento me muerde la piel a través del abrigo. Me abrazo el cuerpo y me acerco más a Chace. Puedo echar la culpa al frío si me pregunta por qué estoy tan pegada a él.

Me echa el brazo por encima de los hombros y choco con su costado cuando tira de mí.

Ha funcionado.

—¿Tienes frío, Lylah?

—Sí. No me gusta el invierno.

—Vives en el país equivocado.

«No me digas.»

—¡Dios mío! —chilla Sienna con una voz tan aguda que me hace estremecer.

—Santo cielo, Sie. Eso solo lo pueden oír los perros —se queja Isaac.

Sigo su mirada. Hay un grafiti enorme en una de las paredes de la biblioteca. Con letras rojas, como si gotearan sangre, puede leerse:

SERÁS MÍA

El artista ha sombreado cada letra con negro y gris para que las palabras resalten. Da miedo, pero está bien hecho.

—Ese chico tiene talento —comenta Isaac.

—¿Cómo sabes que es un chico? —pregunto.

Levanta las manos.

—O esa chica.

—Gracias —respondo, sonriendo.

—No has sido tú, ¿no, Lylah? —bromea Isaac.

—Todos sabemos que su talento artístico comienza y termina con las personas dibujadas con palitos —se burla Chace, que me rodea el cuerpo con el brazo.

Respondería con algún comentario irónico, pero es cierto que se me da fatal el dibujo.

Nos dirigimos a nuestra casa alquilada, que está a unos cinco minutos. Mientras atravesamos el campus, pasan dos chicos corriendo disfrazados de Cupido, vestidos únicamente con lo que parece una sábana alrededor del trasero. Espero que se congelen. Menudos idiotas.

Pongo los ojos en blanco y me río.

—La gente está loca.

Doblamos la esquina, pasamos junto a la cafetería, uno de los lugares preferidos de los universitarios, y estamos, oficialmente, fuera del campus. Aquí todo está más oscuro, pues los árboles altos tapan la luz, y eso me pone nerviosa siempre que camino sola por la noche. Nunca pasa nada, creo que tan solo ha habido un asalto en todo el tiempo que llevo en la universidad, y ni siquiera cuenta como tal porque el asaltante iba como una cuba y robó a su novia su propio monedero.

Sienna va delante, contoneando sus estrechas caderas. Isaac la sigue, riendo por algo que ella ha dicho. En el lado opuesto de la carretera, caminando hacia nosotros, viene un chico con una sudadera. ¿Será el del teatro?

Me muerdo el labio. Es algo que hago siempre que estoy nerviosa. Cuando mis padres murieron estuve a punto de destrozarme los labios de tanto mordérmelos.

Chace resopla:

—¿Quieres toda la acera para ti, Lylah?

—¿Qué? —Lo miro. Está casi en la carretera, hacia donde lo he ido llevando bruscamente sin darme cuenta, y yo ocupo la mayor parte de la acera—. Oh.

Abre la boca, pero antes de que pueda hablar, se oye un golpe fuerte de algo duro que golpea el asfalto. Chace tira de mí cuando vuelvo la cabeza en dirección al ruido. En el centro de la calle hay una masa de humo rojo.

—¡Dios! —exclama Chace, riendo—. Ha sido impresionante. Casi me he asustado.

Sienna e Isaac prácticamente están vitoreando y yo estoy clavada en el suelo, viendo cómo la figura encapuchada se aleja de nosotros.

—¿Qué ha sido eso?

—Una bomba de humo —contesta Chace—. Una buena broma, aunque probablemente yo la habría reservado para una audiencia más grande.

—Sí —coincide Isaac—. Si todo el mundo va a unirse al juego de las bromitas, vamos a tener que buscar ideas.

Chace sonrío.

—Si no puedes vencerlos, únete a ellos, ¿no?

Frunzo el ceño con la mirada puesta en la distancia, por donde el hombre ha desaparecido.

Supongo.

Entramos en el salón y nos derrumbamos en los sillones. Chace se sienta conmigo en el sofá de dos plazas y Charlotte, Sienna e Isaac ocupan el de tres.

—¿Quieres hablar? —me susurra Chace, que apoya todo el cuerpo en el mío.

Me echo hacia atrás y lo miro.

—¿De qué?

—De lo que te tiene tan nerviosa. Te veo, Lylah. Siempre.

«¿Siempre?»

—No puedo dejar de pensar en las notas, las bebidas, el grafiti, la bomba de humo. Es demasiado.

—El año pasado vimos una bomba de humo y un grafiti —señala.

—Sí, pero ambas cosas no estaban relacionadas. El grafiti era casi idéntico a la nota de Sonny. ¿En serio crees que es una coincidencia?

—Puede que no, pero es probable que alguien esté intentando tocarle las narices. Por favor, no permitas que te afecte. Ya sé que es una época bastante sensible para ti.

—No, estoy bien. —Me obligo a sonreír cuando lo que me apetece es gritarle que deje de justificar mis miedos.

Y de hablar de mis padres. Chace me ha hecho varias preguntas sobre ellos desde que nos conocemos, pero respeta que no quiera hablar de lo que sucedió. No puedo. Me ha costado mucho tiempo aprender a comportarme de un modo normal, respirar

sin sentir que me voy a asfixiar. No quiero hacer nada que pueda devolverme a una época en la que estaba tan desolada que no sabía si sobreviviría.

Además, hablar no siempre ayuda, sobre todo cuando has tenido que enfrentarte a la pérdida tantas veces en terapia. Quiero olvidar lo mucho que duele echar tanto de menos a alguien que desearías morir.

—No me voy a poner como una loca —afirmo, en un tono más convincente esta vez. Chace hace chocar su hombro con el mío y sonrío.

—Me alegro.

—¿Creéis que tendríamos que avisar a la policía? —pregunta Sienna, sosteniendo en alto la nota y la fotografía.

Sonny no le dio importancia y no quiso llevársela, pero Sie la cogió antes de que nos fuéramos. Si no, lo habría hecho yo. También ella recuperó la nota después de que Sonny la tirara a la basura. Al menos estaba en la capa de arriba del contenedor.

—Sí —contesto—. Deberíamos llamar a la policía.

—Pero no van a hacer nada. ¿Qué pueden hacer? —comenta Chace.

—¿Tomar muestras de huellas dactilares? Distintas de las nuestras, claro. Probablemente haya otras pistas para identificar a quien lo hizo. ¿Es que no ves series de detectives? Aunque empezara como una broma, Sonny tiene que saber quién está detrás de esto y la policía tiene que asegurarse de que ella, o él, deje de hacerlo.

—Ojalá supiéramos quién ha sido. Tengo una idea estupenda para devolverle la broma —señala Isaac—. Podemos comprar esos gusanos que venden en las tiendas de animales para los lagartos y dejarlos sueltos en su habitación.

Me estremezco al pensar en gusanos reptando por mi piel.

—Yo solo quiero que pase el día de San Valentín —murmuro.

—¿Todavía estás incómoda por lo de Jake? —pregunta Isaac.

Se ríe y se aparta cuando Chace levanta el brazo para darle un puñetazo. Chace sacude la cabeza y articula algo con los labios que no llego a leer, pero supongo que es un taco.

Ese es el único material que tiene Isaac para burlarse de mí, literalmente.

—No, no estoy incómoda por lo de Jake —respondo.

Han pasado casi dos años y el aniversario de la muerte de mis padres sigue resultando igual de doloroso que cuando mi hermano y yo contamos por primera vez que éramos huérfanos. Pero sería una enorme mentira negar a mis amigos que Jake

hizo que odiara todavía más ese día.

Aunque la situación con él fue muy molesta durante un tiempo, ya estábamos bien antes de que dejara la facultad. O eso creo. Ninguno de los dos volvió a mencionar el beso. Y no he vuelto a saber de él desde que se fue, más allá de intercambiar breves felicitaciones navideñas en diciembre.

—No tiene motivos para estar incómoda —me defiende Sienna.

Isaac levanta las manos.

—Era broma. Puede que le rompieras el corazón a ese pobre chico, pero eso no significa que tengas que sentirte mal por ello.

Entrecierro los ojos para demostrarle que no va a convencerme de lo que sea que esté intentando.

—Qué dramático eres, solo fue un intento de beso, y ya está. No me propuso matrimonio ni nada de eso.

Isaac frunce el ceño.

—Vale, no tiene gracia.

Esbozo una sonrisa victoriosa.

—Siento decepcionarte. Si dejamos de hablar de mi trágica vida amorosa, podemos hablar de las bromas.

Chace resopla.

—Lylah quiere unirse este año.

—¿En serio? Normalmente no quieres involucrarte —replica Sienna.

—Pero ahora tengo una motivación. Tengo la esperanza de que le gastemos una buena broma a la persona que está acosando a Sonny.

—Polvos de talco en los secadores de pelo del equipo femenino de natación — sugiere Isaac—. Me ofrezco voluntario para entrar al vestuario.

Sienna pone los ojos oscuros en blanco.

—Muy buena.

—Yo quiero hacer algo como... quemar un montón de muñecos de Cupido en medio del campus con mucha sangre falsa a su alrededor —propongo.

Chace se ríe.

—Por Dios, Lylah. Me parece que disfrutarías un poco demasiado de esa situación.

Puede ser. ¿Qué dice eso de mí?

Isaac sonrío.

—No te gusta nada esta fiesta, ¿eh?

—Nop. —Nada de nada.

Si mis padres no hubiesen estado de camino a un hotel pijo para una celebración romántica, aún estarían aquí. No habrían muerto. Mi hermano y yo no nos enteramos del accidente hasta varias horas después de que sucediera. Riley y yo llegamos al hospital con la idea de que nos informarían de que nuestros padres se pondrían bien, que nos dirían que no nos preocupáramos, pero murieron minutos después de que el reloj marcara la medianoche del día catorce.

—Bueno, estoy cansada y necesito mi cama —continúo, cambiando de tema—. Mañana vamos a comprar los polvos de talco, la sangre falsa y los Cupidos.

Deseo buenas noches a mis compañeros, me lavo los dientes y me voy a mi habitación. Cierro la puerta y camino lentamente por la moqueta. Me quito el vestido por la cabeza y lo dejo en la silla que tengo en un rincón del dormitorio. Normalmente soy una persona ordenada, pero cuando estoy cansada todo me da igual. Alcanzo el pijama que dejé arrugado en la cama. Me servirá para esta noche. Me pesan los ojos y me duelen las piernas. No tengo fuerzas para buscar otro pijama.

Me lo pongo y enseguida me siento calentita y cómoda. Es de color lila, muy suave, y tiene el dibujo de un unicornio. Nunca permitiré que Chace lo vea. Cuando salgo de la habitación en pijama, lo hago con uno de seda.

Agarro el borde del edredón, lo bajo y noto un pinchazo en el pulgar. Aparto los dedos en un gesto instintivo y retiro la mano. Me salen unas gotitas de sangre del pulgar y veo una rosa roja en el suelo, entre los pies.

¿Qué es esto?

«Sonny.»

Me llevo el dedo a los labios. Sonny tiene fama de dejar sorpresas en camas ajenas, como arañas o ropa interior femenina en la cama de algún amigo.

Me agacho, cojo la rosa por el tallo y la pongo en la mesita de noche. Mañana dejaré algo en su cama y no será tan bonito como una flor. Puede que me decante por unos camarones, o por unas cabezas de pescado, o algo que apeste. Si fuera valiente, le robaría a Isaac la idea de los gusanos.

Pase lo que pase, Sonny va a caer.

*Viernes,
2 de febrero*

Me despierto con el suave golpeteo de la lluvia contra la ventana.

A pesar de lo poco que me gusta mojarme cuando salgo, me encanta la lluvia. Su sonido tiene algo que me resulta profundamente relajante. Me vibra la Fitbit en la muñeca, la alarma silenciosa que me avisa de que son las seis de la mañana, la hora de levantarse.

Elevo los brazos por encima de la cabeza y me estiro todo lo que puedo, arqueando la espalda. Antes de que murieran mis padres dormía todas las horas posibles y ponía los ojos en blanco cuando mi madre me decía que tenía que aprovechar cada día y no dormir la vida entera.

Ahora no me importan las pocas ganas que tenga de salir de la cama; simplemente lo hago. Mi madre ya no tendrá esa posibilidad nunca más.

«Bien. Levántate.»

Agarro el edredón y lo aparto. Rápidamente se me eriza el vello por el aire frío de la vieja casa, así que me incorporo antes de cambiar de opinión, acurrucarme de nuevo entre las sábanas y seguir durmiendo.

Salgo de la habitación y recorro el pasillo hasta el baño. Aquí se está más caliente; el año pasado instalamos un radiador y emana mucho calor.

Cuando ya estoy duchada y vestida, bajo las escaleras de puntillas, esquivando los tablones rotos para no despertar a nadie.

Sonny y Sienna son los únicos que se despiertan más o menos a la misma hora que yo. Los demás son unos perezosos. La cocina está en silencio cuando entro. Las habitaciones de Charlotte e Isaac están abajo, así que procuro no hacer ruido hasta las siete, cuando aparecen.

—Buenos días —saludo a Sienna, que ya está sentada en la cocina. Tiene el pelo liso totalmente despeinado—. ¿Una mala noche?

Ni siquiera levanta la mirada de la enorme taza de café solo.

—Uf, no he podido dormir. Estoy cansada —murmura.

—No solemos llegar antes que Sonny, ¿aún no ha bajado?

—No estaba en su habitación —musita con una voz monótona que hace que

parezca una frase pregrabada.

—¿Cómo lo sabes? —Alcanzo una taza para echarme café.

—La puerta estaba abierta. Ni idea de dónde está.

Me vuelvo para mirarla.

—Qué raro. Él no duerme fuera. Nunca. —Sonny es un hombre de muchas mujeres. Dudo que pueda llegar a contar sus «conquistas», como él las llama, pero ni una sola vez ha dormido fuera con nadie. No se arriesgaría a tener que pasar por el incómodo paseo de la vergüenza de la mañana o la conversación del día después.

Sienna se encoge de hombros.

—Yo también lo he pensado. A lo mejor está cambiando sus métodos. —Se queda callada y una risita aguda burbujea en su garganta de forma involuntaria—. O puede que no.

Me sirvo café, me siento a la mesa con mi amiga y esperamos a que los demás se despierten.

Por supuesto, sé que preocuparme por un joven maduro que probablemente ha decidido dormir fuera es ridículo, pero también sé que algo va mal. Lo siento. Estoy inquieta y tengo un nudo en el estómago. Desde la muerte de mis padres siempre me he preparado para lo peor. Cuando llegaron al hospital después del accidente se esperaba que ambos se recuperaran por completo. Mamá murió en la mesa de operaciones y papá menos de cuarenta minutos después, tras sufrir un sangrado interno considerable.

—¿Sabéis algo de Sonny? —pregunto cuando Charlotte e Isaac entran en la cocina una hora más tarde. En cuanto sepa dónde está, me tranquilizaré.

Charlotte enarca las cejas. Su cara lo dice todo: «No me llamaría a mí ni aunque fuera el último ser humano en la tierra». Y es verdad, no lo haría.

Isaac levanta un hombro en un gesto de vacilación.

—Nop.

—No ha llegado aún —explico.

—¿En serio? —pregunta Isaac—. Probablemente se haya quedado dormido en la cama de alguna chica por accidente. Seguro que bebió demasiado.

—Eh... puede —murmuro.

—¿Deberíamos preocuparnos? —pregunta Sienna, más despierta ahora que se ha tomado su segunda ración de cafeína—. No es propio de él.

Se me revuelve el estómago. Sonny está siempre aquí por la mañana, sobre todo

cuando tiene clase. Su familia no vive cerca, así que en raras ocasiones se marcha a casa, ni siquiera cuando tiene vacaciones. Él siempre está aquí.

Aparto la silla y me levanto.

—Voy a preguntarle a Chace si sabe algo.

—¿Si sé algo de qué? —La voz de Chace es como una descarga de electricidad en mi corazón. Siempre.

«Mírale a la cara y no pienses en lo mucho que le favorece esa camiseta gris con sus brazos tonificados.»

—Sonny ha desaparecido —informa Isaac.

—Vaya, ¿desaparecido? Entonces ¿estamos confirmando que ha desaparecido? —pregunto.

Se me acelera el corazón. Las palabras de Isaac dan vida a mis peores miedos y, de pronto, de ser una preocupación molesta en el fondo de mi mente pasan a convertirse en un temor apabullante.

Entonces ¿eran esas notas amenazas reales?

—No está aquí y no sabemos dónde está. Creo que esa es la definición exacta de desaparecido —argumenta Isaac.

Chace niega con la cabeza y con ese gesto su cabello rubio alborotado se despeina. Está guapísimo.

—No te agobies. Puede que haya decidido volver a correr. Igual se ha ido a alguna tienda, o tal vez se haya quedado dormido sin querer en casa de una chica.

Todas las explicaciones de Chace son posibles... si no conoces a Sonny.

—Voy a intentar llamarlo de nuevo al móvil —comento, pulsando con el dedo su nombre en la pantalla.

—Estamos todos preocupados, Lylah, pero tú estás paranoica —contesta Chace. Cuando pasa por mi lado, me roza la espalda con el brazo.

No sé si ha sido un gesto intencionado o accidental, pero no pienso quejarme. Además, no estoy paranoica, solo soy una amiga preocupada. Una buena amiga.

Me llevo el teléfono a la oreja y espero. Cuando salta el mensaje del contestador de Sonny, cuelgo.

—Ni siquiera da tono.

—Está bien, Lylah, ¿nos vamos ya? —pregunta Chace, que se echa el café en un termo.

Tenemos mucho trabajo que hacer para un proyecto de una campaña publicitaria,

pero eso no me preocupa en absoluto ahora mismo.

—Eh, sí. —Me vuelvo hacia Isaac, Sienna y Charlotte—. ¿Podéis enviarme un mensaje cuando sepáis algo de él?

—Sí, me pasaré por la cafetería y la biblioteca de camino al gimnasio para comprobar si está allí —señala Isaac—. Aunque, si te soy sincero, toda esta situación parece muy propia de él. Ya sabes lo mucho que le gusta el espectáculo. Las notas, la fotografía, las bebidas. Probablemente sea todo cosa suya.

Sienna se levanta y se pasa los dedos por el pelo.

—Te veo en el gimnasio antes de clase, Isaac. Y tienes razón: si alguien es capaz de idear una broma como esta, ese es Sonny.

Dejó una rosa en mi cama. ¿Esta es la idea que tiene Sonny de una broma? Aunque no me sorprendería, me molestaría mucho que estuviera jugando así con nosotros.

Chace me rodea la cintura con el brazo, captando mi atención y consiguiendo que me dé un vuelco el corazón. ¿Por qué no ha podido dejarme él la rosa? Me he encaprichado con él de una forma algo enfermiza.

—¿Ves? Sonny seguramente esté intentando llamar la atención. No sé cómo no lo he pensado antes. Vamos a olvidarnos un poco de él y a concentrarnos en nuestro proyecto, ¿de acuerdo?

Sonrío y bajo la cabeza.

—Claro.

Isaac y Sienna recogen sus cosas y salen por la puerta de atrás en dirección al gimnasio, que está fuera del campus. A ninguno le gusta el que hay en el campus, está siempre lleno de tíos que gruñen delante del espejo mientras posan con las pesas. Me sorprende incluso que vayan a uno. A mí no me importa salir a correr, pero el gimnasio no es lo mío.

Unos minutos después, Chace y yo salimos por la puerta principal. No hace tanto frío como ayer, pero sí el suficiente para sentir un escalofrío.

Chace me echa el brazo por encima de los hombros y caminamos por la acera; acortamos después por un camino rodeado de árboles que es un atajo al campus. El viento mece las ramas desnudas que tenemos encima y la hierba cubierta de escarcha cruje bajo mis pies.

Pasamos por las tiendas y los restaurantes, todos decorados con purpurina y corazones por el día de San Valentín, y Chace me sonrío todo el tiempo. Me gustaría mostrarme alegre y tontear con él, como siempre, pero siento como si me siguiera un

nubarrón oscuro. Mis padres eran muy aprensivos y supongo que lo he heredado de ellos.

Como siempre, cuando llegamos al edificio de Comunicación Audiovisual, Chace abre la puerta para que pase yo antes. Su gesto me dibuja una sonrisa en la cara.

—Gracias.

—De nada, cielo —responde con un terrible acento americano.

—Eso ha sido horrible. Debería darte vergüenza.

Pone los preciosos ojos verdes en blanco.

—A ver si terminamos ya el proyecto.

Me sorprende encontrar los pasillos tan tranquilos cuando nos dirigimos al aula de edición. Tanto Chace como yo esperamos que un título en producción de cine y televisión nos facilite encontrar un trabajo en el mundo del séptimo arte. O, al menos, en la televisión. Estaría bien vivir en Los Ángeles, pero me da miedo emigrar por si termino trabajando para siempre en un restaurante y nunca consigo el empleo que quiero. Además, los estadounidenses conducen por el lado equivocado de la carretera.

—¿Por qué está esto tan tranquilo? —le susurro a Chace.

—Son las siete y media de la mañana, Lylah. A la mayoría de los universitarios no les gustan las clases por la mañana temprano ni los proyectos —responde con ironía.

Hemos reservado un aula de edición para la primera hora posible porque he dejado mis tareas para el último momento. Este semestre he tenido que hacer tantos trabajos que apenas puedo seguir el ritmo. Por suerte, Chace avanza más rápido que yo y se ha ofrecido a ayudarme. Así cuento con otro punto de vista, y confío en que él va a ser honesto y me va a ayudar de verdad.

—Lo que tú digas —murmuro sabiendo que tiene razón. Yo siempre me levanto temprano, pero nunca he venido al campus a trabajar tan pronto. Además, si no estuviera al borde del fracaso en este trabajo, no estaría aquí antes de las ocho de la mañana.

Entramos al aula y Chace se dispone a encender el equipo mientras yo compruebo el teléfono. Contengo la respiración, esperanzada. «Por favor, que tenga un mensaje de Sonny.»

Nada. Pero sí tengo uno de Isaac en el que me cuenta que no ha visto todavía a Sonny, y otro de Riley en el que me pide que vuelva a pensarme lo de ir a casa el día de San Valentín.

No puedo volver, y ahora mismo no puedo lidiar con él. No si quiero sacar una buena nota en este proyecto.

—Seguimos sin saber nada —anuncio. Me muerdo el labio al notar una sensación desagradable en el vientre.

—Eso no significa que algo vaya mal, Lylah.

—Ya, pero ojalá se ponga pronto en contacto.

—Seguro que lo hace. —Chace aparta su mirada de la mía demasiado rápido. Está preocupado y eso me hace sentir aún peor. De todos nosotros, Chace es quien tiene la cabeza más centrada. Si él está preocupado, deberíamos estarlo todos. Y esa idea es aterradora. Empiezo a notar que la ansiedad se apodera de mí.

—¿Crees... crees que tenemos que informar de su desaparición? —pregunto. Paso un dedo por el teclado del ordenador, nerviosa.

—Lylah.

No me atrevo a mirarlo por miedo a desmoronarme. Con el dedo índice me vuelve la cabeza con delicadeza y me lanza una mirada tranquilizadora.

—La policía no puede hacer nada hasta que no hayan pasado veinticuatro horas, pero hablaremos con los guardias de seguridad del campus, a ver si ellos pueden estar pendientes, ¿de acuerdo?

—Pueden pasar muchas cosas en veinticuatro horas, Chace. —Hace dos años, mi vida cambió drásticamente en un período de tiempo todavía más corto.

—Ya lo sé, pero no podemos hacer nada para cambiar el protocolo policial. Vamos a concentrarnos en terminar tu anuncio. Tenemos que probar una música diferente si la que tenemos sigue sin convencerte. Trabajamos hasta las diez y luego nos vamos.

—Sí. —Asiento—. De acuerdo, gracias.

—Tú verás —dice, haciendo clic con el ratón para que vuelva a mi tarea—: o trabajas o suspendes.

No sería un gran orador motivacional, pero hago lo que me dice.

*Viernes,
2 de febrero*

Contra todo pronóstico, trabajo bastante bien a esa impía hora de la mañana. Cuando se nos ha acabado el tiempo, Chace reserva el aula para el día siguiente a la misma hora. Será sábado, así que ya estoy pensando en traerme mi propio termo (o cubo) de café.

Hemos sido muy productivos y hemos avanzado bastante en mi trabajo de publicidad. No obstante, mientras caminamos juntos en dirección a casa, no puedo evitar refunfuñar.

—Uf, corazones rosas y papel rojo por todas partes. —Señalo la ventana decorada de la cafetería, que pienso evitar hasta que la adornen para el día de San Patricio—. En dos semanas estarán en el cubo de la basura.

Chace pone sus perfectos ojos verdes en blanco y yo me hago papilla por dentro.

—Lylah, intenta ser más optimista.

Tal vez si las cosas con Chace marcharan como llevo esperando el último año y medio, sería más entusiasta. Estaría bien contar con una distracción, algo por lo que esperar con ganas esta época del año.

—Más bien te pareceré realista —respondo.

De acuerdo, tal vez esté exagerando. Parezco una gruñona deprimida y sola. El día de San Valentín es todavía peor cuando está marcado por una tragedia familiar y estás dolorosamente enamorada de alguien que no sabe que estás enamorada de él.

Aún me acuerdo de cuando conocí a Chace. Parecía sacado de una campaña publicitaria de Calvin Klein. Su pelo rubio oscuro, sus músculos y su personalidad extrovertida me dejaron hecha un flan cuando se presentó.

Y luego estoy yo. Soy menuda, con el pelo rubio claro, los ojos marrones y una personalidad un tanto difícil. O puede que solo sea complicada con él.

En cualquier caso, no encajamos, y cuanto antes lo comprenda mi corazón, mejor. Pero hasta ahora no he tenido mucho éxito con esto.

Chace se pone a describir el tráiler que ha visto de una nueva película y no puedo evitar imaginarnos a los dos en el cine, acurrucados uno al lado del otro, compartiendo palomitas. «Del todo inapropiado, Lylah. Céntrate.»

Cuando doblamos la esquina hacia nuestra calle, casi choco contra alguien alto. Lleva un abrigo de piel largo y negro. Debajo tiene una sudadera de color gris oscuro, la capucha le tapa la cara.

—Perdón —me disculpo a la única parte de su cara que es visible: la oscura barba de varios días que oculta por completo la barbilla.

—Vale —murmura el chico, apartándose. Tiene la voz grave, pero me da la sensación de que intenta fingirla. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Vuelve la cabeza cuando paso por su lado y me mira por debajo de la capucha, como si fuera una presa.

Chace enarca las cejas; parece estar igual de incómodo que yo.

Miro atrás. El hombre ha desaparecido.

Chace y yo seguimos caminando, pero noto una presión en el pecho por los nervios.

—Supongo que los locos no aparecen solo en Halloween —comento.

—Sí, parecía vestido como la Parca —señala él.

—No era solo su forma de vestir. Todo en él daba miedo. Intimidaba.

—Probablemente ni te haya visto con la capucha tan baja.

Pongo los ojos en blanco. «Ya, claro.»

—Eh, ¿qué pasa?

—Oye, que no todo el mundo es tan afortunado de tener un pelo como este — bromea, pasándose la mano por los rizos.

Saco la mano del bolsillo y le pego en el brazo. Me la aparta, riendo.

—Lo siento. Olvídalo, cielo. Ya se ha ido.

No creo que me canse nunca de oírlo llamarme «cielo».

Empieza a caminar de nuevo y yo me pongo a andar más deprisa para seguir el ritmo de sus largas zancadas. Ahora mismo no quiero quedarme atrás.

—Lylah, te oigo pensar. ¿Qué es lo que te tiene tan nerviosa?

Niego con la cabeza y el pelo me cae en la cara. Lo aparto con un gesto.

—Nada, supongo que ese tipo me ha asustado.

—No sé cómo vas a sobrevivir al Día de los Inocentes o a Halloween.

—Eso me gusta. Esos días sí son para asustar a la gente y hacer bromas.

—Qué complicada eres.

«Tú también.»

Llegamos a casa y meto la mano en el bolso para sacar la llave. Chace está detrás

de mí y su proximidad me nubla la mente. El cálido aliento me acaricia el pelo y me roza la oreja. «Concéntrate. Llave. Cerradura. Venga, Lylah.»

Con mano inestable, giro la llave y abro la puerta verde.

—¿Sonny? —llamo al entrar. No hay respuesta. Se me tensa la garganta. Tan solo quiero saber si Sonny está bien. Han pasado más de doce horas desde que lo vimos por última vez.

—¿Estás aquí, tío? —pregunta Chace.

Nos recibe el silencio. No hay nadie en casa.

Me vuelvo hacia Chace con el labio inferior entre los dientes y me encojo de hombros, desconcertada.

Chace echa un vistazo al móvil.

—Un momento, ¿no tiene clase ahora?

—¡Sí! —exclamo—. Siempre está quejándose de que tiene más clases los viernes que ningún otro día.

—Entonces seguramente esté allí. ¿Y si volvemos al campus y lo buscamos? —Se encoge de hombros—. Ya sé que acabamos de llegar de allí, pero al menos así dejaremos de preocuparnos.

—No me importa volver, pero ¿quieres ir a mirar en su clase? ¿Como si fueras un acosador?

Curva los labios en una sonrisa.

—Al menos así sabremos que está a salvo, así que ¿qué más da que parezcamos un poco raritos?

—Sí, supongo que no importa. —Podría haberse ido a comer a la ciudad o haber quedado con un amigo y nosotros seguiríamos preocupados. Estoy deseando que aparezca—. Tienes razón. Vamos a buscarlo.

Retrocede un paso y sale por la puerta.

—Vamos. La clase está a punto de acabar, vamos a tener que darnos prisa.

Cierro la puerta con llave y compruebo el teléfono. Solo tengo un mensaje de Sienna diciendo que ni ella ni Isaac han visto a Sonny. Charlotte seguramente también esté buscándolo, aunque ella y Sonny no suelen cruzarse nunca. Ella es del tipo de chicas de clase, biblioteca y casa. Solo sale cuando Sienna y yo la forzamos. Y Sonny únicamente va a la biblioteca cuando tiene que hincar los codos para los exámenes finales.

En una nueva misión, Chace y yo volvemos rápidamente al campus, sin tiempo

para pararnos ni saludar a nadie. La clase de Sonny termina pronto y no queremos perderlo. Vemos a gente que conocemos y los saludamos de lejos con la mano, pero me da igual si parecemos maleducados. Tengo el estómago tan tenso que soy incapaz de relajarme, y sé que la sensación no se disipará hasta que no vea a Sonny o sepa algo de él.

El aula de Matemáticas de mi amigo está más adelante.

—Por favor, que esté ahí. Por favor, que esté ahí —murmuro en un intento de calmar el revuelo que noto en el vientre.

—Seguro que está bien, Lylah —me asegura Chace. Se le oscurecen los ojos por la preocupación cuando me mira como si fuera una niña frágil.

«Él no conoce esta parte tuya.»

No quiero que lo sepa todo de mí. Chace ya es bastante protector sin haberme visto en mis peores momentos. Podría asustarlo.

—Solo estoy preocupada. —Le ofrezco la mejor sonrisa que puedo esbozar—. Odio no saber si está bien. Pero tienes razón, probablemente esté sentado en clase, con la cabeza hundida en la libreta, soportando la peor de las resacas.

Pero no me creo las palabras que salen de mi boca, ni tampoco Chace. Me devuelve la sonrisa, pero es débil y poco convincente.

Cuando nos acercamos al aula, me toma de la mano y yo se la aprieto. Miro por el ventanal. Siento la garganta tan seca que tengo la sensación de que me voy a ahogar.

—No está —susurro. Tres filas de alumnos miran a su profesor mientras da la clase. Ninguno de ellos es Sonny—. ¿Estás seguro de que esta es el aula?

—Lo he acompañado varias veces —responde— y solo hay una silla vacía.

—¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a hablar con los guardias de seguridad —responde en voz baja.

Asiento y tomo aliento.

—De acuerdo.

—Ellos sabrán qué hacer antes de que podamos ir a la policía y denunciar oficialmente la desaparición. Puede que incluso puedan verlo en las cámaras.

«Eso espero, por Dios.»

Nunca olvidaré lo que se siente al estar en el limbo, esperando noticias de mis padres. Cuando llegó lo peor, cada segundo parecía una eternidad. Fue insoportable, y esa sensación ha vuelto.

Chace se vuelve hacia mí y me tira del brazo, pero sigo paralizada.

—Lo siento —digo y lo sigo. Ni siquiera agarrarle la mano me ayuda.

Nos dirigimos al centro de estudiantes, donde está la oficina principal de seguridad. Un hombre del tamaño de un tanque nos saluda desde detrás de un mostrador. Tiene ojos amables y sonríe. Lo reconozco. Los guardias de seguridad siempre están paseando por el campus, pero nunca les he prestado mucha atención. Nunca he tenido la necesidad de hacerlo.

—¿Todo bien? —pregunta el hombre.

—No —respondo y me tiembla la voz, señal de lo preocupada que estoy—. Nuestro amigo ha desaparecido. Llevamos sin verlo desde anoche y esto no es propio de él. Nunca duerme fuera. Nunca.

El guardia frunce el ceño.

—Entrad un momento. —Sale de detrás del mostrador y abre la puerta que da a una pequeña sala—. Soy Paul —se presenta después de cerrar la puerta, cuando ya estamos todos sentados. Toma una libreta y se saca un bolígrafo del bolsillo—. ¿Cómo se llama vuestro amigo?

—Sonny James —respondo.

—¿Cuándo y dónde lo visteis por última vez?

—Anoche, sobre las diez y media.

Chace y yo le contamos lo de las notas. El agente Paul hace una mueca y arruga la frente.

—¿Y no sabéis quién envió las notas?

—No tenemos ni idea. No estaban firmadas —explica Chace.

—¿Adónde fue Sonny anoche?

Me encojo de hombros.

—Prefirió quedar con alguna chica en lugar de ir a la fiesta de después de la obra, así que supongo que a la ciudad.

Chace se aclara la garganta.

—Puede que se marchara a casa de alguien. Suele hacerlo, pero nunca pasa fuera toda la noche.

El hombre asiente.

—De acuerdo, dejad que indague un poco y hablaré con un amigo de la comisaría de policía.

Hundo los hombros. Esperaba que tuviera una solución más inmediata.

—Gracias.

Le facilitamos nuestra dirección y respondemos a todo lo que podemos para que se lo transmita a la policía.

—Bien. Comprobaré las grabaciones de anoche del teatro por si encuentro algo útil. Tomad mi número de teléfono y dejadme el vuestro. Si vuelve a casa, avisadme de inmediato. Mientras tanto, le pasaré su foto al resto del equipo.

—Muchas gracias. —Ahora puedo respirar un poco mejor. Me alegra que él se haga cargo. Probablemente se haya enfrentado otras veces a situaciones como esta. Y seguro que han salido bien.

Paul nos asegura que hará todo lo que esté en sus manos para encontrar a Sonny. Mientras tanto, como no tengo clase los viernes, no tengo nada que hacer excepto esperar. Odio esperar, siempre me ha resultado insoportable. Sin embargo, parece que será una tarde muy larga.

*Sábado,
3 de febrero*

Son las seis menos cuarto de la madrugada. Creo que he dormido unas tres horas. Ninguno de mis compañeros parece haber dormido mejor y estamos todos sentados en la cocina con los ojos empañados. La mesa es para seis personas, por lo que la silla vacía de Sonny es muy evidente.

Anoche, sobre las nueve, vino un agente de policía a tomarnos declaración. Dadas las circunstancias, coincidían en que si era del todo impropio de Sonny pasar la noche fuera, no ponerse en contacto con nosotros y faltar a clase, tenían que investigar la desaparición de inmediato. Seguimos bastante inquietos. La situación se volvió todavía más real cuando el policía nos mencionó que había que ponerse en contacto con los padres de Sonny y con la administración de la universidad.

—¿Cuánto creéis que tardaremos en tener noticias? —pregunto.

Chace se encoge de hombros.

Sonny no aparecía en ninguna de las cámaras de la universidad la última noche que lo vimos y habíamos buscado en todos los lugares en los que pensamos que podía estar.

—¿Pensáis que tendríamos que salir? —comenta Sienna—. Ya sabéis... a buscarlo. Podría estar en algún lío. Tal vez esté herido.

Isaac sacude la cabeza.

—Nos han dicho que nos quedemos aquí. Creo que es mejor que esperemos hasta que la policía nos diga algo antes de hacer nada.

Pronuncio la pregunta que nadie quiere formular.

—¿Y si le ha pasado algo malo?

—No, Lylah —protesta Chace, apartando la mirada.

—¿No pensáis que tenemos que hablar de lo que podría suceder? ¿Prepararnos? Todos sabemos que esto no es normal —añado apresuradamente. La ansiedad ha tomado el control.

Nadie dice nada.

Nuestra última esperanza es que la policía lo encuentre. Están poniéndose en contacto con su familia y con amigos de su ciudad. No obstante, es poco probable que

esté allí.

Presiono los dedos contra las sienes y cierro los ojos. Cuando mi hermano y yo esperábamos noticias de nuestros padres, estábamos sentados en silencio. Era asfixiante. Me sentí muy sola. En lugar de enfrentarnos a la realidad y ofrecernos consuelo, no dijimos nada. Y cuando el médico nos informó de la muerte de mi madre, fui incapaz de hablar. No tenía palabras. Lo único que podía hacer era llorar.

Quedarse sentada, muerta de preocupación, no sirve de nada.

—Voy a ducharme. —Salgo de la cocina antes de que alguien pueda detenerme, aunque nadie lo intenta.

Mis amigos saben que mis padres murieron, pero no saben nada de mi estado mental ni de lo que pasó después. Riley es el único que sabe a ciencia cierta lo mucho que me afectó. No me avergüenza lo que me costó —lo que sigue costándome— superarlo, pero no quiero hablar de ello. Ahora soy más fuerte y me gusta la persona en la que me he convertido. Pero ahora que ha desaparecido Sonny, siento que estoy reviviendo parte de esa experiencia.

Después de ducharme, paso la siguiente hora practicando ejercicios de respiración en mi dormitorio.

Chace viene a recogerme cuando llega la hora de irnos al laboratorio de Comunicación Audiovisual. Si no estuviera en juego mi calificación, cancelaría el plan, pero necesito mantener la mente ocupada, así que Chace y yo volvemos al aula de edición. Probablemente necesite un par de sesiones más y habré terminado.

Me rodeo el cuerpo con los brazos mientras caminamos contra el viento cortante. Hoy hace todavía más frío y estoy deseando meterme en un lugar calentito.

—Cuando acabemos la sesión, vamos a hablar con los guardias de seguridad —informo a Chace—. Puede que tengan noticias de la policía. ¿O nos pasamos antes por allí?

Chace me mira de reojo, con los labios apretados. Cuanto más tiempo sigue desaparecido Sonny, más me doy cuenta de que piensa que algo malo ha podido suceder. Cuando una agente intentó ponerse en contacto con la familia de nuestro amigo anoche mientras la policía estaba en nuestra casa, le saltó el contestador. No les pareció una causa inmediata de preocupación, ni significa que Sonny no estuviera con su familia. A mí sí me resultó preocupante, pero espero de verdad que tuviera que marcharse a casa y se olvidara de avisarnos.

Pero eso no explica por qué no contesta a las llamadas ni a los mensajes de texto.

—Iremos a comprobar cómo va la cosa en cuanto termines. Cuanto más tiempo dejemos pasar, más noticias tendrán. Si no, vas a perder la sesión y estarás todavía más preocupada. Concéntrate en lo que puedes controlar: terminar este proyecto.

Suspiro. Tiene razón.

Recorremos el pasillo de las aulas de edición y abro la puerta de la sala nueve. Un olor rancio me entra por la nariz y se aloja en la garganta, provocándome náuseas. Me llevo la mano a la nariz y a la boca con tanta fuerza que probablemente me salga una marca.

—¿Qué demonios es eso? —murmuro contra la palma de mi mano.

Chace escupe una respuesta ininteligible con la cara tapada y enciende la luz. El mundo se detiene.

«Dios mío. Sonny.»

Está desplomado contra la pared en un rincón, con la boca abierta, como si estuviera durmiendo. Pero no está dormido.

Tiene sangre oscura en el pecho. Algo le pasa a su camiseta.

Mis piernas ceden. Es como si de pronto pesara demasiado y las flexiono hasta que aterrizo en el suelo. Me rodeo el cuerpo con los brazos y me quedo mirando impactada. La camiseta de Sonny se veía distinta porque la tiene rajada; no, tiene el pecho rajado. La sangre oscura y reseca atenuaba el horror a primera vista, pero ahora no cabe duda de que una herida larga y profunda le recorre el centro del torso.

Chace retrocede y su talón choca con mi rodilla. Sin aliento, mira hacia abajo, sorprendido de encontrarme en el suelo. Tiene los ojos como platos.

Se inclina y se agacha frente a mí. Con mano temblorosa, me toca la mejilla.

—Lylah —susurra. Su voz suena ronca, como si estuviera saltando al tiempo que intenta hablar.

—Está... muerto. —El corazón se me para—. Está muerto —repito. Es lo único que se me ocurre decir. «¡Está muerto y estamos aquí con su cuerpo!» Mi corazón vuelve a la vida. Necesito salir de aquí—. Dios mío. ¡Está muerto, Chace! ¡Muerto!

—Lylah. —Me agarra con suavidad por los antebrazos y tira de mí para ponerme en pie. Mira a su alrededor, alterado, como si no supiera qué hacer.

«¡Nuestro amigo está muerto!»

—No puedo estar aquí, Chace. —Rompo a llorar. Noto cómo la sangre bombea en mis venas. El olor de la sangre de Sonny es tan fuerte que me arde la nariz. Esto es demasiado, no puedo procesarlo. Necesitamos ayuda—. Sonny está muerto.

Da igual cuántas veces diga las palabras, no logro comprender la situación. ¿Estoy dormida? ¿Esto es una pesadilla?

Chace asiente automáticamente, con los ojos fijos en los míos mientras me ayuda a levantarme y a retroceder hasta la puerta. Quiero mirar de nuevo a Sonny, encontrar una prueba de que estoy equivocada, de que no está muerto, pero Chace es como un imán. No puedo apartar la mirada de él.

Ya en el pasillo, cierra la puerta al salir. Sin apartar la mirada de mí, se saca el teléfono del bolsillo.

—Eso —murmuro—. Tenemos que llamar a la policía.

«¿De verdad está pasando esto?»

Me apoyo en la pared. Chace me suelta y me dejo caer hasta que toco el suelo. Me llevo las piernas al pecho y las rodeo con los brazos.

«Sonny está muerto. Sonny está muerto. Y no solo muerto. Lo han asesinado. Han asesinado a Sonny.»

Empiezo a ver borroso y siento que me caigo. Nada tiene sentido. La realidad se ha vuelto fantasía. Esto no puede estar pasando. Es verdad que Sonny no siempre ha sido una persona agradable, pero nadie querría matarlo.

Oigo pasos y voces a mi alrededor. Estoy segura de que Chace está hablando, pero estoy atrapada en un universo alternativo, tratando de buscar el sentido a algo que no lo tiene.

Alguien se arrodilla delante de mí, bloqueando la luz que viene de arriba. La repentina oscuridad me saca de mi trance. Me endezco, con el corazón martilleándome en el pecho.

—Siento haberte asustado. Soy la detective Ewelina Saunders, pero puedes llamarme Lina. Voy a llevaros a ti y a tu amigo conmigo a una habitación que hay al fondo del pasillo. Vamos a buscaros algo de beber, ¿de acuerdo?

—Tiene que hacernos preguntas —digo.

—Sí, pero bebed algo de agua o té primero.

Chace me extiende el brazo. Nunca me he sentido tan agradecida por su ayuda. En cuanto nos tocamos, me siento más estable. Me ayuda a ponerme en pie y luego no me suelta.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza, derrumbándome prácticamente en sus brazos. Tengo los pies todavía en el mismo sitio, así que casi lo tiro. Chace recupera el equilibrio y me

abrazo con fuerza.

—Lo estarás, Lylah. Te lo prometo.

Ojalá pudiera estar tan segura. Han asesinado a nuestro amigo. Lo han mutilado. No puedo dejar de ver la terrible imagen de su pecho abierto.

Las piernas se mueven. Soy consciente de ello, pero no siento nada. Estoy aturdida. Vamos a tener que hablar de Sonny. Tendremos que explicar qué hemos encontrado, a pesar de que la detective también lo ha visto.

«No quiero hablar del tema.»

Lina abre la puerta de una habitación que no había visto antes. Hay una cocina pequeña y una zona para sentarse. Seguramente sea una sala de profesores, pero hoy está vacía. «Hoy es sábado», recuerdo.

Chace se detiene delante del sofá azul.

—Lylah, siéntate —me pide con voz suave, como si fuera un bebé. Tiene la frente arrugada y parece un poco asustado. Asustado por mí.

—Lo siento —murmuro. Sigo sus instrucciones, pero no le suelto el brazo y tiro de él para que se siente conmigo en el sofá—. Estoy bien. Me recuperaré.

Curva la esquina de la boca en una sonrisa amable.

—De acuerdo. Los dos estamos impactados, supongo.

—Perdona por preocuparte.

—Deja de disculparte.

«Lo siento.»

—Chace, Lylah, ¿puedo ofreceros algo de beber? —pregunta la detective.

—Café, por favor —pedimos Chace y yo al mismo tiempo.

Necesito una dosis fuerte de cafeína para soportar esto.

—Me parece que solo hay instantáneo, ¿os parece bien?

Asentimos. Qué extraño estar pensando en bebidas cuando Sonny está en el aula de edición con el pecho rajado. Muerto. Las lágrimas brotan de nuevo. ¿Por qué haría alguien algo así? ¿Por qué harían daño a Sonny?

En la distancia oigo cómo empieza a sonar el hervidor de agua eléctrico, que cada vez es más audible. Lina trastea con las tazas y las cucharas. A mi lado, Chace mira un punto fijo en el suelo. No hay nada.

—Chace, ¿estás bien? —susurro.

Se encoge de hombros.

—No lo sé.

«Yo tampoco.»

La detective Lina vuelve con una bandeja blanca y la coloca en la mesa, delante de nosotros. Coge una taza de té con leche y se sienta. Yo alcanzo una taza de café. Está demasiado caliente para bebérmelo, pero necesito sostener algo entre las manos. De repente estoy inquieta.

Chace y yo estamos muy quietos, esperando a que ella empiece. Lina se inclina, saca un bolígrafo y un cuaderno del bolso y algo más. Es una grabadora. Por supuesto, querrá grabar la conversación. Eso es lo que tienen que hacer los policías.

La reproducirán y escucharán una y otra vez la historia de cómo encontramos a nuestro amigo muerto.

Presiona un botón y se enciende una lucecita roja. Nos pide que digamos nuestros nombres.

—¿Cómo estáis? —nos pregunta a continuación.

Chace se encoge de hombros una vez más.

—No estoy segura —respondo yo—. No lo comprendo. ¿Cómo ha podido alguien matar a Sonny? ¿Por qué lo han rajado de esa forma?

—Espera —me frena Lina, levantando la mano que tiene libre—. Vamos a empezar por el principio y después trataremos de encontrar las respuestas a vuestras preguntas.

Asiento.

—Me han contado que los guardias de seguridad del campus denunciaron anoche la desaparición de Sonny —continúa.

—Sí —contesta Chace—. Salió el jueves por la noche y el viernes por la mañana no estaba en casa. Siempre vuelve a dormir. Hablamos con seguridad y el hombre que nos recibió, Paul, dijo que informaría a la comisaría. Sonny había recibido unas cuantas notas de amenaza, así que la policía vino a nuestra casa y rellenó un informe de desaparición anoche.

La detective asiente. Deja la taza en la mesa y mira el cuaderno.

—Exacto. He leído las declaraciones. ¿Y qué ha pasado esta mañana?

Me pongo recta.

—Chace y yo íbamos a trabajar en mi proyecto de publicidad en el aula de edición. Cuando llegamos... supe que algo iba mal en cuanto abrimos la puerta. Olía fatal. Chace encendió la luz, entramos en el aula y entonces vimos a Sonny en el rincón.

—¿Conocéis a alguien que quisiera hacer daño a Sonny? ¿Tenía enemigos?

—No —responde Chace—. Sonny es muy directo, a veces le toca las narices a la gente, pero no tiene enemigos. No haría daño a nadie de forma intencionada. No hay motivos para que nadie lo odie.

—Es una buena persona —añado yo—. Era una buena persona... —Me quedo un momento callada—. No se me ocurre nadie que quisiera hacerle daño o enviarle esas notas.

Lina asiente.

—Sonny no asistía a clases en este edificio, ¿verdad? Según la universidad, él estudiaba Ingeniería.

—Sí. De nuestros compañeros, solo Lylah y yo venimos aquí... —Chace me mira y de pronto entiendo por qué nos pregunta esto. ¿Por qué han dejado a Sonny en el aula que habíamos reservado Chace y yo?

Me quedo con la boca abierta.

—Quien mató a Sonny quería que lo encontráramos aquí, ¿no?

—¿Quién sabía que estaríais aquí? —pregunta la detective Lina sin hacer caso a mi pregunta.

«Eso no es un no.»

Sacudo la cabeza.

—Reservamos el aula, así que no creo que sea muy difícil conseguir esa información. Pero ¿por qué lo dejaron allí para que lo encontráramos nosotros?

La detective no tiene respuesta a esa pregunta, pero yo la necesito. La cabeza me da vueltas y me cuesta respirar.

—Haremos todo lo que podamos para descubrirlo, Lylah. ¿Dónde estabais vosotros dos anoche?

«¿Cree que nosotros podríamos haber hecho esto?»

Primero tienen que descartar a la gente más cercana a la víctima, todo el mundo lo sabe. Le lanzo una mirada rápida a Chace; él está mirando a Lina con la frente arrugada.

—Después de informar de la desaparición de Sonny a los guardias de seguridad, fuimos a casa a esperar a nuestro amigo. La policía vino a tomarnos declaración —explico.

—Nuestros compañeros también estaban allí. Nos quedamos en casa toda la noche —añade Chace, dejando muy claro que tenemos una coartada.

Y testigos.

La detective esboza una sonrisa.

—De acuerdo.

Chace apoya los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Un momento después, vuelve a levantar la mirada y carraspea.

—¿Corremos peligro? —La pregunta va dirigida a la detective, pero tiene la mirada fija en mí.

Dios mío, no había pensado en eso.

—No nos adelantemos, Chace. Todos debemos tener cuidado, pero ahora mismo no hay ninguna prueba que sugiera que corréis peligro.

—¿Qué? ¡Han dejado a Sonny muerto en nuestra aula de edición! —espetta él.

—Sí, pero también es el aula que queda más cerca de la entrada trasera. Es la primera que se encuentra al entrar por ahí, y el edificio da a la calle y la puerta trasera se oculta detrás de unos árboles. Además, Sonny recibió notas dirigidas solo a él, no a ninguno de vosotros.

—¿Piensa entonces que es una coincidencia? —pregunto, esperando que me dé consuelo.

—Yo no estoy diciendo eso, pero es posible. Necesitamos informes del equipo forense, pero dado que solo hay sangre en el cuerpo de Sonny y no en toda el aula y que no hay signos de pelea, es probable que lo mataran en otro lugar y dejaran el cadáver allí posteriormente. No quiero incitar al pánico y que se piense que esto puede convertirse en una serie de incidentes. A menos que encontremos pruebas de lo contrario, este ha sido un episodio aislado. Y un crimen independiente —señala con calma—. Os informaré de ciertas precauciones de seguridad que estaría bien que siguierais. Pero no hay pruebas de que el responsable tenga varios objetivos.

Trago saliva.

—De acuerdo.

Escuchamos a la detective. Nos pide, básicamente, que continuemos con nuestras vidas como siempre. Pero ¿cómo haces eso cuando has visto lo que hemos visto nosotros? No creo que pueda actuar de forma normal nunca más.

Chace frunce el ceño y entrecierra el ojo izquierdo. Hace ese gesto cuando está frustrado o estresado. Es como si pensara que Lina no se toma esto tan en serio como él querría, pero ¿qué podemos hacer nosotros? Sonny ya está muerto. No hay posibilidad de salvarlo. Y si no hay nada que sugiera que quien ha matado a nuestro amigo quiere hacernos daño a nosotros, ella no puede hacer más. ¿Qué va a hacer?

¿Ponernos a todos bajo la protección de la policía?

—Entonces ¿no hacemos nada? ¿Nos limitamos a fingir que es un día como cualquier otro? —se queja Chace.

—Vamos a hablar de lo que podéis hacer para ayudar a la investigación, como no hablar con los medios de comunicación ni publicar detalles en las redes sociales, pero no veo razón por la que no podáis continuar con vuestras vidas con normalidad. Puedo ponerlos en contacto con un psicoterapeuta estupendo...

—Yo no necesito eso —la interrumpe Chace en mitad de la frase, y se pone en pie de forma abrupta—. Y tampoco tengo pensado vender nuestra historia. ¿Hemos terminado? Necesito aire y quiero irme a casa.

La detective nos ofrece la posibilidad de llamar a un agente para que nos lleve en coche a casa, porque quieren hablar con el resto de nuestros compañeros para darles la noticia y hacerles preguntas, pero necesitamos espacio. Le decimos que iremos caminando. Chace prácticamente se lo grita.

Me pongo de pie automáticamente, con el corazón acelerado. Chace no deja nunca que las emociones lo sobrepasen, por lo que su reacción —desmesurada— es alarmante. Pero supongo que haber encontrado a nuestro amigo muerto la justifica.

—Sí, podéis iros —responde la detective—. Tenéis mi número de teléfono. Por favor, usadlo si necesitáis algo. Estaremos en contacto.

Asiento y me vuelvo hacia la puerta. Casi me caigo al suelo cuando Chace sale de la sala apresurado.

—Eh... Adiós —murmuro y sigo a Chace. No parece él, no actúa como siempre, pero ¿cómo vas a comportarte cuando tu amigo ha sido asesinado?

Todos los ojos me miran mientras recorro el pasillo. Los pocos policías que siguen aquí guardan silencio y me observan al salir. La puerta trasera está acordonada con una cinta amarilla, así que me dirijo a la entrada principal. Los pocos estudiantes y profesores que están en el edificio resuellan en el vestíbulo cuando paso por debajo de la cinta. Mantengo la cabeza gacha y camino todo lo rápido que puedo; cruzo la puerta y me detengo.

—Chace —susurro.

Está apoyado en la barandilla con las manos en los muslos y la cabeza agachada. Sé que me ha oído porque toma aliento.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —pregunto.

Extiendo un brazo vacilante y le toco el antebrazo. Incluso a través de la chaqueta

puedo sentir la tensión, los músculos apretados y duros como una roca.

Levanta la cabeza y me dedica una mirada torturada. Tiene el rostro tan pálido que parece que no haya visto el sol en años.

—A Sonny le faltaba el corazón.

—¿Qué?

—Cuando lo vi, me dio la sensación de que había algo raro, pero no sabía qué era. No sé cómo es un cuerpo por dentro, qué aspecto tiene.

La cabeza me da vueltas. La sacudo y levanto la mano para interrumpirlo.

—Espera, Chace, más lento. ¿De qué estás hablando? ¿Cómo lo sabes?

—Escuché a la policía hablando fuera de la habitación. Cuando me iba, dos de los agentes estaban con un miembro del grupo forense. El animal que mató a Sonny le sacó el corazón y dejó el cuerpo en el aula de edición, ¿y la detective nos dice que no corremos peligro? —Está lívido.

La situación me supera y empiezo a ver borroso. Me aferro con más fuerza a la barandilla y Chace tira de mí hacia su pecho. Nos apoyamos el uno en el otro.

—Respira, Lylah —me murmura al oído.

Hago lo que me dice e inspiro profundamente. Los pulmones me arden del frío al expandirse.

—¿Estás seguro? ¿No tendría que examinar el médico el cuerpo para saber eso?

«Y, peor aún, ¿quién iba a sacarle el corazón a una persona? ¿Cómo iba a hacerlo?»

*Sábado,
3 de febrero*

Pongo un pie delante del otro, pero no me parece que me esté moviendo. Cada paso que doy me supone un esfuerzo enorme. La cabeza me da vueltas mientras batallo entre rechazar lo que he visto y aceptar que han asesinado a Sonny.

¿Dónde está el corazón?

Chace me agarra la mano y la aprieta con tanta fuerza que me crujen los nudillos. No le digo nada, porque, aunque suene extraño, el dolor me relaja.

Continuamos por la carretera y nuestra casa aparece delante de nosotros. Me dan ganas de salir corriendo, pero no sé qué voy a encontrarme dentro. Al menos no tenemos que contárselo a los demás; ya lo habrá hecho la policía, la detective Lina los envió para que les dieran la noticia. Eso fue hace cuarenta y cinco minutos. No hay coches de policía fuera de la casa, por lo que deben de haberse marchado ya.

Charlotte, Sienna e Isaac estarán impactados, destrozados, y tendrán un millón de preguntas que ninguno de nosotros sabrá responder.

Antes de abrir la puerta, Chace me da un apretón en la mano y me vuelvo hacia él.

—No creo que debamos contarles aún lo del corazón de Sonny.

—¿Por qué?

—La detective no lo ha mencionado. Eso significa que los agentes nos están ocultando ese detalle por alguna razón. Suelen hacer este tipo de cosas. Además... nadie quiere escuchar algo así.

Asiento y me restriego los ojos con la palma de la mano. Me duele la cabeza.

—Me refiero a que deberíamos esperar a que nos lo cuenten ellos —continúa—. Ahora mismo, esa información solo la conocen la policía y el asesino.

—Y nosotros. ¿Cómo vamos a ocultárselo a nuestros compañeros? ¿A nuestros amigos? ¿No merecen saber cómo murió?

—Solo les hará más daño. ¿No basta con saber que lo apuñalaron hasta la muerte?

—Chace, no tiene sentido.

Suspira.

—Si ese detalle sale a la luz, podríamos obstaculizar la investigación.

Me quedo mirándolo.

—Lylah, no me mires como si tuviera algún otro motivo. No es así. Los dos queremos que encuentren al animal que mató a Sonny, pero si esta información sale a la luz antes de que la policía quiera divulgarla, podríamos retrasar la investigación, podríamos ponernos en peli...

—De acuerdo —lo interrumpo—. Lo entiendo, lo que tú digas. Pero no me gusta guardar secretos. Vamos a tener que hablar después con la detective Lina y contarle lo que has oído.

Chace asiente.

—Es lo único que te pido.

Abro la puerta y nos encontramos la casa muy tranquila. Echo un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que Chace está justo detrás de mí. Me ofrece una sonrisa fugaz. Entramos juntos en el salón.

Sienna está en los brazos de Isaac, limpiándose los ojos con un pañuelo. Isaac mira la pared, aturdido, y Charlotte está sentada con la cabeza entre las manos. Todos nos miran cuando entramos.

—No puedo creérmelo —dice Charlotte con voz tímida.

—¿Estáis bien? —nos pregunta Isaac—. ¿Lo encontrasteis vosotros? ¿Cómo...?

Por suerte, no termina la pregunta, porque no creo que pueda responderla. Ya he tenido que darle esos detalles a la detective.

—No, no estoy bien —contesto. Tengo aún el corazón acelerado e incluso puedo oír mi propio pulso—. ¿Cuándo se ha ido la policía?

Isaac suspira.

—Hace unos cinco minutos. No pudimos contarles gran cosa, así que se fueron rápido. Uno de ellos registró la habitación de Sonny.

—¿Cómo puede estar pasando esto? —murmura Sienna, hablando sola, y sacude la cabeza—. No puede ser.

—Es posible que alguien dejara allí a Sonny para que lo encontráramos Lylah y yo. ¿Tenéis alguna idea de alguien que pueda tener algo en contra de nosotros tres? —pregunta Chace, apoyando un brazo en el sofá.

—No, ya se lo hemos dicho a la policía —señala Charlotte—. Sonny no le gustaba a todo el mundo, pero no se me ocurre nadie que quisiera... hacerle eso.

«Rajarle el pecho.»

—De acuerdo, ¿y a Chace y a mí? —pregunto yo—. No creo que tengamos enemigos, pero si alguien quería que nosotros lo encontráramos es que se trata de

algo personal.

—Voy a preparar té —anuncia Sienna—. ¿Queréis? —Se tambalea al levantarse e Isaac se mueve rápido para sujetarla—. Estoy bien. —Sienna se aparta de él—. Prepararé té para todos.

La sigo fuera del salón y por el pasillo hasta la cocina. Su postura es horrorosa, con los hombros echados hacia delante, como si le pesaran demasiado.

—¿Estás bien? —le pregunto mientras me apoyo en la encimera de madera.

Mi amiga sacude la cabeza. Llena el hervidor de agua y saca cinco tazas del armario.

Antes éramos seis.

—Cuando la policía ha llamado a la puerta, no esperaba que vinieran a informarnos de que habían asesinado a Sonny —responde con voz suave—. Y que el asesino haya dejado el cuerpo para que tú y Chace lo encontrarais me da un miedo atroz. Nos dijeron que podía ser una coincidencia, porque el edificio de Comunicación Audiovisual está en un lugar privilegiado para deshacerse del cuerpo, pero creo que Chace tiene razón. Me parece deliberado.

Me encojo al escuchar la palabra deshacerse. Sonny no era una bolsa de basura.

—Yo también estoy asustada. No sé por qué alguien iba a querer hacer daño a Sonny... o a Chace y a mí.

Sienna abre mucho los ojos.

—¿Estamos todos en peligro?

—Sinceramente, no lo sé. No puedo dejar de pensar en cómo estaba.

—Oh, Lylah, lo siento mucho. No paro de repetir lo duro que es esto y eso que no he sido yo quien lo ha encontrado.

—Ha sido horrible. Al principio no podía dejar de mirarlo. El pecho... —Me muerdo la lengua para que no se me escapen los demás detalles. Nunca olvidaré lo que he visto, pero no hay razón para que la imagen atormente también a Sienna.

Se vuelve para mirarme y apoya la espalda en la encimera. Le tiemblan los labios.

—¿Crees que sufrió?

—No lo sé. —Por lo que he visto, me da la sensación de que sí. Aparto la mirada y me cruzo de brazos—. La policía tendrá respuestas pronto, seguro.

—¿En serio lo crees? Yo no me siento segura.

—Sí, lo creo, tenemos que confiar en ellos.

Sienna baja la voz.

—¿Qué crees que pasó, Lylah?

Me encojo de hombros.

—Sonny estaba en la calle y se metió en problemas con alguien que no debía. Esa persona le pegó... y lo apuñaló. Llevó el cuerpo al edificio más cercano y lo dejó en un aula abierta.

«Y le sacó el corazón.»

—¿Un aula abierta que, curiosamente, habíais reservado Chace y tú?

—Sí. Si nadie más reservó las demás aulas, estarían cerradas hasta que llegara el asistente. Como nosotros reservamos esa sala para una hora tan temprana, debieron de dejarla abierta toda la noche —especulo—. Es mejor que no nos adelantemos. Tenemos que confiar en que la policía sabe lo que hace. ¿Crees que tendríamos que ponernos en contacto con la familia de Sonny para ver cómo lo llevan?

—No lo sé. Tal vez dentro de un día o dos si ellos no nos llaman antes. A lo mejor quieren hablar con nosotros.

—Probablemente. Lo que me gustaría saber es qué tenemos que hacer ahora.

Ladea la cabeza, con el ceño fruncido.

—Ahora mismo no podemos hacer nada.

—Ya. Es verdad.

—¿Necesitas mantenerte ocupada?

¿Tan transparente soy?

—No me... no me gusta esperar. Tengo que hacer algo.

—Bueno, te quedan muchos deberes de la facultad por terminar, ¿no?

Asiento.

—Pues ve a hacerlos, si te sirve de ayuda.

Hemos encontrado muerto a nuestro amigo esta mañana. No creo que pueda abrir los libros y concentrarme, pero entiendo lo que quiere decirme.

—¿Qué te ayuda a ti, Sienna?

—Preparar té y llorar. Está bien desahogarse. Puedes llorar, gritar o lo que sea que necesites hacer, pero está bien que liberes tus sentimientos.

Suspiro. Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Lo tendré en cuenta.

Contener las emociones no es la mejor opción, lo comprendí de la peor forma posible, pero no puedo evitarlo. Me da miedo expresar lo que siento por si soy incapaz de parar después. Cuando mis padres murieron fue terrible. Sentí que perdía

el control de todo.

Chace, Isaac y Charlotte entran en la cocina.

—Cuéntaselo, Isaac —exclama Charlotte. Nos mira a Sienna y a mí—. Tiene una idea de quién puede ser el responsable.

—¿Quién? —pregunta Sienna impaciente.

Isaac se aclara la garganta.

—Creo... creo que es Jake.

—No seas ridículo. —Las palabras se me escapan antes de que el cerebro las procese.

—Escúchame, Lylah. La policía nos ha contado que han rajado a Sonny y después lo han trasladado al aula de edición. Por lo tanto, la persona que hizo eso debía de estar fuerte. Muy fuerte. Y Jake encaja en el perfil. También tendría que tener algún motivo de venganza, por cómo se perpetró el crimen. Jake es la única persona que podría querer a Sonny muerto y a la vez que lo encontraras tú.

Sienna se lleva las manos a las caderas.

—¿En serio? No me parece muy probable. ¿Por qué crees que Jake odiaba a Sonny?

Isaac suspira.

—Ya sé que dices que lo que pasó entre vosotros dos tampoco fue para tanto, Lylah, pero ¿y si para Jake fue distinto? Era muy buen amigo de Sonny. Mantuvieron el contacto cuando dejó la universidad, pero, con el tiempo, Sonny lo mencionaba cada vez menos. ¿Y si Jake creía que tu rechazo le costó su amistad con Sonny?

Quiero negarlo, sobre todo porque los motivos de Jake lo harían parecer patético y vengativo, pero tal vez sea así como pierde la gente la cordura. Isaac tiene razón en lo que respecta a la fuerza física de Jake. Y estaba estudiando Medicina. Soñaba con convertirse en cirujano. Tal vez tenía los conocimientos suficientes sobre anatomía como para sacarle el corazón a alguien.

Las posibilidades se atascan en mi garganta y se engrosan tanto que me da la sensación de que me voy a ahogar por la culpa. ¿Pude ser yo la catalizadora de todo esto? Si mi rechazo hizo que Jake perdiera el contacto con su amigo...

No, seguro que no. Tiene que haber más razones para querer matar a una persona, ¿no?

Charlotte toma aliento.

—Piénsalo. Jake perdió a la chica que le gustaba, luego a sus amigos, y dejó la universidad. Hace casi un año del beso y tal vez él lo considere el inicio del declive de

su vida. ¿Y si esto desencadenó... no sé, algo dentro de él?

No puedo seguir escuchando esta historia. Sé que su intención no es culparme a mí, pero eso es exactamente lo que están haciendo. Yo no soy la responsable de que Sonny esté muerto.

Sacudo la cabeza y salgo al pasillo.

—Me voy a mi habitación. Necesito tumbarme.

—Lylah, no te vayas —me pide Chace.

—Estoy bien, solo necesito un minuto.

No creo que pueda dormirme después de lo que he visto y escuchado hoy, pero ahora mismo no me apetece estar con gente, ni siquiera con mis amigos. Ya he subido la mitad de las escaleras cuando oigo a Sienna romper a llorar de nuevo, y a continuación a mis compañeros consolándola.

Entro en mi cuarto y cierro la puerta.

A solas puedo oír mejor mis pensamientos, pero son demasiados a la vez, y demasiadas preguntas. ¿Tenía Sonny algún problema serio del que no nos había hablado? ¿Cómo de personal era ese conflicto? ¿Por qué alguien querría asesinarlo de ese modo tan horrible si no se trataba de algo personal? El tiempo y el esfuerzo necesarios para hacerle eso... Tenía que haber algo más. El asesino debía de despreciarlo de verdad para hacer tal cosa.

Siento que la ansiedad burbujea, a la espera de entrar en erupción. Si no la controlo, llegaré a una situación a la que juré no volver jamás. Incluso con la ayuda de un terapeuta, de la medicación y de Riley me resultó casi imposible recuperarme y reconstruir mi vida. No estoy segura de que sea ahora tan fuerte como para volver a lograrlo.

Me acerco a la ventana para bajar la persiana, pero antes echo un vistazo a la calle.

«¿Qué...?»

Hay un montón de gente reunida en la acera frente a nuestra casa. Reconozco a muchas personas; son nuestros vecinos. Parece que están haciendo guardia. Todos tienen pétalos de rosas esparcidos a su alrededor, debe de haber miles de ellos, como si alguien hubiera echado cubos y cubos.

¿Cuándo ha pasado esto? La calle estaba vacía cuando hemos llegado a casa, y no hace tanto tiempo de eso. ¿Tan deprisa se ha divulgado la noticia? Veo que Isaac y Chace salen a la calle. Se detienen al final del camino, junto a la cancela, y hablan con alguien. No reconozco quién es.

La mayor parte de la multitud está reunida al otro lado de la calle, como si quisieran mostrarnos su apoyo pero también dejarnos algo de espacio. Examinó a la gente y resuello. Junto a un grupo de chicas que se abrazan hay un joven con una sudadera negra. Un chico al que juraría que he visto antes en algún otro lugar. Está mirando la casa con los brazos cruzados.

Agarro el cordón de la persiana y la bajo.

El corazón me martillea en el pecho, pero tal vez esté exagerando. Estamos en invierno, mucha gente lleva sudaderas y ropa de abrigo. Puede que esté con el grupo de chicas, aburrido.

O quizá sea el hombre que nos hizo la fotografía y dejó esos extraños mensajes y se cubre la cara para que no lo reconozcan, el culpable admirando las consecuencias de su obra.

¿Llamo a la policía? Seguramente piensen que estoy loca, que veo cosas donde no las hay. Casi todos los que están ahí fuera llevan una sudadera o un abrigo. Probablemente no sea nada. Me rasco la frente y tomo aliento. Necesito dormir para aclarar las ideas.

*Domingo,
4 de febrero*

A la mañana siguiente, tengo la necesidad de salir de casa. Me han dado días extra para terminar el proyecto de publicidad, y mantenerme ocupada con el trabajo es una distracción estupenda. No puedo dejar de pensar en el cuerpo de Sonny en el suelo, cubierto de sangre. Tengo que desviar la mente hacia otras cosas.

Chace ha aceptado acompañarme. Puede que también él necesite una distracción, o tal vez no quiere que vaya yo sola, no lo sé. Como las aulas de edición siguen acordonadas, nos dirigimos a la biblioteca. Aunque está en otra zona del campus, alejada de las aulas de edición, no me gusta la idea de ir sola. Puede que haya tenido que echar mano del soborno y haya sugerido que paremos en el comedor para tomar café y algo de comer.

—¿Te encuentras con fuerzas después de anoche? —me pregunta, mirándome con el rabillo del ojo mientras caminamos.

Me quedé el resto del día encerrada en mi dormitorio. Entre la ansiedad, el dolor y la culpa, no podía soportar la idea de ver a mis amigos. Lloré e intenté distraerme con los deberes. Cuando las noticias y los rumores de lo que había sucedido comenzaron a aparecer en las redes sociales, escondí el teléfono debajo de la almohada y me puse un maratón de películas en el portátil hasta que me quedé dormida. Dormí profundamente y no recuerdo haber soñado. Doy gracias por no acordarme nunca de lo que sueño, si es que sueño alguna vez.

—Sí, estoy bien. Fue muy incómodo. Haber encontrado a Sonny y la historia de Isaac sobre Jake me ponen nerviosa.

—Nadie dijo que fuera culpa tuya —observa Chace—. Pero llamamos a la detective Lina para contarle las sospechas de Isaac. Va a tenerlas en cuenta y se pondrá en contacto con Jake, aunque solo sea para descartarlo como sospechoso.

—Ah. —Parpadeo. No sabía que la habían llamado sin avisarme—. De acuerdo. ¿Qué dijo ella?

—Solo que lo estudiaría, así que imagino que lo llamará y le pedirá que vaya a la comisaría. No sé, ya nos enteraremos. —Frunce el ceño, distraído por algo que ha visto en la distancia.

Hay una enorme masa de gente reunida en torno al tablón de anuncios que hay justo al salir del comedor principal. Nos colocamos detrás de la multitud y Chace se acerca más a mí.

—¿Qué pasa? —Me pongo de puntillas para mirar qué es lo que ha acaparado la atención de todo el mundo.

A nuestro alrededor, los estudiantes se dan codazos y nos señalan. Es como si Chace y yo fuéramos el centro de alguna broma o rumor.

Me da un vuelco el corazón.

Chace también se da cuenta de lo que está sucediendo y me rodea la cintura con el brazo para acercarme a él. No me quejo, pero me gustaría que lo hiciese porque siente algo por mí y no porque tiene la sensación de que debemos mantenernos unidos por seguridad.

—¿Qué están mirando todos? —pregunto a una chica que reconozco vagamente del campus.

Pone los ojos en blanco.

—Hay algo clavado con un cuchillo en el tablón de anuncios. Algo asqueroso, parece una parte de un cuerpo o un trozo de carne. Y hay sangre por todas partes. La gente está asustada, ¡creen que es un corazón de verdad! Pero está claro que no lo es.

Me tiemblan las piernas cuando la multitud se divide y de pronto veo lo que la gente estaba mirando. En el enorme tablón de corcho pueden verse varios folletos, invitaciones a fiestas, información sobre grupos de estudio y menús para llevar. Justo en el centro, sin embargo, hay un órgano. Un órgano de un cuerpo. Un bulto rojo y marrón que gotea. Parece un pedazo de carne, pero no lo es. La sangre ha manchado los folletos que hay debajo y ha dejado un reguero rojo en el tablón y un charco en el suelo.

Es un corazón. El corazón de Sonny. Tiene que ser eso.

—Chace —murmuro, agarrándolo del brazo.

Mi amigo me aparta de la multitud.

—No te adelantes, Lylah. Seguro que no es de verdad. Seguro que solo es una broma de San Valentín.

Pero no. Clavar un corazón con un cuchillo en un tablón de anuncios no es una broma.

—No digas eso, los dos sabemos lo que es —protesto, señalando el órgano—. El asesino lo ha puesto ahí como trofeo o amenaza, y...

—Lylah, para. —Chace presiona su frente contra la mía—. Tranquilízate antes de que empieces a hiperventilar. Voy a llamar a la detective Lina.

Antes de que le dé tiempo a sacar el teléfono, se acercan corriendo dos guardias de seguridad.

—Seguramente la policía ya venga de camino. ¿Deberíamos quedarnos? Yo me quiero ir a casa.

—La detective Lina ya sabe dónde vivimos si quiere hablar con nosotros. Me estremezco.

—Ha estado aquí otra vez. En el campus. Entre nosotros.

—No pienses en eso ahora —intenta tranquilizarme Chace.

¿Cómo no voy a pensar en eso? La persona que mató a Sonny sigue dejando amenazas. Primero las notas, ahora su... ¡su corazón! Esto no puede ser solo por Sonny. El asesino nos está amenazando.

Me lanzo a los brazos de Chace y entierro la cabeza en su cuello.

—Todo va a ir bien, Lylah. Encontrarán a quien está haciendo esto —susurra.

—Despejad la zona —grita una voz autoritaria detrás de Chace—. ¡Fuera! ¡Ya!

La gente se dispersa, pero nadie se marcha. Solo se apartan a una distancia segura desde la que pueden ver lo que pasa. Chace y yo retrocedemos con los demás.

—Vámonos —me dice—. Llamaremos a la detective Lina más tarde para contarle que pasábamos por aquí cuando vimos lo que sucedía.

Asiento.

No puedo apartar la mirada de la escena. Observo a la policía, que acaba de llegar, y a los de seguridad examinando el corazón. Es claramente un corazón de verdad. Uno de ellos habla por radio, sin duda pidiendo refuerzos.

—¿Lylah? —Chace me pasa el pulgar por la mandíbula para captar mi atención—. Vamos. Deja que te lleve a casa y que cuide de ti.

Sus palabras son tan suaves y tan cargadas de promesas que, por un breve instante, me gustaría contarle cómo me siento: lo que pasó con mis padres, cómo reaccioné tras su muerte, que estoy notando cómo vuelve la ansiedad. Sin embargo, mantengo los labios sellados.

Puedo confiar en Chace, pero no quiero descargar todo mi dolor en mi amigo. Él también está sufriendo por esto.

Recorremos el trayecto hasta nuestra casa; los árboles hacen de escudo para protegernos de la llovizna que moja el suelo. Acaba de empezar a llover y me

pregunto si supondrá algún problema para los forenses si el corazón de Sonny sigue en el tablón de anuncios.

«Dios mío, había mucha sangre.»

Cuando llegamos, tengo las piernas congeladas bajo los vaqueros húmedos. En la puerta hay un ramo de rosas rojas.

Chace me mira.

—Tal vez sean de Nathan para Sienna. O un ramo para mostrar solidaridad con nosotros. —Sus palabras no tienen ningún peso, no se las cree ni él. Yo tampoco.

Abrimos la cancela y Chace se acerca a las flores como si estas fueran a explotar. Se agacha.

—Una docena de rosas rojas —murmura. Les da la vuelta para comprobar si hay alguna nota.

—No... solo hay once —corrijo, echándoles un vistazo para contarlas.

Chace frunce el ceño.

—¿Por qué solo hay once?

El corazón se me acelera cuando pienso en la respuesta.

—Porque la duodécima está en mi habitación.

Enarca las cejas y pone la espalda recta.

—¿Qué?

—La noche anterior a la desaparición de Sonny encontré una rosa en mi cama. Di por hecho que Sonny me estaba gastando una broma. ¿Te acuerdas del año pasado? Dejé arañas de mentira en las camas de las chicas.

—¿Crees que no fue él?

Con el corazón acelerado, niego lentamente con la cabeza.

—Eso creo.

Chace exhala una bocanada de aire.

—Quien dejó esto..., quien mató a Sonny ¿estuvo en tu habitación?

Noto un escalofrío. Tiene sentido.

—Sí, creo que sí.

Chace parece asustado, como después de escuchar los repugnantes detalles de la policía. Mete la mano en el bolsillo.

—Voy a llamar a la detective Lina. Deberíamos entrar, por si nos están vigilando. Pero actúa como si no pasara nada. ¿Metemos las rosas en casa?

Entramos y llevo las flores al salón mientras Chace marca el número de la

detective. El ramo está asegurado con un cordón rojo. Me siento en el sofá y suelto las rosas. No quiero tenerlas en la mano por si la policía encuentra huellas dactilares.

Chace cuelga el teléfono.

—La detective vendrá cuando se ocupe de la nueva escena del crimen, pero va a enviar a un agente para que permanezca en la puerta de casa hasta que ella llegue.

—¿Cree que el asesino viene por nosotros? ¿Por mí? ¿Por qué si no iba a tener la rosa que falta en el ramo?

Chace se pone de rodillas delante de mí.

—No te va a pasar nada, Lylah. La policía encontrará al culpable, todo volverá a la normalidad y tú podrás seguir con tus planes de conocer a Tom Hardy.

Siempre sabe cómo animarme. Le ofrezco una sonrisa pícara y tomo aliento para calmarme.

—Me encantaría.

Pone los ojos en blanco.

—Por supuesto. Pero si quieres ser montadora de cine, puede que no lo conozcas.

—Ja. Después de trabajar en este proyecto, creo que puedo afirmar que no quiero dedicarme a esto. Me gusta estar detrás de la cámara. Y todavía me gustaría más si estuviera detrás de la cámara grabando a Tom Hardy sin camiseta.

Chace ladea la cabeza.

—¿Qué tiene él que no tenga yo? Además de un montón de dinero.

—Eh..., sí, solo el dinero. Tus cualidades superan a las suyas. —Se me escapa el comentario antes de que pueda pensar en lo que he dicho. No parece sorprendido o desprevenido por mis palabras, a pesar de que nunca había sido tan directa con él.

Esboza una sonrisa.

—Me alegra saberlo.

La detective Lina nos ha tomado declaración hace tres horas y se ha llevado las flores. Desde entonces no hemos tenido más noticias, aunque tampoco las esperaba. Nos ha preguntado si Jake había participado en las bromas el año anterior. Sí, lo hizo. Nunca nos envió notas ni flores, pero lanzó huevos a edificios y tiró agua y harina a algunos vehículos. También nos ha informado de que la policía estaba investigando el corazón encontrado en el campus, pero nos ha dicho que no era un corazón

humano, sino el de un cerdo.

Podría ser un cúmulo de coincidencias. Las bromas de San Valentín son muy comunes y puede que alguien pensara que sería divertido. O tal vez los padres de alguien mandaron las flores y el florista olvidó incluir una tarjeta. Puede que las enviaran para transmitir sus condolencias, para honrar a Sonny.

Aunque todo esto me parece muy poco probable. Me horroriza pensar que alguien ha podido planear la muerte de nuestro amigo. Si fue premeditado, que es justamente lo que parece por las notas y las flores, entonces el asesino está todavía más enfermo de lo que pensaba. Y puede que también sea más peligroso.

Chace, Sienna y Charlotte han ido a hacer la compra con dos agentes de policía. Yo también iba a ir, pero necesito unos minutos a solas. Bueno, todo lo sola que pueda. Isaac está en su dormitorio hablando con su familia por teléfono y hay dos policías fuera, uno patrullando en la carretera de delante y el otro en la de detrás. Pero estoy sola en el salón. Suena mi teléfono. El nombre de mi hermano aparece en la pantalla. «Mierda, no lo he llamado para contárselo. Seguramente se haya enterado por las noticias.»

—Hola, Riley —lo saludo.

—¿Qué pasa contigo, Lylah? ¿Asesinan a tu compañero de piso y no me llamas para decirme que estás bien? —Su voz grave suena todavía más grave cuando está enfadado.

—Lo siento, no quería asustarte. Ha sido todo muy... frenético. Apenas he tenido tiempo para procesar lo que ha sucedido.

—¿Y qué ha sucedido?

Como si desconociera los detalles. A Riley le gusta enterarse de todo lo que pasa en mi vida, incluso cuando no aparece en las noticias. Cuando nuestros padres murieron, no me quitó el ojo de encima. Al principio eso era justo lo que yo necesitaba; me caía y él se encargaba de recogerme. Pero cuando fui superándolo y las sesiones con el terapeuta empezaron a dar sus frutos, tener a Riley todo el tiempo pendiente de mí empezó a asfixiarme. Él lo hacía para que yo mejorara, pero era incapaz de dejarlo estar, de permitir que nuestra relación volviera a ser como siempre había sido.

Nos quedamos atrapados en una relación tóxica en la que él siempre trataba de salvarme. Inventó excusas para justificar por qué faltaba tanto a clase y se inventaba que no me encontraba bien o que tenía citas médicas. Terminaba los trabajos por mí

para que no me quedara atrás. Su vida se convirtió en una cruzada para asegurarse de que yo estaba bien. Llegó incluso a perder un empleo porque se ausentó muchas veces cuando yo estaba en mis peores momentos, y no era justo para él. La universidad fue la vía de escape que los dos necesitábamos.

Se supone que iba a ir a casa a pasar unos días en San Valentín, pero este año no puedo soportarlo. Riley sonó dolido al teléfono cuando se lo conté hace un par de semanas, pero me dijo que por fin comprendía que estoy donde necesito estar ahora mismo. Tengo que cuidar de mí misma.

—Lylah, ¿qué ha pasado? —repite.

—Han asesinado a Sonny. Lo han apuñalado. Chace y yo lo encontramos en...

—¿Lo encontrasteis vosotros? —brama—. Por Dios, Lylah, ¿estás bien? Tendrías que haberme llamado. Estaré allí en unas cuatro horas, salgo enseguida.

—¡No, Riley! Estoy a salvo. Estoy bien. No necesito que vengas.

—¡Y un cuerno no me necesitas! ¡Hay un asesino en tu campus!

—No tienes que venir. De verdad, ya me cuesta bastante mantenerme entera. Será peor si vienes.

Suelta una carcajada.

—Di las cosas como son, hermanita.

—No lo digo por nada, pero ya sabes cómo te vas a poner, en plan sobreprotector e intentando arreglar la situación. Y te quiero por ello, Riley, de verdad que sí, pero no es eso lo que me conviene ahora mismo. Necesito espacio. Chace y mis amigos han sido una buena compañía y hay otros recursos, como la terapia, si los necesito.

—Pero ellos no son tu familia. No te conocen como yo. Solo nos tenemos el uno al otro, Lylah, así que, si necesitas hablar, estaré a tu lado.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo entiendo. Te prometo que soy más fuerte ahora.

—Tenemos que hablar más a menudo. Apenas he sabido nada de ti este semestre.

—Lo siento, he estado ocupada. Tengo mucho trabajo que hacer para las clases. Intentaré llamar más.

Suspira largamente y vuelve al tema de Sonny.

—No sé ni por dónde empezar a preguntar.

Resoplo.

—Así me siento yo también. La policía está trabajando sin descanso para encontrar al asesino.

Riley se subiría rápidamente al coche si le hablara de las notas y las flores que han llegado a la casa en la que vivimos, la casa en la que yo vivo. ¡La rosa en mi cama! Así que no se lo cuento. Sus intenciones son buenas, pero es tan resuelto que llega a convertirse en un defecto. No quiero que esté aquí molestando a la policía y diciéndome lo que tengo que hacer cada minuto del día.

Tan solo de pensar en ello se me encoge el corazón.

—No me parece bien quedarme aquí cuando tú estás pasando por eso.

—No soy una niña, no tienes que seguir representando el papel de padre. Simplemente sé comprensivo. Sé mi hermano.

Aunque no lo veo, sé que está frunciendo el ceño. Riley tenía veintiún años y yo diecisiete cuando nuestros padres fallecieron. Siempre hemos estado muy unidos, pero me gusta ser independiente.

—Llámame cuando me necesites e iré. Prométemelo, Lylah.

—Te lo prometo. Gracias por no ponerte como un loco.

—De nada —responde con sarcasmo—. Y, Lylah...

—¿Qué?

—Piensa en la terapia. De verdad, piénsalo. No permitas que la ansiedad te sobrepase.

No tiene que darme más detalles. Cuando mis padres murieron, intenté recuperarme yo sola. Sentía demasiadas emociones al mismo tiempo y empecé a sufrir ataques de pánico. Tres meses después tuve una crisis y busqué a un profesional para que me ayudara.

Fue una época difícil, pero conseguí recomponerme lo suficiente para empezar la universidad, como había planeado. No voy a permitir que la muerte de Sonny me derribe. He trabajado muy duro para llegar donde estoy.

—Lo haré. Te quiero —digo.

—Yo también te quiero.

Cuelgo y se me escurre el teléfono de la mano. Las conversaciones con Riley a veces son extenuantes. Me acomodo en el sofá y cierro los ojos.

Cada vez que hablamos de mis padres siento un dolor agudo en el vientre. Han pasado casi dos años y esperaba que cada vez fuera más sencillo sobrellevarlo, pero sigo echándolos mucho de menos.

Inspiro profundamente por la nariz y expulso el aire por la boca, un ejercicio que me enseñó el terapeuta para que lo practicara cuando sentía que estaba

desmoronándome. Noto cómo me estoy relajando poco a poco cuando suena el timbre.

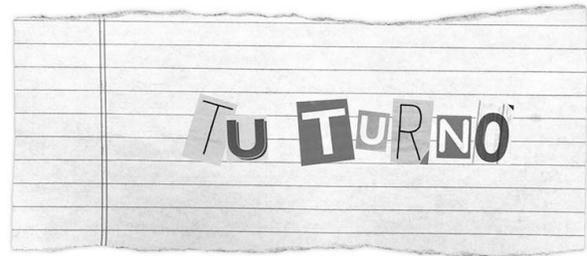
Suspiro y me levanto. Seguramente mis compañeros hayan olvidado las llaves o lleven tantas bolsas que no pueden abrir la puerta.

Miro por la ventana, pero no hay nadie. ¿Otro que llama y se va?

Se me hiela la sangre cuando abro la puerta. Hay un sobre en el felpudo. El mundo se queda totalmente en silencio y noto cómo la sangre bombea en mis oídos. Me agacho y cojo el sobre. Es para Isaac y tiene exactamente el mismo aspecto que el que llegó para Sonny.

«No...»

Le doy la vuelta y saco la nota. Me tiemblan las manos cuando lo leo:



—¡Isaac! —lo llamo a voz en grito.

—¿Qué? —me responde él desde su habitación, que está al fondo del pasillo.

Se me queda la voz atascada en la garganta cuando alzo la vista y miro hacia la calle. Aún hay varias personas dejando flores, contemplando el homenaje improvisado delante de nuestra casa. ¿Ha dejado el sobre alguna de esas personas? Me siento muy expuesta. Vulnerable.

Vuelvo dentro de la casa y cierro la puerta, temblando.

Oigo a Isaac acercarse desde su dormitorio hasta la entrada.

—¿Qué, Lylah? —Pone cara de preocupación y abre mucho los ojos cuando ve lo que tengo en la mano—. ¿Otra nota?

Asiento y se la entrego.

—Dios mío —susurra—. ¿Para quién es?

Lo miro y las lágrimas me nublan la vista.

—Para ti.

*Lunes,
5 de febrero*

Isaac me mira a los ojos y llegamos a una conclusión silenciosa. El asesinato de Sonny no ha sido un incidente aislado y no estamos a salvo. Isaac traga saliva con dificultad y se saca el teléfono del bolsillo de los vaqueros. Noto el pulso en los oídos tan fuerte que hasta me siento un poco mareada. Chace, Sienna y Charlotte tienen que saber lo que está sucediendo. Tengo que escribirles un mensaje.

—Lylah, vamos a la comisaría a hablar con la detective Lina —me indica Isaac—. Vamos a decirles a los demás que nos vemos allí.

Se está poniendo el abrigo junto a la puerta, con la nota en la mano. Espera a que yo me recomponga.

—Les estoy escribiendo. —Tecleo un mensaje rápido—. Isaac... —comienzo, pero no puedo continuar, me tiembla la voz.

—Lo sé. Mejor que no nos dejemos llevar por el pánico y vayamos a hablar con la policía. Después haremos lo que ellos nos digan. Allí estaremos a salvo.

Isaac hace señas a los agentes que están en el vehículo, fuera de la casa, y les cuenta lo que ha sucedido. Ellos nos llevan a la comisaría.

Chace, Sienna y Charlotte nos están esperando en la puerta cuando llegamos y todos parecen nerviosos. Isaac tiene la nota en el bolsillo y estoy deseando que se la dé a la policía y no tengamos que volver a verla más.

Nadie parece saber qué decirle, porque ¿qué se dice en una situación como esta?

Quien esté haciendo esto conoce nuestra rutina. Pensar que hay alguien tan malo esperando, literalmente, junto a la puerta de nuestra casa hace que se me erice el vello.

Dentro, el policía de la recepción llama a la detective Lina para avisarla de que estamos aquí.

—¿Creéis que los padres de Sonny querrán ver las notas? —pregunto.

Chace se encoge de hombros.

—No lo sé, pero imagino que vendrán más tarde a casa, ahora que están en la ciudad.

He pasado toda la noche devanándome los sesos, pensando en qué decirles. Han

venido a recoger sus cosas, a recoger el cuerpo de Sonny para enterrarlo en su ciudad. No hay nada que pueda decir que haga más sencillo todo esto. La detective Lina y su compañero, a quien nos presentan como Alexander, nos reciben y nos piden que los acompañemos a la sala de reuniones.

—¿La tenéis? —pregunta la detective, sacándose un par de guantes desechables del bolsillo.

Isaac le entrega la nota, que agarra por el borde.

—Esta es para mí. La encontró Lylah. Primero Sonny y ahora yo.

Coge la amenaza y la lee. Arruga la frente y frunce los labios, como si hubiera probado algo amargo.

—¿Dónde estaba?

—En la puerta de casa, como la anterior —respondo.

—Jake está advirtiéndonos de que tiene intención de seguir matando —añade Isaac.

—Vuelve a contarnos por qué crees que es de Jake. ¿Te parece algo que podría hacer él? —pregunta el detective Alexander.

—Es lo bastante fuerte para poder... matar —continúa Isaac tras exhalar un suspiro—. Tiene conocimientos médicos gracias a las clases. Lylah lo rechazó el año pasado en San Valentín. Apenas hemos mantenido el contacto con él. Jake es la única persona que se me ocurre que pudiera hacerlo...

Chace me toma de la mano y le da un apretón. Sé que los dos estamos pensando lo mismo: tienes que saber qué es lo que estás haciendo cuando le sacas el corazón a una persona. Y también debes ser una persona fuerte. Jake cumple ambos requisitos.

—¿Han hablado ya con él? —se interesa Chace.

La detective Lina le ofrece una sonrisa tensa.

—¿Por qué no os sentáis en la sala de espera? Voy a guardar esto como prueba y después iré a hablar con vosotros, ¿de acuerdo?

Su propuesta suena como si tratara de evitar decir que no tienen nada: ni indicios, ni pistas. ¿Y si han hablado con Jake y creen que es inocente? Siempre ha sido un chico encantador. No sentía nada romántico por él, pero me parecía un buen chico. Nunca pensé que dejaría los estudios y se marcharía de la universidad tan de repente, pero lo hizo. No era del tipo de personas que huyen de las situaciones difíciles o incómodas, pero la gente te puede sorprender. No regresó después de las vacaciones de invierno y no dio ninguna explicación a nadie.

Sigo pensando en él cuando accedemos a la sala de espera. Es una habitación normal con tres sofás dispuestos en forma de herradura, una máquina expendedora de bebidas calientes y varias plantas de plástico. Una de las paredes es de cristal y deja ver la recepción. Me siento con Chace y me suelta al fin la mano.

—¿Por qué está haciendo esto Jake? —murmura Charlotte—. Las notas, las flores, Sonny, el corazón clavado en el tablón de anuncios...

—Al principio pensé que era el corazón de Sonny. —Las palabras se me escapan antes de que pueda procesarlas. Pero ahora está amenazando a Isaac y quién sabe cuál de nosotros será el siguiente. Mis amigos tienen que conocer esta información.

Chace se queda sin aliento y noto que me está mirando. No me importa.

—¿Qué? —Sienna se rasca la cara—. ¿A qué te refieres?

Cuento con la atención íntegra de mis amigos.

—La policía no nos lo contó, probablemente porque puede afectar a la investigación, pero Chace oyó una conversación en la que decían que... Sonny... no tenía el... corazón cuando lo encontraron —tartamudeo—. Pero el que había en el tablón de anuncios era el de un cerdo.

Esperaba una reacción explosiva, pero, en cambio, me encuentro con el silencio. Chace me acaricia suavemente la espalda, como asegurándome que he hecho bien al contárselo.

—Siento que no pudiéramos contároslo antes.

—¿Estás bien, Isaac? —pregunta Sienna, que está totalmente pálida.

Él sacude la cabeza y aparta la mirada. Cuando Isaac se queda callado, lo mejor es darle espacio. Es comprensible, necesita tiempo para procesarlo y nosotros tenemos que respetarlo.

Charlotte y Sienna se ponen a hablar en susurros, probablemente sobre el corazón de Sonny.

Chace se saca el monedero del bolsillo.

—¿Quieres un café? —me pregunta con tono amable.

—Creo que vi a Jake el día que encontramos a Sonny —suelto. Lo digo en voz baja para que la conversación quede entre nosotros dos.

Chace arquea las cejas y se sienta muy recto. Se olvida de las bebidas.

—¿Dónde?

—En la calle, entre la gente. Llevaba puesta una sudadera y estaba mirando la casa. Bueno, eso creo. Es difícil estar segura, estaba lejos y no había luz.

—Madre mía, es mejor que se lo cuentes a la detective Lina.

—Lo sé, lo haré cuando regrese. ¿Crees que podría ser él?

—Es posible. Aunque me parece un poco estúpido que se quede por los alrededores. Jake no es tonto.

No lo había pensado.

—Cierto. No, él no podría hacer eso, ¿verdad?

—Probablemente sea una coincidencia. Creo que esa noche vi como a diez personas con sudadera.

Tiene razón. Ese muchacho solo me llamó la atención porque parecía que estaba observando la casa. Dios, odio tener que cuestionarlo todo. En ese momento estaba segura, pero ahora me siento una boba.

—Te traeré un café —sugiere Chace, y me da un apretón en la mano.

Lo observo levantarse y acercarse a la máquina expendedora, donde están el resto de nuestros amigos. Me trae un vaso de plástico caliente.

Agacho la cabeza y me preparo para seguir esperando.

—¿Cuánto tiempo creéis que tendremos que esperar aquí? —pregunto después de lo que se me antojan horas. Miro el reloj de la pared: tan solo han pasado veinte minutos.

Isaac se encoge de hombros, Charlotte no se mueve, Sienna toma aliento y Chace habla:

—No tengo ni idea.

Me pongo en pie y comienzo a dar vueltas. Unos minutos más tarde expando el recorrido hasta el vestíbulo. Voy a perder la razón de tanto esperar y beber café. Creo que la cafeína no ha sido una buena idea. Veo a la detective Lina salir de otra sala y la llamo. Levanta la mano.

—Perdona que os haga esperar, Lylah, estaré con vosotros en cinco minutos. — Desaparece detrás de otra puerta.

Necesito saber qué está sucediendo. ¿Está interrogando a alguien? ¿Se trata de un sospechoso del caso? ¿Está trabajando en otro caso?

Cuando me doy la vuelta para volver con los demás, veo a alguien de pie en el mostrador de recepción.

—¿Zak?

El hermano mayor de Jake me ofrece una sonrisa forzada.

—Hola, Lylah.

No sé qué decir. ¿Qué hace aquí? Su hermano podría haber asesinado a mi amigo, aunque él no tendría por qué haber tenido nada que ver con esto. Zak visitaba a Jake en la universidad cada dos o tres meses hasta que dejó los estudios, así que lo conozco bastante bien. Salíamos todos en grupo.

Se pasa la mano por el pelo corto y oscuro.

—No sé qué decirte —admite.

—¿Jake es sospechoso?

—No estamos seguros.

—¿Y eso? —No entiendo a qué se refiere.

—Llevamos semanas sin verlo —me cuenta—. La última vez que alguien de la familia supo de él fue cuando escribió para decir que necesitaba espacio para saber lo que quería hacer con su vida y que iba a hacer un viaje de mochilero o algo así. Hace días que no se pone en contacto con nuestros padres. Cuando llamó la policía para preguntar por él, mi madre se puso como loca porque pensó que llamaban para informar de que estaba muerto. Pero es igual de horrible pensar que podría ser sospechoso de asesinato. No puedo creérmelo, Lylah.

—¿Esa es Lylah? ¡Deja de hablar de él como si fuera culpable, Zak! —replica una chica que aparece detrás de él.

Tiene el mismo pelo negro y los mismos ojos marrones que Jake y Zak, así que deduzco que es su hermana. Jake nos contó que vivía con su padre, su hermano y su hermana, pero yo solo conocía a Zak. La chica se parece mucho a Jake.

Zak se vuelve hacia ella y le lanza una mirada furiosa.

—Cállate, Sarah. No estoy diciendo que crea que lo hiciera. —Se vuelve hacia mí una vez más—. Mi hermano no pudo hacer algo así. Aunque no se llevara bien con Sonny, no es motivo para asesinarlo.

—Yo no quería ni pensarlo —comento, sin hacer caso a Sarah—, pero de todas formas tenemos que encontrarlo para asegurarnos.

—Esto es ridículo. ¡Por supuesto que ella piensa que ha sido él! —Sarah me lanza cuchillos por los ojos marrones y se dirige a un hombre que solo puede ser su padre.

—¿Por qué ha dicho eso?

Zak suspira.

—Jake nos contó lo del beso.

Me ruborizo y no sé por qué siento vergüenza.

—No fue para tanto. Me pareció que estaba bien cuando...

—No tienes que explicarme nada, Lylah. No te gustaba de ese modo.

—Así es.

Se hace el silencio entre nosotros. Zak siempre me ha caído bien, pero ahora mismo parece el enemigo. Es comprensible que quiera proteger a su hermano, pensar lo mejor de él. ¿Y yo? No sé qué pensar de Jake.

—Tengo que irme. ¿Podemos vernos después? —me pregunta de pronto.

Abro la boca para darle una excusa, pero él me mira directamente a los ojos.

—Por favor, Lylah. Trae también a tus amigos. Quiero ayudar. Jake no es responsable de esto y tal vez podamos resolver esto juntos si escucháis lo que tengo que decir.

—¿Quieres convencernos de que tu hermano no es un asesino enfermo? —La voz de Chace retumba detrás de mí y me sobresalto. Tiene los ojos inflamados en odio.

—Eso no va a pasar —digo respaldando a Chace—. Cuando la policía encuentre a Jake, si es inocente, me disculparé. Pero hasta entonces es la única persona que se nos ocurre que pueda tener algo en contra de nosotros.

Zak cambia de postura. Pone la espalda recta y saca pecho.

—Hay un asesino suelto y vosotros estáis jugando a las adivinanzas.

—Tu hermano es el asesino —señala Chace—. Lylah, vuelve dentro con nosotros. Esta conversación no va a ninguna parte y probablemente no deberíamos hablar con familiares del sospechoso.

—¡No sabéis si lo hizo él! —exclama Zak con la voz empañada de preocupación.

—No fue a él a quien cortaron en pedazos y dejaron en nuestra maldita aula de edición, ¡eso es lo que sé!

Chace está siendo innecesariamente cruel, pero las emociones están a flor de piel. Sonny ha sufrido una muerte horrible y nosotros encontramos su cuerpo.

—Vamos, Chace. —Extiendo los brazos y poso las manos en su pecho. No se mueve cuando las presiono contra él. Intento llevarlo de vuelta a la sala de espera, pero es demasiado fuerte y no consigo empujarlo.

Lo miro con ojos suplicantes.

—Chace, por favor.

Esta vez me escucha. Me rodea la muñeca con la mano y retrocede hasta la sala de

espera, llevándome con él. Aunque se está alejando de Zak, sigue muy atento a él.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta Isaac cuando los dos volvemos a estar sentados.

Chace aparta por fin la mirada de Zak y se encoge de hombros.

Sienna cierra la puerta y mira con el ceño fruncido a la familia de Jake, que está hablando ahora con la detective Lina. Supongo que al final tardará más de cinco minutos en venir a informarnos.

—Zak no cree que Jake tenga nada que ver con esto... Pero lleva desaparecido desde antes del asesinato de Sonny.

—Que Jake lleve tanto tiempo sin hablar con ellos lo hace parecer bastante culpable —comenta Isaac—. ¿Por qué no pueden hablar con él?

Me encojo de hombros.

—Zak no ha dicho nada. Se marchó para encontrarse a sí mismo o algo así. A lo mejor les preocupa que le haya pasado algo malo a él también. No quieren pensar mal de Jake, es normal. Nadie quiere que haya un asesino en su familia —respondo.

—Pues ellos tienen a uno y más vale que la policía lo encuentre rápido —apunta Chace, mirando con los ojos entornados a la familia de Jake.

Entiendo que mi amigo necesite respuestas y que quiera culpar a alguien, pero su actitud es muy tajante. ¿Cómo puede estar tan seguro? ¿O simplemente está desesperado por hallar respuestas y acabar con esto? Veo que la detective Lina conduce al padre de Jake a una habitación. Otros dos agentes llevan a Sarah y a Zak a salas separadas.

—Los van a interrogar —señalo—. Si descubren dónde está escondido Jake, puede que esto termine pronto.

Si lo descubren.

*Lunes,
5 de febrero*

La detective ha decidido que los cinco necesitamos protección las veinticuatro horas del día, así que un policía, el oficial Grey, me acompaña a la biblioteca. Fuera de casa hay un coche aparcado y, hasta que no encuentren al asesino de Sonny, todos tendremos con nosotros a agentes que serán como nuestras sombras.

Tendría que sentirme más cómoda, pero esto suscita la atención de los demás y no la quiero. La gente del campus solo habla del asesinato de Sonny y de que nos están amenazando. Las personas que siempre me han saludado ahora o bien se me quedan mirando o bien apartan la mirada y susurran con sus amigos. Parece que crean que pueden convertirse en víctimas si interactúan conmigo. No lo sé. Tal vez sea verdad. Pero odio que me eviten como si fuese a contagiarlos de algo. Valoré la idea de escapar, hacer la maleta y volver a casa con Riley, pero eso no arreglaría nada. Por mucho que quiera a mi hermano, él no puede confortarme como lo haría mi madre. Además, no puedo tomarme un tiempo libre sin que tenga un impacto negativo en mis calificaciones.

El móvil vibra en mi bolsillo con un mensaje de texto y me sobresalto. Me llevo la mano al corazón acelerado. La presencia del policía no me hace sentir menos inquieta.

Saco el teléfono. Riley, por supuesto.

¿Cómo estás?

Suspiro y tecleo una respuesta.

Bien, te lo prometo. Voy a estudiar.

¿Seguro? Puedo ir si me necesitas.

Estoy bien, de verdad. Intenta no preocuparte por mí.

Eres mi hermana pequeña y la única familia que me queda.

No dice más y no es necesario que lo haga. Cuando perdimos a mamá y papá, lo perdimos todo. Todo excepto el uno al otro. No tenemos a nadie más. Ni abuelos, ni

tías, ni tíos, nadie. Somos una familia de dos.

Le envío tres corazones y me meto de nuevo el teléfono en el bolsillo. No quiero que Riley tenga que recoger mis pedazos uno a uno de nuevo porque no sea lo suficientemente fuerte para mantenerlos unidos. Él ya ha sufrido bastante.

—¿Lylah? —me llama el agente Grey. Me he quedado parada en la puerta de la biblioteca.

—Lo siento. ¿Va a entrar conmigo?

Asiente. Vestido con unos pantalones de traje negros, una camisa beis y una chaqueta gruesa, no parece un policía, pero queda muy claro que no es un estudiante. Aun así, agradezco que no vista el uniforme.

—Claro —digo.

En la biblioteca no me va a pasar nada con tanta gente alrededor, pero le han dado unas instrucciones muy claras: no pierdas de vista a Lylah.

Abro la puerta y entro con la cabeza gacha. Al menos aquí la temperatura es cálida. Me sigue por el corto pasillo hacia la zona principal de la biblioteca. Aunque yo no miro a nadie, noto que todo el mundo me observa.

Grey se acerca a mí.

—¿Estás bien? —susurra.

Las paredes me acechan y tengo la sensación de que estoy en una celda. A mi alrededor todo el mundo me parece mucho más grande, como si fueran gigantes.

Aquí me falta el aire. Tengo que salir.

—¿Podemos irnos? —le pregunto. Claro que podemos, no necesito su permiso. «Mueve los pies, Lylah.»

—Sí, vamos —responde él.

Consigo moverme. Grey me acompaña a la salida de la biblioteca y esta vez camina a mi lado en lugar de un paso por detrás. Tiene los ojos azules alerta y preocupados.

—¿Te encuentras bien, Lylah?

Respiro profundamente en cuanto siento el aire fresco.

—Ahora sí. Lo siento, ha sido muy incómodo.

—¿Qué ha pasado?

—Todo el mundo me miraba.

El hombre asiente.

—Van a seguir haciéndolo. No les hagas caso.

—Qué fácil es decirlo.

—No va a durar para siempre —contesta con una sonrisa de disculpa.

«No, pero ¿cuánto tiempo tardará la policía en encontrar al asesino?»

Decido que trabajaré más cómoda en casa, así que nos dirigimos allí. De pronto veo a Zak al lado de una cafetería. Está solo, a menos que su padre y su hermana estén dentro. Tiene los brazos cruzados y parece pensativo, con el ceño fruncido.

Aunque sé que no debería, voy hacia él con el guardaespaldas detrás de mí. No nos han dicho que nos mantengamos alejados de la familia de Jake, pero, dadas las circunstancias, tal vez sería lo mejor. Aun así, no soy capaz de detenerme. Si hay alguien en la familia de Jake dispuesto a hacer lo que sea con tal de encontrarlo, ese es Zak.

Me ve y camina hacia mí con grandes zancadas.

—Hola, Lylah. —Lanza una mirada por encima de mis hombros, probablemente en busca de alguno de mis amigos.

—Estoy sola. Bueno, aparte del agente Grey.

—Claro, tienes... protección. —Se aclara la garganta y mira al suelo, avergonzado.

—Tú no tienes la culpa, Zak. Esto debe de ser horrible también para ti.

Levanta la mirada.

—Creo que Chace sí me culpa.

Niego con la cabeza y me acerco un paso a él.

—No, está enfadado, asustado y confundido, pero sabe que no es culpa tuya.

—Gracias.

—¿Habéis tenido ya noticias de Jake?

—No, lleva cuatro días con el teléfono apagado. Probé esta mañana y mi padre no para de llamarlo y mandarle mensajes. No responde a nadie.

—Cuatro días. ¿Entonces tenía el teléfono encendido después de la muerte de Sonny?

Zak se humedece el labio inferior con la lengua.

—Sí.

En este punto, ni siquiera sé si eso significa algo. No hay pruebas de que Jake matara a Sonny y enviara esas notas. Necesitamos algo sólido para que la policía pueda avanzar.

—¿Cómo está tu padre?

—Destrozado. No tenemos noticias de Jake y ahora es sospechoso en la investigación de un asesinato horrible.

Me dan ganas de preguntarle si su familia sigue pensando que es inocente, pero probablemente sea así. Yo no abandonaré a alguien a quien quiero.

—¿Qué teorías tienes?

—Está herido, eso es prácticamente lo único que se nos ocurre. —Dilata las fosas nasales al tomar aliento.

—¿Prácticamente? ¿Qué es lo que no me estás contando, Zak?

—Nada.

—Si sabes algo, tienes que contármelo. O a la policía.

—Lylah, ya sé que quieres respuestas, pero yo no las tengo.

—Pues yo creo que estás mintiendo. Tu padre y tu hermana parecen muy seguros de que Jake es inocente. ¿Por qué tú no lo estás? ¿Qué sabes? ¿Pasaba algo que nosotros no sabemos?

El agente Grey se acerca más a mí, en un gesto que parece una advertencia visual de que está dispuesto a actuar si tiene que hacerlo.

Zak se masajea las sienes.

—Afloja un poco, Lylah. Dudé un instante porque la policía estaba presionando mucho, pero eso es todo.

Sigo sin creerle.

—Sonny está muerto. Si hay algo que puedas contar a la policía, tienes que hacerlo. Isaac también ha recibido amenazas. Hay más vidas en riesgo, incluida la mía.

—Lylah —me advierte el agente Grey.

Zak no le hace ningún caso.

—Lo siento, de verdad que sí, pero no puedo ayudarte. Tú y tus amigos siempre me habéis caído bien, si hubiera algo que pudiera hacer para ayudar, lo haría. Ya estoy intentando ponerme en contacto con mi hermano y estoy cooperando con la policía. Si piensas que estoy ocultando algo, sácatelo de la cabeza. No sé nada que la policía no sepa. He sido totalmente sincero.

—De acuerdo. Siento haberte presionado. Todo esto es muy estresante. Jake era amigo nuestro, no quiero que sea él.

—Pero piensas que es él. ¿Estás segura de que no hay nadie más que haya podido hacerlo? Jake no iba a esa universidad desde hacía meses, ¿por qué iba a hacerlo él?

—Agacha la cabeza.

Odio hablar así de su hermano, pero Zak tiene que enfrentarse a la realidad de que podría ser el asesino.

—Pensarás que soy un idiota por seguir sin creer que Jake pudiera hacer algo así
—me dice con voz suave.

—No, por supuesto que no.

—No puedo abandonarlo, Lylah.

Estamos en un punto muerto, así que cambio de tema.

—¿Dónde os alojáis?

—En el hotel Knights. Está cerca.

—¿Está bien?

Suelta una risotada.

—La verdad es que no. Pero es barato y no sabemos cuánto tiempo tendremos que quedarnos. —Mira al agente Grey—. ¿Ese tipo te sigue a todas partes?

Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos.

—A todas partes menos al baño.

Zak se ríe.

—¿No te saca de quicio?

—Sí.

—Me alegra que hayan decidido poner protección. —Esboza una sonrisa y me sostiene la mirada un segundo más de lo necesario.

Me muerdo el labio y me remuevo.

—Eh... gracias. Eres... muy amable.

Levanta las manos.

—¡No me refería solo a ti! Me refiero a que me alegra que todos estéis a salvo.

«Dios mío, creo que se me acaba de incendiar la cara.»

—Ya lo sé.

¡Qué idiota soy! He sido una egocéntrica al pensar que solo se refería a mí.

—¿Qué estás haciendo con ella? —Por detrás de Zak aparece Sarah con dos cafés en la mano y me lanza una mirada asesina.

Zak suspira y se vuelve hacia su hermana.

—Solo estábamos hablando.

—Pues no lo hagas. Ya sabes lo que esa y sus amigos piensan de Jake.

«Esa. Muy buena.»

—Déjalo ya, Sarah —brama Zak.

La joven le tiende el café y casi se le derrama cuando él lo coge.

—¡No puedo creerme que estés apoyándola!

—¡No estoy apoyando a nadie! Lylah no ha hecho nada malo.

—Ha acusado a nuestro hermano de asesinato y ahora se nos trata a todos como sospechosos.

No puedo evitar replicar.

—¿Y cómo sabemos que no lo sois? —grito.

El agente Grey se coloca casi completamente delante de mí.

—Tenemos que marcharnos.

—¡Lylah! —exclama Zak.

No le hago caso. Estoy harta de Sarah y de su actitud arrogante conmigo. Puede que no sea culpa suya, pero tampoco mía.

—Puedes irte al infierno, zorra —me espeta—. No tienes ni idea de lo que hablas. Te paseas por aquí pavoneándote, rechazando a las personas cuando te aburres de ellas, y luego tienes el descaro de incriminar a una de esas personas en un caso de asesinato.

—Sarah, para. No nos estás haciendo ningún favor —ruge Zak, ejerciendo de árbitro.

—¡Ya basta! —brama el agente Grey—. Nos vamos, Lylah. —Se vuelve hacia Zak y Sarah—. Os sugiero que vosotros hagáis lo mismo.

Unos cuantos estudiantes se han parado a observar abiertamente y sin pudor nuestra conversación. Sarah está cada vez más nerviosa, tiene los hombros tensos y los ojos entornados.

Está ofreciendo al público un buen espectáculo. Y supongo que yo también.

—Esto no tiene sentido. Ya hablaré contigo luego, Zak —digo.

El joven me ofrece una sonrisa de disculpa.

—No vas a hablar con él. Mantente alejada, Lylah, ¡lo digo en serio!

El agente Grey posa la mano en mi vientre.

—Vámonos. Ahora, Lylah.

—No le hagas caso —me pide Zak—. Lo siento —añade con voz más suave.

—Vale —respondo. El agente Grey se adelanta, haciendo gestos para que yo también me mueva—. Sí, ya, ya lo pillo. Nos vamos a casa ya —le digo y me vuelvo. Está justo detrás de mí, muy cerca.

No puedo culpar a Sarah por estar enfadada, pero todo el mundo está hablando de todos nosotros, lo más normal sería que fuera discreta.

—Sí, huye. Jake no necesitaba amigas como tú, ni tampoco Zak. Mantente alejada

de nosotros o lo lamentarás —me chilla.

Me vuelvo y la miro con los ojos entornados.

—Eso suena a amenaza, Sarah.

—¡Ya basta! —replica Zak. La agarra por el codo y la lleva en dirección contraria.

—Lylah —vuelve a murmurar el agente Grey—. No te estás haciendo ningún favor.

Veo cómo se alejan. Está claro que discuten en voz baja por cómo mueve ella la mano libre y cómo lo mira con mala cara. Zak no la mira, ni tampoco a mí. Camina como si estuviera en mitad de una misión.

Grey los observa, tenso.

¿Qué estará pensando? ¿Cree que tal vez ella sepa más de lo que le ha contado a la policía? ¿Sería capaz de ocultar el paradero de su hermano y dejar que se libere de la acusación de asesinato?

*Lunes,
5 de febrero*

Mi intento de hacer algo normal ha sido un fracaso. Cierro la puerta de casa de un portazo, suelto el bolso en el suelo, al lado de la mesa, y busco a mis compañeros. Ninguno de ellos pasa mucho tiempo en su habitación, por lo que si no hay nadie en el salón o en la cocina, es muy posible que esté sola.

Antes de la muerte de Sonny me encantaba llegar, encontrarme la casa vacía y disfrutar de un poco de tiempo a solas. Ahora se me forma un nudo en el estómago por la angustia de estar sola, a pesar de que el agente Grey esté fuera, vigilando.

—¿Hola? —saluda Chace desde el salón.

—Soy yo —respondo, y bajo los hombros por el alivio. Está sentado en el sofá, viendo un episodio antiguo de *Juego de tronos*.

—No has aguantado mucho en la biblioteca.

Niego con la cabeza y me dejo caer en el sofá, a su lado.

Soy un fiasco. Lo único que deseaba era volver a la rutina, pero he acabado sufriendo un ataque de nervios. Cuando murieron mis padres, Riley y yo recibimos mucha atención no deseada. La gente solo intentaba ayudar y mostrar su preocupación, pero, en mi caso, todo eso solo hacía más trágica la pérdida de mis padres.

Se mueve en el sofá y se coloca de frente a mí. Me mira con el ceño fruncido y le quita el sonido a la televisión.

—¿Qué ha pasado?

—¿Conoces la sensación de entrar en una habitación y que todo el mundo se vuelva para mirarte?

—Ah, la gente hablaba de ti, de Sonny... de todos nosotros.

Me pican las palmas de las manos.

—No me gusta ser el centro de atención. Prefiero que no me hagan caso.

—Eso no va a suceder con todo lo que está pasando, Lylah. Vas a tener que aprender a no hacerles caso.

—Sí, eso mismo ha dicho el agente Grey.

También me lo dijo Riley cuando tuve el segundo ataque de pánico tras la muerte

de mis padres. Pero ahora mismo ignorar las miradas de los desconocidos es como pedir a un pez que respire en el desierto.

—Nunca te ha importado lo que la gente diga de ti —me recuerda Chace.

—Esto es distinto. ¿Y qué dice la gente de mí?

Se echa a reír. El sonido es grave y áspero y provoca sensaciones en mi interior que hacen que me olvide de todo lo demás.

—Nadie dice nada malo, te lo prometo.

—Que tú sepas. ¿Dónde están los demás?

—Sienna e Isaac han ido al gimnasio antes de clase y Charlotte ha quedado con una amiga para compartir apuntes de clase.

—¿Todos van con alguien?

Ladea la cabeza.

—Sí...

—Solo quería asegurarme.

Se queda callado un instante y me mira a los ojos.

—¿Estás bien, Lylah?

—Me preocupo por ellos.

—Están a salvo —me asegura—. ¿Ha pasado algo más?

—Me he encontrado con Zak, que ha sido muy amable, y con Sarah, que no ha sido nada amable. Me ha dicho que me mantenga alejada de ellos.

—De tal hermano, tal hermana —murmura—. Es igual de intensa que Jake.

—¿La estás comparando con un asesino?

Se encoge de hombros y abre la boca para decir algo, pero el sonido de unas sirenas lo silencian. Nos ponemos en pie, corremos hasta la puerta y salimos.

Los vehículos se detienen junto a una casa que está a dos viviendas de la nuestra. Hay varias personas apiñadas en la acera.

Mi amigo me mira.

—Bueno, al menos la gente no está en nuestra casa.

—Ya, pero ¿qué pasa? —Enseguida pienso en lo peor.

Las reuniones de personas en un lugar normalmente indican que hay una fiesta. Ahora se han convertido en una señal de muerte.

El detective Alexander es el agente que estaba en casa con Chace. Ahora habla por teléfono y se dirige hacia nosotros. Le toca el brazo a mi amigo y nos hace señas para que volvamos a entrar en la casa y nos quedemos allí. El agente Grey corre hasta

donde se ha reunido la gente.

Aquí pasa algo malo.

Entro al recibidor con la mano sobre el corazón acelerado.

—¿Qué pasa? —pregunto al detective Alexander.

Chace cierra la puerta y se cruza de brazos.

—Ha habido un incidente —señala cuando cuelga el teléfono.

—¿Qué tipo de incidente? —pregunto.

—¿Alguno de vosotros conoce a Nora Wilson?

—Sí. Bueno, más o menos —contesto.

Frunce el ceño.

—¿Más o menos?

—También estudia en la universidad. La conozco lo suficiente para saludarla o intercambiar algunas palabras. Hemos salido en grupo con otros amigos, pero no somos íntimas. Creo que ninguno de nosotros la conoce bien.

—Yo creo que no he hablado nunca con ella —señala Chace.

—¿Está bien? —pregunto.

Se aclara la garganta.

—La han asesinado.

Abrumada por las emociones, me apoyo en Chace.

—Es terrible...

—¿Creéis que Sonny la conocía? —pregunta el detective.

—Es posible, pero no es... era el tipo de chica con la que saldría Sonny —consigo responder con un nudo en la garganta.

—¿Por qué?

—Creo que era muy estudiosa. Siempre la veía en la biblioteca. Igual que Charlotte, Nora no iba a muchas fiestas. No creo que estuviera en el radar de Sonny.

—Gracias. Esa información nos ayuda mucho. —El detective asiente.

—¿Qué le ha pasado? —inquire Chace.

Lo que realmente está preguntando es: «¿Ha sido la misma persona que ha matado a Sonny? ¿Ha sido Jake?».

El detective Alexander carraspea.

—La han apuñalado, pero no sé más.

—¿Conservaba el corazón? —Las palabras se me escapan antes de recordar que se trata de información confidencial que se supone que nosotros desconocemos.

El detective abre mucho los ojos, no sé si por el impacto de que conozca este detalle o por mi brusquedad.

«Ya, yo tampoco quiero tener que preguntar este tipo de cosas, pero aquí estamos.»

—Me tomaré el silencio como un no. No tenía el corazón —continúo—. Seguro que también la ha matado Jake.

Chace niega con la cabeza.

—No tiene sentido.

El detective Alexander intenta tranquilizarnos.

—No vamos a sacar ninguna conclusión precipitada.

—¿Qué pasa? —grita Isaac, que entra por la puerta trasera.

—Estamos en el recibidor —le aviso.

Él y Sienna se acercan a nosotros y sus guardaespaldas los siguen. Isaac suelta la mochila, que cae con un golpe seco.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? Nadie nos dice nada y parte de la carretera está acordonada.

—¿Han encontrado a Jake? —pregunta Sienna.

—No, parece que Jake ha matado a otra persona. A Nora —explico.

Los agentes de policía se miran los unos a los otros.

—¿Qué? Pensaba que yo era el siguiente —indica Isaac.

Me encojo de hombros.

—Eso pensábamos todos, pero...

Sienna enarca las cejas perfectamente depiladas.

—¿Nora? Ella no era amiga nuestra, aunque estaba un poco obsesionada contigo, Lylah. Quería gustarte, pero nunca pasamos mucho tiempo con ella. ¿Por qué le iba a hacer daño Jake?

Alexander escucha atentamente nuestra conversación, sin duda tomando notas mentales.

Me encojo de hombros.

—A lo mejor estamos equivocados. Puede que Jake tenga una lista negra más larga de lo que pensábamos.

—Solo por comentarlo... —comienza Isaac— , ¿y si no es Jake? ¿Conocía siquiera a Nora?

Chace resopla.

—Creo que Jake ha demostrado que realmente no sabíamos quién era, así que puede que sí la conociera.

—Es cierto —coincido con él. Por lo que nosotros sabemos, Jake podría haber tenido una relación con Nora—. Me pregunto qué pudo haber hecho para ponerlo tan furioso.

¿Por eso Nora quería salir conmigo? ¿Porque me veía con Jake? Puede que tuvieran algo, que él la dejara y que ella no lo aceptara e intentase recuperarlo haciéndose amiga mía. Nora vivía en un dormitorio distinto de la residencia el año pasado, por lo que Jake podría haberse acostado con ella sin que nosotros lo supiéramos.

—Ya, pero Jake estaba obsesionado contigo, así que no tiene sentido que tuviera algo con ella —interviene Sienna—. Sobre todo porque nunca los vimos juntos y ella no lo mencionó nunca cuando estaba contigo.

—Genial, vamos a seguir hablando de mi relación con Jake.

Bastante mal me siento ya. Pensar que yo fui el catalizador de tanto odio me pone enferma.

Alexander carraspea.

—No nos adelantemos. La detective Lina llegará de un momento a otro y queremos haceros algunas preguntas.

No sé qué ayuda podemos ofrecerles. Yo no conocía a Nora lo suficiente para saber nada de su vida personal. Salimos pocas veces juntas y siempre con otras personas. Nuestras conversaciones no eran profundas. Y Jake no se relacionaba con mucha gente que no fuera de nuestro grupo o de su clase. Soy incapaz de ver la conexión, pero alguien tendrá que descubrirla antes de que muera nadie más.

Dos horas después, estoy agotada. La detective Lina nos ha llevado a todos a la comisaría, donde nos ha pedido que pensemos en posibles vínculos entre Nora, mis amigos, Jake y yo. Me duele la cabeza y a ninguno de nosotros se nos ocurre ningún nexo.

Hemos relatado todos los detalles, desde los primeros encuentros hasta un resumen de cómo se sucedían las semanas en la universidad. Ha sido especialmente complicado, pues el primer curso es un borrón para mí.

Sin embargo, estoy segura de que recuerdo cada nanosegundo del tiempo que he pasado con Chace.

Soy patética.

Siento que llevo años sin ver a mis compañeros, pues los están interrogando en habitaciones separadas.

Estoy en la sala de espera, mirando cómo se mueve la aguja del reloj. Solo hace quince minutos que salí de la sala de interrogatorios, pero que estén haciéndoles preguntas a todos me pone nerviosa. ¿Por qué yo he terminado tan pronto?

Nos llamaron a Chace y a mí primero, probablemente porque nosotros fuimos quienes encontramos a Sonny, así que esperaba que él saliera al mismo tiempo que yo.

Al otro lado del pasillo se abre la puerta de una sala de interrogatorio y me pongo en pie.

Es Chace. Parece cansado. Sus ojos claros se han oscurecido por el estrés. Baja los hombros y cierra la puerta.

—¿Estás bien? —pregunta agachando la cabeza.

—Sí, ha sido intenso. Me ha parecido que repetía mucho las mismas preguntas o las formulaba de formas distintas, como si pensara que estaba mintiendo.

Se acerca más a mí.

—No piensa eso, Lylah. La policía tiene que ser rigurosa.

—¿Se te ha ocurrido algo?

—Nop, pero creo que el detective Alexander me odia.

—¿Y eso? ¿Qué has hecho?

—Nada..., pero gracias por tu confianza, me reconforta —me dice con sarcasmo—. No he podido contarle nada que no supiera ya. Está frustrado. Están matando a gente y no tienen ninguna prueba de que sea Jake. Él tiene una hija de diecinueve años, así que está más preocupado por eso.

—Puede que los asesinatos sean más arbitrarios de lo que pensamos. Es algo que tenemos que tener en cuenta.

Me angustia que Jake siga ahí fuera. Creo que preferiría no saber quién es el sospechoso, así no vería su cara por todas partes.

Está en la calle, libre, y solo es cuestión de tiempo que vuelva a actuar.

La nota decía que Isaac era la siguiente víctima, pero se ha desviado del plan. No estoy segura de qué dice eso del estado mental del asesino, pero sí sé que a mí me

aterroriza.

*Martes,
6 de febrero*

Desde la muerte de Nora no hemos sabido nada del asesino. No ha habido notas, ni flores, ni pintadas. Nada. O bien Jake está haciendo un trabajo increíble jugando al escondite o está intentando pasar desapercibido mientras planea su siguiente movimiento.

Apenas he dormido. Empiezo a sentir la fatiga que me asoló durante meses después de que fallecieran mis padres. Me duele el cuerpo y me pican los ojos por la falta de sueño. Cuando dormito tengo pesadillas, aunque en esta ocasión no es la muerte de mis padres la que veo en sueños, sino la de Sonny y la de Nora.

Ya que parece que Jake ha desaparecido y es imposible ponerse en contacto con él, la policía quiere que nosotros lo incitemos a que haga algún movimiento para que puedan atraparlo. No saben si la muerte de Nora ha hecho que se desvíe de su rumbo y se esconda, pero están decididos a descubrirlo antes de que vuelva a asesinar.

El detective Alexander aprueba el plan de su compañera de atraer al asesino, pero a mí me asusta. ¿Y si acabamos provocando otro asesinato? Pero si nos negamos a ayudar podríamos hacer que el culpable se escape.

Así que estoy en mi habitación, preparándome. No voy a quedarme sentada sin hacer nada si hay alguna forma de ayudar. Se lo debo a Sonny y a Nora. En una hora iremos a un *pub* que han elegido los agentes. Ellos se pasaron por allí antes de que abriera para hablar con el dueño y el personal para que estuvieran preparados para esta noche.

Me paso el cepillo por la larga melena y me quedo mirando mi reflejo en el espejo. Cuando me marché de casa y vine a la universidad estaba decidida a ser una persona distinta. No iba a agobiarme por los pequeños detalles hasta el punto de enfermar. Iba a pensar en positivo y a no centrarme siempre en el peor escenario posible.

Durante un año y cuatro meses he conseguido hacerlo bastante bien. Hasta ahora. Parezco la niña asustada y asolada por la ansiedad que tan desesperada estaba por dejar atrás. Aparto la mirada del espejo y suelto el cepillo.

Es increíble lo rápido que puedes volver a los antiguos hábitos. Se me revuelve el estómago y siento repulsión por haberme permitido regresar a ese estado, aunque

sea en estas circunstancias.

Noto una vibración en la mesita de noche de madera y me da un vuelco el corazón. Es un mensaje de texto. Echo un vistazo, aunque ya sé quién es.

Riley. Pongo los ojos en blanco, desbloqueo el teléfono y abro el mensaje.

¿Cómo van las cosas, Lylah?

No puedo contarle lo que estoy a punto de hacer. Me quemará el teléfono intentando ponerse en contacto conmigo y se presentará aquí enseguida. Bastante débil me siento ya, tener aquí a Riley solo empeorará las cosas. Se me da muy mal ser fuerte con él a mi lado.

Escribo una respuesta.

Igual. Seguimos sin saber nada de Jake. La policía está en la puerta de la casa y nos acompaña a todas partes. Deja de preocuparte tanto. Estoy bien.
Te quiero.

Eso no es del todo bueno.

Y después:

¿Te has replanteado lo de volver a casa una temporada?

Exhalo un suspiro por la frustración.

Estoy bien, no hace falta.

Me muerdo el labio y espero a que llegue su respuesta. Cada vez insiste más para convencerme de que vuelva a casa, pero allí hay demasiados recuerdos de los que trato de huir. Y no puedo volver a las viejas costumbres.

—¿Estás lista? —me pregunta Sienna, que entra en mi habitación y se sienta en la cama—. ¿Estás nerviosa?

Suelto el teléfono.

—Estoy en esto al cien por cien, pero, sinceramente, no es buena idea, ¿verdad?

Se ríe.

—Estamos completamente locas por hacer esto. Sin embargo, a pesar de todos los defectos de Sonny, creo que él haría lo mismo por nosotros.

—Seguro —coincido.

Puede que no siempre nos lleváramos bien, pero si alguien se hubiera atrevido a molestarnos, se habría enfrentado a esa persona sin dudar, estoy segura.

En casa somos como una familia: discutimos, nos enfadamos los unos con los otros, pero siempre nos defendemos. Vamos a intentar hacerle justicia a Sonny obligando al asesino a salir de su escondite. Nuestro amigo se lo merece.

—¿Cómo estoy? —pregunta Sienna, dando una vuelta en el centro del dormitorio.

Lleva un vestido azul corto y ajustado. Si alguien tiene cuerpo para esa prenda, es ella. Tiene el pelo negro recogido en un moño despeinado pero elegante.

—Estás increíble.

Sonríe.

—Tú también. A Chace le va a encantar el vestido.

Le lanzo una mirada asesina. Sienna siempre me anima a ir a por todas con Chace, pero me asusta demasiado dar el primer paso. Me sentiría increíblemente incómoda si me rechazara, aunque por cómo se ha comportado últimamente dudo que lo hiciera.

Chace es una parte importante de mi nueva vida y me está ayudando a convertirme en la persona que quiero ser, así que poner en riesgo nuestra amistad besándolo me parece demasiado peligroso.

Suspiro.

—Primero vamos a acabar con lo de esta noche.

Hunde los hombros.

—¿Crees que aparecerá?

—Merece la pena intentarlo, supongo. Si la policía cree que el asesino nos está vigilando, con suerte nos seguirá al *pub* y allí podrán detenerlo.

Pero tengo el desagradable presentimiento de que las cosas no saldrán como las hemos planeado. Jake es inteligente, probablemente más que todos nosotros juntos. ¿Se dará cuenta de que es una emboscada?

Sienna sacude la cabeza.

—Lo odio. No puedo comprender cómo puede alguien hacerle eso a otra persona. ¿Rajarlo y sacarle el corazón? Dios mío, me pongo enferma solo de pensarlo. Y me he esforzado de verdad por no pensar en ello.

Es la primera vez que sale el tema desde que les conté lo del corazón. Nadie quiere hablar de ello.

—Ya, yo también estoy desconcertada. Sé que hay gente capaz de hacer daño, pero nunca pensé que podríamos conocer a alguien así.

—Vamos a concentrarnos en hacer todo lo que podamos para sacar al asesino de

su madriguera. Por Sonny.

Asiento.

—Por Sonny. Y por Nora.

Bajamos las escaleras y nos encontramos a Charlotte, Isaac y Chace en el salón. Su expresión es solemne y es obvio que están tan nerviosos como Sienna y como yo.

—¿Acabamos ya con esto? —sugiero saliendo de la habitación y cogiendo el abrigo que tengo al lado de la puerta. Los detectives están en el pasillo, muy serios.

Charlotte ha decidido quedarse en casa y, cuanto más se acerca el momento de salir, más me gustaría quedarme con ella. Estoy dividida entre querer hacer justicia y que nos mantengamos todos a salvo hasta que eso suceda.

Nos reunimos para escuchar las instrucciones.

—Recordad que habrá miradas puestas en vosotros todo el tiempo. No hay por qué preocuparse, pero, por favor, intentad manteneros juntos todo el tiempo posible. Que nadie vaya solo a ningún lado —explica la detective Lina.

Aprieto los dientes y me cruzo de brazos. Intento hacerme la valiente.

—¿Y si tenemos que ir al baño? —pregunta Sienna en un tono casi sarcástico—. ¿Quién evitará que Jake nos mate a puñaladas allí?

Isaac ladea la cabeza.

—¿Las chicas no vais siempre juntas? —Usa la misma entonación que habría empleado Sonny y eso hace sonreír a Sienna.

El detective Alexander no conocía a Sonny, por lo que no entiende la broma.

—Tenemos a gente en todas partes. Estáis a salvo. Empezaremos fuera del *pub* y, cuando enciendan las luces de San Valentín fuera, entraremos con la esperanza de que Jake nos siga.

Esta noche, solo una semana antes del día de San Valentín, habrá tanta gente como en diciembre, cuando encienden las luces del árbol de Navidad en el campus. Como si fuera necesario un evento tan grande para San Valentín.

—Los coches están fuera —indica la detective Lina—. Vamos a echarle el guante a un asesino.

La sigo a regañadientes, mordiéndome el labio. Estoy deseando que esto termine.

Sienna y yo entramos en el primer coche policial sin distintivo y los chicos van en el coche de detrás. Desde fuera debe de parecer que hemos reservado un servicio de automóviles, aunque es el agente Grey quien conduce.

El silencio se extiende a nuestro alrededor. Supuestamente, si actuamos como si

nuestras vidas fuesen normales de nuevo, como si no estuviéramos destrozados por lo que ha pasado, él tendría que enfurecerse.

No me entusiasma mucho esa parte.

—¿Intentará Jake hacer alguna estupidez? ¿Algo así como apuñalar a alguien al azar en el *pub*? —pregunto cuando nos estamos acercando al lugar.

El agente Grey me mira por el espejo retrovisor.

—Es muy poco probable.

No sé si su respuesta me anima o no. «Poco probable» no es una certeza.

Aparca y nos bajamos del coche. Se supone que tenemos que caminar por el paseo, por delante de los chicos, y luego entrar. Ojalá pudiera apretar la mano de Chace en busca de apoyo.

El *pub* está lleno. Desde que cerró el Limbo, que estaba al lado, los otros cinco *pubs* han aumentado su clientela. Los universitarios necesitan liberar el estrés en alguna parte. A mí no me molestan las multitudes, pero no soporto no poder moverme. El Limbo era el *pub* preferido de Jake, pero este siempre era su segunda elección.

La detective Lina tiene la esperanza de que la decisión de venir aquí le transmita un mensaje: sabemos quién eres y no vamos a escondernos.

El día que encontramos a Sonny me resultaba imposible mostrarme fuerte. Solo quería acurrucarme y esperar a que todo terminara. Pero ahora que la tempestad ha pasado, he ganado un poco de claridad. Soy consciente de que esconderme no es una opción.

Por muy aterradora que sea la idea de que alguien te esté persiguiendo, no voy a permitir que Jake gobierne mi vida. No voy a dejar de vivir solo porque él quiera que lo haga.

Llegan los chicos.

—¿Vais vosotras a buscar una mesa? —pregunta Isaac—. Chace y yo iremos por las bebidas.

Sienna asiente.

—No os separéis.

Como si fuéramos a quedarnos solos.

Me pego al lado de Sienna y miro a mi alrededor, pero no estoy buscando una mesa, estoy buscando a Jake.

—¡Ahí hay una! —Sienna me agarra la mano y tira de mí. La sigo, pero no presto atención adónde vamos. El local está bastante oscuro y hay gente bailando. Cada vez

que un destello de luz incide en la cara de alguien pienso que he visto alguno de los rasgos de Jake.

Nos paramos junto a la mesa y Sienna se sienta.

—¿Lylah? —me llama moviendo la mano delante de mi cara.

Bajo la mirada.

—¿Qué?

—¿Vas a sentarte?

—Sí. —Me dejo caer en la silla que hay al lado de la suya.

«Actúa con normalidad, Lylah.»

—No lo busques.

—¿Cómo no voy a hacerlo?

Ladea la cabeza y se le escapa un mechón de pelo del recogido.

—Si nos está observando, sabrá que lo estás buscando. Se supone que estamos saliendo como cualquier noche normal.

Aparto la mirada y me siento un poco estúpida. Tiene razón, por supuesto, pero yo no soy tan buena fingiendo como ella. Maldita sea, hasta Isaac y Chace están más tranquilos que yo. Estoy de los nervios, tengo la espalda rígida y el pulso acelerado.

Jake podría estar aquí dentro.

—Necesito beber algo para relajarme.

Esboza una sonrisa.

—Sí.

Los chicos regresan y me bebo la mitad de mi copa de vodka con agua con gas.

Chace se acerca a mí.

—Creo que no es buena idea que nos emborrachemos esta noche.

—Nos han repetido hasta la saciedad que debemos actuar de forma normal, y esto es lo que haría cualquier noche de fiesta —le recuerdo.

Se ríe y posa la mano en mi espalda.

—¿Bailas conmigo?

Como si fuera a decir que no a eso. Lo miro con los ojos entornados y asiento.

Dejamos la mesa en la que Sienna e Isaac discuten sobre quién es más rápido corriendo ocho kilómetros.

Me hace girar en la pista de baile y me acerca a él. No sé si ahora que le he contado parte de lo que siento es más consciente de lo que bulle dentro de mi cabeza, pero sí parece entender cuándo lo necesito.

—Cuando esto haya terminado, nos vamos a ir todos por ahí —comenta.

Le sonrío y me dejo llevar por la idea.

—¿Dónde?

—Eh... A Magaluf.

—¿Te refieres a Folla-luf? ¿En serio? —Magaluf es el lugar donde todo el mundo va a buscar sexo en las vacaciones de primavera.

Se ríe y echa la cabeza para atrás.

—Sabía que dirías eso.

—Dejaré que me lleves a Las Vegas.

Enarca una ceja y me dedica una mirada desconfiada.

—¿Quieres emborracharte y que te case Elvis?

«Sí.»

—Por favor, tendrías que trabajártelo mejor —le digo.

Se ríe y presiona su frente contra la mía. Se me cortocircuita el cerebro. Está cerca, muy cerca. Maldita sea, noto su aliento y el olor de su loción para después del afeitado. Estoy sufriendo una sobrecarga de Chace y el corazón se me va a salir del pecho.

Dejo la mano en su hombro y cierro los ojos para saborear el momento. Cuando los abro, me quedo paralizada. Lo veo.

«Mierda. Jake. Estoy segura de que es Jake.» Clavo los dedos en el cuello de Chace.

—¿Lylah? —Con el ceño fruncido, mira adonde estoy mirando yo—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Jake. Creo que acabo de verlo.

La reacción de Chace es inmediata. Se aparta de mí y me agarra de la mano. Con la que le queda libre, empieza a toquetear el móvil, probablemente enviándole un mensaje a Lina.

—¿Estás segura? —pregunta, abriéndose paso entre la marea de estudiantes que ocupan la pista de baile.

—Está oscuro, pero se parecía a él.

—Me basta —responde, todavía tecleando en el teléfono. Volvemos a la barra, donde Sienna está pidiendo otra copa.

Uno de los muchos policías encubiertos llega a la barra al mismo tiempo y se acerca a nosotros.

—¿Estás segura? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Ha sido muy rápido.

—Quedaos aquí —nos pide y va hacia el lugar donde me ha parecido ver a Jake.

—¿Está aquí? —pregunta Sienna.

—Eso creemos —contesta Chace—. ¿Dónde está Isaac?

Sienna recorre el lugar con la mirada.

—Se fue a bailar con una chica que no conozco.

—Vamos a sacaros de aquí ahora mismo —grita la detective Lina para que la oigamos por encima de la música.

—No sabemos dónde está Isaac —protesto. No pienso marcharme sin él. Ni hablar. La última nota era para él. ¿Y si es el siguiente?

Se queda un segundo con la boca abierta.

—De acuerdo, parece que lo de manteneros juntos era muy complicado —dice negando con la cabeza—. Os llevaremos al coche y yo buscaré a Isaac.

—No quiero ir al coche sin él —insisto. Tengo el pulso tan acelerado que me da vueltas la cabeza. Ha desaparecido. Cuando Sonny desapareció, lo encontramos muerto.

—Lylah —me habla la detective Lina—. Estoy intentando protegeros. Por favor, id al coche.

Aprieto los dientes.

—¿Han atrapado a Jake?

—Estamos en ello.

Ya, claro. Quiere que confíe en sus decisiones, pero no nos han llevado a nada.

—Jake envió una nota a Isaac, no voy a ir a ninguna parte hasta que...

Chace me interrumpe tomándome de la mano y tirando de mí. Lo miro con el ceño fruncido, pero no me hace ningún caso.

—Al coche, Lylah.

—¿Qué? No. ¿Por qué te pones de su lado?

Pone los ojos en blanco.

—Aquí no hay lados. Es lo más seguro.

—¿Tú también vienes?

Le da un tic en el ojo. Como sospechaba. Piensa quedarse para buscar a Isaac. Maldito hipócrita.

—Vete con la detective.

—Venga, Lylah —me presiona Sienna—. No quiero quedarme aquí y no quiero estar sola.

Dios, esto es una mierda. Siento que tengo que rendirme porque soy una chica, mientras que solo los hombres pueden ser valientes. Qué tontería más grande.

Sienna me toma de la otra mano y Chace me suelta. Me mira y entiendo, por su ceño fruncido, que se siente mal, pero no va a recular. Me gusta que se preocupe por mí, más de lo que él nunca sabrá, pero me molesta mucho que crea que puede despacharme de esta manera. ¿Quién se cree que es?

Me doy la vuelta y me dirijo a la salida sin mirar atrás.

—¿Qué ocurre, Lylah? —me pregunta Sienna mientras nos acompañan de vuelta al coche—. ¿Pasa algo entre Chace y tú?

Uno de los agentes encubiertos abre la puerta para que pase. Me gustaría entrar sin mirarlo, pero me criaron para que fuera educada, así que le dedico una sonrisa. Es lo mejor que puedo hacer.

Cierra la puerta, pero eso no cambia mi humor.

—No pasa nada. Chace es un capullo.

—¿Es un capullo por querer que estés a salvo?

Ya, no suena nada racional.

—Sí.

—Vale... —Se aclara la garganta—. Ha hecho bien al pedirte que te vayas.

Miro a mi amiga.

—Ya sé que no es lo que quieres escuchar, Lylah, pero los demás nos damos cuenta de lo que pasa. Le gustas, no me importa lo que digas.

Lo he pasado mal docenas de veces cuando ha salido con otras chicas, así que no hay nada seguro hasta que Chace admita sus sentimientos.

—Lo que tú digas —murmuro.

No estoy de humor para mantener otra conversación sobre mis sentimientos por Chace. Sienna siempre ha dicho que estamos muy unidos, que se preocupa demasiado por mí como para pensar que solo soy una amiga. Las dos sabemos que solo está intentando que pensemos en otra cosa. Tiene los nudillos blancos en torno al asa del bolso, al que se aferra con mucha fuerza.

Alguien da un golpecito en la ventanilla y las dos nos sobresaltamos. El corazón me late muy acelerado.

—¡Isaac! —exclama Sienna.

Inspiro despacio y me hundo en el asiento. Está bien. Nuestro amigo asiente y sigue a Chace al vehículo que está aparcado delante.

—Gracias a Dios está bien —susurro al tiempo que relajo los hombros.

Los agentes y los detectives entran en los coches y nos preparamos para marcharnos.

El agente que nos acompaña enciende el motor y nos incorporamos a la carretera. Me acomodo en el asiento.

—Menuda pérdida de tiempo.

El policía nos mira por el espejo retrovisor.

—Estamos buscando al hombre que viste.

Señala la ventanilla y cuando miro veo que están vaciando el *pub*. Cientos de estudiantes temblando en la calle, bajo el frío helado.

—Si Jake está ahí, lo encontraremos —concluye el agente.

Claro, como si Jake fuera a salir del *pub* con todos los demás. Probablemente se haya marchado hace tiempo. Pero la esperanza es lo último que se pierde.

*Miércoles,
7 de febrero*

Por la mañana me despierto sin resaca. Un triunfo. Siempre que salimos tengo dolor de cabeza al día siguiente. Me gusta esta sensación de no sentir la necesidad de cercenarme la cabeza.

Aparto las sábanas y lo lamento de inmediato, pues el aire helado me hace estremecer.

¿No está puesta la calefacción?

Me acerco al armario, saco la bata y me la pongo. Me acerco al termostato que hay en la pared, junto a las escaleras, para subir la calefacción, pero está apagada. Estamos en mitad del invierno, ¿por qué narices la han apagado?

En lo alto de las escaleras, me quedo helada. Hay una caja blanca justo en la puerta de entrada, dentro de la casa. Es del tamaño de una caja de zapatos, pero cuadrada.

El corazón me martillea en el pecho y aprieto los puños. Debo de ser la única que se ha levantado. Seguro que, si mis compañeros estuvieran despiertos, la habrían visto, pero no quiero abrirla yo sola. Se me acelera el pulso. ¿Qué habrá en esa pequeña caja blanca?

Retrocedo sin apartar la mirada del paquete y llamo a la puerta de la habitación de Chace.

—¿Estás despierto?

No hay respuesta.

—¿Chace? —lo llamo un poco más alto y vuelvo a golpear la puerta.

Esta vez me oye y murmura de mal humor.

—¿Qué?

—Hay algo abajo. No quiero mirar qué es yo sola.

No responde, pero oigo cómo sale de la cama y recorre la habitación. Abre la puerta.

—¿Hay alguien en la casa?

—No. Algo, no alguien. Allí. —Señalo la caja. Me asusta lo que pueda haber dentro del paquete y, sobre todo, cómo ha llegado hasta aquí. Pero no puedo evitar fijarme en el pecho desnudo de Chace.

—¿Qué...? —comienza—. Lylah, quédate aquí.

Baja las escaleras, frotándose los brazos por el frío.

—No, voy contigo. —Mientras tenga compañía, puedo ser valiente.

Pone los ojos en blanco.

—¿Por qué sabía que dirías eso?

Lo sigo, un paso por detrás.

Llegamos abajo y giro ahí también la manija del termostato. Al fin se enciende la caldera, emitiendo unos ruidos sordos mientras empieza a calentar las dos zonas de la casa.

Chace se detiene y me mira.

—Estaba al máximo cuando me fui a la cama anoche, y yo fui el último en acostarme.

—Prefiero no saberlo.

—¿Cómo entra? ¿Dejamos alguna de las puertas sin cerrojo? Tenemos seguridad fuera, no entiendo cómo ha podido pasar esto.

—Debemos ser más cuidadosos. —Noto un escalofrío—. Podría haber hecho cualquier cosa mientras estaba aquí. —Resuello y me agarro del brazo de Chace—. No sabemos si ha hecho algo. ¡Sienna! ¡Isaac! ¡Charlotte! —grito.

—Por Dios, Lylah, hablando de reacciones exageradas...

—No estoy exagerando. ¡Podría haberles hecho daño!

—¿Qué es todo ese ruido, chicos? —pregunta Isaac, que sale dando tumbos de su dormitorio.

Charlotte es la siguiente.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Hay una caja —les cuento, mirando arriba, a la espera de que salga Sienna.

Aparece unos segundos más tarde y suelto un suspiro de alivio. Tiene el pelo negro todavía recogido en el moño de la noche anterior.

—Espero que sea importante, Lylah. —Baja las escaleras con los brazos cruzados—. Dios, qué frío.

—Jake ha estado aquí esta noche. Debió de apagar la calefacción cuando dejó esto. —Chace se aparta para que vean bien la caja.

—Dios mío, no la abras. ¡Tenemos que llamar a la detective Lina! —exclama Sienna.

—No puedo esperar tanto. Que alguien la llame, yo voy a abrirla —señala Chace. Se

agacha y se acerca lentamente, como si esperara que la caja pudiera explotar.

Aguanto la respiración cuando levanta la tapa con la punta del dedo índice. La abre, echa un vistazo dentro y se pone rápidamente en pie.

—¡Joder!

«Dios mío. No. No puede ser...»

Pero sí es.

Me doy la vuelta y me llevo el puño a la boca. «No vomites.» Aunque está dentro de una bolsa de plástico, el olor es penetrante. Me escuece la nariz y también la garganta.

Charlotte se va corriendo al salón, llorando, y Sienna escapa al baño mientras Isaac maldice y golpetea la pantalla del teléfono, supongo que llamando a la policía.

¿Es... el corazón de Sonny? ¿O el de Nora? ¿O el de un cerdo como el que había en el tablón de anuncios? Y si es el de un cerdo, ¿dónde están los corazones de Sonny y Nora?

—¿Cómo ha podido hacer esto? No le hemos hecho nada. ¿Cómo ha podido? — protesto, respirando pesadamente para intentar que los pulmones funcionen correctamente. No sirve de nada. Cuanto más trato de respirar, peor me siento.

—Lylah. —Chace intenta arrancarme de mi estado de pánico. Me lleva a la cocina y me agarra por los antebrazos—. ¿Estás bien?

Niego con la cabeza.

—No, ¿por qué hace esto? —susurro.

—Ojalá lo supiera —responde y tira de mí para que me apoye en su pecho.

Cierro los ojos y me abandono al abrazo, rodeándole la espalda con los brazos.

—La detective Lina viene de camino y los agentes que había fuera están echándole un vistazo —nos explica Isaac al entrar en la cocina—. ¿Estás bien, Lylah?

Chace no me suelta y noto que sacude la cabeza.

Siempre intento hacerme la fuerte, pero Jake me ha arrebatado toda la fortaleza. Necesito recuperarla. Pero también puedo permitirme estar asustada; eso es lo que me dijo el terapeuta.

Oigo a los policías hablar en la entrada, pero, gracias a Dios, las voces suenan amortiguadas y no entiendo lo que están diciendo.

—¿Dónde están Sienna y Charlotte? —pregunto.

—Sienna sigue vomitando y Charlotte está llorando en el salón. No quiere estar con nadie —responde Isaac.

Charlotte siempre ha sido una persona muy reservada, pero me sorprende que quiera estar sola. Yo no quiero volver a estar sola nunca más.

—¿De verdad le arrancó el corazón? —añade Isaac en voz baja—. No solo le rajó el pecho, sino que... Es decir, ¿cómo...?

Chace sacude la cabeza.

—No lo sé, tío.

—Su corazón, Chace —susurro.

—Lo sé. —Su voz temblorosa está cargada de miedo y desasosiego.

Jake les está quitando los corazones a sus víctimas y está dejando corazones de cerdo para que nosotros los encontremos. No sé por qué no usa los reales. No entiendo qué es lo que hace con los corazones de verdad o por qué tiene la necesidad de usar otros.

La verdad, prefiero no entenderlo.

—No puedo ni imaginar cómo se sentirá su familia cuando les informen de que ha aparecido su corazón en una caja. —Las palabras me salen atropelladas—. Bueno, el suyo, el de Nora o el de otro cerdo. ¿Cómo puede ser alguien tan cruel? Debería haberlo besado y ya está.

Chace me sujeta para que lo mire a los ojos.

—Esto no es culpa tuya, Lylah —me asegura.

—Tiene razón. Jake está mal de la cabeza. Ese chico necesita que lo encierren en un psiquiátrico.

—Creo que necesito sentarme. —Me aparto de Chace.

Ninguno de los dos me detiene cuando salgo de la cocina. Charlotte necesita espacio, así que me siento en las escaleras en lugar de ir al salón.

Chace me sigue, moviéndose tan silencioso que apenas lo oigo. Parece preocupado, como si no tuviera ni idea de cómo lidiar conmigo ahora mismo.

Riley sí sabría. Me ha recuperado del abismo y me ha arreglado en muchas ocasiones. Pero no quiero depender de mi hermano mayor. No voy a llamarlo para que recoja mis pedazos. Se supone que soy una persona adulta totalmente funcional y él merece vivir una vida normal en la que no tenga que cancelar citas porque el desastre emocional que es su hermana está sufriendo una crisis. Hace poco me contó que había conocido a una buena chica hacía unas semanas. Mi hermano parece feliz. No quiero apagar esa felicidad con mis dramas.

No pasa nada, puedo ocuparme de esto sola. «Respira, Lylah. Respira

profundamente; inspira y espira.»

—Lylah. —Chace se arrodilla delante de mí. Me mira con los ojos verdes y profundos—. Necesito que te creas que nada de esto es culpa tuya.

—Mira, está claro que Jake está enfermo, pero no puedo evitar pensar que si le hubiera prestado un poco más de atención, esto no habría pasado.

—Si ese es el caso, entonces somos todos culpables. Nadie podía saber de lo que es capaz.

Lógicamente, sé que lo que dice tiene sentido. Pero ¿no podríamos haber hecho algo? ¿Cualquier cosa que hubiera evitado las muertes de Sonny y Nora? Si hubiéramos sabido..., si nos hubiéramos dado cuenta de que Jake estaba sufriendo, podríamos haberle buscado ayuda y ahora no estaríamos en esta situación.

Suena el timbre y nos ahorra una conversación que, inevitablemente, habría continuado alargándose sin llegar a ningún sitio. Chace se levanta y se acerca a la puerta. Al otro lado del cristal veo gente con uniformes.

La detective Lina es la primera en entrar, seguida por el detective Alexander y otros tres agentes.

—¿Dónde está? —pregunta Lina con el rostro ceniciento.

Chace señala el suelo.

La casa se llena enseguida de más policías y miembros del equipo forense. Nos apartamos y observamos desde la cocina. Nuestra casa parece un circo: gente por todas partes y *flashes* de alguien que toma fotografías de la prueba.

La detective Lina pasa un buen rato con nosotros, tomándonos declaración. Ya he hecho esto tantas veces que el proceso me resulta familiar. Pero por la tarde sigo pensando en el corazón, no puedo dejar de pensar en él. Parecía un trozo de carne dentro de una caja. Aún no sabemos si es de Sonny, de Nora o de otro cerdo.

La policía prefiere que el tema del corazón no salga a la luz. El que se encontró en el tablón de anuncios quedó como una broma y la gente, en general, se lo creyó, porque no saben que Sonny y Nora no tenían los suyos cuando los encontraron. Chace tenía razón: la policía está ocultando ese detalle para evitar el pánico y así tratar de identificar al asesino.

Al examinar el contenido de la caja, los agentes, por primera vez, parecían perdidos. Los detectives Lina y Alexander se pusieron a hablar en voz baja con los hombros hundidos, y se los veía desorientados, al contrario que la última vez. La única persona que tiene el control de la situación es Jake. Lo ha demostrado una vez

tras otra. Ahora está haciendo entregas de restos humanos en mitad de la noche. Hay un agente estacionado ahí fuera y, aun así, ha conseguido entrar en la casa. ¿Qué será lo próximo?

La detective Lina nos informa del último plan. Igual que la noche anterior, quiere crear un escenario para atraer al asesino... y atraparlo. Parece que iremos a ver los fuegos artificiales de San Valentín en el campus, pero a mí me parece igual de inútil que tratar de atrapar a Jake en el *pub*. No obstante, hay que intentarlo. Si nos quedamos esperando a que haga el siguiente movimiento podría ser demasiado tarde para su próxima víctima.

Charlotte vuelve a negarse a acompañarnos y no puedo culparla por ello.

Sienna, Chace, Isaac y yo estamos canalizando toda la ira, la pena y el odio en encontrar al responsable en el espectáculo de los fuegos artificiales al que vamos a asistir. Todos hemos publicado en nuestras redes sociales que vamos a ir con la esperanza de convertirnos en objetivos.

La detective Lina vuelve a repetirnos las reglas antes de salir. Son detalles obvios, del tipo «no vayáis a por Jake si lo veis». Como si fuéramos a hacer tal cosa. ¡No pienso salir corriendo detrás de un asesino! Habrá muchos policías, el doble que en el *pub*. Uno de ellos atrapará a Jake.

Espero que funcione.

Por la noche, me pongo el abrigo y salimos de casa. Esta vez iremos caminando solos y unos agentes encubiertos nos seguirán.

—Qué difícil es actuar con normalidad —comenta Isaac.

—Eso es porque eres un bicho raro —señala Chace, intentando aligerar el ambiente.

Isaac le da un puñetazo en el brazo.

—Cállate, capullo. Ya sabes a qué me refiero.

Sienna pone los ojos en blanco y me sonrío. La conversación es normal, como siempre. Yo he perdido la habilidad de mantener conversaciones triviales y bromear

con los demás.

—Sois los dos unos idiotas —declaro.

Pero cuanto más nos acercamos al lugar donde tendrán lugar los fuegos artificiales, más nerviosa me pongo.

—¿Creéis que hay posibilidades de que lo cojan? —pregunto cuando llegamos y nos abrimos paso entre la masa de gente. Parece que ha venido todo el cuerpo estudiantil. Suena música de fondo, pero apenas se oye por el ruido de cientos de voces.

Chace me rodea la espalda con el brazo y me agarra por la cintura.

—Tenemos que pensar que sí. No te alejes de mi lado, ¿eh?

«Eso no me va a costar mucho.»

El rector de la universidad pronuncia un breve discurso que resuena en los altavoces antes del espectáculo. Lo recibe una ovación ensordecedora que ahoga sus palabras. Estoy delante de Chace, con Sienna e Isaac al lado. Nos hemos movido un poco entre la multitud, pero estamos lo bastante cerca de la periferia como para salir corriendo si lo necesitamos. Les he perdido la pista a los detectives, pero nos han prometido que estarían siempre cerca.

Aprieto los puños. «Por favor, que funcione.»

Encima de nosotros, el cielo se ilumina de rojo con el primer cohete de la noche. El día de San Valentín, o más bien el mes de San Valentín, está en pleno auge ahora mismo.

El campus está absolutamente abarrotado. La gente está de pie en la hierba, todos mirando el cielo.

Los siguientes cohetes se apagan con un sonido fuerte que retumba en la noche.

Tengo un ojo puesto en el espectáculo y otro mira a mi alrededor, en busca de los policías encubiertos y de Jake. Pero apenas se ve nada. Está oscuro, claro. Han apagado la mayoría de las farolas hasta que terminen los fuegos artificiales, y hay demasiada gente.

Es invierno, por lo que puedo ver una marea de sudaderas, probablemente todas de hombres que no quieren ponerse un abrigo por miedo a que los llamen pardillos. Cualquiera de ellos podría ser Jake. No sé cuál es el plan de los agentes. ¿Van a pasearse por aquí buscando su cara entre la multitud? No se me ocurre qué más pueden hacer a menos que intente atacarnos, lo que no me hace sentir muy segura.

El espectáculo termina con una ronda de aplausos, y a continuación se encienden

las farolas y todo el mundo pone rumbo a los *pubs* para seguir la fiesta. El espectáculo ha durado solo quince minutos, pero a mí me ha parecido más largo.

Chocan conmigo por todos lados. Sienna e Isaac están cerca, pero la corriente de personas que quieren llegar las primeras a los *pubs* los ha separado de nosotros. Chace está justo detrás de mí, buscando cualquier señal de Jake.

Examino la multitud que hay en la periferia. La última vez que vi a Jake estaba mirándome desde la puerta del *pub*. Si ha venido, es posible que esté en un lugar desde el que pueda escapar rápido.

Cuando la muchedumbre se dispersa, las luces de la calle se apagan de pronto, tiñéndolo todo de oscuridad.

La gente vitorea, igual que cuando a alguien se le cae un vaso en el comedor. A mí me entran los nervios, el corazón se me acelera y me sudan las manos.

—¡Chace! —Me vuelvo hacia él, pero ha desaparecido. Llamo a Sienna y a Isaac, pero están lejos. No veo nada. Parpadeo y me esfuerzo por ajustar la vista a la noche —. ¡Chace!

Todo el mundo saca los móviles de los bolsillos para encender la linterna. Me doy la vuelta.

—¡Chace! —grito.

«¿Dónde está?» La gente hace mucho ruido, vitoreando y cantando ahora que no hay luz.

Se me hiela el cuerpo. Esto tiene que ser obra de Jake. Viene a por nosotros.

Lo único que oigo es mi respiración acelerada.

—¡Chace!

Las sombras oscuras se mueven a mi alrededor y puedo atisbar algunas caras mientras me muevo torpemente, llamando a mis amigos. Me aterra que la próxima cara que vea sea la de Jake. Cerraría los ojos si no fuera más peligroso.

«¿Por qué no encienden las luces?»

El corazón me late tan fuerte que duele. Me llevo una mano al pecho con la esperanza de tranquilizarme, y con la otra enciendo la linterna del móvil. Lo levanto e ilumino una distancia corta delante de mí.

Chace no está. No lo veo, y tampoco lo he oído responder.

Alguien choca con mi espalda y me rodea la cintura con un brazo. Me quedo paralizada. Sea quien sea, es fuerte y me agarra con tanta firmeza que las costillas protestan de dolor.

—Shhh —me sisea al oído, y un escalofrío recorre mi cuerpo.

No es Chace, ni tampoco Isaac. ¿Será un policía? Se habría identificado.

No vuelvo la cabeza porque estoy muerta de miedo ante la idea de ver quién está detrás de mí, de identificar a mi atacante. Empieza a retroceder, forzándome a ir con él. En ese momento me resisto. Un grito quiere salir de mi garganta, pero una mano grande y enguantada me tapa la boca.

Es Jake. Tiene que ser él.

—¡Jake! —grito contra la mano, pero apenas oigo mi voz.

—Shhh —vuelve a susurrarme al oído, tan cerca que siento el aliento cálido en el cuello. Me retuerzo, pero me agarra con mucha fuerza.

«¿Dónde están los agentes y por qué aún no se han encendido las luces?»

Me arrastra por la hierba hasta un callejón que hay entre dos edificios. Levanto los pies del suelo y retuerzo el cuerpo en un intento de soltarme.

Aquí no hay nadie. Nadie sabe dónde estoy o qué ha pasado. Tan solo puedo confiar en mí misma ahora. Podría secuestrarme, matarme..., tengo que luchar.

Aparta la mano de mi boca y la posa en mi cintura, al lado de la otra.

—¡Ayuda! —grito, pero se me quiebra la voz—. Déjame...

Se ríe y vuelve a callarme con la mano, pero esta vez la presiona con más fuerza y soy incapaz de emitir ningún sonido. A continuación, noto su boca en el cuello. Siento los dientes en la piel, por encima del cuello del abrigo. Juro que me está perforando la piel.

Dejo de moverme. El miedo convierte mi cuerpo en una estatua. Las lágrimas caen por mis mejillas y, de repente, me libera. Me golpea la espalda con las manos y me venzo hacia delante con un grito.

Extiendo los brazos para detener la caída, pero es tarde. Caigo al suelo y chilló. Me escuecen las manos. En la oscuridad, apenas veo las heridas abiertas que me he hecho.

Las luces empiezan a parpadear delante de los edificios. Gimiendo, miro detrás de mí, pero se ha ido.

—¡Lylah!

Vuelvo la cabeza y suspiro aliviada. Chace viene corriendo hacia mí. Me pongo en pie.

—Estoy... bien —aseguro cuando me alcanza.

—¿Qué ha pasado? Estás temblando.

«¿Estoy temblando?»

Chace me envuelve en un abrazo.

—¿Qué ha pasado? —repite. Me doy cuenta de que está agitado, pero intenta parecer tranquilo.

Tardo un instante en reunir el valor para hablar.

—Me agarró. Me arrastró hasta aquí y luego me empujó y se marchó.

—¡Lylah! ¡Chace! Aquí estáis —exclama la detective Lina sin aliento. La siguen los tres policías que se suponía que nos estaban vigilando. Llevan linternas.

Me aparto de los brazos de Chace y vuelvo a explicar la situación. Dos de los tres agentes corren en la dirección que señalo, pero Jake, o quien fuera, probablemente se haya ido hace rato.

Noto cómo me arden las mejillas. Sé que tengo que contarle a la detective todo lo que ha pasado, aunque lo siento como una violación.

—Me ha mordido —murmuro con la cabeza gacha.

—¿Que te ha mordido? —repite Lina con un tono más alto de lo habitual.

Me señalo con el dedo un punto por encima del cuello del abrigo y me lo bajo. Ella se acerca para mirar mejor.

—No creo que saquemos ninguna prueba de eso. No hay sangre y la marca se está desdibujando rápidamente. Pero podemos buscar el ADN.

¿Prueba? ¿Es que pensaba comparar la marca de la mordida con un archivo dental? Casi desearía que me hubiera mordido más fuerte para que hubiera quedado algo que pudieran investigar.

Le doy permiso para que recoja una muestra de la marca. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por ayudar.

Chace no habla.

—¿Te dijo algo? ¿Pudiste verlo? —continúa la detective.

—Me dijo «shhh» un par de veces y se rio, pero no lo vi. Me agarró por detrás. Creo que era Jake.

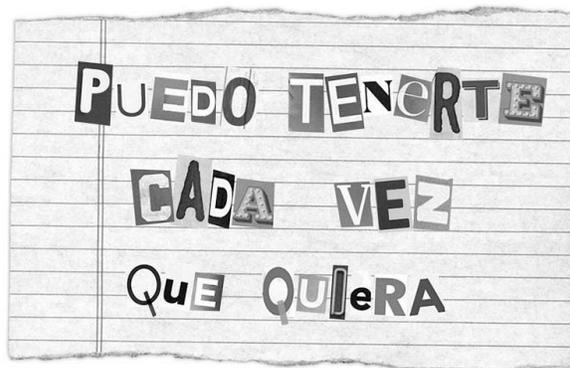
—¿Estás segura de que era él?

—Sí... Bueno, no creo que lo haya oído sisear antes, pero podía ser su voz. O eso creo. Todo ha pasado muy rápido y estaba aterrada. Intenté liberarme.

La detective Lina asiente.

—Es comprensible. Me alegro de que estés bien. Isaac y Sienna están ya en el coche de camino a casa. Vamos a llevaros también a vosotros.

—Un momento. —Me agacho. Hay un sobre en el suelo, al lado de donde me he caído. La detective me lo quita y lo abre. Estiro el cuello para leer lo que pone por encima de su hombro.



Siento un escalofrío. Me doy la vuelta y me dirijo al coche, intentando calmar la respiración con uno de mis ejercicios. Me siento muy expuesta.

—¿Qué decía la nota? —me pregunta Chace, que me alcanza y me toma de la mano. Quiero que acabe ya esta noche. Maldita sea, toda esta pesadilla tiene que acabar. Se lo cuento.

—Ha demostrado que es cierto —añado.

—Lo siento, Lylah, debería haberte sujetado mejor para que no pudiéramos separarnos. Intenté buscarte, te llamé, pero estaba oscuro y todo el mundo hacía mucho ruido. —Habla con los dientes apretados y la frente arrugada por la culpa.

—No tienes que disculparte, yo también te perdí.

Se aclara la garganta y se rasca la mandíbula con un gesto nervioso. ¿Por qué está tan incómodo?

—Tu cuello...

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien? ¿Te duele?

—Estoy bien, no me ha hecho daño. Creo que ha sido la sorpresa. Nunca me había sentido tan vulnerable. Podría haberme arrastrado a cualquier lugar y haberme matado. —Me estremezco.

Cuando llegamos al vehículo, Chace abre la puerta trasera y nos subimos. La detective Lina y su compañero se sientan delante.

—No me ha matado —repito, pero estoy de los nervios—. ¿Es que está planeando

algo peor?

Nadie dice nada. Estoy segura de que la detective Lina tiene algunas teorías, pero no las comparte con nosotros, así que insisto.

—Esta noche quería dejarme claro que puede hacer lo que quiera, ¿no? No me ha matado porque no ha querido... todavía. Pero ¿por qué ha venido a por mí? Si no soy la siguiente en su lista, ¿por qué no ha ido a por otra persona? No lo entiendo.

—Lylah, me encantaría tener las respuestas que buscas —comenta la detective— , pero coincido en que esta noche solo ha querido sembrar el miedo. Probablemente no tuviera pensado hacer daño a nadie.

—Puede que nunca lo entendamos —interviene Chace. Extiende el brazo y posa la mano en mi muslo con vacilación—. Pero lo importante es que estás bien. Estás a salvo.

Pongo la mano encima de la suya y echo la cabeza hacia atrás. En este momento, le creo.

Jueves,

8 de febrero

Es casi la una de la mañana y estoy tumbada en la cama, al lado de Chace. No se ha alejado de mí desde que el asesino me atrapó. Creo que se siente culpable. Como si fuese culpa suya.

Lleva dormido una hora y yo no puedo apartar la mirada de su rostro. Es lo único que me mantiene entera ahora mismo. No quiero pensar demasiado en lo que ha pasado o en lo que puede significar la nota de Jake. Así pues, me concentro en los rasgos de Chace: la sombra que proyectan las pestañas oscuras en la mejilla bajo la suave luz de la luna, cómo frunce ligeramente los labios mientras duerme.

Me pica la mano por las ganas de tocarle el pelo. Parece tan suave. Creí que iba a desmayarme cuando insistió en pasar la noche conmigo. Creo que está preocupado por si Jake viene a por mí.

Yo también.

Cuando nos fuimos a la cama, Chace no titubeó al quedarse en calzoncillos. Por suerte, estaba de espaldas a mí, porque me quedé literalmente con la boca abierta. Me excusé y fui al baño a ponerme el pijama. El bonito de seda, por supuesto.

Tiene el brazo musculoso encima de mi vientre y lleva ahí unos diez minutos. Es un gesto extremadamente íntimo y la única razón por la que no estoy obsesionándome con Jake ahora mismo.

En lugar de ello, estoy aquí tumbada, totalmente despierta, obsesionándome con Chace.

Necesito ayuda.

Se pone de lado y de pronto está muy muy cerca. Contengo la respiración.

«Dios mío, ¡despiértate y bésame!»

Me muerdo el labio y cierro los ojos con fuerza. Esto es una tortura. Una tortura pura y deliciosa.

—¿Lylah? —susurra mi nombre.

Debo de parecer una loca con los ojos apretados y mordiéndome el labio. Cuando los abro, me está mirando.

—¿Estás bien? —me pregunta con voz ronca por el sueño.

—Sí. Me cuesta dormirme. —Aún noto el aliento de Jake en el hombro justo antes de que me hincara los dientes en la piel. Tomaron una muestra para buscar pruebas, pero tenemos que esperar los resultados.

—Piensas demasiado. —No es una pregunta, sabe que lo estoy haciendo. Aunque es un alivio que crea que estoy pensando en Jake.

Me envuelve con los brazos y me abraza fuerte contra el pecho. Contra su pecho desnudo.

—Duérmete, Lylah —murmura en mi frente.

Siento su duro pecho tonificado bajo mi mano. No creo que pueda dormirme pronto. Siento el corazón de Chace latiendo deprisa y fuerte. El mío suena igual.

Un momento después, relajo el cuerpo. Debe de haberse quedado dormido y su respiración me arrulla hasta que sucumbo poco después.

Anoche, que Chace me abrazara era justo lo que necesitaba, pero esta mañana es como si nunca hubiera pasado. Estoy en la cocina con la detective Lina y Chace sigue durmiendo en mi cama. Es temprano y me aterra ir a clase hoy.

—¿Cree que es mejor que me vaya de la ciudad? Si soy yo quien le hizo daño, tal vez deje de proyectar su odio en todas las personas de mi vida.

Con una sonrisa triste, la detective Lina apoya los brazos en la mesa.

—Puede que seas el centro de su rabia y de su obsesión, pero no eres su único objetivo.

—Pero ¿cree que dejaré a mis amigos en paz e intentará buscarme a mí?

—Pienso que es probable que se enfade aún más y ataque, puede que empiece a matar por diversión. Si pensara que tu marcha ayudaría en el caso, te lo habría sugerido ya. Dijiste que preferías mantenerte ocupada, así que ve a clase como cualquier otro día. No estarás sola en ningún momento.

Asiento y me levanto. Me concentro en algo que puedo controlar: la banda sonora en mi estómago.

Como, me visto y salgo de casa con dos policías detrás. Que Jake me interceptara ayer me ha dejado muy tensa, buceando en las sombras. No creo que intente nada mientras tenga protección.

O eso espero.

Sigue haciendo tanto frío como en el Polo Sur, pero el sol lo hace más soportable. Tengo el campus justo enfrente, veo la biblioteca de ladrillo desde aquí.

—¿Lylah?

Me tenso al oír mi nombre y vuelvo la cabeza. Estoy preparada para salir corriendo, la adrenalina me corre por las venas, pero no es Jake.

—Zak. —Relajo los hombros—. ¿Qué tal estás?

Me acerco a él.

Enarca las cejas.

—Mi padre y Sarah me están esperando, pero ¿podemos quedar después?

Su pregunta me pilla desprevenida. No esperaba que quisiera quedar conmigo. ¿Sabe lo que pasó anoche?

Vacilo un instante.

—Claro —respondo al fin—. ¿Cuándo y dónde?

—¿En The Bar? Allí podremos hablar, y no es tan silencioso como para que nos escuchen. ¿A las... nueve?

—Sabes que me acompaña un agente, ¿verdad? —Si quiere hablar sin nadie más a nuestro alrededor, tendrá que buscar a otra persona, porque yo no puedo.

—Claro, no te pediría que fueras a ningún lado sin protección.

—De acuerdo, nos vemos allí entonces.

Asiente sin decir nada más y se retira. No mira atrás.

Prosigo hasta la biblioteca y me paso una hora tomando apuntes. Bueno, más bien me quedo sentada a una mesa durante una hora. Dedico diez minutos a estudiar y el resto del tiempo intento ignorar las miradas de la gente mientras me pregunto de qué querrá hablar Zak y miro a la puerta por si aparece Jake. Me aseguro de que los agentes que me acompañan están todos alerta y también vigilan la puerta.

Pero Jake no vendría aquí, es un lugar demasiado expuesto.

Al final meto las cosas en el bolso y me lo cuelgo al hombro. Los agentes encubiertos están a mi lado, se levantan y me siguen como perros.

Caminamos en silencio a casa. Estos policías no son habladores, pero tal vez sea porque están concentrados en la tarea que tienen entre manos. A mí me distraería mucho que alguien me hablara constantemente mientras estuviera trabajando, así que no les digo nada.

Llegamos a casa en pocos minutos porque camino muy rápido.

Uno de los agentes me sigue adentro y el otro se queda fuera con los demás.

Chace y Sienna son los únicos que están en casa. Chace está en el salón, sentado en el sofá, y mira la televisión, a pesar de que está apagada.

—¿Chace?

Levanta la mirada y sonrío.

—Has vuelto.

—Eso parece. —Me siento a su lado—. Estás mirando una pantalla negra. ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

Se ríe y niega con la cabeza.

—¿Has aprovechado el tiempo?

—Nop, seguimos siendo el tema de conversación en el campus. Estoy empezando a pensar en repartir fotografías nuestras para que no tengan que quedarse mirando. Pero me he encontrado con Zak. He quedado con él en The Bar esta noche.

Mi amigo pone mala cara.

—¿Vas a salir con Zak?

—No, no de esa forma. Me ha preguntado si podíamos vernos en The Bar. Creo que lo está pasando muy mal.

—¿Por qué te lo ha pedido solo a ti y a nadie más?

Frunzo el ceño.

—Porque soy la única que no lo trata como si los actos de su hermano fueran culpa suya. Vosotros sois muy poco comprensivos. E imagino que su padre y su hermana siguen muy sensibles con el tema de Jake.

Es cierto que la última vez que hablé con Zak la charla acabó en una discusión con público, pero mi furia y mi frustración no eran por él. Fue su hermana la que me sacó de quicio.

—Deberían. Ha arruinado la vida de gente, ¡le ha quitado la vida a gente!

—Chace, para. Eso no tiene nada que ver con Zak, y él también está sufriendo. ¿Por qué eres así?

—¿Así cómo?

—Tan poco razonable.

—No lo soy. Sal con quien quieras, Lylah, ¡no me importa! —Se levanta y se aleja de mí dando pisotones en el suelo.

«¿Qué acaba de pasar?»

Chace no es de los que dicen una cosa y piensan otra, pero por su forma de hablar, no me ha parecido convincente.

Me muerdo el labio. «¡Dios mío! Está celoso.» De repente no me importa en absoluto que se haya ido de malas formas. ¿Es malo que me parezca adorable?

—¿Por qué sonríes como una tonta? —me pregunta Sienna, que entra en el salón y mira el lugar por donde se ha marchado Chace.

—Por nada. ¡Tengo que ducharme antes de salir!

Prácticamente subo las escaleras saltando, como si ya estuviera borracha.

Cuando llego a The Bar, Zak ya está allí, sentado a una mesa junto a la pared. Después de lo de anoche no me apetece en absoluto salir, pero sí tengo ganas de hablar con él. Tiene derecho a saber qué está pasando, y también que no lo culpo por lo que ha hecho su hermano. El detective Alexander está conmigo esta noche y no pienso alejarme de su lado.

Zak sonrío al verme. Tomo asiento.

—Hola.

—¿Qué tal, Lylah?

—Esa es una pregunta capciosa.

—Lo siento. —Hace una mueca.

—¿Te ha contado alguien... los últimos acontecimientos? —pregunto, porque no tengo ni idea de si sabe lo que me pasó ayer.

Niega con la cabeza y se inclina un poco hacia delante en la silla.

—¿Qué ha hecho?

—¿Ahora crees que es Jake? —Soy incapaz de ocultar mi sorpresa.

Zak baja la mirada.

—No quiero, pero... tengo dudas. Hay algunas cosas que encajan. El perfil del asesino, fuerte y con conocimiento o entrenamiento médico..., todo señala a mi hermano.

Le ofrezco una sonrisa de disculpa. Esto no puede ser fácil para él.

Le cuento lo que ha pasado y se queda con la boca abierta. Se desploma en el asiento. Mira brevemente al agente que hay detrás de mí, como si no estuviera seguro de si puede hablar con él aquí. El detective Alexander no va a marcharse, así que va a tener que aprender a relajarse delante de él.

No se mueve ni habla mientras se lo cuento todo, repitiendo algunas partes más de

una vez. Tardo unos veinte minutos. Se aclara la garganta cuando me callo.

—¿Te hizo daño? Dios, tengo tantas preguntas. No sé por dónde empezar.

—Ya, así me siento yo la mayor parte del tiempo. Parece que Jake nos odia a todos. Ya sé que dejó la universidad, pero no pensaba que albergara tanto rencor.

—Mi padre y yo hemos repasado cada momento que pasamos con él desde que volvió a casa —comienza Zak—. No puedo evitar pensar que estamos olvidándonos de algo importante. Una pista sobre su plan maestro o algo que nos ayude a localizarlo. No lo sé. Me subo por las paredes intentando recordar todas las conversaciones. Tal vez si leo entre líneas..., pero no encuentro nada.

—Puede que no haya pistas, Zak. No es del tipo de planes que compartes con los demás.

—No, ya lo sé. Solo intento hacer algo útil.

—Nos sentimos todos bastante inútiles. ¿Seguís pensando quedaros en la ciudad hasta que lo encuentren?

Asiente y se retrepa en la silla.

—No puedo irme aún. Además, la policía ha puesto nuestra casa patas arriba y todavía no estamos preparados para enfrentarnos a eso.

—¿Sarah y tú seguís viviendo con vuestro padre?

Se ríe y sacude la cabeza.

—No, yo soy el único fracasado.

Pongo cara de asombro.

—No insinuaba que lo fueras.

—Es broma. Vivía en una casa alquilada, pero el casero quería venderla, así que he vuelto con mi padre hasta que encuentre otro apartamento.

—¿Qué planes tenía Jake después de dejar la universidad? —Vuelvo a centrarme en la información que quiero conocer—. Solo nos contó que no era para él y que volvía a casa para considerar sus opciones.

—No creo que tuviera un plan. Era muy obvio que lamentaba haber dejado la facultad. Siempre había deseado practicar la medicina, así que no me creí semejante cambio de opinión. Pero nunca admitió que hubiera cambiado de idea por otro motivo.

—¿Ese otro motivo soy yo?

—No lo sé. Dimos por hecho que no le iba tan bien como él esperaba y que tal vez necesitaba un tiempo de descanso. Viviría en casa y conseguiría un empleo. Jake no

tenía dinero. Tenía un préstamo estudiantil. Eso es lo que no entiendo: ¿de dónde saca el dinero para vivir? ¿Dónde se aloja? ¿Cómo sabe cómo apagar las farolas del campus? ¿Cómo alguien que asistió a la universidad para aprender a salvar vidas ha empezado a matar?

—Ni idea. —Sacudo la cabeza en un gesto solemne.

Nos quedamos callados un momento, envueltos en nuestros pensamientos, antes de romper el silencio.

—Vamos a pedir algo de beber. Después de lo de anoche, me vendrá bien un trago.

—Vodka con agua con gas, ¿no?

Sonrío.

—Te acuerdas.

—Cuesta olvidarse después de que estuvieras a punto de vomitarme en los pies tras pasarte toda una noche bebiendo.

Hago una mueca. Zak se levanta y se acerca a la barra. Fue la última vez que nos visitó antes de que Jake dejara los estudios. Bebí una copa de más, o más bien seis de más, y vomité de camino a casa. Fue horrible y me sentí muy avergonzada. Nunca he vuelto a emborracharme hasta ese punto.

Me vuelvo para mirar al detective Alexander. Está junto a la barra, sentado en un taburete, bebiendo una Coca-Cola. La mayor parte del tiempo me mira a mí, pero también observa a la multitud. Su trabajo tiene que ser un asco. Yo me aburriría estando una hora ahí sentada sin hacer nada.

Zak regresa unos minutos después. Son las diez, así que la mayoría de los estudiantes se han trasladado a los *pubs*. Definitivamente, me gusta más The Bar cuando está más tranquilo.

—Gracias. —Acepto la bebida y le doy un sorbo—. ¿Es doble?

—Mi hermano te arrastró a un callejón. Me ha parecido que te debía uno doble.

—No me debes nada, pero gracias. ¿Sigues trabajando en la tienda de motos?

—Sí, todavía vendo motos molonas a hombres que no molan en la crisis de los cuarenta.

—En unos años te enviaré a mi hermano. Se encamina irremediabilmente hacia una crisis precoz de los cuarenta. —No me sorprendería, la verdad. Riley ha tenido que madurar demasiado pronto. A la tierna edad de veintiuno heredó a una adolescente.

Le doy otro sorbo a la bebida. Dios, necesitaba un trago.

Zak se ríe.

—Mándamelo, claro. Tú también deberías venir. Te daré una vuelta en mi moto.

—Estoy muy segura de que sería un estorbo. En serio, si tuviera que inclinarme, lo haría hacia el lado contrario.

—Ya, eso puede ser un problema.

—Pero me encantaría ver el lago que hay al lado de tu casa. Parece increíble por las fotos que me enseñó Jake.

—Sería estupendo, aunque probablemente sea mejor que no se lo diga a Sarah.

—¿Sigue pensando que Jake es inocente?

—Las pruebas se acumulan, así que, por mucho que nos cueste admitirlo, todos te creemos. Jake ha hecho un trabajo extraordinario al ocultar sus verdaderas intenciones. Estaba solicitando plaza de nuevo para la universidad y tenía pensado ir al norte a terminar la carrera. Encontré los folletos en nuestra casa de vacaciones cuando tuve que acompañar a la policía a que la registrara. Creo que sentía que lo había perdido todo, pero se estaba recuperando.

Frunzo el ceño.

—¿Tú crees?

Zak asiente.

—Sí, puede que pensara que podía retomar su vida después de... No lo sé. Con los últimos acontecimientos, intentar meterme en su cabeza es, francamente, imposible.

Se supone que Jake sentía que lo había perdido todo. Por esa razón nos quería muertos. El aniversario de mi rechazo es el detonante. Alguien que lo ha perdido todo y quiere venganza no planea su futuro. Al menos eso creo. Nada tiene sentido. Pero probablemente Zak tenga razón y Jake estaba usando lo de empezar de nuevo como una tapadera.

Paso otros treinta minutos con él antes de volver a casa.

La casa está muy tranquila cuando entro. El detective Alexander me deja en la puerta y se asegura de que estoy bien. Ahora son los agentes que están patrullando fuera quienes deben protegernos.

—¿Dónde están todos? —pregunto a Charlotte, que está viendo la televisión en el sofá, cuando me siento junto a ella.

—Han salido.

Me quedo ojiplática.

—¿Están todos juntos?

Mi compañera niega con la cabeza.

—Nop. Sienna está con otros amigos, Isaac con una chica en un bar y Chace ha quedado con... ¿amigos? No recuerdo con quién. A la detective Lina no le ha hecho ninguna gracia que todos hayamos tomado direcciones distintas esta noche y ha tenido que enviar más agentes para poder acompañar a todo el mundo.

No me sorprende que Chace haya salido y no me molesta que esté con amigos, sobre todo después de verlo celoso por mi cita con Zak.

—Bueno, quiere que continuemos con nuestras vidas con normalidad —señalo. Como si eso fuera posible. Podemos salir todos de la cama y de casa, pero ya nada es normal.

—Eso es exactamente lo que dijo Chace. ¿Cómo te ha ido la noche?

—Bien.

—¿De verdad? ¿No ha sido raro quedar con Zak?

Me encojo de hombros y me hundo entre los cojines.

—¿Por qué iba a ser raro? Él también quiere que atrapen a Jake. Imagina cómo sería tener a un asesino en tu familia. Me sabe mal por él.

—¿Por eso has quedado con él esta noche?

—No es la única razón. Es simpático. Nos llevábamos bien antes de que Jake se convirtiera en un psicópata.

—Ojalá yo pudiera ver a Zak de la misma forma, pero no puedo. Antes me caía bien. Siempre me preguntaba cómo estaba y cómo me iban las clases cuando venía de visita. Me sentí incómoda cuando nos encontramos en la comisaría con él y con su familia. No sabía qué decirle.

—Sigue siendo la misma persona. Puedes hablar con él de cualquier cosa, pero no puedes acusarlo de haber hecho nada malo. Él no es más culpable que cualquiera de nosotros.

—Ya, probablemente me limitaré a evitarlo hasta que todo esto termine y vuelva a su casa.

Me río y asiento.

—Eso también funcionará. ¿Qué has hecho tú?

—Ver la tele. No tengo mucha vida social, ya sabes.

—¡Eso es porque te pasas las noches delante de la televisión!

Está a punto de responder cuando oímos un golpe fuerte en la puerta de entrada.

Las dos nos sobresaltamos.

—Chicas, soy el detective Alexander. Necesitamos entrar.

«¿Necesitamos?»

Me levanto y Charlotte me toma de la mano.

—¡Ha dicho «necesitamos»! ¿Quién está con él?

—No vamos a saberlo si nos quedamos aquí sentadas.

Miro por la ventana y abro la puerta.

—¡Zak!

El joven está apoyado en el detective y le sangra la cabeza.

Me quedo mirándolo boquiabierta.

—Dios mío, ¿qué ha pasado?

—Ha sido Jake —explica Zak con voz ronca.

Jueves,

8 de febrero

El detective Alexander ayuda a Zak, que está totalmente apoyado en él. Los acompaño a la cocina y Charlotte se queda atrás, mirando desde la distancia.

—Me atacó al doblar una esquina. Conseguí quitármelo de encima, pero me golpeé la cabeza contra una pared en la pelea. —Zak se derrumba en una de las sillas—. Alexander me vio tambaleándome cerca de vuestra casa. No quiero ir al hospital.

«Dios mío.»

—Creo que es mejor que vayas, Zak —dice el detective. El joven gruñe y niega con la cabeza. Alexander se vuelve hacia mí—. ¿Tenéis un kit de primeros auxilios?

Me apresuro hacia el armario.

—Sí, el casero nos dejó uno. Pero ¿no deberíamos llevarlo a Urgencias?

El detective resopla.

—No podemos obligarlo. —Se mete la mano en el bolsillo y marca un número de teléfono.

—¡Estoy bien aquí! —se queja Zak—. No necesito ir al hospital. Estoy bien.

—¡Estás sangrando! —exclamo. Le cae un chorro de sangre por un lado de la cabeza.

—Muy poco. De verdad, solo estoy aturdido y avergonzado.

—No hay nada por lo que estar avergonzado —replico—. ¡Te ha atacado!

—¿Estás seguro de que ha sido Jake? —pregunta Charlotte.

Me encojo de miedo. Por supuesto que ha sido él, pero esto tiene que ser muy duro para Zak.

El chico toma aliento y se encoge de hombros.

—No lo vi bien, pero me recordó a Jake por cómo salió corriendo. Tiene una forma muy peculiar de correr. Tuvo que ser él.

Sonrío.

—Me acuerdo. —Jake levanta mucho las piernas cuando corre, lo cual resulta un poco cómico. La primera vez que lo vi correr así pensé que estaba borracho, pero luego me di cuenta de que corría igual cuando jugaba al fútbol con Chace y Sonny—. ¿Recibiste alguna nota antes de que pasara esto?

Zak levanta la mirada, con los ojos entrecerrados.

—No. ¿Significa eso que no ha sido el asesino?

—Puede. —Busco en el armario el kit de primeros auxilios. Lo encuentro debajo de unos adornos para fiestas y se lo paso al detective.

—He informado del incidente —declara Alexander, soltando el teléfono.

Me siento enfrente de Zak y me apoyo en la mesa en la que el policía está curándolo.

—¿Estás bien, Zak?

—Es mi hermano —murmura. Se queda sin aliento y es incapaz de acabar la frase.

—Si se trata de Jake, ahora mismo no está pensando con claridad, Zak —comenta el detective.

Nadie desea creer que Jake quiera hacer daño, y mucho menos asesinar, a su propio hermano, pero no compro que haya sido un asalto casual. No sé qué le estará pasando a Jake, pero está claro que no está cuerdo. Ese chico tiene serios problemas.

Tal vez hacer daño a Zak no formaba parte del plan. A lo mejor se encontró con él mientras nos estaba vigilando y entró en pánico. Zak lo reconocería fácilmente.

—¿Quieres que llame a tu padre? —le sugiero.

—¡No! No puede enterarse de que Jake me ha atacado.

—Presuntamente —aclarar el detective Alexander—. No nos adelantemos.

Los miro a uno y a otro alternativamente.

—Zak, va a saber que ha pasado algo. Tienes un corte en la cabeza.

—Ya me inventaré algo. Mi hermano ya le ha roto el corazón. Si mi padre se entera de que también es capaz de hacer daño a su familia... Por favor, no se lo cuentes.

Levanto las manos.

—De acuerdo.

Está claro que va a terminar enterándose, probablemente gracias a la policía, pero cumpliré los deseos de Zak y no le diré nada.

El detective observa la cabeza de Zak, que ha dejado de sangrar y, por suerte, no tiene tan mal aspecto como parecía en un principio.

—¿Por qué crees que ha intentado atacarte? —interviene Charlotte—. No tiene sentido. No suele atacar de forma impulsiva, así como así. Esto no estaba planeado y no encaja con el resto de los ataques.

—O puede que sí. —Miro a Charlotte y después a Zak—. Pensadlo. Zak y yo hemos estado juntos esta noche. Puede que eso le haya enfadado.

Charlotte toma aliento.

—Cierto. Está celoso.

La culpa se asienta en mi estómago.

—Maldita sea, Zak, lo siento mucho. —Se me llena el corazón de pesar—. Creo que te he convertido en un objetivo.

Se toma un minuto, como si tratara de procesar una ecuación muy complicada o descubrir cómo funciona Facebook después de una actualización importante.

—No es culpa tuya, Lylah. Ha sido él. —Baja la cabeza, demasiado avergonzado o afectado para mirarnos. Hay muchos hombres a los que no les gusta mostrar cómo les afectan ciertos temas y supongo que Zak es uno de ellos.

—Lo encontraremos —declara el detective Alexander—. Si ha sido Jake, ha tomado una decisión y tendrá que asumir la responsabilidad de sus actos. Habrá consecuencias.

El detective es un hombre de pocas palabras. A menos que te hable o te interroge por motivos profesionales, cuesta oírlo comportándose de una forma tan... humana. Me gusta.

—Necesito una declaración formal, Zak —continúa.

El chico hace una mueca. Podría negarse para proteger a su hermano, pero ¿qué conseguiría haciéndolo? Jake ya está en serios apuros.

—Tienes que hacerlo —le digo en voz baja. Hermano o no, Jake tiene que enfrentarse a lo que ha hecho.

Zak baja aún más la cabeza.

—No quiero ir a la comisaría por si me ve alguien.

—Puedes prestar declaración aquí —sugiero—. No pasa nada, ¿verdad, detective Alexander?

Este asiente.

—Vamos a dejarlos solos, Lylah —me pide Charlotte.

Sigo a mi compañera al salón para que el detective pueda tomar declaración a Zak en privado. Cierro la puerta y me apoyo en ella.

—Ha intentado matar a su propio hermano. Bueno, es posible que lo haya intentado —aclaro. Las palabras no me parecen adecuadas cuando las escucho. Se supone que tienes que proteger a tu familia, yo estaría deshecha si fuera Zak.

—Jake ha perdido por completo la razón. ¿Qué piensa hacernos, Lylah? No puedo dejar de pensar que, si lo veo, podríamos hablar, podría intentar razonar con él. No

éramos tan íntimos, pero éramos amigos. Creo. Pero ya no hay oportunidad de volver a hablar con él, ¿verdad? Vamos a morir todos.

Me quedo callada. Es un pensamiento aterrador.

Charlotte se derrumba en el sofá como si las piernas ya no pudieran soportar el peso del cuerpo.

Me acerco, me siento a su lado y le doy un apretón en la mano.

—Charlotte, eso no va a pasar. Van a atraparlo. Estaremos más atentos.

Se limpia una lágrima del ojo.

—Pareces muy segura. Yo ya no estoy segura de nada.

Conservo la esperanza. Es lo único que me queda. Tampoco tengo mucha experiencia con asesinos.

—Podemos superar esto si nos mantenemos unidos. Jake quiere que nos separemos porque así es más fácil llegar a nosotros. No vamos a permitirselo.

Charlotte me mira a los ojos.

—¿Crees que todo esto es por ti?

¿Por mí? Trago saliva con dificultad por el nudo que tengo en la garganta. Abro la boca para responder, pero ¿qué puedo decir?

—¡No! —chilla al darse cuenta de que me ha incomodado—. No me refería a eso. No te estoy culpando. La policía tiene razón, todo esto es culpa de Jake. Solo me refería a que el hecho de que lo hayan rechazado no me parece una razón legítima para ponerse en modo Freddy Kruger.

—A saber qué le está pasando por la cabeza. La detective Lina dijo que a veces la gente... cambia. Una pequeña interacción puede resultar importante para otra persona. Muchos acosadores conocen a sus víctimas por un encuentro fortuito que la víctima ni siquiera recuerda bien. Puede que Jake se comportara de forma distinta durante algún tiempo, pero ahora algo ha estallado en su mente.

Frunce el ceño.

—Ojalá le estallara la cabeza.

—No creo que una combustión espontánea vaya a resolver nada.

Se ríe y sacude la cabeza. Sube las piernas encima del sofá y las rodea con los brazos.

—Bueno, por lo menos me has hecho reír. Pero no creo que me sienta mejor hasta que atrapen a Jake. Jamás quise volver a encontrarme en una situación en la que tuviera que vivir de nuevo con miedo.

—¿Cuándo has vivido con miedo? —pregunto en tono amable. Charlotte ha compartido con nosotros muy poca información sobre su infancia y su familia. Ni siquiera sé si tiene hermanos.

Se encoge de hombros.

—Perdona, no tienes que hablar del tema.

—Eh... mi madre se marchó cuando yo era un bebé y mi padre es un alcohólico violento. Mi vida no ha sido agradable. Nunca sabía qué iba a encontrarme en casa. El día que me marché a la universidad fue el mejor de mi vida. No lo he vuelto a ver ni he hablado con él desde entonces.

—¿Nada?

—Nop. Probablemente se haya olvidado de que tiene una hija. No me importa.

No puedo imaginar cómo debe de ser esa situación. Ha debido de pasar un infierno.

—Lo siento, Charlotte. Mereces una vida mejor que esa. Espero que aquí seas feliz.

—Frunzo el ceño y añado—: Dejando de lado la situación actual.

—Gracias.

Por suerte todos hemos logrado mantener a nuestras familias al margen. Sería muy peligroso que estuviesen aquí, para todos. Su presencia podría considerarse un obstáculo entre nosotros y Jake, y podría provocar que él reaccionara. La detective Lina nos explicó que era mejor dejar que la policía se encargara de esto. Ellos saben lo que hacen. Estoy segura de que mi hermano se involucraría demasiado.

Alguien llama a la puerta del salón, pero no espera respuesta. El detective Alexander sonrío al abrirla.

—¿Todo bien por aquí?

—Sí —respondo—. ¿Dónde está Zak?

—Un agente lo está llevando de vuelta al hotel.

—¿Ha habido alguna otra señal de Jake?

—No que yo sepa. Estamos trabajando con todas las pistas. Si me necesitáis, estaré fuera.

—Gracias, detective Alexander —decimos Charlotte y yo al unísono.

Me vuelvo hacia ella.

—¡Vaya tela!

Eso la hace sonreír de nuevo y me parece todo un cumplido. Cuando se ha marchado el agente, Charlotte va a tomar un baño. Yo preparo café y me acomodo.

Chace, Sienna e Isaac siguen fuera, pero solo quedan cinco minutos para la medianoche. No espero que vuelvan pronto. Me acurruco en el sofá y enciendo la televisión. Mientras espero a que se cargue una película, escribo un mensaje a Zak. Nos intercambiamos los números de teléfono una noche que salimos hace varios meses, pero aún no había tenido la necesidad de usarlo.

¿Estás bien?

Tarda pocos minutos en responder.

Sí. Perdona que haya aparecido en tu casa así.

Me alegro de que estés bien. Si quieres hablar, ya sabes dónde estoy.

Tengo como cien preguntas que me gustaría hacerle, pero no quiero presionarlo. No puedo ni imaginar por lo que estará pasando.

Todo esto es un desastre.

Gracias.

Su mensaje no me anima a seguir con la conversación, así que no respondo. Probablemente le apetezca estar tranquilo.

Cuando aparecen los créditos del inicio de la película, suena mi teléfono.

Chace. No suele llamarme cuando sale por la noche.

—Hola —respondo.

—Lylah, ¿qué narices está pasando? Acabo de enterarme de lo de Zak por el policía que está conmigo. Ha recibido un mensaje del detective Alexander. ¿Está bien? ¿Estás bien tú?

—Sí, estaba él solo y lo asaltaron. El detective Alexander lo encontró caminando cerca de nuestra casa y lo curó. Otro agente lo ha llevado a su hotel.

—¿No estabas con él?

—No, ya nos habíamos separado y le pasó cuando volvía al hotel.

Chace se queda callado y oigo cómo se cierra la puerta del coche.

—¿Dónde estás? —le pregunto.

—De camino a casa. ¿Y los demás?

—Charlotte está aquí, pero Isaac y Sienna siguen en la calle. ¿Los avisamos?

—Si Jake ha estado merodeando por el vecindario, a saber dónde diablos está ahora. Tenemos que estar todos juntos.

Escribo a Sienna y a Isaac para ponerlos al corriente de lo que ha pasado y luego

intento concentrarme en la película mientras espero a que lleguen. Me muerdo el labio hasta hacerme una herida. Me va a salir un bulto enorme de lo fuerte que me he mordido. Sigo sin poder dejar las manos quietas. Las retuerzo mientras mi mente intenta apresuradamente buscar un modo de detener a Jake. Se acabó la distracción.

Cuando llevo una hora con la película puesta, llega Chace. Relajo los hombros por el alivio de saber que está a salvo. Se sienta conmigo en el sofá.

—¿Estás bien? —me pregunta, mirándome a los ojos como si fuera un detector de mentiras humano.

—Sí, Chace, te lo prometo.

Se acomoda en el sofá.

—Bien. ¿Estás viendo una de miedo?

—Sí. —Lo miro con el rabillo del ojo. ¿Pensará que es de mal gusto? ¿Es de mal gusto?

—De acuerdo. —Echa el brazo por encima del sofá.

Sonrío para mis adentros. «De acuerdo.»

Unos minutos más tarde, aparece Charlotte con el pijama puesto y, poco después, llega Sienna como un torbellino.

—¡Por Dios, chicos! —grita con los brazos en alto—. ¡Ha atacado a Zak!

—¿Dónde está Isaac? —pregunta Chace.

Sienna, que se estaba quitando los tacones, se queda paralizada.

—¿No está aquí? Nos separamos cuando unos amigos me invitaron a ir a otro bar. Me ha escrito hace un rato diciendo que ya volvía a casa.

Siento que estoy en una montaña rusa, ascendiendo lentamente hacia el cielo y, cuando llego a lo alto de la pista, caigo de repente.

*Viernes,
9 de febrero*

Son las cuatro y media de la mañana. Mis emociones cambian cada cinco segundos y pasan del miedo al enfado. No es extraño que Isaac se quede fuera toda la noche, y tampoco nos cuenta siempre dónde está. Pero, en estas circunstancias, habría llamado. Sé que habría llamado, sobre todo si fuese a retrasarse. Le dijo a Sienna que volvía ya a casa.

Él sabe que nos preocuparíamos, estoy segura.

Pero esa es la parte más aterradora, ¿y si no puede llamar? Puede que Jake lo haya atrapado.

O tal vez se ha quedado dormido en la cama de alguna chica. Al igual que a Sonny, a Isaac le gustan las sesiones nocturnas de sexo con cualquiera que esté dispuesta.

«Por favor, que sea eso. —Mi cerebro discute consigo mismo—. Venga ya, Lylah, no es el caso. La última nota era para Isaac. ¿Y si el asesino ha actuado?»

La detective Lina oculta un bostezo con el dorso de la mano. Lleva intentando rastrear el teléfono de Isaac desde que llegó, inmediatamente después de que el agente Grey la llamara para informarla de la desaparición de nuestro compañero. Pero no encuentra nada.

«Podría haberse quedado sin batería. O alguien podría haberle robado la batería.»

El ir y venir de mi mente me está volviendo loca. Solo quiero saber algo de él, pero eso no va a pasar. Isaac ha muerto, lo siento.

Charlotte y Sienna están medio dormidas en un sofá y Chace y yo estamos totalmente despiertos en el otro. Nadie quiere irse a la cama porque tenemos miedo de la noticia que puedan darnos cuando despertemos. Así que esperamos. Y esperamos.

Esperamos a que Isaac entre por la puerta de casa o a que encuentren su cuerpo en alguna parte.

He bebido mi peso en café desde que empezamos a llamarlo a medianoche. Estoy despierta y alerta, pero también tengo que ir a orinar cada cinco minutos.

Riley llamó sobre las diez para comprobar de nuevo cómo estaba. Tuve que mentirle para que no se presentara aquí. Seguro que otra persona desaparecida lo

habría hecho reaccionar.

—Prueba otra vez y llama al teléfono de Isaac —le pido a Chace. Si alguien tiene probabilidades de que le responda mientras está con una chica, ese es Chace.

Me ofrece una sonrisa breve y saca el teléfono. Solo llama para hacerme feliz, no se cree más que yo que Isaac vaya a responderle. Soy incapaz de deshacerme de la sensación de que nuestro amigo ha muerto. ¿He abandonado ya la esperanza?

Es una idea horrible que me deja un sabor amargo en la boca. ¿Cómo puedo abandonar a mi amigo? Pero ¿qué sentido tiene fingir?

De todos los que vivimos aquí, Isaac sea, probablemente, el amigo más íntimo de Chace. Él no lo abandonaría sin una prueba, ¿verdad? Tal vez no se trate de abandono, sino de aceptar la realidad. Hemos perdido a Sonny y a Nora. Jake es más que capaz de matar también a Isaac.

Me quedo mirando el teléfono de Chace conteniendo el aliento. «Venga, Isaac, contesta.» Chace espera a que salte el contestador antes de colgar.

—Otras veces ha llegado más tarde —comenta, mostrándose positivo.

—Es verdad. A veces estamos preparándonos para ir a clase cuando aparece.

«Pero nunca con un asesino trastornado suelto amenazándonos.»

Mantengo la boca cerrada porque no quiero dar voz a las palabras y asustar aún más al resto. Riley siempre me ha dicho que sea honesta, que cuente lo que pienso, aunque me preocupe que no sea bien recibido. Al parecer, es mejor soltarlo todo que guardar los sentimientos en tu interior y dejar que te devoren. Ahora mismo creo que Riley está totalmente equivocado.

Se abre la puerta principal y todos saltamos de nuestros asientos al mismo tiempo. La detective Lina sale de la cocina, corre a la puerta y baja los hombros, decepcionada.

Me siento de nuevo y hundo la cabeza en las manos. No es Isaac.

En el recibidor, la detective mantiene una conversación contenida con dos agentes. Con el ceño fruncido, intento enterarme de lo que dicen. Ha sucedido algo.

Lina entra en el salón y nadie se atreve a decir nada.

—Uno de los agentes ha encontrado esto fuera —indica al fin, sosteniendo en alto un sobre. Ha sacado la nota y está vuelta hacia ella, por lo que no podemos verla.

—¿Qué dice la nota? —pregunto.

—Aula de edición.

Cierro los ojos y me hago un ovillo en el sofá. «Isaac está muerto.»

—Hemos mandado a unos agentes —añade—. En cuanto tengamos más información, os la transmitiremos. Pero, por ahora, necesito que os quedéis aquí. Este es el lugar más seguro para vosotros.

Eso no puede saberlo. Jake podría seguir ahí fuera.

—¿Se marcha? —pregunta Charlotte.

—Sí. Tenéis a dos oficiales en la casa y a cuatro fuera. Nadie va a salir ni a entrar.

Chace se acaricia la frente con la punta de los dedos.

—¿Puedo acompañarla?

—No —responde sin más.

—Es mi amigo, detective.

—Lo siento. —Su tono es firme, no va a ceder.

Se da la vuelta y da instrucciones a los policías que la acompañan. Ya no formamos parte de esto.

Chace espera a que la detective se ponga de espaldas a nosotros y nos pide a Sienna y a mí que lo acompañemos a la cocina. Dejamos a Charlotte con la detective Lina y los dos agentes.

—Fuera, vamos —nos indica, llevándonos hasta la puerta trasera.

—¿Qué? —susurra Sienna—. No podemos salir solos. Acaba de decir que no salgamos.

—Tengo que escaparme si quiero llegar al aula de edición —responde él—. Tengo que verlo con mis propios ojos. Y vosotras dos tenéis que cubrirme si la detective o los policías se enteran de que me he ido.

No dudo ni un segundo.

—¿Qué? No, no voy a dejar que vayas solo. Si tú vas, yo también.

—Lylah, lo que puede esperarnos allí... —comienza.

Noto la bilis en la garganta. Recuerdo perfectamente de lo que es capaz Jake.

—Lo sé, pero estamos juntos en esto.

Chace levanta las manos y abre la boca para protestar, pero le doy un manotazo.

—Vamos —murmuro, haciéndole señas para que me siga.

—Chicos, es una idea horrible —musita Sienna.

—Estoy de acuerdo, Lylah debería quedarse contigo —discute Chace.

—Ni hablar. Vamos.

Mi amigo suspira a sabiendas de que no voy a cambiar de opinión y no tenemos mucho tiempo que perder.

—Cúbrenos —le pide a Sienna cuando nos escapamos por la puerta trasera. El muro alto y la cancela nos protegen de la carretera, pero los policías nos verán si no tenemos cuidado. Tenemos que medir esto perfectamente.

—¿Y si está aquí fuera? —pregunto mirando a mi alrededor—. Se le dan bien los deportes, le gusta correr y si estamos solos somos presas fáciles.

Chace me empuja contra el muro del jardín trasero, frente a la cancela donde está aparcado el coche policial.

—Estás a salvo conmigo, Lylah.

Chace es fuerte. Estoy segura de que podría enfrentarse a Jake y derrotarlo, pero no quiero que tengamos que llegar a ese punto.

—¿Deberíamos buscar un arma? —Tendríamos que haber cogido los abrigo, porque hace mucho frío, pero eso habría suscitado preguntas.

Se queda quieto y enarca una ceja.

—Tú buscas las pistolas y yo cojo la ballesta.

—¡No tiene gracia, idiota! —replico, pegándole en el vientre con el dorso de la mano. Me estremezco.

Se ríe en silencio y señala el muro.

—Te ayudo a subir. Tenemos que irnos antes de que se den cuenta de que hemos salido. —Se arrodilla, entrelaza los dedos con las palmas hacia arriba y espera a que ponga el pie encima.

Coloco la suela de la zapatilla sobre sus manos. Me doy impulso, asciendo y me agarro al borde del muro. Está mojado por la lluvia y helado. Hundo la punta de los dedos en el ladrillo para no resbalarme.

«Esto es absurdo. Estamos fugándonos de nuestra propia casa.»

Mezo las piernas de forma ridícula por encima del muro y miro a Chace. Me sonrío con las manos en las caderas.

—Calma, Lylah.

—¡Date prisa! —Salto al otro lado y me limpio las manos en los vaqueros. Por suerte, no hay nadie aquí y el coche de policía está fuera de nuestra vista. Detrás de la casa hay una zona peatonal. La carretera termina al lado de la cancela trasera.

Chace salta, se agarra al borde del muro y pasa al otro lado. Sus movimientos fluidos me dejan en evidencia.

Frunzo el ceño.

—Tampoco es necesario exhibirse, Chace.

Me agarra de la mano y nos dirigimos corriendo al campus. El corazón me late como loco y la adrenalina me recorre las venas, animándome a continuar.

No me doy la vuelta, a pesar del temor a lo que estamos a punto de encontrarnos. Isaac es nuestro amigo. Quiero estar allí cuando lo encuentren, merece tener con él a gente que lo quiera y no una sala llena de desconocidos.

Chace marca el ritmo y, dado que sale habitualmente a correr, es bastante rápido. Consigo seguirlo, aunque no sé cómo.

Sea lo que sea lo que le haya sucedido a Isaac, tengo que verlo con mis propios ojos. Deseo con todo mi ser que esa nota sea una trampa. Me encantaría que fuera una broma si eso significa que Isaac está bien.

Doblamos la esquina y Chace se detiene de golpe. Casi choco contra él. Tenemos delante un coche policial parado, con las luces encendidas. Parece que lo hayan abandonado fuera del laboratorio de publicidad. El motor sigue encendido. Tenían prisa.

—Tenemos que entrar ya, antes de que lleguen los demás —señalo.

Chace asiente y emprendemos otra carrera. Los muslos me arden y noto como si se me astillaran las espinillas. No estoy acostumbrada a este tipo de actividad física. El aire helado me muerde las mejillas y me quema los pulmones.

Nos detenemos delante de la puerta principal y Chace se asoma por la esquina para ver mejor. Oigo sirenas en la distancia, de muchos tonos distintos. Se mezclan y parecen una, pero sé que son varias. Es probable que vengan más policías y médicos. Puede que incluso los bomberos, como apoyo extra.

Chace asiente.

—Despejado.

Si estuviéramos en otra situación, bromearía sobre el comentario. Parece que estemos en una película de acción, aunque he descubierto que prefiero verlas como espectadora a vivirlas.

Con cuidado para no hacer mucho ruido, Chace entra primero, y yo me pongo de perfil y me cuelo detrás de él.

Conocemos este edificio como la palma de nuestra mano, así que avanzamos sin pensar. El aula de edición está más adelante. Al fin vamos a conocer el destino de Isaac. ¿Tendrá el mismo aspecto que Sonny?

—Tengo miedo —susurro cuando Chace empuja la puerta con una mano.

Los agentes están cerca, los oigo al otro lado de la esquina, en el siguiente pasillo.

Sus voces se oyen amortiguadas, probablemente estén tratando de buscar sentido a lo que Chace y yo estamos a punto de ver.

—Yo también, Lylah, pero tenemos que hacerlo. No puedo abandonar a Isaac.

Aprieto los puños hasta que noto que me corto las palmas con las uñas. Caminamos despacio, como si avanzáramos por el agua.

—¿Qué aula? —susurro.

—Es... Imagino que es la misma en la que estaba Sonny.

«Dios mío.»

El pasillo parece mucho más largo que de costumbre, como si se extendiera con cada paso que doy. Me encuentro de nuevo en el hospital, esperando para ver a mis padres.

Y entonces solo puedo oír mi respiración. Es rápida y fuerte. Pero Chace no se burla de mí. No dice nada.

El aula está a tan solo unos pasos de distancia. Me paso la lengua por los labios secos. La puerta está abierta. Las piernas ceden de nuevo y caigo con fuerza en el suelo.

Isaac está encima de la mesa. Tiene la cara mirando hacia arriba, el pecho lleno de sangre y los brazos le cuelgan por los bordes.

Tiene los ojos abiertos.

El pecho rajado.

Falta el corazón.

*Sábado,
10 de febrero*

Diecinueve horas. Ese es el tiempo que ha pasado desde que vimos vivo a Isaac por última vez. La detective Lina se puso furiosa al enterarse de que habíamos escapado al laboratorio de Comunicación Audiovisual a pesar de las órdenes de quedarnos en casa, pero no me importa. A ella no la están amenazando y tampoco es que esté haciendo un trabajo estelar protegiendo a mis amigos.

Chace apenas ha dicho nada desde que encontramos a Isaac. Eran muy amigos y ha perdido a los dos chicos de nuestra casa. Yo no sé qué haría sin Sienna y Charlotte.

Está tumbado en mi cama, mirando el techo. Llevo todo el día intentando hablar con él, pero solo me ha respondido con síes o noes, y otras veces ni me ha contestado.

No tengo ni idea de cómo ayudarlo. Si ni siquiera puedo procesar el hecho de haber visto a Isaac así, ¿cómo voy a saber qué hacer para animarlo a él? Me resulta imposible llorar la muerte de Isaac cuando el miedo me consume.

Así debió de sentirse Riley cuando murieron nuestros padres.

Me acuesto en mi lado de la cama, junto a Chace, pero no reacciona.

—¿Tienes hambre? No has comido en todo el día.

Niega con la cabeza.

Claro que no tiene hambre.

—No sé qué hacer —admito—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Espira y cierra los ojos.

—Nada.

—Si te preparo algo, ¿te lo comerás?

—Lylah, si me haces algo de comer, le pondré un marco.

Me río, a pesar de que soy la víctima de su broma. Soy una cocinera horrible, pero es agradable escucharlo decir algo más que monosílabos.

—Qué gracioso. Me refiero a un sándwich. O puedo pedir que nos traigan algo.

Me mira a los ojos con tanta intensidad que me quedo paralizada. Siento que me mantiene congelada hasta que aparta la mirada y rompe el hechizo.

—Gracias por no echarme de tu habitación —me dice en tono suave—. Necesito compañía.

—No me voy a ir a ningún sitio... y parece que tú tampoco —respondo con una sonrisa.

Vuelve a mirarme a los ojos, pero esta vez no aparta la mirada. Me da la sensación de que el aire se espesa a nuestro alrededor.

—Vas a tener que ser más cauta.

—¿Qué? ¿Te refieres a cuando uso los fogones?

Frunce los labios.

—No, en general. Cuando salgas a la calle.

—Todos tenemos que serlo.

Se queda en silencio. Creo que me estoy perdiendo algo.

—¿Qué pasa? No te sigo.

—Ahora mismo nada tiene sentido, ¿por qué tengo que tenerlo yo?

—¡Porque me estás friendo el cerebro! Me agobia no saber cómo animarte. ¿Quieres más protección? ¿Quieres comida? —Mi voz sube una octava, lo que le hace esbozar una increíble sonrisa.

—Pide algo para que no tengas que cocinar e intentaré comer. Quiero que justamente tú tengas más protección, Lylah. Quiero que tengas todo un puñetero ejército contigo. —Frunce el ceño, con los ojos todavía fijos en los míos—. No sé qué haría si te pasara algo. No puedo perder a nadie más.

—Oh —respondo, como una auténtica idiota.

«¿Oh?» ¿En serio es lo único que se me ocurre decir?»

Chace interrumpe el contacto visual y se sienta.

—¿Han vuelto a llamar los detectives?

¿Por qué cambia de tema? Me estoy poniendo histérica. Básicamente, me estaba declarando su amor eterno, ¿no? Y ahora quiere hablar de dos detectives por los que no sentimos mucho aprecio en este momento y que tampoco son muy fans nuestros.

«Tranquila. Se preocupa por ti como amiga. Como una hermana.»

—¿Lylah? —Mueve la mano delante de mi cara. Se la aparto y el corazón me da un vuelco por la interrupción.

—¿Qué?

—¿Pizza?

—Sí, claro.

Alcanzo el teléfono, dándole vueltas a nuestra conversación y preguntándome también si los detectives tendrán alguna noticia. No creo que puedan ocultarnos

información solo porque estén enfadados con nosotros, a no ser que compartir esa información dificultara la investigación.

Estoy segura. Creo.

Cuando llega la *pizza*, Chace y yo comemos en mi habitación. Sienna y Charlotte no tienen hambre y se han quedado abajo. Nadie tiene hoy muchas ganas de hablar, todos echamos de menos a Isaac y no podemos evitar preguntarnos quién será el siguiente.

Hoy solo salgo de la habitación para ir al baño y cuando nos traen la *pizza*. Han cancelado las clases. Han cerrado todo el campus. La administración ha informado de que es por respeto a Isaac, pero yo creo que es porque este asunto se ha puesto muy serio y todo el mundo tiene miedo. Si fuera valiente, buscaría actualizaciones en las redes sociales, pero no tengo ninguna duda de que ahora es un circo mediático: la gente publicando sus condolencias a Isaac y su familia, los agradecimientos a Isaac por haberles dado un día libre..., miles de teorías. Prefiero no leerlas.

La policía pudo mantener a los sospechosos en secreto tras la muerte de Sonny y Nora, pero ahora ya no. Sienna me ha contado esta mañana que todo el cuerpo estudiantil está buscando a Jake. A lo mejor ellos tienen más suerte que la policía.

A las diez, Chace se queda dormido en mi habitación. Es la segunda noche que compartimos cama. Me pongo el pijama bonito y me meto bajo las sábanas, al lado de él.

Podría acostumbrarme a esto.

Cuando me despierto por la mañana, Chace ya se ha levantado. Se ha duchado y tiene el pelo húmedo. Me ofrece una sonrisa desde los pies de la cama, donde está sentado.

Me incorporo, apoyada sobre los codos.

—Buenos días —me saluda.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—Media hora, más o menos.

Tiene mejor aspecto esta mañana. El color ha vuelto a sus mejillas y su mirada no está tan derrotada.

—Tendrías que haberme despertado.

—No, tenía que arreglarme y parecías muy tranquila. Siento mucho lo de ayer. —

Se pasa la mano por la cara y suspira—. Encontrar a Isaac así...

Me siento y le cojo la mano.

—No te disculpes. Has perdido a tu mejor amigo.

Sienna y yo estamos muy unidas desde que nos conocimos y yo estaría totalmente destrozada si muriera.

—Quiero estar aquí para ti, Sienna y Charlotte.

—Chace, solo porque seas el único hombre de la casa no significa que debas ser el responsable de cuidar de nosotras. Necesitas tiempo para ti también.

Se levanta, carraspeando.

—Voy a preparar café. Te veo abajo.

Lo observo salir de la habitación con los hombros tensos. Me encantaría poder hacer algo para ayudarlo. Es obvio que siente mucha presión, cuando lo único que debería hacer es tranquilizarse y llorar la pérdida de sus amigos.

Todos deberíamos.

Aparto las sábanas y salgo de la cama. Hace un poco de frío, pero lo noto más porque no llevo mi pijama calentito.

Cuando he terminado de ducharme y vestirme, compruebo el teléfono móvil.

Riley. No está contento.

Te prometí que te daría espacio siempre
y cuando estuvieras bien.

¡Pero no estás bien, Lylah! ¡¡ISAAC HA MUERTO!!!
Estaré allí hoy mismo.
Se acabaron las excusas.

Estupendo. Está enfadado conmigo porque no le he contado yo misma la noticia. Lanzo el teléfono a la cama y bajo las escaleras. No pienso responder al mensaje de mi hermano, no voy a poder convencerlo de que se quede en casa.

Me agarro a la barandilla y bajo lentamente los escalones. Esto se está descontrolando demasiado..., aunque tampoco es que lo tuviéramos controlado antes. Me quedo sin aliento. Hay un sobre de color crema en el felpudo beis. Es evidente que Chace no lo ha visto y Charlotte y Sienna se habrían puesto a chillar si hubieran encontrado la nota. Casi se mezcla con el felpudo.

—Chace —lo llamo, acercándome al sobre como si pudiera explotar.

Me muerdo el labio inferior y miro a mi alrededor por temor a que Jake pueda aparecer de repente a mi lado. Vuelvo a llamarlo, esta vez más fuerte y más asustada.

Chace sale al recibidor con Charlotte y Sienna justo detrás. Se fijan en seguida en el sobre y Sienna murmura algo entre dientes.

Suelto el labio.

—¿Creéis que lo acaba de dejar? —Chace salió de mi habitación hace más o menos quince minutos, así que no ha podido tener tiempo de dejar el sobre. Además, es de día. Hay luz fuera. Jake no se habría arriesgado a venir aquí en un momento en el que pudieran verlo tan fácilmente.

Sienna niega con la cabeza.

—Yo estaba dormida.

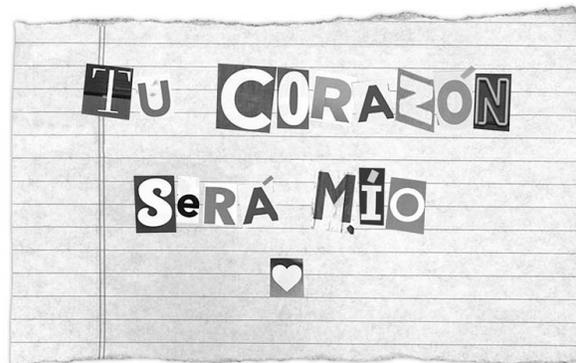
—Yo no lo vi anoche —observa Charlotte—. Pero podrías mirar ese punto exacto y no verlo en el felpudo.

Chace se agacha y lo recoge.

—No tiene destinatario.

—¿Qué? Qué raro. —Extiendo el brazo y poso la mano en su espalda. Tiene los músculos tensos—. ¿Esperamos a la policía?

—No —responde, abriendo el sobre.



Esta amenaza no es nueva, pero aun así me produce un escalofrío.

—Está reciclando sus notas psicópatas. Debería buscar material nuevo —escupe Chace. La rabia y el odio en su voz lo hacen parecer una persona distinta.

No me hace ninguna gracia su comentario, así que le quito la nota de las manos y le lanzo una mirada de desprecio.

—No tiene gracia. Ya sabemos que es muy peligroso.

—Voy a llamar a la detective —indica Sienna.

Charlotte la sigue al salón.

Chace baja un poco la cabeza para mirarme directamente a los ojos.

—Eh, perdona por el sarcasmo. ¿Estás bien?

—Sí, supongo. Riley viene hoy.

Chace aprieta la carta dentro del puño, arrugándola.

—¿Tu hermano? ¿En serio? Yo me alegro de haber convencido a mis padres de que se queden en casa cada vez que han llamado... hasta ahora. No quiero que estén aquí por si Jake los ataca, y ellos piensan que ascenderé puestos en su lista si los tengo por aquí todo el rato. Jake disfruta haciendo lo más inverosímil; imagínate la sensación que le produciría matar a alguien con sus padres cerca.

Ojalá Riley aceptara eso. Si le pasara algo a mi hermano por venir a protegerme, me moriría. Pero no hay forma de convencerlo para que guarde las distancias. Se va a convertir en un obstáculo y eso va a molestar a Jake.

—Ya, a Riley no le ha hecho gracia que no le contara lo de Isaac. Quiere que resuelvan ya el caso y asegurarse de que la policía está haciendo lo que debe. ¡Como si estuviesen de brazos cruzados! —No le digo que Riley cree que no estoy a salvo aquí porque no quiero añadirle más presión.

—La última vez que hablé con él por teléfono quería que me fuera a casa. Le expliqué que no importa dónde esté. De hecho, si me alejo de la protección policial que tengo aquí será más sencillo para él llegar hasta mí.

Chace enarca la ceja.

—Seguro que no le gustó.

—Nop. En el mensaje me ha dicho que llega hoy. Espero que no se quede mucho tiempo. Va a ser una pesadilla, todo el día buscando respuestas y diciéndole a la gente cómo tiene que hacer su trabajo. Además, no lo quiero aquí por si se convierte en un objetivo. Mira lo que le pasó a Zak cuando quedamos para tomar algo. Si Jake puede atacar a su propio hermano, nada le va a impedir atacar al mío.

—Bueno, hay una pequeña diferencia.

—¿Cuál?

—Probablemente Jake no se sienta amenazado sentimentalmente por tu hermano. Arrugo la nariz.

—Puaj. Supongo que sí. Con suerte, la detective Lina lo convencerá de que deje la investigación en manos de la policía. Seguro que Riley está deseando ponerse en modo Sherlock con el caso.

—Puede que ella tenga más suerte. No sé si estoy preparado para tener a tu

hermano sacando pecho y lanzándome miradas asesinas las veinticuatro horas del día. Normalmente tengo más tiempo para hacerme a la idea.

Le doy una palmada en el brazo.

—No te odia.

—Lylah, se pasó todo el día llamándome Chacey y amenazándome con castrarme si estaba a menos de medio metro de ti.

—Es muy protector.

Chace enarca las cejas en un gesto encantador.

—Protector.

Me encojo de hombros perezosamente.

—Ajá. —Sé que se comporta de una forma muy autoritaria, pero soy la única familia que tiene—. Tú serías igual en su situación, sobre todo porque estamos recibiendo más notas como la que tienes en la mano.

—Ya, supongo. —Baja la mirada hasta la nota. Relaja un poco la mano y la sujeta por una esquina con la punta de los dedos—. Tal vez deberíamos enseñar esto a los oficiales que hay fuera.

—¿Te importa que espere aquí?

—Claro que no. —Con una sonrisa que quiere confortarme, se dirige a la puerta de entrada para empezar de nuevo con todo el proceso.

*Sábado,
10 de febrero*

Riley aparca el coche en la entrada de la casa justo cuando los detectives se marchan.

El equipo forense va a examinar la nota, pero nadie espera encontrar algo relevante. Ahora que hemos recibido varias, hemos comprendido que Jake es demasiado bueno como para dejar una huella dactilar o muestras de ADN en sus mensajes.

Ni siquiera las autopsias han revelado nada. La del cuerpo de Sonny desveló que había muerto por las heridas provocadas por varias puñaladas. Pudieron averiguar la altura aproximada del asesino y que era diestro (Jake lo es), pero es la descripción de la mayoría de los chicos del campus. Maldita sea, incluso Chace encaja en el perfil.

Todos somos peones en este juego y tengo la sensación de que tan solo vamos a ver al asesino cuando él así lo quiera. La idea me produce ansiedad.

—¡Por el amor de Dios, Lylah! —Riley me envuelve en un abrazo cuando entra en casa.

Sé que ahora que vivo por mi cuenta se supone que soy una adulta madura, pero en cuanto llega Riley me siento de nuevo mucho más joven. Esto no es necesariamente algo malo. Él siempre ha sido protector, una red de seguridad con la que puedo contar. Pero sé que no puedo depender de mi hermano como lo haría de un padre.

—Lo siento, no quería preocuparte. —En cuanto pronuncio las palabras, soy consciente de que no van a ser bien recibidas.

Me agarra de los antebrazos y me aparta para mirarme.

—No seas ridícula, eres mi hermana pequeña. Tenemos que hablar.

«Estupendo.»

—Claro. Mis compañeros están en sus habitaciones, así que podemos ir al salón.

Se han escondido. Chace sabe que Riley no es su mayor admirador, pero no sabe que es por lo que siento por él. Y Sienna y Charlotte querían darnos algo de espacio para que pueda explicarle lo que está pasando.

Ellos tienen suerte de haber conseguido mantener a sus familias alejadas de todo esto. La de Chace, al parecer, habla a menudo con la policía, pero no ha aparecido por

aquí porque cree que sería peor para Chace. Les aterra hacer lo que no deben. No sé mucho de la familia de Charlotte, pero desde que me contó que no tenían buena relación, no me sorprende que no hayamos sabido nada de ella. Y los padres de Sienna están en Corea visitando a su familia. Tengo la impresión de que no ha sido del todo honesta con ellos en lo que respecta a nuestra situación.

Los padres de Sonny también han venido a la ciudad, pero no han estado en nuestra casa. Supongo que vendrán cuando estén preparados. Yo tampoco soy capaz de entrar en la habitación de Sonny ni en la de Isaac.

Riley y yo nos sentamos en el sofá y espero a que empiece la regañina. Mi hermano tiene el mismo pelo rubio y los mismos ojos marrones que yo.

—Tendría que haber venido cuando me enteré de lo de Sonny.

—No, necesito espacio para digerirlo y estar con mis amigos. Nos hemos apoyado los unos a los otros, Riley. Quiero que lo sepas.

—Pero los asesinatos ya están apareciendo en todas las noticias. Desde la muerte de Isaac, la gente habla de un asesino en serie que anda suelto. No sabía que había matado a otra chica, ¡a una de tus vecinas! Porque mi hermana pequeña no sintió la necesidad de contármelo.

—Venga, Riley, lo siento. Es que es duro hablar de...

—No quieres que esté aquí y ya me figuro por qué.

Suspiro.

—Tengo miedo de depender tanto de ti como cuando mamá y papá murieron. Las cosas han funcionado bastante bien por aquí. Me gusta ser independiente. Me ha ido bien en las clases y he mantenido la ansiedad a raya gracias a la terapia. Hace más de cuatro meses que no necesito ver a mi terapeuta porque he estado usando de forma correcta las herramientas que me dio. Ya sabes que es un gran avance para mí. No quería arriesgarme a perder eso.

Asiente.

—Lo sé, y estoy muy orgulloso de ti, Lylah. Pero alguien te está amenazando, está matando a tus amigos. Es hora de buscar apoyo en tu familia.

Al decirlo de ese modo, supongo que tiene razón.

—Pronto hará dos años —comenta, como si no lo supiera.

—Ya. Pienso a todas horas en mamá y papá. —Agarro el colgante con el pulgar y el índice.

Mi hermano ladea la cabeza y entorna los ojos.

—Lo que quiero decir es que necesitamos aunar esfuerzos en esta época del año. Voy a quedarme aquí hasta que cojan a Jake. O puedes venir a casa conmigo.

—No, no quiero. Ninguna de las dos opciones. Puedo encargarme de esto. No quiero que te veas arrastrado tú también.

Niega con la cabeza y estira las piernas.

—Ni hablar.

Me arde el pecho.

—Riley, por favor...

—¿Me abandonarías tú si la situación fuera a la inversa?

«Maldita sea.»

—No es el caso. —Si lo fuera... no lo abandonaría, pero no quiero que se quede aquí, donde el asesino puede hacerle daño.

Se pone en pie.

—Voy a preparar café para que me lo cuentes todo, y después iré a la comisaría a comprobar qué narices está pasando.

Cierro los ojos y me desplomo en el sofá cuando sale del salón. Tenerlo aquí me hace sentir como una adolescente indefensa de nuevo.

Regresa con dos tazas de café y las deja en la mesita.

—¿Cómo has lidiado con esto tú sola? Quiero la verdad, Lylah, no me digas lo que crees que quiero escuchar.

Me siento recta y alcanzo mi taza. Vacilo un instante, pero no endulzo la respuesta.

—No ha sido sencillo, y en varias ocasiones he sentido que volvía a los viejos hábitos. Pero no ha sido así y estoy decidida a seguir adelante. Chace me ayuda mucho.

Riley pone los ojos en blanco.

—No seas así, es un buen chico, te lo prometo.

—Eso ya lo juzgaré yo.

«Por supuesto que lo hará.»

—Cuando encontramos a Sonny —continúo— nos quedamos destrozados, pero pensamos que se había acabado, que había sido un incidente aislado. Después llegó otra nota, otra amenaza. La situación fue empeorando tan deprisa que estaba totalmente desconcertada. Nadie entendía nada y yo estaba muy asustada.

—Maldita sea, Lylah. No soporto pensar que hayas tenido que pasar por esto, especialmente en esta época del año.

—Nada tiene sentido. Jake parece el sospechoso principal y los detectives también lo creen. Intentó besarme el año pasado en San Valentín. Cuatro meses después de que lo rechazara, dejó la universidad. Ahora, ocho meses después, está matando a mis amigos.

—¿Y la chica?

—Nora. Creemos que ella y Jake se conocían, pero nadie sabe qué relación tenían. O eso o está intentando despistar matando también a otras personas.

Me encojo de hombros y le doy un sorbo al café.

—¿Y la policía no tiene ni idea de dónde está?

—Ni una pista de dónde puede estar o haber estado... aparte de las escenas del crimen.

Decir las palabras en voz alta me hace sentir derrotada. ¿Cuándo acabará todo esto?

Riley se queda pensativo un momento.

—¿Cómo hace esto él solo? Transportar un cadáver no debe de ser fácil.

Y todavía no sabe que Jake les arrancó los corazones. Y que nadie sabe dónde están los de Sonny, Nora e Isaac.

—Jake entrenaba mucho, casi de forma obsesiva. Tenía pesas en su habitación, corría, iba al gimnasio dos veces al día. Estaba fuerte. No sé si ha tenido ayuda. Sus amigos y familiares están todos localizados. Su padre y su hermano se alojan en un hotel por aquí cerca, y están ayudando a la policía en todo lo que pueden.

—¿Y no te parece mejor venirte a casa? —Parece escéptico—. Ya sé que erais todos amigos, pero ¿no te preocupa que también fueran amigos de Jake?

—La detective Lina, que es la agente encargada de la investigación, no cree que haya motivos para marcharme. Me ha dicho que podría provocar que el asesino continúe matando por diversión. No quiero ser la razón por la que eso suceda, Riley. Aquí podemos apoyarnos los unos a los otros.

Asiente.

—Entonces me quedaré.

—Puedes alojarte en un hotel.

Se echa a reír y arquea las cejas.

—Qué bonito. Ni vas a dejarme quedarme en tu casa...

—No es solo mi casa. Tengo compañeros y queremos continuar con nuestras vidas de la forma más natural posible. La detective Lina puede ponerte protección.

—No lo creo. —Frunce el ceño, como si lo hubiera ofendido—. ¿Qué dicen las notas?

—Sobre todo cosas como «serás mía».

Nos quedamos en silencio, mientras valora mi respuesta.

—¿Qué te estás callando?

Suspiro. Riley me conoce bien.

—Hemos intentado atraparlo dos veces. La primera, en un *pub*; pensé que lo había visto, pero debí de confundirme porque los agentes despejaron la zona y no estaba en ningún lado.

—¿Y la otra?

—En el espectáculo de fuegos artificiales en el campus. Las luces de las farolas se apagaron y... —Me preparo para la reacción de mi hermano— me interceptó. No grites. No me hizo daño, pero me dejó una nota dejando muy claro que puede tenerme, tenernos, cada vez que él quiera.

—¡Pues no puede! —brama con los dientes apretados.

Sí puede, pero no tiene sentido agobiar a Riley con eso. Solo lo enfadaría más.

—A pesar de no haberte dado una bienvenida muy efusiva, me alegra que estés aquí —admito.

—¿Ves? Sé cuándo me necesitas y cuándo me estás mintiendo. —Me da un apretón en el brazo—. Entonces... ¿qué pasa con Chace?

Pongo los ojos en blanco.

—No empieces.

Levanta las manos en señal de rendición.

—No estoy empezando nada. Solo quiero entender el motivo por el que apenas vienes a casa.

Aparto la mirada. El remordimiento me reconcome. Nunca se me había ocurrido que Riley también pudiera necesitarme. He estado siempre tan absorta en cómo no ser una carga para él que no he pensado en lo que podría querer mi hermano.

—Lo siento, Riley. Dejaste muchas cosas para cuidar de mí. Quiero que vivas tu vida. ¿Cuánto tiempo has perdido? ¿Dos años? Debería estar preguntándote por tu nueva novia.

—Bébetelo café, Lylah. Tenemos que estar unidos. No he perdido nada y nada cambiaría en lo que respecta a hacerme cargo de tu trasero después de que mamá y papá murieran.

—Vaya, gracias. —Sonrío—. Te das cuenta de que has evitado la pregunta de la novia, ¿verdad?

—¿Lylah? —Chace me llama. Antes de que tenga tiempo de responder ya está entrando en el salón—. Riley.

Mi hermano tensa la mandíbula.

—Chace.

—¿Qué pasa? —pregunto a mi amigo.

Se rasca la nuca.

—Voy a salir a tomar café y quería preguntarte si querías venir. No sabía que ya había llegado Riley.

—¿Vas a salir a tomar café? Puedo prepararte uno aquí.

—No voy a permitir que Jake me mantenga aquí encerrado. Me siento enclaustrado, necesito salir de esta casa un rato.

A mí me pasa lo mismo. Quedarme sentada aquí todo el día es cada vez más difícil. Me incorporo ante la idea de escapar de una casa a la que le faltan dos ocupantes y de mi hermano, que probablemente vaya a hacerme mil preguntas más.

—Ve si quieres, Lylah —me dice Riley con un suspiro. Mira a Chace con el ceño fruncido por encima del hombro.

—Me apetece salir, pero acabas de llegar. ¿Quieres venir?

—Me alegro de que nos hayamos puesto al día. Ahora que ya te he visto, quiero ir a la comisaría a comprobar qué está pasando con este desastre colosal de investigación. Tienen que poder hacer algo más.

«Oh, no.»

—No me dejes en evidencia, por favor.

Esboza una sonrisa. Es la misma que me lanzaba cuando éramos niños, justo antes de hacer algo estúpido que nos iba a meter a ambos en problemas.

Niego con la cabeza.

—Limitate a no contarme nada a menos que consigas información de verdad.

—Cuida de ella —le pide a Chace, sosteniéndole la mirada unos segundos.

—Siempre —responde él, y me da un vuelco el corazón.

No puedo evitar, sin embargo, fijarme en que hay algo raro en la interacción de los dos. Es algo más que tensión. Es cierto que mi hermano es muy protector, pero no sé por qué está siendo Chace tan poco amigable.

Riley se queda mirándolo cuando sale a buscar el abrigo.

Normalmente le cae bastante bien a la gente. ¿Qué diablos le pasa? ¿Por qué trata a Chace como si fuera un mal tipo? ¿A qué vienen esas miradas asesinas y mordaces?

No lo entiendo. ¿Es posible que mi hermano sospeche que Chace pueda estar involucrado de alguna forma en todo esto?

*Sábado,
10 de febrero*

Me siento en la cafetería y me pongo a jugar con el colgante. Hay dos agentes sentados a la mesa que hay al lado de la nuestra. Tengo los nervios de punta. Chace está en la barra, esperando a que le sirvan nuestro pedido. Chace, el chico que me gusta, y del que mi hermano parece pensar que podría ser un asesino.

Es imposible que tenga nada que ver con estas muertes. Por supuesto que no. Él no es malo y, aunque lo fuera, no habría podido: ha estado conmigo todo el tiempo.

Aparto ese pensamiento de la cabeza, molesta con mi hermano por haber plantado en mí esa horrible semilla.

Chace me mira y le hago un gesto con la mano. Lleva ahí más de cinco minutos, ¿cuánto se tarda en preparar un capuchino y un café con leche?

Ha sido idea suya venir aquí, así que tenemos que quedarnos, pero odio la forma en que nos miran y los susurros. Enfrente de nosotros hay un grupo de cuatro chicas de unos veinte años. Están inclinadas, y la morena que tengo delante mueve la boca a cientos de kilómetros por hora, hablando en voz baja. Levanta la mirada hacia nosotros, pero vuelve a bajarla al cabo de un segundo.

Este intento de actuar con normalidad no funciona. Giro el cuerpo para que solo me vean el perfil.

—Yo estaría muy preocupada si cualquiera de mis amigos muriera. ¡Haría algo! Si los está persiguiendo un asesino, ¿por qué salen?

Oigo la voz detrás de mí, procedente de otra mesa, así que no veo quién habla. Pero odio a estas personas. Detesto que no sean capaces de ver lo mucho que nos duele. No soporto ser el centro de todos los rumores. Me hundo más en el asiento y maldigo en silencio la idea de Chace de salir de la casa.

Deberíamos pasar desapercibidos.

Por fin le sirven las bebidas a mi amigo y se acerca. Tiene la cabeza alta y los ojos verdes fijos en los míos, firmes, como si quisiera tranquilizarme.

No estoy tranquila. Tengo el corazón acelerado y las palmas de las manos sudadas y lo único que quiero es que la gente nos deje tomar un café en paz.

—Todo el mundo habla —musito cuando se sienta frente a mí.

Levanta el hombro izquierdo en un gesto que significa «¿qué más da?».

Ojalá a mí no me importara.

—Déjalos, Lylah. No nos interesa su opinión. Y merecemos un momento para evadirnos de la tristeza y el estrés. —Me pone el café delante y se cruza de piernas. Parece relajado. Ojalá yo lo estuviera.

Le doy un sorbo al café y me obligo a ponerme recta. No quiero dar a la gente la satisfacción de que sepan lo mucho que me están molestando.

Y me están molestando mucho.

Chace esboza una sonrisa ladeada y los ojos le brillan.

—Mucho mejor. Ahora dile a tu cara que no los piensas escuchar.

Murmuro un «Que te den» y tomo otro sorbo.

—¿Vas a salir con Sienna y Charlotte esta noche? —me pregunta.

Enarco las cejas y dejo la taza en la mesa.

—No, por supuesto que no. Ni hablar.

—Lylah, venga...

Ya me cuesta bastante estar aquí, ¿cómo iba a sobrevivir en un lugar abarrotado con cientos de personas hablando de nosotros?

—No me parece correcto.

—La noche será lo tú quieras que sea. Sienna cree que necesitas hacer algo que no sea obsesionarte con Jake y yo estoy de acuerdo. No es sano. Isaac te diría que fueras. Él te diría que salieras y demostraras a ese capullo que no va a destrozarte. Además, Sienna ha conseguido convencer a Charlotte, no puedes dejarlas tiradas.

Pero ya ha matado a tres personas. Diría que estamos todos bastante destrozados. Aunque Chace tiene razón. Es solo que no estoy segura de que salir sea una buena idea. Charlotte, Sienna y yo solíamos salir juntas a tomar algo y siempre nos lo pasábamos bien.

Si pudiera hacer caso omiso de toda la gente que me rodea, probablemente una noche con mis amigas sea lo que necesito.

—Lo pensaré.

—Pensar es el problema, Lylah. Lo único que hemos hecho desde que encontramos a Sonny ha sido pensar. Sal y diviértete por Sonny y por Isaac. ¡Por favor!

—Pero tú no vas a salir.

Suelta una carcajada; una sincera que hacía tiempo que no oía. Noto cómo las mariposas revolotean en mi estómago. Me encanta.

—Y el premio para la respuesta más infantil es para...

—Muy gracioso. Solo digo que no estás siguiendo tu propio consejo.

—Charlotte y Sienna no me han invitado —expone en tono sarcástico. Solo quieren salir porque necesitan distraerse. Nos están amenazando a todos, y en nuestra propia casa, y no nos sentimos muy seguros allí dentro que digamos—. Lo normal sería que yo saliera con Sonny e Isaac.

Bajo la cabeza y la cara me arde de la vergüenza. Si me tocara las mejillas, probablemente me haría una quemadura de tercer grado. Aquí estoy, quejándome porque me da miedo salir con las chicas cuando los chicos con los que salía Chace están muertos.

No me da tiempo a disculparme antes de que continúe.

—No me digas que lo sientes. Y deja de comportarte así. No has hecho nada malo. Lylah, eh, mírame.

Extiende el brazo por encima de la mesa y me toca la barbilla. Lo miro a los ojos.

—Deja de agobiarte por todo.

Hago una mueca.

—No debería haber dicho eso. No lo había pensado.

Baja la mano y suspira.

—¿Qué va a hacer tu hermano? —pregunta para cambiar de tema—. ¿Se va a quedar con nosotros?

Niego con la cabeza.

—Ni hablar. Se irá a un hotel. Me gusta tenerlo cerca, pero no en mi casa. Puede ser un poco autoritario. Probablemente esté gritando a los detectives ahora mismo.

Chace sonrío.

—Me encantaría verlo.

A mí no. Mi hermano es bochornoso cuando se pone pesado. Entiendo que solo quiera cuidar de mí, pero cada vez que me defiende acabo sintiéndome como una chiquilla incompetente.

—¿Podemos bebernos el café y marcharnos?

—¿Por qué? —pregunta con las cejas arqueadas—. ¿Tienes una cita?

Le dedico una sonrisa. Tengo el corazón acelerado.

—Sí —respondo con los ojos en blanco.

Por un momento, tengo la sensación de que somos las dos únicas personas en el mundo.

—Vamos.

Me levanto y me termino el resto del café. Chace se ríe.

—No tienes que tomarte hasta la última gota.

Dejo la taza en la mesa y frunzo el ceño.

—¿No me conoces acaso?

Mi amigo me ayuda a ponerme el abrigo. Él no ha traído ninguno, qué idiota. Fuera hace un frío que pela.

Espera a que sea yo quien marque el camino, pero se mantiene muy cerca cuando pasamos junto a las mesas de las personas que, por supuesto, dejan de hablar cuando nos ven.

«No se ha notado, no.»

Abro la puerta de la cafetería. Fuera, inspiro una bocanada de aire y cierro los ojos.

—No ha estado tan mal, ¿no? —pregunta Chace.

Cuando abro los ojos, está sonriendo de nuevo.

—A veces no me gustas nada.

—No te creo.

Ya, yo tampoco me convenzo. Ni siquiera cuando lloraba hasta quedarme dormida porque lo había visto salir con otra chica. Ha habido muchas, muchas ocasiones desde que nos conocemos en las que he deseado odiarlo, pero nunca lo he logrado.

Chace y yo atravesamos el campus con los dos agentes siguiéndonos. Doy gracias por ellos, pero odio que tengamos que tener protección todo el día.

Solo es la una del mediodía, pero está oscureciendo por culpa de los nubarrones grises. También es un día húmedo y frío. No hay mucha gente por aquí, el campus siempre está tranquilo los sábados.

Las pocas personas que están paseando nos observan fingiendo que miran a todo el mundo excepto a nosotros. Todos parecen tener una teoría de por qué Jake quiere hacernos daño a mis amigos y a mí. La más popular es que lo engañé con Chace. No tienen ni idea de la verdad, pero eso no les impide seguir hablando.

—Ha sido un error inmenso, Chace, admítelo. —Me obligo a sostenerle la mirada.

—Te encanta salir a tomar café conmigo, tengamos público o no. Y lo sabes.

—¿Alguna vez lo he negado? —Se me escapan las palabras sin pensar. Hago una mueca. «Eso no ha sonado desesperado. Muy bien, Lylah.»

Mis otros compañeros son muy conscientes de mis sentimientos por Chace; Sonny

e Isaac solían lanzarme miradas cómplices y Sienna, Charlotte y yo hemos hablado muchas veces sobre mi atracción por él, pero no sé si Chace lo sabe. Probablemente no sea la mejor ocultando emociones, así que es muy posible que lo sepa, lo cual no es muy alentador, porque nunca ha mencionado nada al respecto.

Últimamente, sin embargo, incluso antes de que empezara esta pesadilla, nos hemos vuelto todavía más íntimos. Y está claro que se puso celoso cuando salí a tomar una copa con Zak.

—No, nunca lo has negado —susurra mirándome a los ojos, como si estuviera ocultando la respuesta del misterio de la vida.

¿Cuánto tiempo hace que hemos dejado de caminar?

Trago lo que me parece una bocanada de arena al notar que los ojos de Chace siguen fijos en los míos.

«¿Va a besarme? Oh, por favor, ¡que me bese!»

—¿Estás bien, Lylah? —me pregunta. Creo que intenta burlarse de mí, pero susurra y su pecho sube y baja demasiado rápido.

Asiento.

—¿Estás bien, Chace?

Maldita sea, pretendía sonar tranquila, pero mi voz se parece a la de Minnie Mouse.

Curva la boca en la sonrisa más bonita del mundo.

—Ya sé que ni siquiera debería estar pensando en esto ahora mismo, no con todo lo que está pasando, pero no puedo evitarlo.

Estoy del todo confundida y tengo muchas, muchas ganas de saber qué está pensando. Espero a que termine la frase.

—En ti, Lylah. Ni siquiera sé cuándo empecé a pensar en ti como algo más que una amiga. Pero yo quiero más. Es un momento horrible, con todas las cosas terribles que están pasando a nuestro alrededor, pero no quiero esperar. Quiero aferrarme a algo bueno que haga soportable esta pesadilla que estamos viviendo.

—Oh.

«Sí, después de diecisiete meses deseando estar con él, me dice que siente algo por mí y mi respuesta es “oh”. ¿Existe alguien más torpe que yo?»

Enarca las cejas rubias oscuras y ladea la cabeza.

—¿Oh?

—No, no quería decir eso. —Levanto las manos—. Se me ha escapado por lo

asombrada que me he quedado. Pero ahora me funciona la mente. Al menos eso creo. Lo que quería decir y lo que tendría que haber dicho en lugar de haber sido totalmente...

Me silencia con sus labios.

Se acerca a mí y me rodea con fuerza contra su pecho.

He imaginado un millón de veces cómo sería besar a Chace, pero mis fantasías se quedan muy cortas comparadas con esto.

La calidez se extiende por todo mi cuerpo cuando sus labios rozan los míos con una presión enloquecedora. Aprieto los dedos contra los músculos de la parte baja de su espalda. Él me sujeta con más fuerza y estoy segura de que voy a desmayarme.

Desliza la punta de los dedos por mis caderas y me vuelvo loca. Subo las manos por su pecho y siento cada músculo; a continuación, le rodeo el cuello con los brazos. Noto su sonrisa contra mis labios.

Se aparta demasiado pronto. Me muerdo el labio, pero es porque estoy nerviosa. «Vaya, y pensaba que me gustaba su sonrisa.» Lo disimula bien, pero parece tan mareado como yo. Estoy sonriendo como una idiota y no me importa.

—Bueno, deberíamos volver a casa —afirma un momento después—. Tienes que arreglarte para la noche de chicas.

De repente no tengo ningunas ganas de salir con ellas, pero como no quiero parecer una loca enamorada, asiento.

—Sí, vámonos. —Además, estamos alimentando la teoría del engaño a Jake saliendo juntos.

Cuando llegamos a casa, Chace se va directo a su dormitorio y yo al mío. Hemos recorrido el camino de vuelta cogidos de la mano, pero ninguno de los dos ha dicho nada, así que no sé qué va a pasar entre nosotros. En condiciones normales me obsesionaría con esto, pero creo que ambos hemos dejado muy claro cómo nos sentimos. Tendremos mucho tiempo para comentar los detalles.

Paso el resto de la tarde en mi habitación y después me tomo mi tiempo arreglándome para la noche. Me rizo el pelo, elijo un vestido negro de infarto y unos tacones y me maquillo.

Termino de arreglarme antes que Sienna, pero Charlotte ya está esperando en el salón. Se ha planchado el pelo casi blanco y se ha recogido la parte de delante. Lleva un vestido azul con un escote modesto que le llega hasta las rodillas. Nunca le ha gustado enseñar mucha piel.

Sienna baja las escaleras y los tacones resuenan en los peldaños de madera. El vestido azul apenas le cubre el trasero y tiene un cuello bajo que deja a la vista el escote.

—¿Listas? —pregunto. No me siento bien haciendo esto, pero consigo esbozar una sonrisa.

Incluso Sienna, la reina de la fiesta, parece poco entusiasmada. Sí, es sábado, y todas necesitamos unas horas en las que no estemos estresadas por culpa de un asesino. Yo me paso la mayor parte del tiempo preocupada por quién será la siguiente víctima de Jake y si seré yo. Unas cuantas copas de vino con mis amigas serán una distracción estupenda.

Y es un corte de mangas enorme para Jake por lo de Isaac y Sonny.

No veo a Chace antes de salir porque sigue en su habitación, pero ya lo buscaré cuando vuelva. El vino me aportará la confianza suficiente para meterme en su habitación y besarlo hasta que estemos los dos mareados. La idea me hace sonreír.

Salimos con nuestros tres guardaespaldas siguiéndonos los talones y nos dirigimos a la ciudad. También hay policías en casa con Chace.

—Es muy evidente que a Lylah le pasa algo —comenta Sienna con voz dramática, olvidándose de que estoy presente.

—Estoy de acuerdo —responde Charlotte—. Solo se me ocurre que tiene algo que ver con cierto tipo de ojos verdes que se ha quedado en casa.

—¿Queréis que me vaya para que podáis hablar de mí? —sugiero.

—¿Estáis juntos ya vosotros dos? —se interesa Sienna. Me examina en busca de algún atisbo de mentira.

—Puede. —Me estoy ruborizando.

Se pone a dar palmadas.

—¡Por fin! Pero ¿qué quieres decir con «puede»?

—Los dos hemos admitido lo que sentimos por el otro y después nos hemos besado. Creo que entendió lo que quería decirle con todas mis divagaciones.

Por suerte, llegamos a nuestro bar preferido antes de que tenga que responder a más preguntas. Empujo la puerta y entro la primera, asegurándome de que las chicas y los agentes encubiertos me siguen. Solo llevamos unos días con protección, pero estoy obligándome a fingir que esto es algo normal. Como dijo Chace, tenemos que seguir con nuestras vidas. Jake no puede ganar.

—Ahí hay una mesa —afirmo señalando una de las mesas altas con taburetes—.

Voy a por la primera ronda. ¿Rosado?

—Perfecto —contesta Sienna, que entrelaza el brazo con el de Charlotte y la lleva a la mesa.

Me acerco a la barra con la seguridad de que uno de los agentes se mantendrá cerca.

—Tres copas de rosado, por favor —le pido al camarero.

Se queda muy quieto y parpadea varias veces antes de responder. Debe de haberme reconocido.

—Claro, ¿grandes o pequeñas?

Trago saliva y carraspeo.

—Grandes. Mejor grandes.

El camarero me pone las copas y pago. Evita el contacto visual durante toda la transacción y parece incómodo cuando me pasa las bebidas. Murmuro un «gracias» y vuelvo con mis amigas.

No me importa lo que este hombre piense de mí. Además, puede que ni siquiera me esté juzgando. A lo mejor es que, simplemente, no sabe qué decir. Tampoco hay mucho que puedas decir en situaciones como estas; ni siquiera yo lo sé.

De vuelta en la mesa, Sienna alza su copa.

—Por Isaac y por Sonny.

Charlotte levanta la suya.

—Os echamos de menos, chicos.

—Os queremos —añado yo en voz baja y las tres le damos un trago a la copa.

Un chico con un chándal aparece de la nada y deja un sobre en el centro de la mesa.

—Esto es para vosotras.

Prácticamente salto del taburete y me aparto del sobre que acaba de depositar.

«No.»

«Otra vez no.»

«Por favor.»

Antes de que los oficiales puedan actuar, Sienna le clava al chico las uñas en el brazo.

—¿Quién te lo ha dado?

Él se aparta de la mano de mi amiga.

—No me toques, zorra. Un tipo con una sudadera negra me ha dado treinta dólares

por entregaros esto. Déjame en paz.

No puedo dejar de mirar el sobre. Me aterra descubrir qué hay dentro.

Los agentes se encargan de la situación. Uno aparta al chico mientras el otro se acerca a nosotros.

—Nos marchamos —indica uno de ellos al tiempo que coge el sobre con una mano enguantada.

Es más grueso que los de las notas anteriores. ¿Qué puede haber dentro?

Las tres seguimos a los agentes a la calle y uno de ellos tira del brazo del repartidor. Fuera reina un silencio siniestro. Al menos la zona está bien iluminada.

—Necesito ver qué hay dentro —pido—. Por favor, solo un vistazo.

El policía arquea las cejas y luego suspira.

—Un vistazo rápido. —Saca el contenido del sobre, lo deja en la palma de la otra mano enguantada y me mira.

—Dios mío —susurro asustada. Me quedo sin aire en los pulmones.

Son unas polaroids en las que salimos Sienna, Charlotte y yo en el campus, en la cafetería, en la biblioteca y cerca de casa. Son todas fotos espontáneas, no teníamos ni idea de que alguien las estaba tomando. Hay una, solo una, en la que aparecemos Chace y yo en el aula de edición. Estamos sentados muy juntos, con las cabezas prácticamente pegadas. Fue un momento del todo inocente, pero podría interpretarse de forma errónea.

—¿Qué narices le pasa a Jake? —brama Sienna mirando las fotos.

—Ya basta. Voy a llevarme a este chico para interrogarlo y el sobre como prueba. Mis compañeros os acompañarán a casa —nos informa el agente que sujeta al repartidor.

Le pone unas esposas mientras él protesta y alega su inocencia. Probablemente solo sea un peón en el juego de Jake.

El agente introduce las fotos en el sobre y se las entrega a su compañero para que se las lleve.

—Gracias —digo.

Sé que probablemente no debería habérmelo enseñado aún, pero me alegro de que lo haya hecho. Esta es nuestra vida y, de todas formas, en algún momento nos habrían informado.

Los otros policías nos acompañan.

—Venga, señoritas. Os tomaremos declaración en casa.

Asiento y, automáticamente, hago lo que me dicen, pero tengo la sensación de que mis piernas son de hormigón mientras camino aturdida.

*Domingo,
11 de febrero*

Siento un pitido en los oídos que no desaparece. No puedo creerme lo audaz que se está volviendo Jake.

Nos ha estado siguiendo, ha estado haciéndonos fotografías.

—¿Cómo puede ser que no lo hayamos visto? —pregunto cuando me siento en el sofá del salón.

Sienna se encoge de hombros.

—Puede que haya cambiado de aspecto. Estaba ganando mucha musculatura antes de marcharse por todo el tiempo que pasaba en el gimnasio. Podría ser el doble de grande ahora. Y tampoco es muy complicado teñirse el pelo.

—Quizá es que sencillamente se le da muy bien pasar desapercibido —añade Charlotte.

Tiene razón. Jake ha demostrado que es inteligente y que puede moverse sin ser visto.

No hay ningún policía con nosotras en el salón. Los dos han entrado a la cocina para hablar con el agente que estaba aquí con Chace.

Chace. Madre mía, él aún no sabe nada.

Lo llamo a gritos. Se va a quedar lívido cuando se entere de que nos ha vuelto a seguir. No he tenido mucho tiempo para ver las fotos, por lo que no sé desde dónde las ha tomado exactamente, pero no eran todas del mismo día. Llevábamos ropa distinta y estaban hechas en diferentes localizaciones.

Me estremezco y un escalofrío recorre toda mi espina dorsal. ¿Durante cuánto tiempo nos ha estado siguiendo Jake? Ojalá supiéramos qué quiere.

—¿Chace? —vuelvo a llamarlo y me levanto para ir a buscarlo. No es posible que no me haya oído.

Los tres agentes salen de la cocina y se quedan en el recibidor, los tres con el mismo ceño fruncido.

«Oh, no.»

—¡Chace!

Subo corriendo las escaleras, de dos en dos.

—¡Chace!

Suena una estampida detrás de mí cuando el resto de las personas que hay en la casa me siguen. Corro hasta la puerta de su dormitorio y la abro sin dudar un segundo.

Está vacío.

El corazón se me acelera. Me acerco a mi dormitorio y abro la puerta. Vacío.

—¡Chace! —«No, esto no puede estar pasando. Él no.»— ¿Dónde está? ¿Adónde ha ido? —le pregunto al agente que se suponía que lo estaba vigilando.

—Tampoco está en el baño —señala Charlotte.

«No puedo respirar. ¿Por qué no puedo respirar?»

—Dios mío, Lylah, tranquila —me anima Sienna. Me agarra de los antebrazos y me tambaleo.

—Se lo ha llevado Jake, ¿no? Va a asegurarse de que voy a buscarlo y...

—¡Eh! —exclama Charlotte—. Para. Aún no sabemos nada. Puede que haya salido a correr.

—¿Sin seguridad? —Me vuelvo hacia el oficial que ha fracasado en su tarea e intento no pensar en todas las cosas terribles que podrían haber sucedido—. ¿Dónde está Chace? ¿Dónde estaba usted? ¿Se suponía que tenía que estar con él!

Pero el agente no me está escuchando porque está hablando por teléfono. Levanta la mano.

—Está bien —me dice y luego prosigue con la conversación—. Quédate donde estás. Voy para allá. —Cuelga y aprieta los dientes—. Chace está bien. Se ha escapado. Voy a buscarlo.

Mis hombros se desploman de alivio y cierro los ojos.

—Gracias a Dios que está bien.

—Venga, la detective Lina llegará enseguida —indica el agente que abrió el sobre—. Voy a poner en marcha el hervidor para preparar té mientras esperamos.

Es el policía más agradable de los que nos han acompañado hasta ahora, pero cambian con tanta frecuencia que no puedo recordar sus nombres.

Con el corazón todavía acelerado por el miedo, sigo de cerca a Sienna. Su presencia me ayuda a tranquilizarme y a no sufrir un ataque de ansiedad.

Me siento y apoyo la cabeza en las rodillas con la mente a toda máquina.

—¿Estás bien, Lylah? —me pregunta Charlotte. Habla con tono suave, como si estuviera dirigiéndose a una niña.

—Lo estaré. —Me pongo recta—. Pero ¿por qué ha salido Chace solo de casa? Después de las muertes de Sonny e Isaac, pensaba que sería más sensato.

Sienna sacude la cabeza y se cruza de brazos.

—Pronto podrás preguntárselo. Justo después de que le dé un puñetazo en el estómago por ser tan idiota.

A pesar de que esta situación no tiene ninguna gracia, me echo a reír.

—Coge número y ponte a la cola, Sienna.

—¿Están en el salón? —pregunta la detective Lina, que ha llegado a la casa y habla desde el recibidor.

¿Dónde está Chace?

—Gracias —les dice a los agentes que hay allí. Oigo tres pasos y enseguida está en la puerta del salón—. Chicas, Chace está bien; está con un agente que lo acompañará a casa. —Hace fotografías del sobre—. Tenemos que hablar de esto.

—Jake lleva un tiempo siguiéndonos. Algunas de esas fotos no son recientes —explico—. La última vez que estuvimos Chace y yo en el aula de edición antes de esta semana fue hace un mes, a principios de enero, poco después de volver de las vacaciones de invierno.

Extiende las fotografías en la mesa.

—¿De cuándo son las demás?

Observo cada instantánea. Me muerdo el labio e intento adivinar cuándo me puse la ropa con la que aparezco en ellas. No es tarea fácil, teniendo en cuenta que ni siquiera suelo acordarme de lo que he desayunado.

Sienna se inclina hacia delante, bloqueándome la vista.

—Es difícil, la mayoría de estas prendas las tengo para lavar. Llevo dos semanas sin hacer la colada, así que diría que entre una y dos semanas.

Vaya. Sienna tiene dos cómodas llenas de ropa, no me sorprende que pueda estar tanto tiempo sin hacer la colada. ¿Quién iba a imaginar que una de las ventajas de esto fuera poder ofrecer una fecha exacta a la policía?

La detective Lina asiente.

—De acuerdo, gracias. ¿Creéis que alguna de estas fotografías es tan reciente como el asesinato de Sonny?

—Eh... es posible, aunque no estoy segura —respondo. Las otras asienten, de acuerdo conmigo.

—¿Piensa que Jake nos ha seguido también cuando ya teníamos protección? —

pregunta Charlotte. Si ese es el caso, no voy a sentirme a salvo. Nunca. Se supone que los agentes encubiertos tienen que estar buscando a Jake. Están entrenados para este tipo de cosas..., pero aún no lo han encontrado.

El policía llega con una bandeja con té y la detective se queda en silencio mientras nos acomodamos. El agente toma una taza y, en lugar de salir del salón, se sienta. No quiero hablar delante de él, porque no quiero que piense que estoy poniendo en tela de juicio cómo ejerce su trabajo. Pero eso es justamente lo que estoy haciendo.

—¿Están más cerca de encontrarlo? —pregunto. ¿Tiene Jake una lista negra? ¿Nos quiere muertos a todos? ¿A quién está castigando? ¿Qué es eso tan malo que le hemos hecho? No merecemos pasar por esto.

La detective Lina intenta calmarnos, pero solo la escucho a medias. Lo segundo que oigo es una llave en la cerradura de la puerta y me pongo en pie. Ha llegado.

Chace entra en el salón sonriendo tímidamente. Alza las manos.

—Ha sido una estupidez, lo siento.

—¿En qué narices estabas pensando al escaparte? —bramo—. ¡Estábamos muy preocupadas!

—Perdona, Lylah. Pensaba que volvería antes que vosotras. —Pone mala cara—. ¿Y qué hacéis ya en casa? ¿Qué ha pasado?

La detective empieza con la regañina.

—Chace, os hemos proporcionado protección por un motivo, así que...

—No tiene ni que decirlo. Lo que he hecho ha sido un despropósito y no volverá a suceder. Lo juro.

La mujer asiente, satisfecha con la idea de que Chace deje de comportarse como un idiota. Por lo que a mí respecta, no me convence del todo.

—Las chicas han recibido eso —indica la detective, señalando la mesa.

Chace suelta un impropio que no llego a entender.

—¿Os ha enviado esto mientras estabais en la calle? —nos pregunta, y nosotras asentimos—. Jake estaba allí. Dios mío. ¿Por qué yo solo aparezco en una y Sonny e Isaac en ninguna?

«¿Tal vez porque ya estaban muertos?»

Me encojo de hombros.

—Pagó a un tipo para que nos entregara el sobre. Pero tenía que estar cerca. ¿Cómo, si no, iba a saber dónde estábamos?

—Solo hemos estado en el bar el tiempo suficiente para pedir una ronda de

bebidas —añade Sienna—. Me pone enferma pensar que nos ha seguido esta noche.

—Por favor, intentad no darle muchas vueltas —interviene la detective—. Ya sé que es difícil. Tenemos a todos los agentes disponibles en las calles intentando localizar al culpable. No puede haber llegado muy lejos.

No menciona el nombre de Jake. Sé que la policía tiene que valorar distintas opciones y que contemplar a un solo sospechoso cuando no hay pruebas definitivas es una estupidez, pero Jake es la única persona que puede estar haciendo esto.

Miro a Chace con esperanza. Esto podría terminar esta noche. Volveremos a la normalidad.

O a una normalidad distinta. Sin Sonny y sin Isaac.

Me sonrío en un intento de transmitirme seguridad, pero sigue con la mirada teñida de escepticismo, lo que no ayuda a disipar mi preocupación.

—Nos ha seguido y dejado notas todo este tiempo y no han encontrado nada —dice Chace—. Lo siento, pero es la verdad. No tienen ni idea de dónde está y, mientras tanto, mis amigos están muriendo.

¿Por qué todo un equipo de agentes de policía y detectives es incapaz de encontrar a un solo hombre?

—Chace, entiendo tu frustración, pero te aseguro que estamos haciendo todo lo que podemos. Estamos siguiendo todos los indicios y seguiremos haciéndolo hasta que encontremos al asesino.

—Ya, pero ¿cuántos de nosotros moriremos antes de que lo logren? —Chace sale del salón sin esperar una respuesta.

Él era mucho más amigo de Sonny e Isaac que Sienna, Charlotte y yo. Pasaban mucho tiempo juntos: saliendo, jugando al fútbol, yendo de copas, jugando a los videojuegos.

Sienna posa una mano en mi hombro.

—Estará bien, Lylah.

—Creo que voy a intentar hablar con él. —Nunca había visto a Chace así. Me duele el estómago de la preocupación.

Chace suele ponerme nerviosa, y es la única persona que me ha hecho sentir mariposas en el estómago. Ahora mismo, sin embargo, revolotean tan rápido que me siento mareada.

Me excuso y subo las escaleras. Llamo a la puerta de la habitación de mi amigo. No responde de inmediato, pero la puerta del baño está abierta, por lo que tiene que

estar en su dormitorio. No me doy cuenta de que estoy aguantando la respiración hasta que los pulmones me empiezan a arder. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Treinta segundos? ¿Cuarenta? ¿Está bien? ¿Quiere que lo deje solo?

—¿Eres tú, Lylah? —pregunta desde dentro.

Exhalo una bocanada de aire, aliviada.

—Sí.

Espero.

«Uno. Dos. Tres.»

Abre la puerta.

—Lo siento. A pesar de lo bien que ha estado el día, la noche ha sido una mierda.

—Sí, lo sé.

Se aparta para que pueda entrar y cierra la puerta. He estado en su habitación cientos de veces, incluso hemos pasado tiempo en la cama, pero ahora todo cobra un sentido totalmente distinto.

Me sonrío y me coge de la mano para llevarme hasta la cama, donde nos tumbamos. Me echa el brazo por encima de los hombros y apoya la cabeza contra la mía.

—Tengo que contarle a Riley lo que ha pasado en el bar cuando lo vea mañana —susurro—. Se va a poner como loco. ¿Estaremos bien, Chace?

Suspira.

—Es una pregunta muy amplia, pero sí a todo.

—¿Por qué has salido solo esta noche?

—No me eches un sermón. Tenía que salir. La casa estaba demasiado tranquila y sentía la ausencia de Sonny e Isaac. La notaba de verdad, por primera vez desde que murieron. Por extraño que parezca, necesitaba tomar el aire y estar solo. No creo que sea muy buena compañía ahora mismo, así que si quieres ir abajo a relajarte con Sienna y Charlotte, lo entenderé.

Sacudo la cabeza con movimientos suaves y pongo la mano encima de la suya. Entrelaza los dedos con los míos.

—Podemos ser una mala compañía juntos. No quiero estar en ningún otro lugar.

Toma aliento.

—Gracias —musita.

*Lunes,
12 de febrero*

Al despertar, me siento muy confundida. Parpadeo para enfocar y tardo unos segundos en orientarme. Anoche me quedé dormida en la habitación de Chace. Me siento y miro el otro lado de la cama, que está vacío.

¿Adónde ha ido? ¿Y por qué me duele tanto la cabeza? Probablemente sea por el estrés.

Miro el teléfono. Son casi las once de la mañana. Salgo de la habitación de Chace y entro en el baño. Abro el grifo y bebo agua fresca directamente de ahí. Sabe muy bien. Ahora solo necesito tomarme un analgésico para dejar de sentir que la cabeza me va a estallar de un momento a otro.

Bajo a buscarlos. Chace está en la cocina, sentado a la mesa, con un sobre delante de él.

«¿Y ahora qué?»

No levanta la mirada, pero estoy segura de que me ha oído. Extiende el brazo y me tiende la nota. Jake ha usado letras recortadas de revistas de nuevo, pero apenas puedo leer lo que dicen. Sin embargo, me fijo en un mechón largo de pelo rubio.

—Dios mío, ¿es pelo de verdad? Un momento... ¿es mi pelo?

«Por favor, por favor, que no sea mi pelo.»

Chace no mueve la cabeza, pero me mira a los ojos angustiados.

—¿Cómo lo ha conseguido Jake? —Me acerco para examinar de cerca el mechón, como si fuera capaz de asegurar de quién es.

Es del mismo color que el mío, pero eso no significa que me pertenezca. El rubio no es un color de pelo poco común, precisamente.

—He llamado a la detective Lina, no tardará en llegar.

—¿Por qué no le pide a quien sea que esté fuera que entre? ¿Le ha pasado algo?

Chace ladea la cabeza y frunce el ceño.

—No lo sé. —Ahora desearía no haber mencionado nada—. Algo va mal. —Chace se mueve para salir y me da un vuelco el corazón.

—¡No salgas! —grito. Me coloco delante de él y lo agarro por los brazos—. Chace, espera a que venga la detective. Por favor, esto es su trabajo.

—No podemos quedarnos sin hacer nada.

—¡Sí podemos!

—Lylah, el agente Benjamin Woodard está fuera. Es el que se queda la mayoría de las noches para asegurarse de que estamos bien. Su esposa ha dado a luz hace poco a su primer hijo. Si fueras ella, ¿no querrías que alguien comprobara que está bien?

La culpa me arrolla como si fuera un tsunami. Chace conoce muchos detalles de la vida de este policía y yo ni siquiera sabía su nombre.

—Lo siento —digo—. Tienes razón, pero ten cuidado.

Lo sigo hasta la puerta.

—Quédate aquí —me pide.

Abre la cerradura, pero me doy cuenta de que vacila. Es como si temiera lo que puede encontrarse.

Yo también tengo miedo.

Pero nuestro temor no es nada comparado con lo que sentirá la mujer del agente si a su esposo le ha pasado algo.

El cielo está oscuro por las nubes, pero no hay duda de lo que nos encontramos cuando abrimos la puerta. La puerta del automóvil del policía está completamente abierta. Desde nuestra posición no podemos ver lo que hay dentro.

—No —susurra Chace. Sale a la mañana helada y mira a un lado y a otro de la calle. Está desierta.

—Chace —lo llamo y la voz me tiembla del miedo.

Respira tan pesadamente como yo, exhalando bocanadas de aire apresuradas que se mezclan con el ambiente frío.

—Tengo que ir a mirar.

Quiero mantenerme pegada a él hasta que llegue la detective, pero Chace hará lo que quiera sin importar lo que yo le diga.

—No toques nada.

Niega con la cabeza.

—No sería el primer cadáver que encuentro, Lylah. —Su respuesta rezuma sarcasmo, pero hace que me duela el corazón. Esto no está bien. No deberíamos estar acostumbrados a enfrentarnos a cadáveres. Rezo para que este no sea el caso.

Chace solo ha dado tres pasos antes de que el coche de la detective Lina aparezca a gran velocidad por la calle, con las luces y la sirena activadas. Aparca delante del vehículo abierto y sale. La acompaña otro policía, el detective Hayes, si no recuerdo

mal. Es posible que no me acuerde bien.

Tengo una memoria terrible. Chace conoce a estas personas y a sus familias y yo no me acuerdo del nombre de nadie aparte de la detective Lina, el detective Alexander y el agente Grey. Me siento fatal porque ellos están literalmente arriesgando sus vidas para protegernos.

La detective Lina nos hace señas con la mano para indicarnos que nos quedemos donde estamos. No pienso discutir, así que dejo los pies anclados en la puerta. Chace se detiene a medio camino del coche. Hace tanto frío que tengo la piel de gallina.

Los dos policías se acercan vacilantes a la puerta abierta del coche.

«Oh, no.»

Me da un vuelco el corazón. Por el lenguaje corporal y la expresión sombría de Lina, sé que el agente Benjamin está dentro. Y muerto.

Chace se da la vuelta, se acerca a mí y me toma entre sus brazos, enterrando la cara en mi cuello.

Me aferro a él y me obligo a mostrarme fuerte, cuando lo que de verdad deseo es gritar y llorar. Un agente de servicio que estaba protegiéndonos a todos nosotros ha muerto asesinado. El sentimiento de culpa es arrollador.

—Adentro, ¡ya! —nos indica la detective Lina.

Esa es toda la confirmación que necesitamos. Seguimos las instrucciones, pero siento la necesidad de formular un millón de preguntas.

«¿Está ahí? ¿Está vivo? Por supuesto que no está vivo. ¿Lo ha apuñalado como a los demás? ¿Conserva el corazón?»

Jake es implacable. Siempre habíamos tenido un momento de calma antes de la siguiente tormenta, pero ahora los incidentes se suceden uno detrás del otro.

Cuanto más se acerca el día de San Valentín, más mata y más notas envía.

—Ha asesinado a un policía —murmuro cuando Chace llama a Charlotte y a Sienna. ¿Qué posibilidades tenemos si está acabando con la gente que tiene que protegernos?

—¿Por qué gritas, Chace? —pregunta Sienna desde la parte de arriba de las escaleras. Tiene el pelo oscuro apelmazado y se restriega los ojos.

—El agente Benjamin está muerto.

«Directo al grano.»

Mi amiga abre mucho los ojos.

—¿Qué? ¿El policía que estaba fuera?

Charlotte abre la puerta al otro lado del pasillo.

—Un momento, ¿qué has dicho? ¿Jake ha matado a un agente de policía?

Sienna se agacha lentamente y se sienta en el escalón de arriba.

—Nos va a atrapar.

Le lanzo una mirada asesina; no puedo soportar que se rinda. De acuerdo, puede que las probabilidades estén en nuestra contra, pero eso no significa que estemos indefensos.

—¡No digas eso! —grito con los ojos llenos de lágrimas. Tengo que conservar la esperanza.

Me voy al salón para llamar a Riley. Necesito a mi hermano mayor. No me importa que eso me vuelva menos independiente; en estos momentos necesito el apoyo de mi familia.

—Lylah, ¿estás bien? —me pregunta tras responder a la llamada al segundo tono.

Le explico lo que ha sucedido entre lágrimas.

—Estoy asustada —le digo.

—¿Cuándo ha pasado? —brama.

—Acabamos de descubrirlo. La cabeza me da vueltas.

Riley escupe varios improperios.

—¿Cómo diablos hacen esos agentes su trabajo? Solo hay un asesino y docenas de policías. Voy para allá, no te muevas.

—Riley, yo... —Solo quiero hablar y que me escuche un momento antes de que se precipite, pero ya ha colgado.

Supongo que ya le he contado suficiente. Y no puedo evitar sentirme agradecida por tenerlo aquí para que cuide de mí. Todos necesitamos tener a alguien, ¿verdad? No debería sentirme una fracasada por buscar el apoyo de mi familia en unos días como estos.

Estoy segura de que mis amigos me dirían eso, y mi terapeuta también. Ser fuerte no significa no necesitar a otras personas. Creo que al fin empiezo a comprenderlo.

Riley llega unos diez minutos después de colgar el teléfono. Sienna le abre la puerta después de que la policía lo haya cacheado. Abrazo a mi hermano mayor y él me devuelve el abrazo.

—Nadie te va a hacer daño mientras yo esté aquí, Lylah. Le prometí a mamá y a papá que siempre cuidaría de ti. No voy a romper mi promesa.

Sé que Riley no podría detener a Jake si intentara secuestrarme o matarme, pero me siento más segura teniéndolo cerca.

—¡No me puedo creer que el agente esté muerto! Y que me haya cortado un mechón de pelo. —Me toco la nuca, donde antes encontré un mechón de pelo más corto que el resto—. No me había dado cuenta.

—¿Cómo ibas a darte cuenta, Ly?

—Bueno... no lo sé. Me pone la piel de gallina que haya estado tan cerca.

Riley aprieta los dientes y los puños.

Hay que cambiar de tema antes de que empiece a despotricar.

—¿Quieres una taza de té?

Se echa a reír, aunque sin ganas.

—Claro.

Me sigue a la cocina. Sienna, Charlotte y Chace están sentados alrededor de la mesa, mirando una nota.

—Pensaba que se la habías dado a los detectives —señalo.

—Se la dimos —responde Chace.

—Ha llegado otra hace un rato con el correo. Acabamos de verla —explica Sienna—. Estamos esperando a que la policía termine fuera y entre para enseñársela. Me acerco para leerla.



Jake debe de estar desesperándose. Nunca había mandado tantas notas seguidas. Las últimas dos no se dirigían a nadie en particular como las anteriores, pero sé que esta es para mí. Lo siento. La anterior contenía un mechón de mi pelo, y ahora ha

usado pelo en lugar de tinta para dirigirse a la persona a la que está amenazando.

Doy un paso involuntario hacia atrás. Soy el centro de la cruel venganza de Jake. Tengo que serlo. Es lo único que tiene sentido. Tendría que estar loca para hacer lo que me pide, pero si no lo hago matará a uno de mis amigos. Las amenazas de Jake no son en vano, ya lo ha demostrado.

Mi hermano y mis amigos me dirán que no vaya. Si ellos estuvieran en mi situación, ¿aceptarían su propio consejo?

Riley me lanza una mirada severa. Nunca se ha parecido tanto a mi padre.

—Ese chico está colocado si cree que alguien va a quedar con él.

—Estoy de acuerdo —indica Chace—. Los detectives no tardarán en llegar.

Sienna se pone en pie.

—Voy a preparar café.

Riley y yo nos sentamos a la mesa. Leo la nota una y otra vez. El corazón me palpita acelerado y me llevo el puño al pecho. «Tranquilízate. Por favor, tranquilízate.»

—¿Lylah? —Riley me da un apretón en el hombro—. No te preocupes.

Dos notas en un día y las dos sin nombre. ¿Da por hecho que todos sabemos que es a mí a quien quiere? Inspiro una vez. Y otra, intentando mantenerme entera y serena para no empezar a hiperventilar.

Sienna nos trae bebidas calientes, pero nadie se mueve.

Si no me reúno con él, Charlotte, Sienna o Chace serán los siguientes. Riley también podría convertirse ahora en una víctima. No puedo perder a nadie más, y especialmente no a mi hermano.

¿Me dejará Jake para el final? ¿O me matará en el acto si quedo con él?

Nunca he reflexionado sobre mi propia muerte, ni siquiera cuando fallecieron mis padres, pero no me importaría morir para salvar a alguien a quien quiero. Mis amigos significan mucho para mí. Todas las personas alrededor de esta mesa me han ayudado mucho, consciente o inconscientemente. ¿Cómo iba a poner en peligro sus vidas?

Chace sigue mirándome con sus ojos verdes. Se remueve incómodo en la silla. Daría cualquier cosa por saber qué está pensando.

El silencio me raspa la piel como si fuera un cristal afilado.

Me vibra el teléfono en el bolsillo trasero. El corazón me martillea en el pecho. Es Jake. Lo sé incluso antes de sacar el teléfono del bolsillo. Tiene que ser él.

Se me va a salir el corazón del pecho. ¿Qué pensarán todos si saben que el asesino

está poniéndose en contacto conmigo directamente? ¿Y si creen que formo parte de esto de algún modo?

Me saco discretamente el teléfono para no alarmar a los demás y miro la pantalla por debajo de la mesa. Me quedo sin aliento.

En San Valentín serás mía.

*Martes,
13 de febrero*

Me despierto en los brazos de Chace, por lo que, oficialmente, esta es la mejor mañana de mi vida. Está abrazado a mí como un koala que se aferra a un árbol y yo estoy asada de calor. Pero me gusta. He sido incapaz de librarme del frío desde que recibí el mensaje de Jake ayer. No se lo he contado a nadie todavía. Chace sabe que me pasa algo, pero Riley, sorprendentemente, no ha dicho nada ni se ha dado cuenta de que actúo de forma extraña.

Muevo con delicadeza el brazo de Chace y se pone bocarriba. Aguanto la respiración. Suspira, pero parece que aún duerme. No quiero despertarlo. Anoche estaba muy inquieto y no dejaba de moverse. Yo tampoco podía dormir. No he dejado de pensar en el mensaje de Jake en toda la noche.

Tomar la decisión errónea podría ser fatídico. Quedar con un asesino en un lugar solitario es una locura, pero ignorar unas amenazas de asesinato podría ser peor.

No puedo ganar de ninguna manera.

Tal vez si se lo cuento a la detective Lina podemos organizar una reunión en la que parezca que estoy sola y la policía pueda atraparlo.

Pero hay muchos riesgos y ninguna garantía.

Echo una última mirada a Chace y salgo de la cama y de su habitación. Son las cinco y media, por lo que nadie se ha levantado todavía. Me viene bien, porque necesito un café y tiempo para pensar.

Preparo una cafetera nueva y me siento a la mesa con el teléfono y una taza. Me tiembla la mano cuando abro un mensaje que recibí ayer, unos minutos después del primero.

Estoy deseando que llegue San Valentín.
Nos vemos en el Limbo esta noche. A las diez. Sola.

El Limbo es un antiguo *pub*, que cerró el año pasado, al que solían ir todos los estudiantes del campus. El edificio sigue vacío, pero hay un cartel de alquiler fuera, así que no creo que siga cerrado mucho tiempo.

Si voy a quedar esta noche con Jake, es mejor que prepare un plan. Yo no soy una

mente maestra criminal, pero tampoco soy estúpida. Podría pensar en algo para tenderle una trampa. Se está desesperando cada vez más y está ahí fuera, solo, sin apoyo, y no tiene la mente clara. Es obvio. Probablemente pueda hacerlo. Puede que sea capaz de hacer esto.

Pero yo no soy como él. ¿Cómo voy a ganar jugando con él a su juego?

Tengo que contárselo a la detective Lina. La policía está acostumbrada a preparar este tipo de trampas. Ellos sabrán qué hacer. Si voy sola, únicamente pondré a más gente en peligro y me arriesgaré a que Jake escape.

Esto tiene que parar y yo soy la única persona que puede conseguirlo.

—¿Lylah?

La voz de Chace me sobresalta. Está en la puerta de la cocina, con el pecho desnudo. Menuda distracción. «¡Míralo a la cara, Lylah!»

Tiene el ceño fruncido e ignora el hecho de que me lo estoy comiendo con los ojos.

—¿Qué haces despierta tan temprano? —Se restriega los ojos.

—No podía dormir.

—¿En serio? ¿Vas a decirme que estás así por una mala noche sin dormir? Compártelo conmigo, Lylah. Por favor.

La preocupación que tiñe sus palabras me obliga a compartir mi secreto. Odio cómo suena su voz. Deberíamos estar locos de alegría por empezar una nueva relación. Chace lo es todo para mí y no quiero que haya secretos entre los dos. Bastante nerviosa estoy ya con todo lo que está pasando como para empezar a mentir a la gente que me importa.

Tomo aliento.

—Ayer recibí un mensaje de texto —le digo—. De Jake.

Nunca le había visto una cara de preocupación como esta.

—¡Lylah! ¿Por qué no me lo has contado antes? ¿Qué dice el mensaje?

Sé que le vuelve loco que no se lo haya contado inmediatamente, pero me mantengo firme en mi decisión. Necesitaba un poco de tiempo antes de arrastrar a alguien conmigo en esto.

Le dejo el teléfono en la mano.

—No sabía qué hacer. No quería agobiarte todavía más después de lo de ayer.

Arruga la frente.

—Sabes que no pienso dejar que quedes con él, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco, más para mí misma que para él. No voy a permitir que

me diga lo que puedo o no puedo hacer, pero ahora mismo me parece bien su instinto protector.

—No he dejado de pensar en esto en toda la noche —admito.

Ladea la cabeza, deja el móvil en la mesa y, sin interrumpir el contacto visual, se sienta. Aunque está preocupado, su postura es rígida y distante.

—Has considerado la opción de ir, ¿no?

—Por supuesto que sí. Y sigo considerándola. Chace, podría acabar con todo esto esta noche.

Se le arrugan las esquinas de los ojos y la mirada se le llena de temor. Parece todavía más distante.

—¡Podrías morir!

—Sí, ya lo sé. No voy a ir, ¿vale? Al menos no sola. Llamaré a la detective Lina para ver cómo quiere manejar la situación.

De todas las veces que había imaginado cómo sería la situación entre Chace y yo cuando estuviéramos juntos, nunca se me había ocurrido un escenario como este. Y no me refiero a la pérdida de Sonny e Isaac y todo el lío con Jake. Nuestra relación es tensa y me da miedo no ser lo bastante fuerte para enfrentarme a esto sin hacerle daño accidentalmente. La relación pende de un hilo. Noto que mis antiguos hábitos están volviendo. Quiero levantar muros y esconderme, así que necesito que esto funcione.

Hay demasiada pérdida y dolor en esta casa y tenemos que fomentar lo bueno para que no se vuelva amargo.

—Chace —susurro.

Está sentado muy cerca de mí, pero bien podría separarnos un muro de dos metros. ¿Cómo nos hemos alejado tanto de donde nos encontrábamos anoche?

—¿Y si quieren tenderle una trampa? —pregunta.

—Supongo que eso es lo que querrán. Es nuestra oportunidad. Jake ha demostrado que se le da muy bien jugar al escondite, así que tenemos que sacarle ventaja y alcanzarlo.

—Querrán que entres en ese edificio tú sola.

—Sí, pero ellos también estarán allí.

—Pero no lo bastante cerca. No me parece bien.

Cuando se pone tan autoritario deja de ser tan encantador.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer —espeto.

—Creo que acabo de hacerlo.

Cierro los ojos y aprieto los dientes para no replicar. Voy a arrepentirme de esto. Discutir con Chace es algo nuevo y no me gusta.

—Lylah, estoy intentando protegerte.

Cuando abro los ojos, desearía no haberlo hecho. Chace me mira con los ojos brillantes por las lágrimas.

—No puedo perderte —admite en un tono solo algo más fuerte que un susurro.

—No vas a perderme. —Le aprieto la mano.

Baja la cabeza. Tiene la mandíbula todavía tensa y los hombros hundidos. En serio, ¿por qué no sé leer mentes?

Me observa cuando le suelto la mano y marco el número de la detective Lina. Me esfuerzo por mantenerme entera cuando le cuento lo que acabo de explicarle a Chace.

—Voy de camino, Lylah. No respondas al mensaje.

«No tenía intención de hacerlo.»

Cuelgo y le ofrezco una sonrisa a Chace.

—Viene a casa. Dios, esto podría terminar pronto. Quiero ser capaz de salir de casa sola. Quiero sentirme segura cuando me voy a dormir.

Chace relaja un poco la postura. Extiende el brazo y posa la mano encima de la mía.

—Esperemos que puedan acabar con esto ya.

—No pareces muy seguro.

—Cuesta tener confianza después de... todo.

—¿Estás bien, Chace?

Suspira como si soportara el peso del mundo entero sobre los hombros.

—No sé cómo decírtelo o si quiero hacerlo siquiera.

Poso la mano en su hombro tenso y siento los músculos encogidos por el estrés. Daría cualquier cosa por hacerlo sentir mejor.

—Puedes hablar conmigo.

Se pasa la lengua por los labios y se remueve en la silla. El corazón se me acelera.

—Chace, me estás asustando.

Alza la comisura del labio. Me da un apretón en la mano que aún tengo posada en su hombro.

—Lo siento. Sonny e Isaac... Tengo más amigos aquí, pero no como ellos. No puedo superar que se hayan ido y que no vayan a regresar. Poco después de que muriera

Sonny, Isaac y yo hicimos el pacto de protegeros a ti, a Charlotte y a Sienna. Yo soy el único chico que queda y la responsabilidad es aplastante. Odio ser débil y un inútil, y odio a Jake por ello tanto como lo odio por haber matado a nuestros amigos. Los echo de menos.

Me coge la mano y la aparta del hombro, pero no la suelta.

—Eh, protegernos no es tu trabajo. Si algo nos pasa a alguna de nosotras, no será por tu culpa. Y tampoco es culpa tuya que Sonny e Isaac estén muertos. No puedes cargar con eso, Chace. No me extraña que parezca que estés al borde de una crisis mental.

Frunce el ceño.

—¿Sí?

—Más o menos. No me malinterpretes, sigues siendo adorable, pero...

—Un momento —me interrumpe—. ¿Adorable? Los cachorros son adorables, cielo. Suelto una carcajada y sacudo la cabeza.

—Perdona. Guapo, entonces. ¿Mejor?

Arruga la nariz.

—Mi abuela me llamaba guapo. Puedes decir que estoy buenísimo.

—Oh, seguro que puedo —bromeo—. Da igual, lo que quiero decir es que tenemos que dejar que la policía haga su trabajo. No escaparnos y apoyarlos si creen que usándome de cebo lo atraparán.

—Eso es mucho pedir. Exhibirte delante de las narices de un asesino es demasiado peligroso.

—Puede, pero ya sabes que es la mejor opción que tenemos para cogerlo..., aunque no quieras admitirlo.

Me abraza y hunde la cara en mi cuello. Sabe que tengo razón.

—No puedo perderte —susurra.

—No me voy a ir a ningún sitio.

Y no pienso hacerlo. Jake no me va a hacer daño. Estoy cansada de estar asustada y de sentirme débil. Estoy preparada para enfrentarme a él.

Estoy lista para luchar.

*Martes,
13 de febrero*

Voy a reunirme con Jake en cinco horas.

He repasado el plan un millón de veces en mi cabeza y la detective Lina y sus colegas han ensayado lo que va a suceder. La policía ha conseguido los planos del edificio.

El Limbo era un *pub* muy popular cuando estaba abierto y he estado allí docenas de veces, por lo que sé dónde están las salidas y los baños. Lina y su equipo han ideado un plan en el que tengo que entrar por la salida de incendios de la parte de atrás. Es la que está más cerca de la barra, que debería suponer una barrera física entre Jake y yo.

Eso siempre y cuando no hayan destrozado o saqueado el edificio.

A la detective Lina le habría gustado tener más tiempo, haber comprobado antes el espacio, pero no lo tenemos y es probable que Jake esté alerta. Tienen planos de la última renovación del edificio, pero no sabemos qué hay dentro ahora.

Sienna y Charlotte no aprobaban la idea de que quedara con Jake, pero cuando la detective explicó que la policía iba a estar allí, cedieron un poco. Sienna se ofreció voluntaria para acompañarme y sacarle los ojos al asesino, pero tengo que ir sola. Jake tiene que creer que estoy siguiendo sus reglas.

Los agentes llevarán cámaras y estarán escondidos, esperando para actuar si corro peligro antes de que lo arresten.

Puede funcionar. Va a funcionar. Tiene que funcionar.

Estoy en la cafetería sola... más o menos. Hay dos agentes en la mesa de detrás. La casa me estaba asfixiando y necesitaba ir al otro lugar donde me siento cómoda. La policía no deja de revisar el plan de esta noche. Chace, Sienna y Charlotte me han preguntado una y otra vez si estoy segura de que quiero pasar por esto.

Tenía que salir, aunque solo fuera una hora. La cafetería cierra en quince minutos, así que volveré pronto a casa.

Me toco el colgante con una mano y con la otra le doy un trago al café con leche templado. Pasan por mi cabeza diferentes desenlaces de la cita con Jake. Las cosas podrían salir terriblemente mal y cabe la posibilidad de que me mate. Puede que no

quiera hablar. Puede que me mire y me pegue un tiro en la cabeza. Pero tengo que confiar en que querrá algo más que eso. Seguro que desea explicarse o alardear de lo que ha hecho.

—¿Lylah?

La voz grave hace que me sobresalte.

—Dios, Zak, ¡qué susto!

Se ríe entre dientes y se sienta.

—Perdona, no era mi intención.

Los agentes nos miran atentamente, aunque ya conocen a Zak.

—Pensaba que ya te habrías ido a casa.

Niega con la cabeza.

—Sarah ha vuelto con sus amigos. Mi padre y yo nos quedaremos hasta que detengan a Jake.

—Tú no eres responsable de sus actos. Nadie va a culparte por querer volver a tu vida.

—No. No puedo marcharme sabiendo que tú y tus amigos estáis en peligro por culpa de mi hermano. —Apoya las manos en la mesa y se retrepa en la silla—. Quiero quedarme aquí. Si aparece, quiero estar cerca. Ojalá contestara al teléfono y hablase conmigo. Estoy seguro de que podría persuadirlo para que se entregara.

—¿De veras piensas que te escucharía?

Zak toma aliento, totalmente inseguro.

—Bueno, antes pensaba que sí me escuchaba. Cuando éramos más jóvenes me seguía por todas partes y escuchaba todo lo que yo decía. Ahora no tengo ni idea de quién es siquiera. Las cosas que ha hecho... No es la persona que yo creía. Este Jake no es mi hermano.

—Lo siento mucho, Zak. No sé qué haría si estuviera en tu situación.

—Odio esto. Lo odio a él. Ha arruinado nuestras vidas. Todo el mundo nos mira como si estuviéramos sosteniéndole el maldito cuchillo. Mi padre apenas sale de la habitación del hotel porque no es capaz de enfrentarse al acoso. Los medios de comunicación están prácticamente acampados en la puerta, esperando declaraciones y entrevistas, y la gente lo acusa de haber fracasado como padre.

No se me había ocurrido cómo debía de ser todo esto para la familia de Jake; ellos también son víctimas. Detesto que la gente los trate como culpables por asociación.

—Llevo un par de días sin ir a la comisaría —continúa Zak—, así que casi me da

miedo preguntarte esto, pero ¿ha habido novedades?

Tiene los ojos cansados. Esto le está pasando factura.

Me muerdo el labio. ¿Cuánta información puedo compartir?

—Sí.

Arquea las cejas oscuras, pero deja escapar un suspiro de derrota.

—Cuéntame.

Relato los acontecimientos con tanto tacto como puedo.

—¿Qué? —replica, resoplando—. ¿Ha matado a un policía? ¿Me estás diciendo que mi hermano ha matado a un policía?

Deja las manos en el regazo, como si hubiera perdido toda la fuerza y no pudiera sostener su propio cuerpo.

—Lylah —murmura—, lo siento mucho. Ni siquiera sé qué más decir.

—Se está desesperando. Está impaciente. Pero mañana es San Valentín. Pronto descubriremos qué es lo que ha planeado.

Mañana también es el aniversario de la muerte de mis padres. Apenas he tenido tiempo para preocuparme por eso.

—Tal vez debería hacer un último esfuerzo desesperado por ponerme en contacto con él. No lo sé...

—No creo que vaya a escucharte, Zak.

—Ya.

No menciono los mensajes de Jake. No va a hacer caso a su hermano si le doy el número de teléfono desde el que me ha escrito y dejo que Zak intente ponerse en contacto con él. Me aterra saber que Jake no tiene nada que perder. Ya ha echado a su familia de su vida para centrarse en los asesinatos.

Se lo va a llevar todo a su paso.

—Lylah, ¿estás bien?

—Perdona, tenía el cerebro a kilómetros de distancia.

—¿Qué pasa?

«No puedo contártelo.»

Doy un golpecito en la taza con el dedo.

—Ya sabes...

—Puedes hablar conmigo. Si quieres desahogarte por lo de Jake, puedes hacerlo. Nada de lo que digas va a ser nuevo para mí. Yo ya le he dado vueltas a todo.

Suspiro.

—Ojalá nada de esto hubiera pasado...

—Ya, yo pienso lo mismo.

Nos quedamos un instante en un silencio incómodo.

—Parece que van a cerrar —digo, señalando al camarero, que está empezando a limpiar las máquinas—. Deberíamos irnos.

—¿Quieres que te lleve a casa o vas acompañada?

—Los agentes me llevan, así que estoy bien. Pero gracias.

Se pone en pie.

—Por favor, ten cuidado, Lylah. Y recuerda que, si quieres hablar, estoy aquí.

—Gracias, e igualmente.

Esboza una sonrisa y se va. Los oficiales se levantan de las sillas. Los sigo y dejo una propina al lado de la taza.

—Casi es la hora, ¿eh? —señalo.

El policía más nuevo, el agente Harrison, creo, asiente.

—Te mantendremos a salvo, Lylah.

Eso espero.

Exhalo una bocanada de aire y me quedo mirando el edificio. Todavía me queda un poco por andar para llegar al callejón que lleva a la puerta trasera. «¿Siempre ha sido tan grande?» Aunque sé que no estoy sola, me siento como si lo estuviera. Hay docenas de policías... en alguna parte, vigilando, y también la detective Lina y el detective Alexander, a los que sí puedo ver. Sería más reconfortante que viera también a los agentes, pero es obvio que si yo puedo verlos, Jake también puede.

Llevo un broche pinchado en la sudadera. Es bonito, una mariposa negra con las alas extendidas. Aunque el diseño no importa, sino lo que hay escondido dentro. La policía no ha podido entrar a investigar el lugar, no ha podido esconder a agentes dentro ni instalar cámaras, porque la localización la ha elegido Jake y podría estar vigilando. Pero sí ha podido ponerme una cámara.

Un equipo observa cada paso que doy desde una furgoneta aparcada a un lado de la carretera. La detective Lina también me vigila con un teléfono.

El Limbo está al final de una calle llena de *pubs* y bares. La zona siempre está abarrotada por la noche y hoy no es una excepción. Hay cientos de estudiantes por

aquí, yendo de un *pub* a otro, tomando el fresco, hablando, riendo. Varias chicas sueltan una risotada cuando pasan por mi lado, de camino a uno de los *pubs* con la intención de disfrutar de la noche. Yo era como ellas: despreocupada, borracha y ofensivamente ruidosa. No tienen ni idea de lo afortunadas que son.

Jake ha elegido bien la ubicación. No solo es un lugar conocido, sino que los alrededores abarrotados de estudiantes y las sombras de las luces suaves lo cubrirán para que pueda mezclarse entre la gente cuando entre y salga del edificio abandonado.

Recorro el largo callejón. Hay menos fumadores por detrás. La puerta trasera del Limbo está alejada del edificio que hay al lado, así que, con suerte, nadie me verá entrar. Aunque tampoco me están prestando atención.

Pellizco el colgante para que me dé suerte y noto el chaleco antibalas debajo del grueso abrigo de invierno. La detective Lina me ha aconsejado que me lo ponga por precaución y no se me habría ocurrido decir que no.

Quién sabe cuál es el final del juego de Jake.

Podría estar observando desde algún lugar, así que no vacilo. Agarro el pomo y empujo. Jake ha abierto la cerradura para que pase. Cruzo la puerta y entro en la oscuridad.

La puerta pesada se cierra detrás de mí y el pulso se me acelera. El interior está casi negro, la única luz procede del cartel luminoso en el que se lee «Limbo», ubicado en una pared lateral. Recorro el espacio abierto con la mirada. Estoy sola. Y aunque fuera hay mucho ruido, lo único que oigo es mi pulso acelerado.

—¿Ja... Jake? —tartamudeo.

Doy otro paso en la sala. Tengo la barra delante, a la izquierda. Lina me ha dicho que me mantenga detrás de ella, pero hay una mesa del revés que me bloquea el paso.

«¿Estará Jake ahí detrás?»

Avanzo tres pasos más, pero me resbalo un poco y estoy a punto de caerme. Me agarro a la barra, pero el corazón me late con tanta fuerza que duele. Bajo la suave luz, no veo lo que hay en el suelo resbaladizo. Tengo linterna en el móvil, pero estoy demasiado asustada para querer averiguarlo.

Las manos me tiemblan tanto que casi puedo oír mis huesos repiqueteando. Saco el teléfono del bolsillo y activo la linterna. Aguanto la respiración y apunto al suelo.

«No.»

Reculo y me llevo la mano a la boca, pero eso no amortigua el grito.

Parece un pedazo de carne, pero yo sé qué es. Es un corazón, y solo cuando me doy cuenta de lo que es noto el olor. Un hedor metálico más potente que el de la cerveza rancia.

En el suelo, justo por encima del corazón y debajo de mí, veo unas palabras, esta vez escritas con sangre en lugar de con recortes de revista:

Tu corazón es mío

Me doy la vuelta y corro hasta la puerta. Con el teléfono todavía en la mano, bajo con los antebrazos la barra de emergencia de la puerta de incendios y salgo disparada del edificio.

La detective Lina llega a mi lado enseguida y me agarra por los hombros. Ella también lo ha visto, estaba observando. Se oye un golpe fuerte y unos pasos que retumban cuando los agentes entran en el edificio, pero apenas soy consciente de lo que está pasando a mi alrededor. Es como si tuviera una restricción del campo visual.

Sacudo la cabeza.

—Jake no está ahí. —Retuerzo los dedos alrededor del teléfono—. Hay... hay un corazón —tartamudeo.

La detective Lina no dice nada, porque ya lo sabe. Cierra los ojos un momento e inspira para calmarse. Cuando vuelve a abrirlos, parece enfadada.

—Vamos al coche.

Lina me empuja entre la gente borracha, que no nos presta mucha atención. Bajo la cabeza, apartando la mirada de todas las cámaras de teléfono que apuntan hacia nosotras. Ahora mismo, ver una fotografía mía en las redes sociales es la menor de mis preocupaciones; casi piso el corazón de mi amigo.

Noto cómo el pecho se hunde con los sollozos que me sacuden el cuerpo. Esto no acabará hasta que no estemos todos muertos. Me apoyo en la detective Lina, que camina con decisión hacia el coche aparcado al otro lado de la calle. Otro agente empieza a controlar a la multitud, pidiendo a la gente que entre en los locales.

La detective abre la puerta y entro. Se sienta a mi lado, y el detective Alexander aparece de la nada y se coloca detrás del volante.

—¿No tiene que encargarse de la escena del crimen? —pregunto limpiándome los ojos con la mano libre.

Ojalá pudiera elegir no haber visto la sangre ni el mensaje. Jake ha dejado el

corazón en el suelo, como si no valiera nada.

Se me revuelve el estómago y siento que voy a vomitar la cena y todo lo que he comido hoy en cualquier momento.

—Mi trabajo ahora mismo es quedarme contigo. No sabemos dónde está Jake o qué planes tenía para esta noche. Mi equipo se encargará de la escena.

Eso suena como si pensara que Jake tiene otro plan. El plan de verdad para esta noche. No quiere dejarme sola.

Miro el móvil cuando el detective Alexander sale apresuradamente del aparcamiento. La linterna sigue activada y lo tengo todavía en silencio. No quería que sonara mientras estaba con Jake. Cuando apago la luz veo un mensaje de texto y casi se me cae el teléfono de la mano.

—Me ha enviado un mensaje —declaro con voz aguda, como si me costara controlarla.

Sabía que me ibas a traicionar.

Le paso el teléfono a la detective Lina, que frunce los labios.

—¿Por qué? —lloriqueo—. ¿Por qué hace esto?

Tanto Lina como Alexander guardan silencio, pero intercambian una mirada por el espejo retrovisor.

—¿Qué me están ocultando? Creo que tengo derecho a saberlo.

Lina posa una mano encima de la mía.

—Creemos que estaba distrayéndonos.

Hago una mueca.

—Nos quería a todos fuera de su camino para poder centrarse en su próxima víctima.

¿Cómo hemos sido tan estúpidos? Charlotte, Sienna y Chace están en casa, esperando a que volvamos con la buena noticia de que han atrapado a Jake.

—Tenemos que ir a casa. ¡Llámelos! Detective Lina, necesito mi teléfono. Tengo que llamar a Chace. —La voz me sale más aguda y más desesperada. Intento recuperar el teléfono.

—Calma, Lylah.

—¡No me diga lo que tengo que hacer! Si Jake ha ido a por ellos, nos ha sacado una buena ventaja mientras estábamos haciendo el tonto en un *pub* vacío.

—Ya habíamos pensado en ello, Lylah. Sabíamos que era una posibilidad. Hay

cuatro agentes en la casa. No te preocupes, estarán bien.

—¡Cállese! Deje de decirme que estaremos bien. ¡No estamos bien! ¡Nada está bien! Los está matando a todos y usted no puede detener al asesino. ¡Vamos a morir todos!

«Dios mío, no puedo respirar.»

Noto una presión en el pecho, los pulmones protestan y suplican oxígeno. Pongo la mano en la manilla y la agarro con fuerza en un intento de recomponerme.

Inspiro, pero no funciona. No puedo tomar aire.

«Voy a morir aquí.»

Lina suelta el teléfono y me agarra por los antebrazos con brusquedad.

—Lylah, mírame. Concéntrate en mí. Respira. Inspira. Espira.

«Lo estoy intentando.»

Me escuecen los ojos y las lágrimas caen libremente por las mejillas. Me tiro del abrigo sin desabotonarlo en un intento de conseguir que los pulmones funcionen. ¿Esto es lo que se siente cuando te estás asfixiando?

—Shhh, Lylah, mantén la mirada fija en mí. Respira hondo. Sé que es difícil. Venga, inspira hondo. —Su voz es firme, llena de autoridad, pero también amable.

La miro, me concentro en sus ojos marrones y sigo sus instrucciones.

—Ahora espira.

Exhalo el aire.

—Repítelo, Lylah. Sigue mirándome, sigue respirando.

Empieza a funcionar. Tomo unas cuantas bocanadas de aire más y el dolor de pecho cesa.

—Bien, eso está mejor. ¿Estás bien? —me pregunta.

Con los ojos muy abiertos, asiento. Pero no estoy bien.

—¿Qué...?

Dios mío, ha vuelto a pasar. Estoy perdiendo el control.

—Has sufrido un ataque de pánico.

«Lo sé.»

Aprieto los labios. No quiero que sepa cuántos ataques de pánico he tenido a lo largo de los dos últimos años.

—Oh.

—Intenta tranquilizarte. Llegaremos pronto a casa. —Me suelta y me siento recta en el asiento.

Llevaba más de un año sin sufrir un ataque de pánico. Pensaba que ya los había superado. Creía que era lo bastante fuerte mentalmente como para tranquilizarme antes de llegar a eso. Junto las manos y las presiono para dejar de temblar.

¿Por qué no puedo seguir bien? Tengo que ser fuerte. No tengo tiempo para desmoronarme.

Sigo con el corazón a mil, ¿no tendría que estar mejor ahora que puedo respirar de nuevo? Lo intento, pero no puedo quitarme de encima la sensación de temor e inseguridad ni la certeza de que mi vida escapa totalmente a mi control.

Cierro los ojos y cuento mientras sigo respirando. Inspiro cinco segundos. Espiro cinco segundos. Me concentro en cómo se hinchan y se deshinchán los pulmones hasta que noto que el corazón vuelve a su ritmo habitual.

Tengo que permanecer tranquila. Vamos de camino a casa y mis amigos están bien. Jake no ha entrado en casa. Rezo para que mis amigos estén bien. Jake tendrá que enfrentarse a cuatro agentes. Dos fuera de la casa y dos dentro. Mis amigos probablemente estén más seguros que nadie del vecindario. Jake es inteligente y fuerte, pero no tanto como para enfrentarse a cuatro agentes.

Abro los ojos. La casa está al otro lado de la curva. En cuanto me lance a los brazos de Chace, estaré bien.

*Martes,
13 de febrero*

El detective Alexander para fuera de la casa. El coche de policía que hay aparcado delante está vacío.

«Dios mío, no.»

—¿Qué pasa? —pregunto, pero los detectives ya están fuera del vehículo y se dirigen armados a la puerta de entrada.

No puedo moverme. Tengo el cuerpo congelado y los músculos paralizados.

Están todos muertos. Lo sé. No puedo entrar y verlo con mis propios ojos.

Lo teníamos todo a punto. Este plan debería haber funcionado, pero Jake ha sido más inteligente y ahora mis amigos están muertos. No tendría que haber ido a ese *pub*. Cierro los ojos y me inclino hacia delante, apoyando el pecho en las piernas.

He perdido a todo el mundo.

Espero a que aparezca el dolor lacerante, pero tan solo hay una vasta oscuridad que me deja vacía. Si no fuera por Chace, Sonny, Isaac, Sienna y Charlotte no habría llegado tan lejos en la universidad. Ellos han sido mi familia y ya no están.

Alguien aporrea la ventanilla. No me muevo. No quiero enfrentarme a la realidad. Quiero quedarme aquí acurrucada para siempre.

—¡Lylah!

«¿Chace?»

Me enderezo. Me aferro a la manilla con una mano y al reposacabezas del asiento del copiloto con la otra. Iluminados con la luz de las farolas, unos perfectos ojos verdes me devuelven la mirada desde el otro lado de la ventanilla. Está aquí. Está bien.

¿Dónde está Jake entonces?

Con el ceño fruncido, como si tuviera un poco de miedo de mí, abre la puerta y se agacha.

—¿Estás bien?

«Dios mío, ¡está vivo!»

Me lanzo a sus brazos. Entierro la cara en su cuello y rompo a llorar. Es un río rebosante que ya no puedo controlar. Sollozo, aferrada a él como si fuera lo único

capaz de mantenerme entera.

—Dios, Lylah, no pasa nada —me dice, rodeándome con los brazos fuertes. Me besa a un lado de la cabeza y tira de mí hasta que estamos los dos de pie—. Estás bien.

No estaba preocupada por mí.

—Pensaba... Chace, estaba muy asustada —lloriqueo, apartándome para verlo y asegurarme de que está bien. Le acaricio la cara para confirmar que está aquí.

—La detective Lina nos ha contado lo que ha pasado en el *pub*. No va a atraparte, Lylah, te lo prometo.

Pero yo no estoy tan segura. Me ha dejado un mensaje. Un mensaje con un corazón. Un corazón humano de uno de mis amigos. Aparto la mirada, avergonzada porque he estado a punto de pisarlo.

Los agentes salen de la casa y la detective Lina los sigue con el teléfono en la oreja.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Chace se aparta, completamente alerta.

—¿Lo han encontrado?

El detective Alexander se coloca delante de nosotros.

—Chace, ¿sabes dónde está Charlotte?

El color abandona su rostro y se queda pálido.

—Estaba en su dormitorio.

«No.»

—La tiene él, ¿no? —pregunto en voz alta, temblando.

—¡Maldita sea! —brama Chace—. ¿Cómo es posible con todos los agentes aquí?

—La puerta de atrás estaba abierta —indica el detective.

Si Jake hubiera salido con Charlotte por detrás, el único lugar donde la policía no puede estacionar porque es una zona peatonal, podría haberla obligado a saltar el muro, que no es visible desde la carretera donde está aparcado el vehículo de los oficiales.

—¡Hemos cerrado con llave todas las puertas! —replica Chace—. ¡Hemos cambiado las cerraduras! ¿Cómo lo hace? ¿Cómo entra en la casa?

—¿Y si le ha mandado algún mensaje? —pregunto—. Son amigos en Facebook. A lo mejor se ha ido de forma voluntaria.

—Ella no haría eso —responde Chace.

—Yo lo hice. Y ella lo haría si la chantajearan. Piénsalo: si se puso en contacto con

ella, Charlotte sabría que lo de esta noche ha sido una trampa. Este ha sido el plan todo el tiempo. Quería atraparnos a alguno y ha elegido a Charlotte.

Chace frunce el ceño.

—Entonces ¿por qué no le escribió a ella? ¿Por qué se puso en contacto contigo?

—Cada vez es más difícil llegar hasta nosotros con toda la seguridad extra. Pero si desvía nuestra atención... —Me quedo callada—. Está enfermo, probablemente haya disfrutado dejando el corazón y la amenaza para que yo los encontrase.

Entro al coche y cojo el teléfono, que se me había caído al suelo.

—¿Qué hacéis vosotros dos aquí todavía? —nos grita la detective Lina desde el otro lado del vehículo—. Entrad en casa. Ya.

Desbloqueo el teléfono.

—No, tengo que escribir a Jake para intentar recuperar a Charlotte.

—No, tienes que dejar esto en nuestras manos.

Como lo han estado haciendo tan bien hasta ahora...

Hago caso omiso de lo que me dice y escribo un mensaje a Jake.

No le hagas daño. ¿Qué tenemos que hacer
para que pares?

—Lylah, para. No envíes el mensaje. —El detective Alexander se acerca a mí, pero Chace le bloquea el paso con el hombro.

—Ni hablar —dice.

—Lylah, Chace, entrad ahora mismo —brama Lina—. Tengo que ver el mensaje que le has mandado.

Paso al lado del coche y le dejo el teléfono en la mano. No me detengo a comprobar su reacción y continúo hasta la casa. Puede leerlo todas las veces que quiera. Si Jake quiere escribirme, deberíamos aprovecharnos de eso. Nada más ha funcionado hasta ahora.

La detective Lina me llama, y su tono de voz denota que está enfadada y decepcionada, pero entro en casa. Me desabotono el abrigo, lo dejo en la entrada y me quito el velcro del chaleco antibalas. Me dirijo al salón, tiro el chaleco al suelo y me siento, molesta. Sienna está sola en el sillón, retorciéndose el pelo en el dedo y mirando al vacío.

La detective Lina me sigue adentro y se cruza de brazos. Chace aparece detrás de ella, pasa por su lado y se sienta conmigo. Aparte de los dos detectives, hay otro agente en el salón. Él se ha quedado y los otros tres se han marchado a buscar a Jake

y a Charlotte.

—Diga lo que quiera, detective, pero alguien tiene que hacer algo. —Extiendo el brazo para que me devuelva el teléfono y me lo deja en la mano.

Niega con la cabeza.

—Tenemos que prepararnos para lo que sea que pase a continuación.

Seguramente esté enfadada porque le he escrito yo primero. Ya me da igual. Hemos hecho lo que la policía ha querido todo este tiempo. Ahora ha desaparecido Charlotte, de modo que algo tiene que cambiar.

Suena mi teléfono y lo suelto como si estuviera tan caliente como la lava. Me cae en el regazo. Nos quedamos todos en silencio.

—No va a explotar, Lylah —me dice Chace con tono amable—. Lee lo que pone.

Charlotte ya está muerta. No deberías haberme rechazado.

—No —musito. Releo el mensaje una y otra vez. Veo las palabras, pero no me parecen reales. Charlotte. Ha matado a Charlotte. ¡Y encima intenta justificarse! Charlotte está muerta. Pero ¿a qué se refiere con lo del rechazo? ¿Se refiere a cuando le negué el beso el año pasado o al hecho de que no he seguido la orden de quedar a solas con él?—. ¿Cuándo se fue Charlotte a su habitación? —pregunto y le paso el teléfono a la detective Lina. La voz se me rompe de la emoción.

—¿Qué dice, Lylah? —pregunta Chace.

—¿Cuándo? —repito.

Solo hemos estado fuera media hora. ¿Es tiempo suficiente para obligarla a salir de la casa, llevársela a alguna parte y matarla? A lo mejor me está engañando.

—Justo cuando te fuiste tú. No quiso esperar con nosotros. Estábamos todos tensos, así que no quiso quedarse en el salón. Prefirió irse a su dormitorio, tener su espacio —explica Sienna—. ¿Por qué? ¿Qué te ha dicho Jake?

Jake ha tenido treinta minutos.

—No puede estar lejos. Tuvo que sacar a Char de la casa justo cuando yo me fui. —Me quedo un instante en silencio y Sienna me mira expectante y declaro con voz ronca, chapurreando las palabras que sigo sin creerme:

—Jake me ha dicho que está muerta.

Sienna palidece.

—No.

—No sabemos si es verdad. Nunca nos había avisado hasta ahora. Le gusta plantar

la semilla, amenazar y dejar que encuentren a su víctima —señala Chace.

—Charlotte recibió un mensaje antes de irse a su habitación —chilla Sienna—. ¿Sería de él? ¿Podríamos haber evitado esto?

La detective Lina sacude la cabeza.

—Esto no es culpa de nadie.

A pesar de su insistencia, me siento bastante responsable ahora mismo. Si hubiera ido sola al *pub* como Jake me había indicado, Charlotte... probablemente seguiría estando con Jake. En ningún momento pensó que iba a ir sola, ¿no?

—¿Nos creemos lo que dice? —pregunto a la detective.

Se encoge de hombros.

—Me gustaría decir que no, el tiempo es muy ajustado.

—Le gustaría decir que no, pero no lo dice —observa Chace—. Hay una diferencia. Tenemos que responderle. Pedirle pruebas. Yo no le creo, pero ya lo he subestimado antes.

Ya estoy cansada de pruebas.

Lina levanta las manos y ahora es el detective Alexander quien examina el teléfono.

—Tenemos que retroceder un paso y valorar bien todo esto.

—Si hay alguna posibilidad de que Charlotte siga viva, no nos queda mucho tiempo. ¡Tenemos que actuar! ¡Ya! —exclamo—. ¡Venga, detective Lina!

Los dos detectives se miran y mantienen una especie de conversación silenciosa. Ella asiente y a continuación se vuelve hacia mí.

—No vas a mandarle ningún mensaje que no hayamos autorizado antes. Tenemos que hacerle creer que ha ganado. Tiene que pensar que creemos que no hay forma de acercarnos a él. Alimentar su ego.

Asiento. Eso lo puedo hacer, aunque me deje un sabor amargo en la boca. Sé lo que tengo que escribirle.

Tú tienes el poder. Lo entiendo. La policía no puede acabar con esto. Solo tú. Dime cómo.

Enseño a los detectives lo que he escrito y, cuando asienten, envío el mensaje.

—¿Creen que responderá? —pregunta Chace.

—Es difícil saberlo —responde el detective Alexander—. Algunos asesinos no se pueden contener y otros controlan mejor los impulsos.

—El tiempo nos dirá qué tipo de psicópata es Jake —señalo.

Lina me ofrece una sonrisa triste.

—Sí.

Esperamos. Los minutos parecen horas. Sé que Jake ha leído el mensaje, pero no ha respondido. ¿En qué estará pensando? Me hago una herida en el labio de tanto mordérmelo.

Te lo diré.

Me quedo sin aliento al leer el mensaje.

—Solo ha escrito «Te lo diré» —comento—. ¿Qué significa eso? ¿Cuándo me lo dirá? ¿Y qué va a decirme? ¿Y si ha matado a Charlotte de verdad?

La detective Lina me quita el teléfono.

—Te está diciendo que él controla la situación, Lylah. Espero que vuelva a escribirte, pero nos va a hacer esperar —explica el detective Alexander—. Eso significa que si aún no ha matado a Charlotte como afirma, es probable que la mantenga con vida. Ella es su peón.

—¡Es una persona, no un peón! —replica Sienna.

Es nuestra persona. Cierro los ojos, deseando con todo mi ser que no la haya matado.

*Miércoles,
14 de febrero*

Voy con un policía a la ciudad, lejos de la universidad. Hemos aparcado al fondo de un aparcamiento que hay junto a una esquina acordonada con cinta y conos por obras en el asfalto. Es una mañana helada, pero el aire frío es refrescante. Hay pocos estudiantes, así que no recibo muchas miradas. Sigue conociéndome mucha gente por los medios de comunicación, pero cuanto más lejos estoy de casa, menos gente me mira.

Ha pasado un día entero desde que Charlotte desapareció y, hasta ahora, no hemos sabido nada de ella. El detective Alexander piensa que Jake está tomando el camino largo en este juego; es paciente, así que puede mantener a Charlotte sin hacerle daño. A mí no me importa lo que diga nadie: Charlotte está viva hasta que tenga pruebas que demuestren lo contrario. Tengo que creerlo.

Solo hay que esperar a que Jake haga su siguiente movimiento.

Zak me llamó esta mañana después de ver unas imágenes en las que aparezco saliendo del *pub*, molesta por mi encuentro fallido con Jake. ¡La gente y sus malditos teléfonos móviles son un asco! Enseguida graban un vídeo de algo jugoso sin pensar en la persona que hay al otro lado de la lente. Lo último que necesito es hacerme viral. Espero pasar desapercibida... o todo lo desapercibida que se puede pasar cuando tienes protección policial constante. El detective Alexander y otros dos agentes a los que ha llamado para brindarme protección extra están ahora conmigo. No sé si me siento más segura con ellos. Jake suele lograr lo que quiere a pesar de los obstáculos.

Además, Zak tiene que saber lo que está pasando con Charlotte. Así pues, a pesar de las recomendaciones de la detective Lina de que me quede en casa, voy a verlo. Acompañada de tres policías, por supuesto.

A Riley no le gusta que quede con Zak. Para él, es culpable por asociación. Pero he conseguido convencerlo de que se mantenga al margen.

Chace tampoco estaba muy contento, pero se ha quedado en casa con Sienna, que está aterrorizada porque está convencida de que ella es la siguiente.

A lo mejor por eso me siento un poco más a salvo: estoy segura de que me está

reservando para el final.

Y hoy es el día de San Valentín.

«Hoy es el día.»

El día que tanta tragedia representa para mí y, si estoy en lo cierto, promete también un presente trágico.

Zak no conoce la ciudad tan bien como yo, así que hemos quedado en un pequeño Starbucks en lugar de reunirnos en otro sitio más lejano.

Lo veo en cuanto entro por la puerta. Está en el rincón más apartado, dando golpecitos con los dedos en la taza y mirando a su alrededor. Por su lenguaje corporal, se nota que está incómodo. Observa a todo el mundo como si tratara de averiguar si hablan de él. Conozco muy bien esa sensación.

Todavía es temprano, la cafetería no lleva mucho tiempo abierta, pero ya hay varias personas dentro. Parejas que empiezan el día con un café, abrazados y enamorados.

«¿Pensaban mamá y papá compartir un café en el hotel antes de salir? ¿Antes de morir?»

Cuando me acerco, esboza una sonrisa que no le llega a los ojos.

Me siento y él me acerca una taza. Le doy un sorbo. Café con leche.

—Gracias.

—De nada. ¿Cómo estás?

Resoplo antes de responder.

—No lo sé. Jake tiene a Charlotte. Los detectives no me dejan que le escriba más mensajes.

Tensa la espalda.

—¿Estás en contacto con él?

—Eh... —Me remuevo en el asiento. «Mierda.» Los policías están fuera del alcance del oído, pero nos observan como halcones—. Sí. Dios, perdona, Zak. Si hubiese creído que podría haber servido de algo, te lo habría contado antes, te lo prometo. Sabía que tendría que haberte escrito un mensaje después de lo que pasó ayer. Tienes derecho a saber lo que está ocurriendo con tu hermano.

Se pasa las palmas de las manos por la cara y gruñe.

—¿Por qué no me lo ha contado la policía? —Baja las manos y alza la mirada—. Quiero saberlo todo, Lylah. Esto no solo tiene que ver contigo y con tus amigos. También intentó atacarme a mí. Y es mi hermano.

—Lo sé. —Relato los acontecimientos de la noche. Tiene una diminuta marca roja a un lado de la cabeza por el ataque de Jake. Debería saberlo todo—. De acuerdo. Entonces volví a escribirle para pedirle que dejara libre a Charlotte. Que acabara con esto. Pero me dijo que está... Me dijo que ya está muerta —termino.

—Dios mío, esto empeora día tras día.

Así es. Cuando todo esto empezó, estaba segura de que la policía ya habría detenido a Jake a estas alturas, pero tengo la sensación de que estamos en un túnel negro que no para de alargarse.

—Sí, aunque yo me aferro a la esperanza. Si Jake la hubiera matado como me dijo, habría dejado el cuerpo en algún lugar para que lo encontráramos. Así ha sucedido en las otras ocasiones. Y no hay cuerpo, así que creo que sigue viva, en alguna parte. Tengo que creerlo.

Zak sacude la cabeza con expresión triste.

—No puedo creer que el asesino sea la misma persona con la que me crie. No dejo de pensar en nuestra infancia, intentando recordar cualquier pista que me lleve a pensar que Jake fuera capaz de asesinar. Cualquier detalle que pudiera haberme alertado de esto para que hubiera podido evitarlo antes de que empezara.

—No podías hacer nada. No te contó lo que planeaba hacer, Zak. ¿Cómo ibas a saberlo?

—Mi padre, mi hermana y yo hemos vivido con él toda nuestra vida, ¿cómo no íbamos a saberlo, Lylah? Sabía que le gustabas mucho más de lo que a ti te gustaba él y que estaba enfadado por lo del beso, pero no había nada que sugiriera que querría vengarse.

—¿Cómo de enfadado estaba? Cuando sucedió, le dije que no pensaba en él de ese modo y parecía decepcionado, pero no homicida.

—Volvió a casa en Semana Santa, un par de meses después del incidente del beso. Salimos de fiesta una noche y se emborrachó. No recuerdo mucho de esa noche, yo no estaba exactamente sobrio, pero no paraba de hablar de que no sabías lo que te estabas perdiendo o de que no sabrías lo bien que os hubiese ido juntos hasta que fuera demasiado tarde. En ese momento no le di más vueltas, pero estaba claro que no lo había superado. Si por un momento hubiera imaginado que «demasiado tarde» significaba que iba a matar a alguien en el futuro, habría dicho algo. Se lo hubiese contado a alguien. Lo habría evitado. Ya sé que se dicen muchas tonterías sobre que Sarah y yo estamos involucrados en esto, pero no es verdad. Ella ni siquiera puede

estar aquí de lo mal que se siente.

—Zak, no tienes que darme explicaciones. ¿Te contó Jake algo más de nosotros?

—No que yo recuerde. He hablado con todas las personas con las que ha podido hablar él, pero nadie recuerda que dijera nada preocupante.

Le doy un sorbo al café.

—No puedo dejar de pensar en el día en que se fue. Yo estaba en su dormitorio, con Sienna e Isaac. Jake había recogido toda la habitación y, aunque normalmente hablábamos, apenas me miró. En ese momento pensé que estaba demasiado ocupado para mantener una conversación, pero ahora...

«Ahora analizo cada momento que he vivido con Jake.»

—En retrospectiva se ve todo de otro modo, supongo —señala.

Le dedico una sonrisa que parece tranquilizarlo un poco. Chace y Sienna siguen sin querer hablar con él, y es cierto que una buena parte del cuerpo estudiantil piensa que está involucrado. He leído los comentarios en Facebook, he escuchado los rumores que circulan. Igual que piensan que Chace y yo engañamos a Jake.

Las especulaciones y los rumores frívolos pueden destruir vidas.

—La detective Lina no quiere que ninguno de nosotros nos pongamos en contacto con Jake.

Enarca las cejas.

—¿Y tú qué opinas?

—Que debemos intentar localizarlo. Es la única oportunidad que tenemos para hacer que pare.

—Yo no quiero hablar con él, nunca más, pero si puedo hacer algo para ayudar, lo intentaré. —Se inclina hacia delante—. He tratado de ponerme en contacto con él. ¿Tiene un número de teléfono nuevo?

Asiento.

—Me escribió desde un número que no reconocí.

Lanza una mirada a los agentes que tengo detrás. Están hablando entre ellos, observando la cafetería en general.

—Te lo mandaré por mensaje. La detective Lina dice que tenemos que hacerle pensar que ya ha ganado. Ha de creer que sabemos que no podemos hacer nada para detenerlo, que él es más inteligente que todos nosotros y que tiene el control.

Frunce el ceño.

—¿Tenemos que fingir que es una mente maestra criminal y que estamos por

debajo de él?

—«Mente maestra criminal» me parece muy acertado —murmuro—. Es parte del juego, Zak.

—¿Del juego? —pregunta con voz entrecortada, enfadado.

—¡De su juego! No me estoy explicando bien, ¿no?

Suaviza la expresión y levanta las manos.

—Lo siento. Todo esto... me abruma. Entiendo lo que dices, pero no voy a fingir que es un héroe.

—A mí tampoco me gusta, pero si eso ayuda a que lo capturen, a mantener a Charlotte a salvo, merece la pena intentarlo.

—¿Hay algo que pueda hacer? —Apoya la cabeza en las manos—. Me siento muy inútil.

—Así nos sentimos todos, así que no estás solo. Jake tiene todo el poder, dudo que podamos hacer nada. Cada vez que intentamos avanzar, nos sale el tiro por la culata. Sé que la policía está trabajando para encontrarlo y, con suerte, lo lograrán, pero yo no puedo dejar de aguantar la respiración. No creo que lo encontremos antes de que él quiera que lo hagamos.

Mi teléfono suena en la mesa. Zak y yo lo miramos.

Estás con él.

—¿Qué? ¿Cómo sabe eso? —pregunta Zak.

El detective Alexander ha debido de oír el mensaje, pues acerca una silla y se sienta.

—¿Qué está pasando?

Le paso el teléfono e intercambio una mirada con Zak. Tiene los ojos oscuros muy abiertos.

—Nos está viendo —murmura.

El detective Alexander grita a los otros agentes, que salen fuera a examinar la calle, y él pide refuerzos a la comisaría.

—No os mováis —advierte. Le indica al encargado que cierre la cafetería y que haga salir a los clientes. Con solo enseñar la placa, todo el mundo se pone en movimiento. Rápidamente, la gente sale a la calle y se aleja de la cafetería.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a llevarte a casa, Lylah. Zak, a ti también te van a escoltar hasta el hotel

en el que te alojas.

Zak se levanta.

—Nos ha seguido hasta aquí. No necesito que me escolten a ninguna parte. La próxima vez que mi hermano venga a por mí, estaré preparado. Puedo encargarme de esto.

—No seas estúpido, es muy peligroso —le digo.

Zak entrecierra los ojos hasta que se vuelven casi negros.

—Estoy preparado para Jake.

Lo entiendo. Estoy cansada de esconderme y también de tener miedo. ¿Por qué prolongarlo? Si podemos hacer que salga a la luz, estupendo, pero eso no significa que tengamos que ser imprudentes.

—Es un suicidio que te vayas sin protección, Zak —le indico con tono amable—. Ya hemos perdido a demasiadas personas. Por favor, no se lo pongas fácil para que añada un cadáver a la lista.

—Lylah tiene razón —interviene el detective Alexander—. Os llevaremos a casa.

Salimos de la cafetería cuando llegan más policías para inspeccionar la zona y buscar a Jake. Uno de los agentes que ha venido con nosotros se acerca a Zak para acompañarlo.

Zak me agarra con fuerza de la muñeca cuando estamos a punto de separarnos. Se acerca a mí.

—Ten cuidado, Lylah.

Asiento con el ceño fruncido.

—Sí, tú también.

Me suelta la muñeca y se aleja con el policía, que prácticamente tiene que correr para seguir el ritmo de las zancadas largas y furiosas de Zak.

—Lylah, ¿estás bien? —me pregunta el detective Alexander.

Me froto la muñeca que me ha agarrado Zak.

—Creo que sí. Vámonos de aquí. Saber que Jake podría estar observándonos me produce escalofríos.

El detective comienza a caminar. Durante un instante, no puedo moverme. Tengo que obligar a las piernas a que avancen. La calle es larga y solo había aparcamiento al fondo.

—¿Qué piensa que haría Jake si nos encerramos en casa y no salimos? —pregunto.

Es lo único que no hemos probado todavía, porque no queremos que tenga ese

poder sobre nosotros.

El detective me mira con el rabillo del ojo.

—Creo que mataría a Charlotte. Y después de varios días más sin contacto, sin veros a ninguno, se enfadaría. Creo que iría a por ti. O atacaría a personas inocentes. No lo recomendaría.

—¿Y qué recomendaría? No puedo seguir soportando esto.

—Lo atraparemos, Lylah.

—¿Alguna vez les ha costado tanto encontrar a un asesino?

Asiente.

—Por supuesto.

—¿Cuántas veces?

Frunce los labios, pero tiene una mirada solemne.

—Unas cuantas.

No pronuncio en voz alta la siguiente pregunta: «¿Cuántos han escapado?».

Pasamos junto a la última tienda y doblamos una esquina en dirección al aparcamiento. Hay un grupo de gente alrededor del coche de policía, que está al fondo. El vehículo en el que hemos llegado nosotros.

«Dios mío, ¿qué pasa?»

Y un segundo más tarde, se me revuelve el estómago.

«Charlotte.»

El detective Alexander mira al agente que viene con nosotros y, antes de que puedan retenerme, salgo corriendo.

—¡Lylah! —me llama Alexander.

Los pies pisan el cemento con tanta fuerza que me duelen las pantorrillas.

«Charlotte.»

Oigo sirenas de fondo. Sea lo que sea lo que ha sucedido, alguien ha llamado a la policía. Hay gente delante del automóvil y me bloquean la vista. Pero cuanto más me acerco, más horrorosa es la imagen.

Sangre. Sangre por todas partes. Sangre en el capó y goteando en el suelo. Me paro de golpe. Tengo muy claro qué es lo que estoy a punto de ver, ¿de verdad quiero seguir?

Ya he visto los cuerpos mutilados de dos de mis amigos. No sé si puedo soportar ver el de otra.

El detective Alexander me alcanza.

—¡Espera aquí! —brama.

Él y el oficial dispersan rápidamente a la multitud, pero es demasiado tarde. Todo el mundo tiene un teléfono en la mano y está grabando un vídeo y haciendo fotos de la espantosa imagen. Cuando las personas se apartan a un lado del aparcamiento, donde les han indicado que aguarden para tomarles declaración, veo a mi amiga.

Charlotte está tendida en el capó del coche con las extremidades totalmente abiertas. Tiene el pecho rajado, pero la imagen es más brutal que la de Sonny e Isaac; tiene la camisa abierta y los pechos al aire.

El tajo llega desde la garganta hasta pasado el ombligo.

¿Cuánto odio y poder físico tiene que tener una persona para hacer algo así?

Me doy la vuelta y se me revuelve el estómago de la repulsión. Me llevo el puño a la boca. Noto la bilis arder en la garganta y parpadeo para reprimir las lágrimas que me inundan los ojos.

Charlotte está muerta por mi culpa. Tendí una trampa a Jake y él lo sabía.

Un agente al que no reconozco me echa una manta por los hombros. No me había dado cuenta de que estaba temblando. Me pide que me quede donde estoy. Me siento en el suelo, envuelta en la gruesa manta. Las luces de emergencia de los vehículos fulguran a mi alrededor.

El suelo está congelado. El frío traspasa la ropa y me deja el trasero y las piernas adormecidas. Tengo mucho frío y estoy muy sola. Nadie me hace caso en medio del torbellino de actividad. Me quedo ahí sentada, impactada.

Tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no gritar a los policías cuando empiezan a hacerle fotos a Charlotte. Es su deber, lo entiendo, pero es muy poco digno con el sujetador arrancado. Charlotte ni siquiera se ponía camisetas cortas; detestaría que la gente la viera así.

—¡Lylah! —grita Chace.

Doy un repulso, sorprendida por que esté aquí. ¿Cómo ha llegado? Me pongo en pie. Chace se acerca y doy los últimos pasos hasta él.

—Está muerta —confirmo llorando. Me lanzo a su pecho y me aferro a él. Me tiembla todo el cuerpo.

—Gracias a Dios que estás bien —murmura. Tiene los brazos muy tensos, pero no le digo que me suelte porque lo necesito—. Me asusté mucho cuando lo vi.

«¿Cuándo lo vio?»

—¿Qué quieres decir? —Me aparto para mirarlo.

—Hay vídeos y fotos en Facebook —explica.

—¿Lo dices en serio? Charlotte está... —No puedo acabar la frase.

Charlotte está muerta y medio desnuda y la gente ha publicado imágenes para que la vea todo el mundo. Ahora su cuerpo estará en internet para siempre, en semejante estado. Cada vez que lo pienso, siento una punzada en el corazón. ¿Y si su familia ve esa imagen antes de que la policía le transmita la noticia? Aunque no tuvieran una relación estrecha, es un modo muy cruel de enterarte de que tu hija ha muerto.

Cubren al fin el cuerpo de mi amiga y lo meten dentro de una bolsa oscura. Me pongo a llorar.

—Eso significa que Jake también puede ver esto. Puede ver su obra y las reacciones de la gente en el puñetero Facebook. ¡Es una violación!

—Shhh —sisea Chace, presionando la frente contra la mía—. Lo encontraremos, Lylah. Te lo prometo.

Y lloro todavía más. Sé que lo encontraremos... porque voy a hacer un trato con el diablo.

*Miércoles,
14 de febrero*

Nos quedamos una hora en el aparcamiento. Se han llevado a Charlotte y la detective Lina me ha tomado declaración, aunque no he podido contarle nada nuevo. Ha llevado a Chace a la escena del crimen después de que él se negara a quedarse de brazos cruzados y otros agentes se han quedado en casa con Sienna.

La detective Lina nos ha contado que alguien ha ido a buscar a la familia de Charlotte para contarle la noticia. Puede que ya se hayan enterado. No he mirado ninguna red social porque no puedo soportar ver esas fotografías, pero sé que ya la habrán identificado, que incluso puede que alguien la haya etiquetado.

Esto es una mierda.

Cuando volvemos a casa, Chace me sigue hasta mi dormitorio, observándome, como si estuviera seguro de que me voy a romper en un millón de pedazos. Hemos dejado a Sienna completamente abrumada en el salón con un agente respondiéndole lo mejor que puede a las mil preguntas que le hace.

Oigo un portazo.

—¿Dónde está? —grita Riley desde abajo.

Chace y yo nos miramos. Tendría que haberme figurado que mi hermano vendría después de los acontecimientos del día. Habrá visto la noticia en internet. O en la televisión. Ya ha salido en todos los medios.

Resuenan los pasos por las escaleras.

—Buena suerte —me desea Chace. Sale de la habitación para dejarme espacio para que pueda hablar con mi hermano.

Unos segundos más tarde, Riley llena la habitación con su amplia figura.

—Te vienes a casa conmigo ahora mismo.

Niego con la cabeza, muy segura de mí misma.

—No.

—¿Estás de coña? ¡Si te quedas aquí puedes morir! Es demasiado peligroso.

Con él ahí de pie, mirándome, mi respuesta firme suena vacilante.

—No, Riley. Ya... ya sabes lo que dijo Lina. Jake nos seguirá. No pienso... poner a nadie más en peligro.

—Oh, venga ya. No van a correr peligro, no va a ir detrás de los vecinos.

—¡Eso no lo sabes! —grito—. Nadie sabe lo que hará a continuación, pero lo que sí sabemos es que no tiene ética ni compasión. Le da igual a quién haga daño, ¿no te has dado cuenta?

Suspira y cierra los ojos.

—Tengo la sensación de que te estoy fallando, Lylah. Desde que te mudaste aquí has estado muy distante y estoy preocupado por ti. No me importa recuperar mi vida, como me has pedido. La familia es lo primero. Siempre.

—Me gusta estar aquí, me gusta estar sola, Riley. Cuando vivía en casa, dependía mucho de ti. Siempre hemos tenido una relación cercana y eso me encanta —añado rápidamente—, pero creo que éramos muy dependientes el uno del otro. Cuando mamá y papá murieron, formamos nuestra pequeña familia, y me parece estupendo. Pero me ha costado mucho funcionar sin ti. Quiero que siempre podamos contar el uno con el otro, pero ser tan dependientes no es sano. Ahora mismo necesito estar aquí... por la investigación y por mis amigos.

Riley frunce el ceño.

—Lylah, somos hermanos, se supone que tenemos que ser el uno para el otro.

—Por supuesto, y así es, pero también se supone que tenemos que ser capaces de tener vidas normales. Antes prácticamente me ponía a hiperventilar si salías de casa sin mí.

Fue una época muy oscura. Por aquel entonces, lo único que podía pensar cuando salía de casa es que iba a sufrir un accidente y que nunca regresaría. Igual que nuestros padres.

Pero no me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que Riley dependía de mí también. Adoptó el papel de padre y sigue haciéndolo. Si a eso le sumas la situación que estamos viviendo ahora mismo, y que prometió a nuestros padres que siempre cuidaría de mí, no me extraña que esté empezando a sentirse desarmado.

Pero yo no sé cómo arreglar esto.

Riley se endereza.

—De acuerdo, no vamos a seguir hablando de esto. Voy a preparar algo, necesitas comer. Y después veremos algo en la tele.

A pesar de que no quiero depender tanto de él, de repente me siento reconfortada. Su plan me parece perfecto; me recuerda a los buenos momentos de nuestra antigua vida como familia.

Riley se pasa todo el día siendo mi sombra. Me alegra tenerlo conmigo de nuevo, pero después de que me siga a todas partes como si fuera a romperme, estoy exhausta.

Ha cocinado y se ha asegurado de que coma y cene. Ha intentado entretenerme con películas y contándome las mejoras que planea hacer en la casa.

Llega la noche. Es un poco pronto para acostarme, pero no aguanto más. Necesito dormir y, sinceramente, quiero estar un rato sola. Finjo un bostezo y me levanto. Riley se levanta y apaga la televisión.

—Estoy muy cansada —le digo—. Ha sido un día estresante.

—Sí, claro. ¿Te vienes a casa entonces?

Le lanzo una mirada severa y aprieto los dientes.

—Ya hablaremos de eso, por ahora me quedo aquí.

—No pienso ir a ninguna parte, aunque por mis palabras parezca una posibilidad, pero necesito descansar un rato.

—Vas a venir a casa.

Entrecierro los ojos.

—Esta es mi casa.

Levanta una mano y la estampa contra la pared que tiene al lado.

Me aparto, resollando.

—¿A qué diablos ha venido eso?

—Lo quieras o no, ¡vas a venir a casa! —Se da la vuelta y sale del salón atropelladamente, dejando clara su irritación con los pisotones que da.

¿Cómo se atreve a exigirme que me vaya con él? No es mi padre ¡y yo ya soy una persona adulta! Necesito quedarme aquí por la investigación. No me importa lo que diga, no pienso marcharme.

Un momento después, Chace aparece a mi lado.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta en tono suave.

Tiene que habernos oído desde su habitación, porque no ha tardado mucho en salir.

—¡Mi hermano es imposible! No pienso irme a ningún sitio con él.

—No tienes que hacerlo. Nos quedaremos aquí juntos. Necesito acurrucarme a tu lado y olvidarme de lo que ha pasado hoy.

Me parece una idea perfecta, aunque no creo que ninguno de los dos podamos olvidar nada.

—De acuerdo —respondo.

Cojo el pijama y el teléfono para ir al baño a cambiarme. Dejo a Chace en mi habitación con la seguridad de que se está desvistiendo y metiendo en la cama.

Cierro la puerta del servicio con cerrojo y dejo la ropa a un lado del lavabo. Tomo aliento y le envío un mensaje a Jake.

Tú y yo. Acabemos con esto.

Su respuesta es casi instantánea.

Calle Baker 5A. 11 P.M.

No me dice que vaya sola. Sabe que esta vez será así. Y conozco la calle Baker, es una zona turbia a las afueras de la ciudad. Hay hileras de casas diminutas, la mayoría de ellas vacías y destrozadas por los actos de vandalismo tan comunes en esta área. Se habla de que van a demoler las viejas casas para reconstruir esta parte de la ciudad.

Supongo que tiene sentido que se haya escondido allí. Si alguien lo viera en aquella zona no se volvería para mirar dos veces.

Me cambio y dejo la ropa en el armario del baño para ponérmela de nuevo más tarde. Vuelvo a la habitación. Chace está tumbado en la cama con las manos detrás de la cabeza. La idea de olvidarme de todo y acurrucarme a su lado es tentadora. No quiero enfrentarme a Jake, pero sé que tengo que pasar por esto. Si no, no acabará nunca.

—Ven aquí —me pide.

No pierdo el tiempo y hago lo que me dice. Me meto debajo de las sábanas, me acurruco a su lado y cierro los ojos. No quiero pensar en lo que puede suceder esta noche. Se me pasa por la cabeza que es posible que no vuelva a casa, pero intento no pensar en ello.

Chace acerca los labios a la parte de arriba de mi cabeza.

—Tengo la sensación de que debería decir «feliz San Valentín», pero supongo que eso no te interesa mucho ahora mismo.

El corazón me late más deprisa de lo normal, pero no estoy segura de si lo hace en el buen sentido.

No respondo, y el silencio se extiende entre los dos. Chace suspira.

—Lo siento. Sé que no es un buen día para ti... para ninguno de nosotros.

—No pasa nada, solo me gustaría que fuéramos una pareja normal. Ojalá

pudiéramos haber ido a tomar café juntos esta mañana y estar ahora mismo en un restaurante bonito. Este día es un asco. Lo siento.

Noto que sonrías.

—Podemos hacer todo eso cualquiera de los trescientos sesenta y cuatro días restantes del año.

Cierro los ojos y me abandono a su abrazo.

—Gracias.

—¿Cómo te encuentras? —Desvía la conversación a lo que de verdad le interesa. No estoy segura de si me pregunta por mis padres o por la situación con mi hermano.

—Sinceramente, no lo sé. ¿Y tú?

—Me gustaría marcharme. Coger dinero y saltar de un tren a otro hasta estar seguros de que Jake no nos sigue. Permanecer escondidos hasta que lo encuentren.

Su plan es muy seductor. Mentiría si dijera que a mí no me gustaría hacer eso, pero hay demasiadas variables. ¿Y si nos encuentra? ¿Y si se enfada porque hemos desaparecido y mata a más gente? ¿Y si va detrás de nuestras familias?

—Sé que no podemos hacerlo —añade, suspirando.

—¿Podemos dejar de hablar de Jake, por favor?

—Claro. Duérmete, Lylah, ha sido un día largo y horrible.

Así es, pero no puedo dormir. Espero a que todo el mundo se quede dormido. Más tarde tendré que salir de casa sin que me vean los agentes. Después de que Chace y yo nos escabulléramos, y también Charlotte, han sido más estrictos con la seguridad en la parte trasera; han aparcado un coche policial en la zona peatonal para estar más cerca, así que probablemente ahora sea más fácil huir por delante.

Doy un beso a Chace en el pecho y noto cómo su corazón palpita bajo mis labios. Me muevo un poco para asegurarme de que no me sujeta con el brazo, para que sea más sencillo marcharme luego, cuando esté dormido. Se pone de lado y desliza el dedo por mi mandíbula.

—Buenas noches, preciosa.

Dios mío, cuánto tiempo he esperado para que me diga algo así. En medio de todo este caos, le doy las gracias por hacerme sentir felicidad. La he echado de menos.

Nos quedamos mirándonos en silencio, no necesitamos palabras. Me siento muy ligera aquí con él, como si fuéramos las dos únicas personas en el mundo.

Saboreo cada segundo.

Empiezan a pesarle los párpados. Parpadea y cada vez pasa más tiempo con los

ojos cerrados. Cuando no los abre, empiezo a contar. No debería tardar mucho en quedarse dormido, todos estamos exhaustos.

Nunca me había dado cuenta de lo relajante que es observar cómo alguien se duerme. O lo cansada que te hace sentir. Reprimo un bostezo, salgo en silencio de la cama y voy al baño.

Me tiemblan las manos cuando me pongo de nuevo los vaqueros y el jersey. Esto debe de ser lo más estúpido que he hecho nunca. «Quedar con un asesino, Lylah. Una idea excelente.»

Salgo del baño y bajo las escaleras. La casa está empapada de oscuridad, pero ya contaba con ello. Fuera también está muy oscuro, pues los árboles tapan las luces de las farolas.

Cojo el abrigo de la percha que hay al lado de la puerta, me lo pongo y, en silencio, abro el cerrojo y la puerta. Salgo a la calle pegada a la pared y me escabullo. Si me quedo en el lateral, podré ver al policía desde la cancela principal y salir corriendo cuando aparte la mirada. La curva no queda lejos, así que lo único que tengo que hacer es correr hasta allí y rezar para que no vuelva a mirar hasta que no haya desaparecido de su vista.

Es una idea estupenda... en teoría.

Me agacho y aguanto la respiración para que el vaho no revele mi posición. Me agarro a la cancela de metal helada y echo un vistazo. El agente está sentado en el coche, mirando la carretera.

No hay tiempo para echar un segundo vistazo. No he querido pensar en qué estoy haciendo para no disuadirme a mí misma. Me preparo igual que hacen los atletas y salgo volando por el camino.

Las pisadas no son muy fuertes, pero a mí me parecen ensordecedoras.

Cuando he doblado la esquina, me detengo un segundo.

La calle Baker está a unos quince minutos andando si tomas un atajo por una urbanización. El ambiente es más frío de lo que esperaba.

Haciendo caso omiso de todo lo que me rodea, que no es mucho casi a las once de la noche en los suburbios, me concentro en la tarea que tengo entre manos. Si no estuviese tan preocupada por llamar la atención, activaría la linterna del teléfono. Pero no quiero atraer miradas. Estaría bien que pensara en un plan, pero no tengo ni idea de qué me voy a encontrar ni de qué quiere Jake de mí. Sé que voy a aceptar cualquier cosa que tenga planeada. Ya le gustaba en el pasado, así que tal vez pueda

aprovecharme de eso para conseguir que se entregue.

Quién sabe.

Podría salir todo mal, pero tengo que hacer algo. No puedo quedarme sentada mientras mis amigos mueren. Y moriré antes de permitir que le pase nada a ninguno de ellos... o, aún peor, a mi hermano.

Cuando llego a la calle Baker, la magnitud de lo que estoy haciendo me arrolla. Siento un escalofrío.

Tomo aliento al pasar junto a la primera casa.

«Puedes hacerlo. Sé fuerte.»

Me centro en el odio que siento por Jake. He pasado cada segundo desde que se fueron sucediendo los acontecimientos intentando apartar de la mente las imágenes de Sonny, Isaac y Charlotte, pero justo ahora son bienvenidas. Me conferirán la fuerza que necesito para enfrentarme a esto.

Aquí está. Un número cinco plateado con la letra A en una puerta azul, un poco inclinado, como si algunos de los tornillos se hubieran aflojado.

Esta es la casa.

Está dentro, esperándome.

Humedezco los labios secos y avanzo lentamente hasta la puerta. Me arde el estómago de furia y de deseo de hacerle pagar por lo que ha hecho, pero sigo aterrada. Aprieto los puños para que no vea que me tiemblan las manos.

Cuando me acerco a la puerta, veo que está abierta, tan solo un centímetro; queda claro que está así para mí, es una invitación para que entre. La cruzo y muevo los ojos, que ya tengo aclimatados a la oscuridad, por todas partes, buscando a Jake. El recibidor es estrecho. Aprieto los labios y me obligo a respirar tranquilamente por la nariz.

Jake no se anda con tonterías. Cuando da una orden, quiere que se siga a rajatabla. Lo he comprendido por las malas. Le ha costado la vida a Charlotte. Estoy enamorada de Chace, Sienna es mi mejor amiga y no puedo perder a mi hermano. No pienso arriesgar sus vidas para proteger la mía. Hay que pararle los pies a Jake. Esta noche he entrado a la guarida del león intencionadamente y por voluntad propia. Me enfrentaré a las consecuencias sin duda alguna ni ningún remordimiento.

Al final del recibidor hay otra puerta. Está cerrada, pero se ve luz alrededor del marco de la puerta. Me adelanto y agarro el pomo. Los dedos me tiemblan cada vez más conforme me voy acercando.

Dirigirte a tu propia muerte produce una sensación extraña. Aceptar algo que sabes que va a matarte es posiblemente lo más estúpido que puede hacer alguien. Y aquí estoy.

Agarro el pomo redondo de la puerta y lo giro. Hace frío y noto un escalofrío, pero puede que solo sea por el terror que se ha apoderado de mí.

—¿Jake? —llamo cuando abro la puerta.

Pongo los ojos como platos y me quedo sin aliento.

La pequeña habitación está llena de fotos mías. Fotografías espontáneas que abarcan un año. Puede que más. Hay algunas prendas de ropa mías desparramadas por la habitación. Una bufanda que pensaba que había perdido en una fiesta tendida en un sillón. Hay un cuenco grande lleno de horquillas del pelo, joyas y otros objetos que he ido acumulando a lo largo de los años en una mesita a un lado de la habitación.

En una esquina se apilan un montón de revistas que en algún momento leí.

Tengo muchas cosas, pero, aun así, ¿cómo es posible que no me haya dado cuenta de que me faltaba todo esto?

Hay un hombre con una sudadera detrás de la mesa. El hombre que nos ha estado torturando a mis amigos y a mí. Les ha arrebatado la vida, pero ya no se la quitará a nadie más.

Se quita la capucha y me mira a los ojos.

Me quedo sin aliento.

—¿Riley? —musito.

*Miércoles,
14 de febrero*

Riley esboza una sonrisa. No es siniestra. No parece satisfecho ni triunfal. Tampoco parece malvado. Tiene un aspecto normal, como cuando me sonrío en la mesa mientras cenamos.

—¿Qué está pasando? —Miro a mi alrededor, empapándome de la imagen de nuevo. Esto me está dando dolor de cabeza. ¿Por qué lleva puesta esa sudadera?—. ¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Dónde está Jake?

«¿Cómo diablos me ha encontrado mi hermano?»

En el fondo creo que sé qué es lo que está pasando, pero mi mente rechaza lo que mis ojos están viendo.

—Riley, ¿dónde está Jake?

—Jake no está.

Niego con la cabeza.

—¿No está? ¿A qué te refieres con que no está?

—Está muerto —dice como si nada—. Tendrías que haberlo oído, Lylah. Cada vez que iba a visitarte hablaba de ti como si pensara que estabas interesada en él. Que estabas enamorada de él. Eso tenía que acabarse.

Me quedo paralizada y se me va todo el color de la cara.

«No. No, tiene que haber un error.»

Riley... no puede ser.

Mi hermano no puede ser un... un asesino.

—¿Qué estás diciendo, Riley? —murmuro. Me pellizco el puente de la nariz y trato de procesar el significado de sus palabras—. Necesito que seas más específico, porque esto no tiene sentido. No lo entiendo.

—Puedo explicártelo todo, hermanita. Te lo prometo.

Bajo la mano.

—Cuéntame lo que has hecho, Riley. —Empiezo a comprender lo que está sucediendo.

—Me necesitabas.

Si no estuviera tan impactada, podría haberme desmayado.

—¿Has hecho todo... esto porque querías que te necesitara de nuevo?

Le brillan los ojos, que son del mismo color que los míos.

—Me abandonaste, Lylah. Todo el mundo me abandona. Se supone que tenemos que ser el uno para el otro. Dijimos que siempre estaríamos juntos ¡y te mudaste! — Habla cada vez más alto e hincha el pecho de la rabia.

—Riley. —Levanto las manos—. ¡Me mudé para ir a la universidad! Pensaba que estabas feliz por mí. Coincidías conmigo en que sería el nuevo inicio que tanto necesitaba.

—¡Se suponía que yo tenía que formar parte de ese nuevo inicio! Me aseguraste que volverías a casa por vacaciones y algunos fines de semana, pero tus visitas son cada vez menos frecuentes.

—¿Has matado a mis amigos porque ya no voy tanto a casa? —chillo, levantando aún más las manos—. ¿Por qué no me contaste cómo te sentías? ¿Y cómo has podido matar a esas personas? ¡No es normal, Riley! ¡Has matado a gente! ¿Qué puñetas te pasa?

Frunce el ceño. Maldita sea, frunce el ceño como si no tuviera ni idea de lo que estoy diciendo.

—Solo necesitaba que estuvieras en casa. Pero tú querías quedarte... por ellos. Así que eliminé ese obstáculo.

—No me quedaba por ellos, me quedaba por mí. Dios mío, no puedo creerme lo que estoy escuchando. Dime que no es verdad. Por favor, dime que hay un error y que no eres responsable de todo esto. —Cuando empiezo a unir las piezas, caigo en la cuenta de otro detalle—. Joder, ¡tú me atrapaste! En el callejón, ¡fuiste tú!

No puedo respirar. Voy a desmayarme. Se me nubla la vista y me arañó el pecho, intentando obligar a los pulmones a que vuelvan a hincharse.

—¡Lylah! —grita mi hermano.

Se acerca a mí, pero yo me aparto.

Extiendo el brazo, con la palma de la mano vuelta hacia él.

—¡No! No te acerques a mí.

—No voy a hacerte daño.

—Ya lo has hecho. Eran mis amigos, Riley. Eran personas. ¿Cómo has podido? Las cosas que les has hecho... ¿cómo has podido?

Arruga la frente en un gesto de furia.

—Ellos tenían tu corazón y tú el de ellos. He visto cómo eras con ellos, cómo reías y

bromeabas. Pasabas todo tu tiempo con cinco personas casi desconocidas y no podías abandonarlos ni para ir a visitar a tu propio hermano.

—¿Les arrancaste el corazón porque nos preocupábamos los unos por los otros?

Repito la frase en mi cabeza, intentando encontrarle el sentido.

—Fue difícil, pero había practicado.

—¿Qué? —musito. Sus palabras revolotean a mi alrededor. ¿Que había practicado?

—Con cerdos.

—¿Rajaste a cerdos?

Me mira fijamente, como si sus ojos demandasen algo. ¿Perdón? ¿Aceptación? No sé qué es lo que busca, pero no va a encontrarlo.

—He estado haciendo ejercicio. Ahora soy más fuerte que nunca. El tamaño de los cerdos de la granja de Daveys no es muy distinto del peso medio de una persona. Yo puedo cuidar de nosotros. Puedo asegurarme de que nadie vuelva a interponerse en nuestra familia.

La granja de Daveys está al final de la carretera donde vivimos. De pequeños, siempre ayudábamos a Daveys cuando se le escapaba algún cerdo. Era emocionante perseguirlo por la carretera cuando era una niña. Nos parecía un plan brillante.

Los corazones de los cerdos. El que clavó en el tablón de anuncios y el que nos envió en una caja para que creyéramos que eran los de nuestros amigos.

«No.»

«¿Por qué?»

—¿Qué narices te ha pasado? ¿Cuándo decidiste hacer esto? ¡Fui a casa por Navidad!

—Tú me has obligado a hacerlo, Lylah.

Tonterías. Me he culpado muchas veces cuando no debía hacerlo, pero no pienso aceptar la responsabilidad de esto. No puede justificar lo que ha hecho.

—¿Cuánto tiempo llevabas planeándolo? —pregunto.

—Empecé a pensar en las soluciones para mi problema cuando vine a verte en noviembre, cuando me contaste que no ibas a venir a casa por el aniversario de la muerte de nuestros padres. Pero ¿ves? Ya estamos juntos.

—¡Por el amor de Dios! Te dije que no sabía si me sentía lo bastante fuerte para estar en casa con... con todos esos recuerdos. ¡Me animaste a que me quedara! —grito.

—Porque estaba preocupado por ti. Pero eso me ha hecho pensar en lo mucho que

te han cambiado tus amigos. Mi hermana querría estar con su familia en una época delicada. Mi hermana no se perdería un cumpleaños o un aniversario. ¿No te das cuenta, Lylah? Te estás volviendo fría y distante. Tus amigos te alejan de mí. Supe que tenía que sacarte de aquí.

Se acerca un paso y me pongo tensa. Riley siempre ha sido mi red de seguridad, pero acaba de cargársela. Estoy sola.

—Sé que va a ser duro, pero te buscaré ayuda y seremos una familia mejor. Ahora podemos volver a casa.

—Estás loco si piensas que voy a irme contigo a alguna parte. ¿Cómo puedes estar tan ciego para no ver que eres tú quien necesita ayuda? Así no es como se consigue que una persona haga lo que tú quieras. Si lo estabas pasando mal sin mí, tendrías que habérmelo contado. ¡Vas a un terapeuta, no matas a personas!

Riley parece estupefacto.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. Tú me necesitas a mí. Te he ayudado. No puedo creer que no lo entiendas.

La mente me va a mil. Está enfermo, inestable. No puedo cambiar eso. ¿Qué hago? Si lo denuncio a la policía, ¿lo meterán en la cárcel? No está bien, eso está claro. Necesita tratamiento. Terapia. Algo. Estoy muy enfadada con él, pero sigue siendo mi hermano. No puedo abandonarlo sin más. La cabeza me da vueltas. Estoy intentando aceptar esta revelación y a la vez pensando en qué hacer. Necesito que siga hablando.

—¿Qué le ha pasado a Jake?

—No solo he practicado con los cerdos. Los cerdos fueron la clave, me ayudaron a perfeccionar las formas... y a deshacerme de las pruebas.

Niego con la cabeza.

—¿Qué? No entien...

«Oh. Su práctica con humanos fue con Jake.»

—¿Alimentaste... a los cerdos con Jake después de matarlo?

Alza la comisura de los labios en una sonrisa. No reconozco a mi hermano. Estoy mirando a un extraño. Este chico solía traer pájaros heridos a casa para cuidarlos hasta que se recuperaran. Ese no es el chico que tengo delante.

—Jake estaba obsesionado contigo —continúa—. Vino a visitarme cuando dejó la universidad. Me contó que no podía estar cerca de ti después de que lo rechazaras. Intentó superarlo, pero entonces se dio cuenta de cómo mirabas a Chace... Vino a verme para decirme que tampoco podía ser mi amigo, y para avisarme de que

cuidara de ti. Me dijo que Chace era un mujeriego y que te rompería el corazón.

—Un momento, ¿Jake fue a verte?

—Éramos amigos.

Riley había venido a visitarme más veces que cualquier familiar de mis compañeros, pero no sabía que estaba haciéndose amigo de ellos.

—Jake me escribió cuando dejó la universidad y lo invité a pasar el fin de semana en casa.

Ahora que lo pienso, me acuerdo de que Jake recogió sus cosas y se marchó el fin de semana después de que Riley viniese de visita. Se celebró un evento especial en el campus y asistimos todos juntos.

—¿Qué pasó? —Me aterra lo que pueda contarme.

—Jake se emborrachó y vomitó. Ese tipo estaba enamorado de ti y odiaba a Chace —comenta con desagrado—. Me contó que no podía estar cerca de ti y no estar contigo. Jake sabía que no ibas a dejar a Chace por él y entendió lo mismo que yo: que estás dispuesta a abandonar a la gente a la que de verdad le importas por personas a las que no volverás a ver cuando te gradúes.

—¡No puedes decidir quién me importa, Riley! ¡Son mis amigos! —Me paso la mano por la cara.

—Tus amigos no son buenas personas.

Niego con la cabeza.

—¿De qué hablas? ¡Las personas que has matado eran buenas! No las conocías, y has demostrado que tampoco me conoces a mí.

Estoy completamente desorientada. La detective Lina decía que el asesino era una persona inestable; sin embargo, esto es peor de lo que esperaba. Es mi hermano, pero no lo conozco en absoluto. Ojalá supiera cómo hablar con él. Cree que yo tengo la culpa de sus actos, ¿qué puedo decir para abrirle los ojos?

—Has matado a seis personas, Riley.

Asiente lentamente.

—Por ti.

La furia arde en mi estómago, pero me doy cuenta de que no puedo responder a eso.

—Cuando te mudaste aquí —prosigue—, ya no te interesaba pasar tiempo conmigo. Cada vez que venía de visita estabas muy ocupada con tus supuestos amigos. Intenté que estuvieras más conmigo, te pedí que vinieras a casa en enero,

¡pero tenías una noche de chicas! Siempre había algo. Me cansé de tus excusas.

Riley siempre ha sido un libro abierto para mí. A veces sabía qué iba a decir antes de que abriera la boca. Prácticamente podíamos completar las frases del otro. Pero esta persona, este ser humano cruel que tengo frente a mí, no es mi hermano.

—Parece que tienes muchas preguntas, Lylah —dice de pronto—. Y pareces asustada. ¿Por qué tienes miedo?

«¿En serio?»

Trato de mantener un tono tranquilo y firme.

—Me has confesado que has asesinado, Riley. Has matado a mis amigos. Me estás diciendo que has hecho todas esas cosas horribles, ¿y esperas que te dé las gracias? Estoy destrozada por toda la gente que ha muerto. Esas personas han muerto en tus manos. ¿Cómo no voy a tenerte miedo?

—Pero no te he hecho daño a ti. —Se acerca y cada nervio de mi cuerpo me grita que corra. Pero huir es muy arriesgado. Es demasiado rápido—. Nunca te haría daño. Eres mi hermana.

Con las palmas sudadas y el corazón acelerado, me aferro a cada ápice de coraje que me queda y doy un paso adelante para encontrarme con él a medio camino.

—Te creo, Riley —susurro—. Siempre has cuidado de mí. —Las palabras que estoy pronunciando me asquean. Lo que deseo es gritarle. Pegarle. Rebobinar el tiempo y deshacer todo este entuerto—. ¿Me cuentas cómo pasó todo lo demás? Sé por qué, pero no sé cómo.

—Supe que tenía que venir a por ti. Jake despotricaba de lo íntimos que erais Chace y tú cuando se marchó. Cada segundo que pasabas con tus amigos te alejaba más de tu familia, de mí. Solo era cuestión de tiempo que tú y Chace estuvierais juntos y no podía permitirlo. Lo seguirías, te mudarías con él después de acabar los estudios y nunca más volverías a preocuparte por mí. Pensar en vosotros dos juntos me molesta tanto y me da tanto asco que solo quería rodearle el cuello con las manos y apretar. —Aprieta las manos en puños y las presiona contra los muslos.

Me encojo y hago una mueca al escuchar sus palabras.

—¿Cuándo llegaste?

—Dos días antes de matar a Sonny. Pero he estado yendo y viniendo desde Año Nuevo.

Sus palabras son un puñetazo en el vientre. Nos ha estado vigilando, me ha estado vigilando, durante más de un mes. Aprieto los labios y respiro por la nariz.

—¿Por qué Sonny fue el primero?

«Bueno, el segundo después de Jake, supongo.»

—Era engreído, siempre lo ha sido. Tenía que deshacerme primero de él porque, si no, habría gritado a pleno pulmón lo que estaba haciendo. Sabía que la policía os obligaría a guardar silencio sobre algunos aspectos de mi misión, pero Sonny habría contado enseguida a todo el mundo lo que estaba pasando. No habría sido un secreto. Quería que la gente lo supiera cuando yo estuviera preparado y él habría impedido que fuera así.

—¡Mataste a Charlotte y la dejaste expuesta en un lugar público! ¿Cómo pudiste hacerle eso a ella? ¿A cualquiera?

Ladea la cabeza.

—Lylah, desobedeciste mis términos. Siempre hay consecuencias.

Sigo sin comprenderlo.

—¿Cómo entrabas en nuestra casa? —insisto.

Alza la mirada hacia el techo, sonriendo y sacudiendo la cabeza, como si no pudiese creer lo estúpida que es mi pregunta. Pero alguna forma tendría de entrar.

—Hice una copia de tu llave cuando viniste en Navidad.

Mis pulmones se están quedando sin aire. No pude localizarlas en toda una mañana. Riley las encontró detrás de la mesita del pasillo. Yo también había mirado allí, pero me dijo que seguramente no hubiera mirado bien.

Me las quitó porque planeaba acosarme y matar a mis amigos.

—¿Y después de cambiar las cerraduras?

—Eso fue un incordio. Sabía que no podría volver a quitarte la llave, pero, por suerte, tengo un amigo con... una moral cuestionable que estuvo más que encantado de enseñarme a abrir una cerradura. Ojalá hubiera acudido a él desde el principio, era mucho más estimulante entrar de ese modo.

«Dios mío.»

—¿Cuántas veces estuviste en casa?

—Solo cuando lo necesitaba.

«¿Y cuántas veces es eso?»

—De acuerdo. —Sigo impactada por la última confesión.

—Solo quería que volvieras a casa. Cuando te negaste, supe que tenía que deshacerme de las barreras, de la gente que te retenía aquí. Sonny, Isaac, Charlotte, Chace. Todos ellos te retenían.

—¿Y Sienna no? Es mi mejor amiga. ¡Y Jake ya había dejado la facultad! ¿Y el policía? ¿Qué hizo él? ¡Tenía una familia! Y Nora... ¡era completamente inocente!

Riley suspira, frustrado, como si las razones por las que mató a esas personas fueran obvias y yo no las comprendiera. Siempre ha sido muy inteligente. Yo envidiaba su mente, pero ya no. No quiero parecerme en nada a él.

—Por favor, necesito respuestas —suplico.

«Y necesito averiguar cómo pedir ayuda o salir de aquí.»

—Sienna no te retenía. Ella siempre te decía que volvieras a casa cuando yo te lo pedía delante de tus amigos. Era la única que te animaba a pasar tiempo con tu familia.

La cabeza me da vueltas.

—Nora —prosigue con los ojos entrecerrados—. Pasó la noche conmigo cuando vine de visita en Halloween. Estábamos los dos borrachos y confesé cómo me sentía con respecto al tema de que no vinieras nunca a casa y cómo odiaba a tus amigos. Pensé que no lo recordaría, pero lo mencionó por la mañana. Me disculpé por haberme desahogado con ella y aceptó no decirte nada. Pero cuando llegué a la ciudad este mes, me descubrió vigilando la casa y sumó dos y dos. No quería hacerle daño, pero me vi obligado. Habría descubierto que era yo y me hubiese delatado antes de que pudiera terminar mi trabajo.

—¿Tú y Nora... estabais juntos?

Sé que no tendría que centrarme en ese detalle, pero nunca los habría imaginado juntos. Ella era callada y reservada y él, ruidoso y extrovertido. ¿Por eso quería ser mi amiga? ¿Le gustaba mi hermano y estaba intentando volver con él?

Pone los ojos en blanco y puedo atisbar al hermano mayor que yo conocía.

—Le había salido mal algún trabajo o algo así y vino a The Bar a emborracharse. Yo estaba enfadado porque me habías dejado tirado otra vez por una cena con Charlotte.

Me acuerdo. Char tuvo una mala nota en un examen y estaba agobiada, así que la saqué de casa.

—El policía me descubrió cuando estaba intentando dejar una nota. Parecía dormido dentro del coche, pero no lo estaba. Ya venía a por mí, así que tuve que actuar rápido. Por suerte, había perfeccionado mi técnica.

«Técnica. Así llama al asesinato y la mutilación.»

Aparto la mirada y cierro los ojos. ¿Qué narices pensarían nuestros padres?

—¿Y cómo sigue tu plan? —murmuro, mirándolo. Me asusta escuchar la respuesta.

—Vuelves a casa y recoges tus cosas. Le decimos a la policía que te vienes a conmigo. Yo vuelvo y acabo el trabajo. La policía sospechará de Jake..., pero nunca lo encontrará. Está todo atado.

«Dios mío, estás loco.»

—Riley, necesitas ayuda.

—Nos ayudaremos el uno al otro. Es lo que hemos hecho desde que murieron mamá y papá y tenemos que seguir haciéndolo. —Me sonrío y me aparta un mechón de pelo detrás de la oreja. Me mantengo firme; sé que no puedo retroceder a pesar de lo mucho que deseo hacerlo.

—Espera... ¿a qué te refieres con acabar el trabajo?

—Chace. —Esboza una sonrisa—. No serás libre hasta que no cortes los hilos que te atan a él, así que voy a cercenar los lazos que te mantienen aferrada a ese tipo.

Se me desinflan los pulmones.

—No. No, Riley, no puedes hacerlo. Por favor.

—Tengo que hacerlo. ¿Crees que te dejará marchar? Te seguiré, Lylah. Una vez que él no esté, todo esto habrá terminado. ¿Cómo puedes no darte cuenta?

Sacudo la cabeza y se me llenan los ojos de lágrimas. Me duele el corazón. Llevamos poco tiempo como pareja, pero lo que siento por él es profundo. Hemos sido amigos durante mucho tiempo antes de estar juntos. Tengo que proteger a Chace.

—Riley, le diré que no lo quiero. Le explicaré que estaba buscando a un sustituto, a alguien que cuidara de mí, que confundí mis sentimientos. Que estaba muy afectada por la muerte de nuestros amigos y que necesito espacio para continuar con mi vida. No vendrá a buscarme si sabe que no hay ninguna posibilidad de que estemos juntos.

Riley me mira con los ojos desprovistos de humanidad.

—No. —Ladea la cabeza y sonrío—. Voy a matarlo y a traerte su corazón.

*Miércoles,
14 de febrero*

Me pitan los oídos. Las palabras de Riley me parecen incomprensibles. Él no habla así. Maldita sea, él ni siquiera piensa así.

Abro la boca, pero no digo nada.

Sonríe con dulzura y por un momento vuelvo a vislumbrar a mi hermano.

¿Tan enfermo está? ¿Por qué actúa así?

Se cruza de brazos.

—¿Por qué sigues ahí? Tenemos que volver a tu casa para que puedas recoger las cosas. Yo ya tengo las mías. Estoy listo.

«¿Qué?»

¿Planea matar a Chace y espera que lo acepte, que me limite a volver a casa para hacer la maleta y abandonarlo a su suerte? Su suerte, que es morir asesinado.

Necesito encontrar un modo de hablar con esta versión aterradora de mi hermano. Si lo consigo, tal vez pueda hacerle cambiar de opinión. Quizá pueda entregarlo a la policía para que no haga daño a nadie más... ni a él mismo.

—Riley, eres mi hermano y te quiero, pero lo que estás haciendo, lo que has hecho, está mal. Es hora de hacer lo correcto. Yo te apoyaré y lucharé por conseguirte la mejor ayuda posible, pero no te voy a proteger por lo que has hecho y no voy a permitir que hagas daño a nadie más.

—La familia es lo primero —gruñe—. El corazón de una persona pertenece a su familia, no a sus amigos. ¿En qué momento se te olvidó eso? Ellos tienen tu corazón, así que yo les he quitado el suyo.

Se agacha y levanta la tapa de una caja de madera que hay sobre la mesa.

Me vengo abajo. Siento náuseas y casi me caigo al suelo.

—¡No! ¡Riley, no!

Cuatro corazones.

Sonny, Nora, Isaac, Charlotte.

El policía tenía el suyo cuando encontraron el cadáver y Jake sirvió para alimentar a los cerdos.

Los corazones son oscuros, casi negros, y están apretados entre sí. ¿De quién es

cada uno? ¿Lo sabe Riley? ¿Le importa siquiera?

Se me revuelve el estómago.

—Dios mío, los has conservado. —Me presiono la palma de la mano en la boca y aparto los ojos llenos de lágrimas. Intento centrarme, pero la mente se me cortocircuita. El olor es tan fuerte y nauseabundo que me dan arcadas—. ¿Cómo has podido hacerlo? Les quitaste el corazón y los has guardado. —Las palabras no tienen sentido ni siquiera cuando las pronuncio en voz alta.

¿Por qué los ha conservado? ¿Son trofeos? ¿Tan enfermo está para meter los corazones en una caja?

—Tranquila, Lylah. Son órganos, no pueden hacerte daño. —Suelta la tapa y cierra la caja.

«¡No me preocupa que me hagan daño! Me preocupa que tú me hagas daño, que hagas daño a Chace», quiero gritar.

—Sé que es un poco impactante y siento si esto es un exceso de información. Tenía que contártelo todo para que entendieras lo mucho que te quiero, para que podamos pasar página. Lo comprendes, ¿verdad? Siempre nos hemos entendido el uno al otro, ¿no? —Me mira directamente a los ojos y no reconozco a esta persona.

Retrocedo, a punto de ahogarme. Ha matado a mis amigos y les ha quitado el corazón porque piensa que los quiero más a ellos que a él.

Aprieto los puños detrás de mí, tomo aliento y de pronto sé lo que tengo que hacer.

—Sí, lo entiendo —respondo en un susurro—. Te conozco mejor que nadie y sé que no querías esto.

Entorna los ojos. Me he equivocado con lo que he dicho, pero sigo hablando.

—Tú me has puesto por delante de todo muchas veces; siempre, en realidad. Por supuesto que has hecho todo esto por mí. Eres mi hermano. Siempre has cuidado de mí.

Resopla y endurece la postura.

—Cuando llorabas tanto que apenas podías respirar, ¿quién estaba a tu lado? Cuando no eras capaz de salir de casa, ¿quién se quedaba contigo? Cuando llorabas hasta quedarte dormida, ¿quién permanecía en la habitación a tu lado? Yo, Lylah. Lo hice yo. Recuérdalo.

¿Cuánto tiempo lleva enfermo? Perdimos a nuestros padres y luego yo me mudé. Estaba tan destrozada tras su muerte y Riley se pasaba tanto tiempo intentando hacer bien las cosas por mí que no creo que él llegase a hacer el duelo. Tal vez

cuando yo me mudé comprendió todo lo que había perdido.

¿Ha ido desmoronándose poco a poco desde que yo me fui? Estaba tan concentrada en seguir bien que no me había dado cuenta de lo que él estaba sufriendo. Mi hermano sabía si tenía un mal día con solo mirarme y yo no tenía ni idea de lo profundo que él se había hundido.

¿Cómo pude pasarlo por alto?

—Riley, siento mucho no haberme dado cuenta de lo que estaba pasando. Debería haberlo sabido. Esto también es culpa mía y te ayudaré a arreglarlo.

En parte soy responsable del monstruo en el que se ha convertido mi hermano, y la culpa me engulle por completo.

—No podías saberlo. Tus amigos te manipularon para que pensaras que estabas mejor aquí. Ellos no te conocen y no saben lo que has vivido. Yo sí.

—Creo que tenemos que llamar a la detective Lina —señalo con tono amable.

—Eso no forma parte del plan —replica.

—No puedo permitir que hagas daño a nadie más.

Riley saca pecho. No he mencionado el nombre de Chace, pero sabe que me refiero a él.

Ladea la cabeza.

—Crees que lo quieres.

Sé que lo quiero.

—Lo que siento por Chace no tiene nada que ver con nosotros. Riley, una persona puede tener relaciones diferentes. Tú también tienes amigos aparte de tu familia.

—Sí, pero no son más importantes que mi familia.

—Claro que no, pero eso no significa que no puedas tener ambas cosas. ¿Por qué tiene que ser todo o nada?

Así no vamos a llegar a ningún lado. No sé si es capaz siquiera de contemplar la situación desde otra perspectiva.

—Volveré a casa contigo, pero tienes que parar esto ya. Deja en paz a Chace.

Su cuerpo parece enorme en esta habitación tan pequeña. Cada vez que digo algo que no le gusta me parece que se vuelve más grande y más amenazador.

—Vas a traicionarme. Volverás con él. Tengo que deshacerme de la tentación.

—No, no volveré con él, te lo prometo. —Si por ello Chace va a estar a salvo, me mantendré alejada de él—. Bastante horrible es ya este día, Riley. Ya tenemos suficientes recuerdos dolorosos que tendremos que soportar el resto de nuestras

vidas. Hoy hace dos años que murieron nuestros padres. No lo empeoremos. Podemos reunirnos como familia para siempre, tú y yo contra el mundo.

Me cuesta creer que hace dos años que somos huérfanos. Riley era tan cariñoso y atento. Y ahora esto.

Baja la mirada cuando menciono a nuestros padres. Como si hablar de ellos le afectara. A lo mejor no he perdido del todo al hermano que conocía. Le brillan los ojos, y de nuevo desaparece.

—Acabaré con esto, Lylah, y después nos iremos a casa.

—¡No vas a hacerle daño! —bramo—. Vámonos y ya está. Dejaré aquí mis cosas y que no se hable más.

Estira la boca en una sonrisa amplia.

—Echaba de menos a mi hermanita mandona. Pero no lo entiendes, el final ya ha comenzado.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

Se mete la mano en el bolsillo y saca el teléfono.

—Chace ya viene.

Me acerco a él e intento quitarle el teléfono, sin pensar.

—¡No! Riley, no, por favor. Coge lo que necesites y vámonos. Ahora mismo.

—No.

—¡Dios mío! —La voz me sale tan fuerte que no la reconozco. Sacudo las manos temblorosas—. No puedes hacer esto.

—Lo quieres de verdad —murmura, arrugando la nariz—. Mamá y papá detestarían a la persona en la que te has convertido.

Sus palabras son atroces. Podría haberme clavado un cuchillo en el corazón. No hay forma de razonar con él. Tengo que interceptar a Chace. Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta, pero Riley me agarra de la muñeca antes de que llegue al recibidor.

—¡No me toques! —Me vuelvo hacia él—. ¿Qué narices te ha pasado, Riley? ¿Cómo has llegado a este punto? ¿Cómo has podido convertirte en esto?

—¡Lylah! —grita Chace desde fuera, y se me cae el alma a los pies.

—Riley, por favor, no hagas esto.

La puerta de entrada se estampa contra la pared.

Chace está en la puerta con los ojos muy abiertos fijos en Riley, sorprendido.

—¿Riley? —pregunta anonadado. Me mira en busca de respuestas.

—Por tu culpa he perdido a mi hermana. Tienes que pagar.

—No me has perdido. —Me acerco a él, poniendo mi cuerpo entre mi hermano y Chace—. Deja que se vaya y después nos iremos nosotros.

—No vas a irte a ninguna parte con él —escupe Chace cuando se da cuenta de lo que está sucediendo.

—Mantente al margen de esto. —Riley mueve la mano y la luz de la habitación ilumina algo que sostiene entre los dedos.

Un cuchillo.

—Riley, no —le pido, alzando las manos en señal de derrota—. Vamos a hablar.

—Habla cuando lleguemos a casa. Tengo que encargarme de tu novio.

Encargarse de él. ¿Cómo ha llegado mi vida a este punto?

Chace no piensa aceptarlo.

—Me gustaría verte intentarlo. Puede que te tuviéramos miedo cuando nos atacabas en las sombras, pero ahora te veo. No voy a dejar que hagas daño a Lylah.

—¡No digas su nombre! —grita Riley—. No sabes nada de nosotros, de nuestra vida, de nuestra familia. ¿Qué sabes de su pasado? ¿Crees que la conoces? Pues no. —Tensa la mano en torno al mango del cuchillo y sus nudillos se vuelven blancos.

—¡Ya basta, Riley! —suplico a la desesperada—. Para ya. Tenemos que calmarnos y arreglar esto.

—Eso es lo que estoy intentando hacer —responde, levantando el cuchillo.

—Baja eso y escúchame —digo con firmeza—. Si lo haces ya no habrá vuelta atrás.

—¿Crees que hay vuelta atrás después de lo que ha hecho? —pregunta Chace, y me dan ganas de estrangularlo. No está ayudando a mejorar la situación—. La policía va a arrestarlo. Y yo te llevaré a casa. Sienna está muerta de miedo.

Los ojos de Riley se tornan más oscuros.

—¿Cómo sabe Sienna que Lylah está aquí?

Chace da un paso adelante y entonces oigo las ruedas de los coches chirriando al detenerse fuera. Hay luces en la calle. Chace se lo ha contado a la policía. Las puertas se abren y oímos pasos que vienen hacia nosotros. Apenas tengo tiempo para reaccionar antes de que la policía irrumpa en la casa.

Riley es el primero en moverse. Me agarra del brazo con la mano libre y me retuerce contra su pecho al tiempo que retrocede conmigo hacia la habitación.

Tengo la espalda pegada a su pecho y algo duro en el cuello.

El cuchillo.

Me quedo helada. Riley me ha puesto un cuchillo en el cuello.

Mi propio hermano me ha puesto un cuchillo en el cuello.

Al examinar la habitación desesperadamente, la primera cara que reconozco es la de la detective Lina. Parece que lo tiene todo bajo control y que está tranquila. Debe de estar entrenada para este tipo de situaciones. Ojalá yo tuviera solo una pequeña parte de su estabilidad. El corazón me retumba en los oídos.

A su alrededor hay cinco agentes más y el detective Alexander. Tres armas apuntan a mi hermano. Atisbo el pequeño agujero negro del que saldrá una bala si presionan el gatillo.

El corazón me late con fuerza.

La detective Lina habla:

—Riley, sé que no quieres hacer daño a tu hermana, así que baja el cuchillo y podremos hablar.

—Hablar —replica él—. No quiero hablar. ¡Retroceded o le clavo esto en el maldito cuello!

Estoy temblando. Siento cómo sacudo todo el cuerpo en los brazos de Riley. Él no haría algo así, ¿verdad? Las personas son capaces de hacer cosas horribles cuando se sienten arrinconadas, pero Riley siempre ha sido mi protector. ¿Sería capaz de hacerme esto? ¿Lo haría?

—Riley, por favor —susurro.

—Cállate, Lylah. ¡Cállate! —Tensa el brazo y me clava el metal en la piel hasta hacerme daño. Respira de forma pesada y entrecortada por la ira. Se comporta como un animal herido que está siendo atacado.

—De acuerdo, vale. —La detective Lina levanta aún más las manos y Chace me mira aterrorizado—. Retrocederemos un poco, pero sé que no quieres hacer esto. Sé lo mucho que quieres a tu hermana. Ella es lo único que te queda.

Cierro los ojos. Ya no tengo hermano. Murió en el momento en que mató a Jake.

La detective mantiene el semblante calmado, como si este fuera un día más de trabajo.

—No tienes que hacer esto, Riley. Tienes opciones.

—Como ir a la cárcel. Creo que paso.

—¡Piénsalo, Riley! —le pido. Intentaría escabullirme, pero me agarra con demasiada fuerza. Con el cuchillo en el cuello, no tengo espacio para defenderme.

—No voy a ir a la cárcel. No voy a ir a la cárcel. No voy a ir a la cárcel —canturrea.

Habla con voz grave y controlada. No se parece a la voz de mi hermano y eso me produce escalofríos.

Miro a la detective, que parece estar pensando en su próximo movimiento. Todos sabíamos que el asesino era un psicópata, pero creo que esto es peor de lo que esperábamos.

—¡No voy a ir a la cárcel! —brama Riley. Le sale saliva de la boca y me moja la mejilla. De repente, mueve el brazo muy rápido y aparta el cuchillo de mi cuello.

Me retuerzo en sus brazos con la esperanza de que la distracción baste para poder escaparme, pero Riley adelanta el brazo y noto un dolor lacerante que se extiende por todo el cuerpo.

Me ha clavado el cuchillo en el vientre.

Con un grito, me tambaleo hacia delante, sosteniendo la empuñadora del cuchillo, que sobresale de la barriga.

«¿Qué hago?»

—¡Lylah! —Chace se lanza para sujetarme y la detective Lina corre a la puerta que hay al fondo del pasillo. Riley se ha ido.

Me ha apuñalado. Y me ha dejado aquí para que me desangre.

Ni siquiera puedo procesar lo que está pasando ahora mismo.

Todo a mi alrededor se mueve a cámara lenta. Veo la boca de Chace moviéndose, pero no oigo lo que dice. Otro policía se agacha a mi lado, pero tampoco puedo concentrarme en él.

Tengo frío. Mucho, mucho frío.

«¿Estoy muriéndome?»

Mis piernas se vuelven de gelatina y caigo al suelo. Chace y el policía no se separan de mi lado. El agente sostiene el cuchillo, pero no lo extrae.

Chace me toma las mejillas entre las manos y noto la caricia ligera como una pluma. Abro la boca para decirle que lo quiero, pero no estoy segura de que las palabras salgan de mi boca. Lo único que oigo es mi pulso acelerado resonando en los oídos.

El mundo se oscurece como si alguien apagara las luces. Parpadeo con fuerza, pero no sirve de nada.

«¿Por qué está todo el mundo tan lejos?»

Estoy cayendo.

Cierro los ojos y sé que este es el final.

Mi hermano me ha asesinado.

Epílogo

Un año después...
14 de febrero

Es San Valentín. Otra vez. Naturalmente, esta festividad me gusta todavía menos este año, a pesar de que Chace y yo somos increíblemente felices juntos.

Somos pareja y hemos llegado al acuerdo de que no vamos a celebrar este día. No creo que vayamos a celebrarlo nunca y me parece que a él no le importa mucho.

Cuando salí del hospital, Chace, Sienna y yo alquilamos juntos una casa más pequeña. Tras la muerte de nuestros amigos, ninguno de nosotros podía soportar la idea de tener compañeros nuevos o quedarnos en una casa que antes nos encantaba pero que ahora nos provocaba tanto dolor. Sí, Sienna se ha quedado de carabina, pero parece que no le importa.

De nuevo, el camino hasta la recuperación será largo, y aunque sigo teniendo días muy malos y aún no he dejado del todo la medicación para la ansiedad, estoy mejorando. Sigo sin dormir toda la noche y me despierto empapada en sudor frío con la sensación de que Riley se cierne sobre mí. No puedo asistir a una clase sin pensar en lo que sucedió en el campus. No soy capaz de cerrar los ojos sin ver el extremo de un arma. Pero tener a Chace a mi lado, apoyándome, me alienta.

Tal vez haya un montón de cosas que no pueda hacer, pero puedo salir con Chace sin mirar constantemente por encima del hombro.

Él es mi seguridad.

Cuando nos graduemos, Chace y yo tenemos pensado mudarnos lejos de aquí. Yo me habría ido ya, pero Chace y Sienna me hicieron comprender que huir no me ayudaría. Y quiero graduarme. He trabajado muy duro para conseguirlo. Si abandono, será culpa mía, no de Riley, y no voy a permitir que vuelva a arrebatármelo todo.

—¿Queréis salir con nosotros esta noche? —propone Sienna.

—No, gracias —respondo demasiado rápido. Aunque ella me entiende—. ¿Adónde vais? —pregunto en un intento de apartar el foco de atención.

—Nathan va a llevarme a cenar y luego a un *pub*. Al principio dije que no, pero me ha convencido. Es hora de construir nuevos recuerdos.

—Sienna, sal y pásatelo bien.

—Gracias, Lylah. El año pasado viví la peor época de mi vida, pero al fin siento que estoy saliendo del túnel.

¿El túnel tiene final? Yo no paro de correr hacia él pero no deja de prolongarse. Apenas veo la luz.

—Eso es genial, Sienna —responde Chace al notar mi inquietud.

Me alegro por ella, de verdad, pero cada vez que oigo lo bien que está progresando otra persona, me acuerdo de lo mucho que he tenido que esforzarme yo.

—Os veo después entonces —dice mi amiga—. Voy a comprarme unos zapatos que peguen con el vestido.

—¿No tienes ya todos los zapatos del mundo? —me burlo.

Me hace un corte de mangas y se encamina a la puerta.

—El correo está en la mesita, por cierto. No he visto nada que parezca una respuesta del festival de cine al que os presentasteis, pero nunca se sabe. —Dicho esto, oímos como se cierra la puerta. No puedo evitar suspirar de alivio cuando se va. Algunos días me cuesta mucho estar con gente que es tan feliz.

Chace me mira con ternura.

—¿Estás bien?

Me paso el dedo por el vientre. La cicatriz está justo encima del hueso de la cadera. Es de unos dos centímetros y medio y ha sanado bien, pero es un recuerdo físico constante de lo que sucedió.

—Solo quiero que pase este día.

Apoya la frente en la mía y me aparta la mano de la cicatriz.

—Dime qué necesitas.

—Comida china y una peli.

Sonríe y posa los labios sobre los míos.

—Hecho. Tú eliges la peli y yo voy a recoger el correo y a pedir la comida.

Chace se dirige a la puerta de entrada con el teléfono en la mano y yo voy al salón. Nunca celebraré este día. No quería hacerlo después de que me arrebatara a mis padres y no quiero después de todo lo que pasó con Riley.

Atraparon a mi hermano a menos de un kilómetro de la calle Baker. Está recibiendo la ayuda que necesita en un hospital psiquiátrico de alta seguridad y esta mañana iban a transferirlo a otro centro para que continúe con el tratamiento. Aún no soy capaz de visitarlo, pero el nuevo hospital está más cerca, así que cuando esté preparada, lo tendré más fácil. Mi terapeuta coincide en que todavía es demasiado

pronto. Puede que me haya curado físicamente, pero emocionalmente aún me queda un largo camino que recorrer antes de poder enfrentarme a él.

Zak ha ido a visitarlo, tenía muchas preguntas que hacerle sobre Jake. Me preguntó si quería saber de qué habían hablado, pero le dije que no. La familia de Zak sigue odiándonos, en especial Sarah, pero Zak me ha perdonado y, de un modo u otro, también ha perdonado a Riley. Me siento muy agradecida. Él es más fuerte que yo y se ha convertido en un buen amigo. Después de perder a tantos amigos, necesito aferrarme a los que me quedan.

Oigo a Chace pidiendo nuestros platos favoritos mientras yo me acomodo en el sofá. Enciendo la televisión para ver qué opciones tenemos. Las películas románticas y las de miedo están descartadas, así que echo un vistazo a los títulos de acción.

Chace entra con paso lento en el salón. Levanto la mirada y me da un vuelco el corazón cuando veo su cara pálida, sombría.

—¿Qué pasa? —musito.

A mi lado en el sofá, mi teléfono se ilumina y aparece el nombre de la detective Lina en la pantalla. Oigo que también suena el teléfono fijo en el pasillo.

Chace levanta la mano. Es un sobre beis. Tiene mi nombre impreso en la parte delantera. No hay dirección ni sello. Es una entrega en mano.

El teléfono deja de sonar y Chace se dispone a abrir el sobre.

«No.»

Se lo quito y saco la nota que hay dentro.



Agradecimientos

A mi marido, Joseph. Sin él no habría sido capaz de lograr ni la mitad de lo que he conseguido hacer. Gracias por ser mi roca, por animarme y por asegurarte de que tuviese tiempo y tranquilidad para escribir.

A mis chicos, Ashton y Remy. Vosotros dos lo sois absolutamente todo para mí. Espero que sepáis lo orgullosa que estoy de vosotros y lo mucho que me gusta vuestro amor por los libros. Pero, no, Ash, ¡aún no puedes leer ninguno de los de mamá!

A Kirsty y Zoë, dos de mis personas favoritas. Gracias por vuestro apoyo y vuestro ánimo en forma de palabras y de GIF.

Y a mi editora, Annette. Esta vez el plazo ha sido un poco ajustado; muchas gracias por todo lo que has hecho para ponérmelo lo más fácil posible.

Índice

Sinopsis	2
(Sin título)	5
1	7
2	14
3	19
4	27
5	33
6	39
7	49
8	56
9	65
10	72
11	79
12	86
13	96
14	108
15	118
16	125
17	131
18	138
19	145
20	155
21	161
22	168
23	173
24	182
25	188
26	197
27	205
28	214
Epílogo	222
Agradecimientos	225